ANDREA IZQUIERDO

TERCERA PARTE

# LA CHICA DEL Zodiaco

GÉMINIS • CÁNCER • LEO • VIRGO

Planeta

# Índice


Portada
Sinopsis
Portadilla
PRÓLOGO
PRIMERA PARTE. GÉMINIS
- CAPÍTULO 1. EL DE LA SORPRESA AGRIDULCE
- CAPÍTULO 2. EL DE LA FIESTA INTERNACIONAL
- CAPÍTULO 3. EL DE LOS VECINOS QUE NO VIENEN A PEDIR UN POQUITO DE SAL
- CAPÍTULO 4. EL DEL (PRIMER) CHICO GÉMINIS
- CAPÍTULO 5. EL DEL (SEGUNDO) CHICO GÉMINIS
- CAPÍTULO 6. EL DE TODO LO INESPERADO
- CAPÍTULO 7. EL DE LA INVITACIÓN
- CAPÍTULO 8. EL DE LA APUESTA

SEGUNDA PARTE. CÁNCER
- CAPÍTULO 9. EL DEL MILAGRO PARA VOLVER A CREER EN EL AMOR
- CAPÍTULO 10. EL DE LOS ABRAZOS DE CACA DE OVEJA
- CAPÍTULO 11. EL DE LA CARTA QUE ME ARDE EN LA MANO
- CAPÍTULO 12. EL DE LA CARTA CON LETRA CURSIVA
- CAPÍTULO 13. EL DEL CHICO CÁNCER
- CAPÍTULO 14. EL DE LA CARPETA MORADA
- CAPÍTULO 15. EL DEL AMOR Y LOS TRENES

TERCERA PARTE. LEO
- CAPÍTULO 16. EL DEL REGRESO AL SIGLO XXI
- CAPÍTULO 17. EL DE ROMAN
- CAPÍTULO 18. EL DE LOS VIEJOS TIEMPOS
- CAPÍTULO 19. EL DE LOS ENANITOS EN MI ESTÓMAGO
- CAPÍTULO 20. EL DEL CHICO LEO Y LA CANCIÓN DE ROSALÍA
- CAPÍTULO 21. EL DE VER LA VIDA COMO UNA PELÍCULA
- CAPÍTULO 22. EL DE LA DESPEDIDA

CAPÍTULO 23. EL DEL RAMO DE FLORES
CUARTA PARTE. VIRGO
CAPÍTULO 24. EL DE LOS DESENGAÑOS AMOROSOS
CAPÍTULO 25. EL DEL CHICO VIRGO
CAPÍTULO 26. EL DE LA LISTA DE TAREAS PENDIENTES
CAPÍTULO 27. EL DE LA FIESTA DE LOS AÑOS VEINTE
CAPÍTULO 28. EL DEL TORBELLINO EMOCIONAL
CAPÍTULO 29. EL DE LA CASI CASTRACIÓN EN LA MESA DE LA COCINA
CAPÍTULO 30. EL DE LA BENDICIÓN
CAPÍTULO 31. EL DE LA PREBODA
CAPÍTULO 32. EL DEL CHICO OFIUCO
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

# Sinopsis

El chico géminis es aventurero y competitivo.

El chico cáncer es sentimental y familiar.

El chico leo es extrovertido y cabezota.

El chico virgo es organizado y meticuloso.

**ANNA SE ACERCA AL FINAL**

Su experimento de salir cada mes con un chico de un signo distinto se acerca a su fin. Después de una mala jugada, deberá recomponerse y seguir adelante para demostrar que el amor no depende del Zodiaco.

**ANNA SE ESTÁ ENAMORANDO**

Por más que intente engañarse a sí misma, Anna sabe que hay un chico que ha llegado para poner su vida patas arriba. Desea atreverse y dar el paso, pero dejarse llevar por sus sentimientos no es fácil cuando ya lo perdió todo una vez.

**ANNA TIENE QUE DECIDIRSE**

Ha llegado el momento de tomar una decisión.

¿Se quedará con uno de los chicos del Zodiaco, con otro diferente o seguirá su camino ella sola?

Es el final del experimento. Es el momento de tomar una decisión.

Es el momento de encontrar el amor. ¿O no?

# La chica del Zodiaco. Tercera parte

Andrea Izquierdo

Planeta

# PRÓLOGO

La estación de autobuses de Los Ángeles parece un aeropuerto de los setenta abandonado a su suerte. El calor aquí dentro es todavía más intenso que en la calle, se nota que ya estamos a mediados de mayo. Una fila que llega casi hasta la puerta nos bloquea el paso cuando entramos en el edificio, y lo primero en lo que pienso es en lo raro que huele. Quizá es que tengo el estómago todavía agitado de la conversación que he mantenido con Connor. O, en general, de todo lo que ha sucedido en estos últimos meses. Sea como sea, cuando él me ofrece pasar primero por la cafetería, le digo que no con la cabeza. El chico se acerca y escoge un expreso, aunque luego se corrige y lo pide doble.

El sonido de la cafetera se mezcla con el ajetreo de la estación. Connor saca unos dólares del bolsillo y paga. Lo sigo mientras camina hacia las pantallas que informan de las salidas y llegadas.

Por un momento, me siento como aquel día de septiembre del año pasado en el que barajaba todos los destinos posibles en el aeropuerto de Valencia. Imagino que Connor se tiene que sentir un poco así. La mayoría de las ciudades que aparecen en la pantalla las conozco por alguna película o serie, pero hay un montón de las que no he oído hablar en mi vida.

—Di una —me pide Connor.

A excepción de cuando me ha preguntado si quería café, es la primera vez que me dirige la palabra desde que hemos cogido el metro hasta la estación de autobuses.

—¿Cómo? —le pregunto.

—Tú ya has hecho esto antes, ¿no? Y te salió bastante bien —se explica, como si me hubiera leído la mente. Casi hasta diría que lo hace con un tono divertido y me permito relajar los hombros. No me había dado cuenta hasta ahora de toda la tensión que estaba acumulando en mi cuerpo.

—En realidad fue mi hermano el que tomó la decisión por mí. Yo

iba a viajar a otra ciudad, pero tuve un problemilla y me compró un billete con escala en Londres para venir a Los Ángeles.

Esa es una forma muy rápida de resumir lo que había pasado. La realidad era que había estado dudando hasta el final entre ciudades como Düsseldorf o Roma, y al final me decanté por Ámsterdam. Entonces, nada más comprar el billete, me peleé con el personal del embarque porque había un problema con las medidas de mi maleta, y al final terminé montando un espectáculo en la terminal. Pensándolo en frío varios meses después, tendría que haberme informado bien de la política de equipajes de la aerolínea, pero en ese momento lo único que había en mi cabeza eran imágenes en bucle de mi abandono espontáneo de la boda, dejando a todos los invitados, y a Carlos Avellí, plantados en la iglesia.

De hecho, ese había sido el día en el que conocí a Connor. Nos estaba esperando cuando llegamos al aeropuerto de Los Ángeles, y recuerdo que me confundió con un ligue de mi hermano Raül. La primera impresión que tuve de él fue que era un poco imbécil, el típico chulo californiano que nos venden en las películas.

Ahora ya no se parece tanto a ese chico que conocí en septiembre. Sigue teniendo el mismo aspecto, eso sí. Alto, pelo castaño rizado y rapado al uno o al dos a ambos lados. Se nota en sus brazos que ha sido entrenador de voleibol durante años. Pero el verdadero cambio no se ha producido en su exterior. Por eso, después de contarme todo lo que ha hecho por Raül, es imposible odiarlo.

De nuestra última conversación quiero quedarme con eso. Con cómo había hecho lo imposible por rescatar a mi hermano del pozo sin fondo en el que se había metido. Las fiestas, la droga y los créditos abusivos habían sacado lo peor de Raül, habían descubierto una faceta que yo, después de tantos años conviviendo con él en casa de nuestros padres, nunca habría imaginado. Connor incluso había malvendido su propio coche para poder pagar las consecuencias de las malas decisiones de mi hermano. Y lo había hecho a escondidas, sin contárselo a nadie. No buscaba ningún tipo de reconocimiento ni palmadita en la espalda.

Me obligo a pensar en ello y nada más. Quizá así pueda apartar otros pensamientos que amenazan con atacarme. Ahora mismo no quiero recordar cómo, hace apenas una hora, Connor me ha dicho una frase que ha puesto mi mundo patas arriba.

—Puedes irte ya, si quieres —me dice el chico.

No sé cuánto voy a estar aquí, todavía tengo que decidir adónde me marcho.

La voz de Connor suena convencida, pero su lenguaje corporal dice otra cosa. No para de dar golpecitos con los dedos en la maleta y si se sigue mordiendo el labio con tanta fuerza se va a hacer una herida.

—Como quieras —le respondo.

Trago saliva. Siento el estómago revuelto, como si tuviera arenas movedizas campando a sus anchas en mis tripas. En lo único en lo que pienso es en decirle que no se vaya, que no tiene por qué hacerlo. Pero creo que la decisión ya está tomada. En las últimas horas, Connor ha dejado bien atado todo lo que le unía a Los Ángeles. Le ha salvado el culo a mi hermano y se ha puesto en peligro a sí mismo para saldar su deuda con el clan que lo tenía amenazado. Ya no tiene coche, así que no debe preocuparse por qué hacer con él. Dejó las cosas claras con Olivia, aunque ella montó un pollo porque se negaba a aceptar que nunca había tenido nada serio con Connor ni nunca lo tendría. Se había despedido de todo su grupo de amigos. Y, por último, me había confesado que estaba enamorado de mí.

Connor mira a las pantallas y se rasca la nuca.

—¿Ya has pensado adónde vas a ir? —le digo después de unos segundos de silencio absoluto.

—Creo que sí.

Espero a que diga algo más, pero no me confiesa cuál es el destino.

—¿Qué? —me pregunta mirándome de hito en hito.

—¿No quieres que nadie sepa dónde estás? Por si, no sé, pasa algo.

Él se encoge de hombros.

—No lo sé. Ni siquiera sé si voy a irme.

Ahora soy yo la que lo mira con incredulidad. Con la maleta hecha, las cuentas saldadas y sin ningún sitio adonde ir… Pero tampoco lo juzgo. Al fin y al cabo, yo estuve exactamente igual, y entiendo esa necesidad física y mental de apartarse de todo durante un tiempo.

—O sea, imagino que sí, pero estaré un rato por aquí pensándolo bien. No quiero hacerme ahora la Ruta 66 en autobús, ¿sabes? —

intenta explicarme, pero solo consigue dejarme más preocupada—. Venga, no te quedes aquí, que vas a asarte de calor. Además, tu hermano te necesitará.

—Lo dices como si tuviéramos un hijo y la custodia compartida. —En cuanto esas palabras salen de mi boca, me arrepiento de ser tan impulsiva, pero a Connor parece hacerle gracia la broma.

—Sí, es justamente así. Nos lo turnamos cada tres meses.

Estoy tentada de preguntarle si volverá al cabo de un trimestre, pero creo que lo ha dicho al azar, así que paro mis pensamientos justo ahí antes de que mi boca vaya más rápida que mi cabeza. Él se da cuenta y me sonríe. No es una sonrisa bonita, ni mucho menos alegre. Es más bien una media sonrisa amarga, de las que salen en los momentos complicados para intentar levantar los ánimos.

Relajo los hombros y acepto que es el momento de dejarlo marchar. Me gustaría que el mundo tuviera un botón mágico que parase el tiempo y te dejase ver todo lo que podría pasar según lo que decidiera hacer a continuación. Cada acción, cada consecuencia. Como un montón de caminos distintos que llevaran a destinos diferentes. Me encantaría saber qué pasaría si ahora decidiera hacer una broma, retomar nuestra última conversación o simplemente marcharme de ahí despidiéndome de él para siempre. Aunque tampoco tengo claro cuál querría que fuera el resultado de esta despedida. Así que le respondo con otra media sonrisa de resignación y entiendo que, sea lo que sea, no es mi papel cambiar su decisión de marcharse.

—Que tengas un buen viaje, Connor. Para lo que necesites, tienes mi número.

Él baja la cabeza y abre los brazos. Me acerco rápido y nos damos un abrazo incómodo, con la maleta entre nosotros, sin dejar que nos juntemos del todo. Sin embargo, al separarnos, nuestra piel se roza un instante cuando mi muñeca pasa junto a sus dedos, y siento que en cuestión de un segundo se me para el mundo. El corazón me da un vuelco y lo disimulo como puedo.

—Gracias, Anna. Aunque, en cuanto salgas por esa puerta, pondré el modo avión y borraré todas mis redes sociales. Es parte del proceso de desconexión que necesito ahora mismo en mi vida, espero que lo entiendas. Me guardaré todos vuestros números, claro, eso no lo voy a borrar. Pero dejaré de estar en todo lo demás.

Asiento, y él me devuelve el gesto.

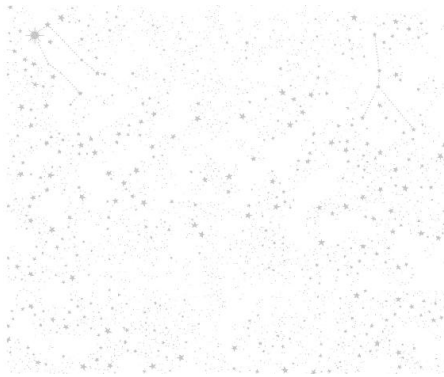
—Cuídate mucho.

Decido que esas van a ser mis últimas palabras porque no quiero seguir mirándolo con cara de pena. No puedo permitirme dudar entre quedarme ahí, convencerlo de que no se vaya y terminar bien esa conversación que tenemos a medias. Connor pone la mano sobre su maleta y yo doy un paso atrás, lo miro por última vez y me doy la vuelta. No sé en qué momento la estación de autobuses se ha llenado tanto. Esquivo a las jugadoras de un equipo de baloncesto que visten su uniforme naranja y se han acomodado en el suelo mientras esperan a que las pantallas muestren su dársena. Después, me cuelo sin querer entre varias familias, y por fin salgo al exterior.

No me siento bien, aunque sorprendentemente tampoco estoy muy mal. Solo quiero evitar pensar mucho en ello. Y centrarme en el experimento, claro.

Dejo atrás el edificio y regreso a la estación de metro más cercana, por la que hemos salido hace unos minutos los dos. Empiezo a bajar las escaleras y, cuando llevo dos o tres escalones, me paro en seco. Trago saliva. Y hago algo de lo que sé que me voy a arrepentir.

# PRIMERA PARTE
# GÉMINIS



# CAPÍTULO 1

## EL DE LA SORPRESA AGRIDULCE

—¿Y qué le respondiste? —me pregunta Julia, ya que yo no añado nada más.

Acabo de pasar los últimos quince minutos hablando sin parar, como si fuera un monólogo, de lo que ha sucedido con Connor apenas unas horas atrás. He tenido que hacer la versión extendida porque Emma, su nueva novia, no estaba muy enterada de las últimas actualizaciones del experimento del Zodiaco. Después de recordarle un poco sobre los signos que fueron peor (mención especial a Escorpio) y los que me encantaron (como Tauro, que se había convertido en un gran amigo en cuestión de semanas), hice una pausa para explicar la historia de Connor.

—Eso, eso —insiste Emma, que también es Escorpio pero no se parece en nada a Theo, el chico correspondiente a ese signo.

—Nada. No le respondí nada —les explico.

Las miro con cara de pánico porque sé que es lo peor que he podido hacer, pero no sabía qué decir. Nunca había pensado en Connor como una persona de la que me podría enamorar. Teníamos muchos piques entre nosotros, pero no éramos más que amigos. Aunque, si mi abuela hubiera estado delante, habría dicho que éramos ese tipo de amigos de los que «de pequeños se pelean, de mayores…».

—¿Nada? —repite Julia. Me mira con esos ojos tan grandes mientras se pone los mechones pelirrojos detrás de las orejas.

—¡Hombre, algo le dirías! —salta Emma—. No os quedaríais completamente callados, ¿no?

Mi mente viaja con rapidez al lugar en el que Connor se me ha declarado.

—Me quedé mirándolo muy fijamente y no sabía qué decir… No

quería hacerle más daño del que ya ha sufrido en estas últimas semanas —me justifico.

—Entonces, no te gusta.

La frase de Emma se queda flotando en el aire. Julia me mira, esperando una mínima expresión en mi rostro que explique cómo me siento. Pero ni yo misma lo sé.

—Yo… Digamos que disfruto más de su presencia ahora que antes. Me gusta estar con él, pero no…, no le quiero. Dios mío, me siento fatal. Soy la peor persona del universo.

—¡No! —exclama ahora Julia—. No pasa nada, es perfectamente normal que no te guste.

—A ver, sí que me gusta. —Hablo demasiado rápido y mi mejor amiga enarca las cejas—. Quiero decir, si no arrastrara todo lo de la casi boda, los cuernos, el experimento… Si estuviera mejor, igual podría haberme fijado en él de una forma más seria. Pero ahora mismo es imposible. Además, no creo que él esté enamorado de verdad. A veces pienso que su confesión fue más por la emoción del momento que otra cosa.

Julia agita enérgicamente la cabeza.

—Ni de coña. Conozco lo suficiente a Connor como para saber que eso es mentira. Y a ti también, Anna. Por ahí no puedo dejarte pasar. No puedes engañarte a ti misma. Si Connor te ha dicho que te quiere es porque lo siente de verdad, y si tú no estás a su mismo nivel, no pasa nada. Pero no pienses que se ha equivocado. —Me da la mano, porque sabe que su tono y sus palabras han sido un poco duros. Pero agradezco que sea directa conmigo y que no diga solo lo que me gustaría escuchar.

—Ya… —Me quedo un rato en silencio, sopesándolo—. ¿Tú qué piensas, Emma? Que lo ves todo más desde fuera y no conoces tanto a Connor.

Ella suspira.

—Yo pienso que, si Julia dice eso, el chico estaría diciendo la verdad. Pero no deberías martirizarte por haberlo rechazado.

Cuando pronuncia esa frase, me doy cuenta de que eso es lo que he hecho. Rechazarlo. De pronto, me siento tan mal que solo deseo echar el tiempo atrás para…, ¿para qué?

—Lo que no entiendo es por qué se marcha. ¿Sabéis? —digo en voz alta, aunque más bien es una reflexión personal—. Según él,

quiere poner espacio, y lo entiendo, pero realmente aquí es donde tiene a toda su gente, ¿no? Yo me marché porque no quería saber nada de quienes me rodeaban… Bueno, no sé. Ahora que lo verbalizo no sé qué tiene sentido ya, la verdad. Estoy hecha un lío.

Julia se encoge de hombros.

—Bueno, quizá necesite estar un tiempo solo —añade—. Para que Raül pueda rehacer su vida y Olivia acepte que no había nada entre ellos… Mira, ahora que hablamos de Olivia, acabo de caer en que después de todas las veces que estuvieron juntos, lo dejaron, y volvieron de nuevo, Connor nunca se le declaró como ha hecho hoy contigo, Anna. O sea, que tan de mentira no sería.

Por un momento, me imagino lo horrible que sería estar con Connor y que Olivia se enterase. La última vez que la había visto, ella había montado un numerito en la salida de la discoteca porque se había enterado de que a Connor le gustaba, cuando ni yo misma era consciente todavía.

—¿Y cómo ha sido la despedida? —Julia revive la conversación.

—Tranquila —reconozco—. Le he acompañado y no sé adónde ha ido. Nos hemos dado un abrazo y poco más. Me ha explicado que, en cuanto montara en el autobús, dejaría de lado las redes sociales y eso. Imagino que podremos llamarle, pero poco más.

—¿De qué signo es Connor? —pregunta entonces Emma.

Julia y yo nos miramos.

—No lo sé —dice mi mejor amiga—. ¿Tú lo sabes, Anna?

—Ni idea. Se lo he preguntado alguna vez, pero nunca ha querido confesármelo. Creo que disfruta viendo cómo me rompo la cabeza intentando adivinarlo.

Nos reímos, y el ambiente se relaja un poco.

—¿Alguna vez lo has intentado? —insiste Emma.

—No… Ni idea. Sé qué signos no sería, como Sagitario, Libra o… ¿Piscis?

—Yo creo que parece Aries —añade Julia.

Me quedo pensando, y puede que tenga razón. Sin embargo, no le quiero dar más vueltas al tema.

—Ahora tengo que buscar a mi chico géminis, pero está la cosa cada vez más difícil. Reconozco que hasta me da un poco de pereza… ¿Dónde se conoce gente en el siglo XXI? Ah, y que no sea Tinder, por favor. Eso ya lo he abandonado para siempre.

Julia se ríe.

—¿En el gimnasio? —propone Emma.

—Pues no es mala idea, pero por ahora no tengo pensado gastarme sesenta dólares al mes para ligar. —Digo una cifra al azar, pero imagino que ese debe de ser el precio medio de los gimnasios en esta ciudad—. Los Ángeles está cada vez más caro.

Julia se ríe.

—Y tanto, a mí me han subido el alquiler —se queja Emma, pero antes de que pueda responder me suena el teléfono. Veo el nombre de Raül en la pantalla y me levanto, disculpándome un segundo. Lo descuelgo enseguida.

—Dime. ¿Está bien mamá? —le saludo. Es raro que mi hermano me llame así, de la nada, de modo que siento cómo el corazón me empieza a palpitar más rápido.

—Justamente acabo de hablar con ella —me cuenta mi hermano —. Estar, está bien, pero hacía tiempo que no la escuchaba tan cabreada.

—¿Por qué?

—Martina ha dado a luz.

Ahogo un grito. Julia y Emma me miran con preocupación, sobre todo la primera, que entiende algo de español y sabe que estoy hablando de mi madre. Levanto el pulgar para que sepan que todo está bien.

—¡Qué guay! ¿Cómo está Martina? ¿Qué nombre le han puesto al bebé al final?

—Pues mamá no me lo quería decir porque está enfadadísima. Resulta que dio a luz hace ya ocho días.

Se me cae el alma a los pies.

—¿Qué? —Mi tono cambia de la emoción a la confusión.

—Sí. Dice que, como ninguno de los dos hemos llamado para preguntar por Martina, no han querido decírnoslo hasta ahora. Bueno, mamá no ha querido.

—¡Pero si yo escribí anteayer a mamá para ver cómo le estaba yendo la rehabilitación! ¡Y no me dijo nada!

Empiezo a hacer números en mi cabeza. Sabía que Martina estaba a punto de salir de cuentas, pero no le había escrito precisamente para no agobiarla más. Quería evitar ser la típica pesada que está cada dos por tres preguntando y presionando. No, es imposible que haya dado a

luz y no nos hayan dicho nada en ocho días. Es más de una semana.

—No te creo —le digo a mi hermano después de sopesar la situación.

—Pues… es la verdad —insiste Raül—. Te aviso por si quieres llamarlos.

Cierro un momento los ojos mientras pienso en cómo voy a gestionar esto. Creía que después de todo lo que había pasado con mi madre, del susto que nos había dado a todos con el ictus, las cosas cambiarían en la familia. Me da rabia que mi madre piense así, cuando lo más normal es que, al ponerse de parto, nos hubieran llamado ellos para contárnoslo.

—Joder, es que no somos adivinos —me defiendo, aunque sé que no sirve para nada. Estoy tan frustrada… Me imagino cómo habrá sido esta primera semana para Martina y Gastón, todas las novedades a las que tendrán que haberse enfrentado, sin que nadie nos haya avisado —. ¿Y Martina no te ha dicho nada desde entonces?

—No, Gastón tampoco. Mamá les habrá comido el coco, yo qué sé. Bueno, ya te lo he contado.

—Vale. Uf, me dejas de piedra —reconozco.

Imaginaba que recibir la noticia de que mi hermana ha sido madre, de que ya soy tía, sería una experiencia muy distinta. Pero en esta familia ya no me debería sorprender nada. Necesito pensar varias veces en ello para hacerme a la idea de que es real. Solo puedo imaginar cómo habrá estado mi hermana estos días. No tenemos una relación muy estrecha, nunca hemos sido inseparables, pero me da rabia no haber podido estar ahí para ella. Aunque sea a través de una pantalla, a kilómetros de distancia. ¿Habría ido bien el parto? ¿Le habría dolido? ¿Qué tal habrán sido sus primeros días? Y noches, claro, que dicen que es lo peor…

—Bueno, eso…, y otra cosa —añade Raül, aunque ya no sé si me voy a poder concentrar en lo que me tenga que decir—. ¿Sabes algo de Connor?

Su pregunta consigue nublar un poco la noticia agridulce que me ha dado.

—Sí. Se ha marchado hoy, le he acompañado a la estación de autobuses —le informo.

—¿Adónde se ha ido? —me pregunta.

—No lo sé.

Raül no parece creerme de primeras, pero no me hace más preguntas sobre el destino de su mejor amigo.

—Es que… ¿has hablado con él antes de irse? ¿Te ha dicho algo sobre… unas deudas pendientes, pagar algo?

Trago saliva. Por supuesto que me lo ha dicho. De hecho, he sido su principal confidente en este asunto. Pienso en ocultárselo y hacerme la loca, pero no me gustaría mentir a mi hermano. Nos hemos apoyado en momentos muy complicados, y no quiero que este sea una excepción. Si no le digo la verdad, se quedará dándole vueltas al tema durante semanas y seguirá nervioso por saber qué pasó con los que le perseguían por el dinero que les debía.

Pero, al mismo tiempo, no sé si estoy traicionando la confianza de Connor contándoselo yo. Ni siquiera sé si es mi papel decírselo. Pongo todo en la balanza y decido hacer una mezcla de las dos cosas.

—Sí, he hablado con él de ese tema. Me lo ha contado todo. —Bajo un poco el volumen, pero veo que Julia está riéndose y haciendo el tonto con Emma, así que no creo que escuche mi conversación—. Antes de irse pagó todo lo que debías, incluso vendió su coche, pero creo que esto es algo que deberías hablar con él, no conmigo.

—¿Tú sabes toda la historia? —me pregunta Raül.

Por un instante, siento que en su voz hay un atisbo de esperanza de que no me haya enterado de todo lo que pasó. De que entraron una noche en la casa donde vivíamos los tres y le sacaron una foto durmiendo para después meterle miedo en el cuerpo. De que lo amenazaron si no devolvía el dinero que debía con unos ridículos intereses. Y de todo lo demás.

—Sí.

Mi confesión está llena de vergüenza y compasión, a partes iguales. Pero por lo menos sé que le ahorro el mal trago a mi hermano de tener que contármelo todo.

Escucho cómo respira con fuerza al otro lado del teléfono. Me puedo imaginar su cara.

—Raül, no te preocupes. De verdad. Hiciste lo que pensaste que sería lo mejor en ese momento. Estabas agobiado, y las situaciones desesperadas requieren de medidas desesperadas.

—Ya lo sé, no necesito un sermón de mi hermana —me responde enseguida, y me sorprende su brusquedad—. Perdona. No me hagas caso. Es que está siendo demasiado en un solo día. He llamado a

mamá de casualidad y me he enterado de lo de Martina, y me ha caído una bronca impresionante. Parece que lo estaba deseando, te lo juro. Y, ahora, lo de Connor. En fin. Por lo menos conservo mi trabajo, pero no lo voy a decir muy alto.

—Por cierto, nos vemos pasado mañana en Glass, ¿no? Toca grabación del podcast.

—Sí, sí. En realidad yo estoy ahí casi todos los días. Bueno, te dejo. Llama a mamá. No, mejor llama directamente a Martina.

# CAPÍTULO 2

## EL DE LA FIESTA INTERNACIONAL

No respiro tranquila hasta que cuelgo el teléfono con Martina. No está enfadada, pero me siento fatal por no haberle preguntado antes. Me propongo llamarla todos los días desde ahora y hasta que las aguas se empiecen a calmar. En realidad, me he enterado de que tuvo que estar ingresada un par de días más de lo normal porque se complicó su cesárea, por lo que tampoco habría tenido muchas ocasiones para charlar con ella. A pesar de que me siento una mierda de persona, pienso que, en una pequeña parte, mi madre no tiene toda la razón, y me duele que no hayan sido ellos quienes nos hayan llamado para avisarnos. Al fin y al cabo, como le dije a Raül, no somos adivinos.

Miro mi chat de WhatsApp con mi hermana y me doy cuenta de que le había escrito justo un día antes de que naciera el bebé.

—Deja de darle vueltas, anda.

La voz de mi compañera de piso me saca de mi torbellino de pensamientos. Es tan astuta que ella misma ha sabido lo que estaba haciendo.

—Vaaale —respondo.

Dejo el móvil sobre la mesa con dramatismo.

—¿Así estás más contenta?

—Muchísimo —responde ella, y se acerca correteando a mi lado.

—Tú tramas algo, te lo leo en la mirada. Y en esa sonrisa que estás esbozando ahora.

Rain sonríe. Tiene los labios oscuros y grandes, y unos dientes brillantes.

—Necesito tu ayuda para una cosita —dice mi compañera de piso sentándose en mi cama y agitando las piernas.

—Dispara.

—Me escribió el otro día mi prima para contarme que la habían echado del trabajo —confiesa Rain.

—¿Naina? —pregunto para asegurarme de que no estamos hablando de ninguna otra prima.

Rain asiente con la cabeza.

—Está muy agobiada, porque ahora tiene que empezar de cero y en muchas plataformas de estas de buscar trabajo están rechazando su currículum, algunas incluso sin leerlo. Entonces… he pensado en hacer algo para animarla. Quería invitar a su grupo de amigos aquí a casa, por sorpresa, porque tengo el Instagram de casi todos, así que no creo que sea complicado que se organicen. ¿Te va bien que lo hagamos mañana, o es muy pronto?

Me suena esa historia de las plataformas de búsqueda de trabajo. Hasta he llegado a pensar que hay un tipo de inteligencia artificial que clasifica los currículums en función de si has usado las palabras correctas.

—Hmmm…, ¿hasta qué hora sería? Tengo grabación del podcast a la mañana siguiente y no quiero ir de resaca.

—Ya, claro…, pues lo hacemos ese mismo día que grabas, que además es viernes. ¿Va bien?

—Perfecto. Yo me encargo de preparar alguna cosa, ¿quieres? —me ofrezco.

Apenas he hecho tres o cuatro tortillas de patata en toda mi vida, así que espero estar a la altura. Porque cocinar una paella valenciana quizá sea demasiado arriesgado si me va justo para hacer cuatro o cinco platos diferentes a lo largo de la semana.

—¡Sí! Había pensado en celebrar la típica cena internacional en la que cada uno trae algo de su país de origen o de alguno que le haya marcado mucho, por ejemplo, para los que son de Estados Unidos. Lo digo porque sé que en su grupo hay, por lo menos, un japonés, dos alemanas y un mexicano. Además, tengo una sorpresita para ti también…

Me agarro a la mesa. Hago un movimiento raro con la muñeca y por un instante me da la impresión de que me vuelve a doler como cuando me la rompí, igual que si fuera un dolor fantasma.

—Madre mía, me espero lo peor, ¿verdad?

Rain hace un gesto que indica que sus labios están sellados.

—Solo puedo decirte que no busques todavía un chico géminis.

Porque no lo tienes aún, ¿no?

Niego con la cabeza.

—Bien. Ah, y si quieres traerte a alguien, ¡sin problema!

Enseguida pienso en Julia, pero al momento la descarto. No se ha recuperado del todo del accidente que tuvimos en Las Vegas, ese fatídico choque que me hizo pasar el día de mi cumpleaños en el hospital, y todavía arrastra problemas en la pierna, así que no sé si querrá venir.

—Avisaré a un par por si acaso —le digo con pocas expectativas.

De hecho, unos minutos después, Julia me confirma que no vendrá, aunque le da mucha rabia perdérselo, y que Emma tampoco. Lo entiendo, tanto por mi amiga como por su novia, ya que quiere recuperarse del todo o la rehabilitación no le habrá servido de nada. Llamar a Olivia no es una opción, y no creo que mi hermano esté para muchas fiestas, aunque por si acaso le escribo un mensaje, pero también rechaza la invitación. Pienso en Javi, pero sé que mi chico tauro está de exámenes finales y no lo quiero molestar. Dejo a Harry para el final porque sé cuál va a ser su respuesta. Una hora después, aparece en la pantalla un «¡cuenta conmigo!», seguido de un interrogatorio de las personas que van a ir, sobre todo de los hombres solteros.

Al final, con la tontería de la fiesta, los días pasan tan rápido que cuando salgo del estudio de Glass parece mentira que ya sea viernes. Antes de coger el metro para volver a casa, paro en una cafetería y me tomo algo caliente. El camarero me mira como si le hubiera pedido un chocolate ardiendo en pleno agosto porque la humedad hoy está más intensa que nunca. Aun así, evito todo lo que tenga hielo porque casi me he quedado sin voz de tanto hablar. El podcast está teniendo cada vez más éxito, y Anthony nos pidió que dejáramos preparados todos los episodios por si acaso tenían que sacarlos más rápido.

Grabamos hasta Tauro, pasando por el accidentado Aries. No me hace mucha gracia rememorar el accidente de coche, sobre todo con Melissa Moon delante, quien también iba en el taxi cuando nos embistieron. Sin embargo, sé que es lo que la audiencia quiere escuchar. En el fondo, yo también lo haría un poco… Y Anthony tiene razón: los dramas venden mucho más que las alegrías. De hecho, cuando el jefe nos pilla por banda a las dos para comentarnos la evolución del podcast, las cifras secundan su experiencia en este

sector: los episodios más escuchados y compartidos por la audiencia son aquellos que han salido mal. A la gente le hace ilusión escuchar las historias bonitas, y también las de su propio signo, pero desde luego las que más virales se han hecho en Internet son la de Escorpio y Sagitario. Bueno, y también la de Piscis, porque aparecía el cantante Zac Nelson.

Mientras me tomo un café bien caliente, reviso unas fotos que nos hemos hecho hoy al terminar la sesión. Hemos grabado con Lydia St. Jones, una famosísima actriz que debutó en Hollywood hace dos años; desde entonces su cara está en cada cine, marquesina y tienda de ropa. Lydia nos da una visión femenina de su signo, Tauro, que nos viene genial para dar aún más visibilidad al podcast.

Miro las fotos con orgullo de haber llegado tan lejos. Pero, sobre todo, con la satisfacción de estar haciendo lo que me gusta, de haber encontrado otra pasión además de la traducción con la que me pueda sentir completa. Me muero de ganas de que salga el episodio de Aries, en el que he conseguido abrirme un poquito más y mostrarme más vulnerable, más yo. Después de llegar al ecuador del experimento, justo coincidiendo con mi signo, me había dado cuenta de que no podía perder de vista a la persona más importante, alrededor de la cual giraba todo lo demás: yo. Si el experimento había servido, por lo menos, para que me conociera un poco mejor y me quisiera un pelín más, ya había funcionado. Y, por ahora, iba por el buen camino.

Doy un último sorbo al café y regreso a casa, con la mente puesta en el chico géminis. No quiero volver a pasar otra vez por Tinder, así que me reto a mí misma a encontrar a estos últimos cuatro chicos sin ayuda de las redes sociales. De la forma tradicional, supongo: en cines, bares… o fiestas.

¡Los últimos cuatro! Es tan raro decirlo que hasta me da un poco de pena haber entrado en la recta final.

Me pongo a pelar patatas nada más llegar a casa y hago dos tortillas que pesan más que una paella valenciana. Dejo que se enfríen, y después las meto en la nevera para que aguanten bien hasta la fiesta.

—Naina no tiene ni idea de lo de esta noche —me recuerda mi compañera de piso, como si no lo hubiera dicho mil veces antes—. ¿Qué te parece este color?

Me giro para mirarla y la imagen me sorprende tanto que hasta

tengo que disimular mi asombro. Está espectacular. Ya he visto antes a Rain vestida de fiesta, pero con este vestido verde esmeralda se ha pasado. Tiene el escote asimétrico y una tela que parece costar más que un curso de verano en la Universidad de Los Ángeles. El contraste con su piel oscura es perfecto. Seguramente, si me lo pusiera yo, parecería una aceituna pinchada en un palo.

—Increíble. Verdaderamente alucinante.

—¿Sí?

—Podrías hacerte unas sombras así, verdes, te quedarían genial —le propongo, pero ella está demasiado ocupada ajustándose el tirante del vestido.

—¿Tú qué te vas a poner? —me pregunta.

La verdad es que tenía pensado algo más informal, sobre todo porque la fiesta era en casa, pero ahora que Rain ha establecido un precedente debo estar a la altura. Recuerdo que tengo un vestido con algunas transparencias negras y una caída que me favorece mucho las caderas. Pensaba reservarlo para otra situación, pero, visto lo visto, parece que su momento ha llegado.

—Negro, apuesta segura —afirma Rain—. Me parece genial. Ay, ¡qué ganas!

—¿Necesitas que te ayude con algo mientras te maquillas? —me ofrezco—. Puedo despejar la mesa e ir colocando lo que no tenga que estar en la nevera. Además, de camino he comprado un *pack* de vasos, platos y cubiertos de cartón que…, bueno, parecen un poco endebles, pero creo que aguantarán. Mejor estos que de plástico.

—Sí, además están prohibidos, creo —me dice Rain mientras voy sacando todo lo que he traído para esta noche. Las siguientes horas se hacen eternas hasta que empieza a sonar el timbre y van entrando los invitados.

Jessica y Luke son los primeros en llegar y enseguida me doy cuenta de que son pareja. Saludan a mi compañera de piso como si la conocieran de toda la vida y dejan una bandeja de minihamburguesas con patatas fritas y salsa ranchera que tiene una pinta increíble. Tengo que hacer esfuerzos para no pillar una patata y untarla. Esta salsa fue uno de mis descubrimientos al poco tiempo de pisar Estados Unidos, y ahora no sé cómo voy a vivir sin ella en España. Seguro que tiene que existir y no me he fijado antes en los supermercados porque no la iba buscando. Solo espero que sepa lo más parecida posible a como la

hacen aquí.

Los dos se sientan en el sofá y les hago compañía mientras llega Riku con una bandeja de *sushi* y Rodrigo con unos totopos, guacamole y un plato cubierto de papel transparente que parece ser una quesadilla. Bajo el brazo, con grandes posibilidades de que caiga al suelo y reviente en mil pedazos, lleva una botella de tequila. Madre mía, esto se va a poner feo.

Las siguientes en llegar son las hermanas Monika y Renate, que también han traído alcohol, en este caso de una marca alemana de cerveza. Una lleva más de diez latas grandes encima, mientras que la otra sujeta una bolsa enorme de la que se asoma un prétzel. Me encanta que la gente se lo haya tomado tan en serio.

Aprovecho los últimos minutos antes de dar la sorpresa a Naina, que aún no ha llegado, para hablar con Rodrigo en español. Conectamos enseguida y, aunque una parte de mí está tentada de preguntarle su signo, sé que entre nosotros no va a haber mucha más química que el simple hecho de tener el mismo idioma natal. Poco más.

Naina aparece por la puerta un instante después y se queda a cuadros al ver a toda esta gente en la casa de su prima.

—¡Sorpresa! —gritan a coro las hermanas alemanas.

—¡Ya estás aquí! —exclama Rain, que sale corriendo a darle un abrazo.

—Pero… ¿qué es esto? —balbucea Naina—. ¿Y por qué estáis tan guapos y nadie me ha avisado? ¡Podría haber venido con otra cosa que no fuera un chándal!

—¡Porque esa era la idea! —añade Rodrigo, que va también directo a abrazarla.

Naina nos saluda a todos, todavía procesando la sorpresa que le ha preparado Rain. Se lo esperaba tan poco que había venido con una mochila llena de juegos de la Switch y mandos para pasar la noche jugando solo con nosotras dos, sin imaginar que ahí estarían sus amigos y compañeros de trabajo más cercanos.

Harry llega elegantemente tarde, pero tarda un minuto de reloj en hacerse amigo de todos los que están todos los que le rodean.

—Ya está aquí tu chico sagitario —bromea mientras se acerca a darme un sonoro beso en la mejilla.

Desde que se ha cortado el pelo está más guapo, aunque echo de

menos su melena, que se aclaraba cuando tomaba el sol y le daba un aire surfero.

Saco las dos tortillas de patatas de la nevera y trato de no quitar el ojo de encima a Rain cada vez que se levanta a hacer algo. Quiero que disfrute también de la fiesta, aunque no sea para ella, porque estas últimas cuarenta y ocho horas no ha parado de trabajar para que todo fuera perfecto. La obligo a sentarse de nuevo en el sofá para que descanse un rato y se lo pase bien mientras reúno las bebidas, las pajitas y el hielo. Las voy dejando poco a poco en la mesa, como quien deja caer que ya va siendo hora de ir tomando una copita. Luke está en una esquina, poniendo música, mientras Renate intenta pescar un trozo de *sushi* que se le ha sumergido en la salsa de soja.

—Ay, ¡tendría que haber traído sake! —exclama Riku en cuanto ve la botella de tequila de Rodrigo.

Monika rellena los vasos de chupitos hasta arriba y los tomamos con un poco de sal, limón y unas muecas divertidísimas.

—¡Sí, hombre! ¡Y hacer una mezcla aquí de todos los alcoholes del mundo! Terminaríamos vomitando en todos los idiomas que existen —suelta Harry, y los demás se parten de risa con él.

Echo de menos a Julia, pero me alegro de que como mínimo él haya podido venir. Es auténtico, elocuente y se encarga de que todo el mundo escuche lo que ha dicho, aunque esté a varios metros de distancia. No tiene miedo a ser quien es, y por eso lo quiero tanto. No sé qué habría hecho sin sus bromas en los malos momentos que he atravesado estos últimos meses. No me doy cuenta de lo que lo he echado de menos hasta ahora. Harry es como un soplo de aire fresco, un sagitario en estado puro. Caos y desorden, pero compensados por una dosis extra de diversión y risas. Por algo su signo y el mío son tan compatibles y tienen una energía muy similar.

Los totopos con guacamole y la tortilla triunfan, y son lo primero en terminarse, mientras Harry sirve la segunda ronda de chupitos de tequila. Naina está feliz, y me alegro de verla tan animada como cuando la conocí. Me trae recuerdos de cuando estábamos en la temporada de Piscis y nos colamos en una pedazo de mansión donde estaba Zac Nelson, quien nos salvó de que nos echaran de allí inmediatamente. En ningún momento se habla de trabajo, lo cual es un alivio para todos, y me da la impresión de que Naina ni siquiera se acuerda ya de su despido cuando se toma el tercer chupito solo cinco

minutos después del anterior.

Estamos riéndonos y escuchando anécdotas de la infancia de Rain y Naina cuando llaman a la puerta. La primera vez no lo oímos porque la música está demasiado alta, pero la segunda vez se escuchan unos golpes con total claridad.

# CAPÍTULO 3

## EL DE LOS VECINOS QUE NO VIENEN A PEDIR UN POQUITO DE SAL

—¿Puedes ir a abrir, Anna? —pregunta Rain mientras baja un poco la música.

En cuanto veo que hace ese gesto, me puedo imaginar por dónde van los tiros. No conozco a nadie en este edificio. De hecho, apenas me he cruzado con un par de vecinos desde que estamos aquí, de modo que a veces incluso pienso que vivimos solas, si no fuera por los de arriba, que están todo el día moviendo muebles y jugando a las canicas.

—Sí, voy.

Me pongo en pie de un salto y voy directa a la puerta. En cuanto abro, aparecen tres chicos delante de mí. Por supuesto, es la primera vez en mi vida que los veo. Uno es bajito y con gafas redondas, otro viste un chándal *beige* y el tercero tiene el pelo más largo que el mío y unos pendientes con forma de osito de peluche. No pueden ser más distintos entre ellos.

—Hola, somos los vecinos de dos plantas más arriba, del 42 —se presenta el del chándal monocromático. Tiene una expresión felina, casi hambrienta, como si estuviera disfrutando de esta intervención—. Se oye la música desde allí, ¿podéis bajarla un poco? Es que algunos trabajamos.

No me gusta nada el tonito con el que me habla, sobre todo con el que suelta esa última frase. Pero les pido perdón, porque realmente la música estaba a tope hasta hace un instante, y les digo que no volverá a pasar. El de las gafas redondas me mira con una sonrisa en los labios y el otro se despide con la mano mientras se dan la vuelta.

Cierro la puerta y voy directa hacia Rain.

—La música, que se oye dos plantas más arriba —le explico.

—¿Quiénes eran?

—Los del 42. ¿Los conoces?

Rain se encoge de hombros y sigue la fiesta.

—No me suenan.

Riku enciende la televisión y abre YouTube para que hagamos un karaoke. Me echo las manos a la cabeza, porque cantar nunca ha sido uno de mis fuertes, y dejo que vayan pasando todos por delante mientras intento pensar una excusa para escaquearme. Voy a la cocina, y cuando regreso al salón me doy cuenta de que han vuelto a subir el volumen.

—Voy a bajarlo un poquito para que… —empiezo a decir sintiéndome culpable por ser la aguafiestas, pero Rodrigo se queja en español y me pide que lo deje.

No digo nada más, pero sé que volverán a llamar y nos meteremos en un problema. Hago como que voy a la cocina otra vez para ponerme una copa, y justo oigo de nuevo los nudillos golpeando la puerta. ¿Es que no funciona el timbre? Dejo el vaso con un ruido sobre la encimera y voy a abrir otra vez, rezando para que no sea la policía.

—Buenas noches, vecinita. —Son de nuevo los tres de antes. El chico del chándal sonríe con una pizca de maldad y mira hacia dentro.

—¿Qué pasa, no nos invitáis? —dice el de los pendientes de ositos de peluche.

—O si queréis llamamos a la pasma —añade el de las gafas.

En ese momento, aparece Rain a mis espaldas.

—¡Ah, Firenze! —exclama, y va corriendo a abrazar al del chándal.

Tengo que parpadear varias veces hasta procesar su nombre. Me suena de algo…

—¿Todo bien, jefa? —le pregunta él, que claramente está disfrutando de ese momento de protagonismo.

Me sorprende que se conozcan, ya que hace un instante Rain me ha dicho que no sabía quiénes vivían en el apartamento 42. Igual es que no los ha reconocido por el número.

—Anna, estos son Chad, Pieter y Firenze —dice señalando por orden al de las gafas, los pendientes y el chándal—. ¿Vosotros sois los

que habéis llamado antes? Pasad, pasad, estamos celebrando una fiesta.

—Eso nos ha parecido —dice Chad, pero Rain pasa olímpicamente de él y sigue mirando a Firenze embobada.

Se echa a un lado para que entren, pero se hacen los duros.

—Vamos a subir a por alguna cosilla y volvemos —informa Pieter.

Todos parecen hacerle caso y desaparecen por las escaleras. Miro a Rain de hito en hito.

—¿De qué los conoces? —le pregunto, todavía preocupada por la interacción que hemos tenido. Hace un momento pensaba que la policía se iba a plantar en nuestra casa, y ahora resulta que Rain ha invitado a los que se han venido a quejar.

—Conocí a Firenze el primer día que me mudé aquí, estuvo a punto de ocupar tu habitación, de hecho, antes de que vinieras, pero al final se fue a vivir con ellos. Imagino que salía más barato. O que no quería vivir con dos chicas.

Rain levanta las cejas y me deja ahí, plantada en la puerta, esperando a que regresen. No me importa quedarme, porque así me escaqueo del karaoke, pero no entiendo por qué se ha puesto tan rara de repente. Un par de minutos después, los tres regresan con comida, una botella y un par de juegos de mesa en las manos. El grupo los recibe como si fueran amigos de toda la vida aunque no los conocen de nada. Imagino que tiene algo que ver con el tequila que ha traído Rodrigo.

Chad se sienta cerca de Jessica y Pieter ocupa mi sitio. Mientras tanto, Firenze va directo al congelador y se sirve él mismo un par de hielos en uno de los vasos de plástico.

—¿Tenéis lima? —pregunta Firenze.

Ahí está de nuevo esa aura extraña en su mirada, como si estuviera haciendo algún tipo de travesura y tratara de hacerse el interesante al mismo tiempo. Resulta casi magnético. Mi mente enseguida intenta buscar alguna conexión con el Zodiaco, pero me quedo en blanco.

—No —respondo plantándome un poco.

¿Quién es toda esta gente y por qué han entrado como si nada? No quiero hacer de madre del grupo, pero no me gusta que tres extraños se hayan colado en nuestra fiesta y que uno de ellos empiece

a cotillear sin vigilancia por la cocina.

—¡Anna! —exclama Rain viniendo hacia mí con unas cartas en la mano de un juego que no reconozco—. Te presento a Firenze. Esta es la sorpresita que te tenía preparada. Él es géminis…

Le miro y le intento sonreír. Si existiera el premio a la sonrisa más forzada del año, me lo darían sin pensarlo dos veces. ¿En serio me ha hecho esta encerrona? Observo al chico géminis, que me devuelve la mirada con esos ojos tan voraces, y me siento un poco incómoda. Los tiene rasgados, con el párpado ligeramente caído.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —dice él—. Venga, un abrazo.

Lo saludo como es típico en este país mientras me obligo a relajarme un poco. No sé por qué me he puesto tan nerviosa.

—Anna está haciendo un experimento sobre el Zodiaco y tiene que salir estos días con un chico géminis, así que pensé que podrías ser un buen candidato.

Me dan ganas de coger a Rain, llevarla a otra habitación y preguntarle por qué no me había avisado antes, por lo menos para que no me pillara de sopetón. Pero intento mantener la calma y no perder el control en cuanto me sacan de mi zona de confort.

Ya la mataré lentamente mañana.

—Bueno, os dejo para que os conozcáis —se despide Rain lanzándome una sonrisita que esconde un perdón, un de nada y un buena suerte al mismo tiempo. O, por lo menos, eso es lo que me parece.

—¿Una copa? —me ofrece él.

Niego con la cabeza. Después del chupito de tequila, se me ha quedado el estómago revuelto y no quiero beber más, por si acaso. No me apetece terminar siendo la que todos recuerdan porque se puso fatal o porque vomitó en la fiesta de Naina.

—Prefiero que no, tengo el estómago regular —confieso.

—Eso es que te has puesto nerviosa al verme.

Su confianza en sí mismo me golpea en la cara. Wow. Desde luego, el chico sabe cómo dejar huella.

—Yo creo que ha sido más bien que pensaba que ibais a llamar a la policía —me defiendo, y me descubro a mí misma tonteando con esta respuesta.

Firenze se ríe.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —me pregunta.

Me doy cuenta de que no tiene intención de unirse a la fiesta cuando me señala uno de los taburetes de la cocina y él se sienta en el otro. No me parece mal. Al fin y al cabo, no conozco las reglas de ese juego de mesa que han traído, y creo que ya es tarde para que me las expliquen.

Vale, y porque hay algo en este chico que me atrae como un puto imán. Lo reconozco. Pero, en mi defensa, diré que sigo aquí solo por curiosidad.

—Desde finales de enero, principios de febrero, más o menos —hago memoria—. ¿Y tú?

—Me mudé aquí poco después de Año Nuevo. Necesitaba un cambio de aires.

Por supuesto, no añade nada más, pero no se lo voy a poner tan fácil.

—Qué bien. —Finjo desinterés para ver cómo reacciona, y tengo que reprimir una sonrisa cuando me doy cuenta de que ha caído de lleno en mi trampa.

—Estaba teniendo muchos problemas con mis compañeros de piso y decidí vivir solo, pero me aburría; entonces volví a buscar para compartir y descubrí que en este edificio había dos habitaciones. Me quedé con la de arriba porque conecté enseguida con Chad y Pieter, y les gustan tanto los juegos de mesa como a mí. Estamos un poco viciados, no te lo voy a negar. Pero estuve visitando este piso, y de hecho me senté en la que hoy es tu cama.

Firenze me guiña el ojo y de pronto mi interés se esfuma.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Que la marcaste como tuya, o algo así? —Podría parecer que lo digo para flirtear, pero en realidad es más una especie de amenaza rara.

¿En serio se cree que me voy a dejar intimidar por eso? ¿O que me va a conquistar así?

El chico se parte de risa.

—Puede ser, puede ser. No, es broma, claro que no —responde enseguida—. No soy ese tipo de baboso, aunque sí que reconozco que me gusta mucho conocer gente y que tengo alergia al compromiso.

Me viene a la mente Adrián, el chico acuario.

—Si quieres ser el chico géminis, debes saber que no te estás vendiendo muy bien —replico, esta vez un poco más calmada.

Tampoco quiero meterle mucha caña.

—En realidad, me gustaría ser *uno* de tus chicos géminis.

Deja la frase en el aire otra vez. Aunque tengo que reconocer que, en esta ocasión, sí que me ha picado la curiosidad.

—¿Uno de…? —pregunto mirándole primero a un ojo y luego a otro.

—Sí. Verás, cuando Rain me habló de tu experimento…, me llamó mucho la atención, porque creo que podría gustarte lo que tengo que ofrecerte.

Se estira las arrugas del chándal, como si fuera en traje o algo así.

Levanto las cejas. De verdad, este chico recibió una dosis extra de confianza en sí mismo cuando nació. Ojalá fuese un poco más como él en ese aspecto.

—¿Sabes que Géminis se representa siempre como un par de gemelos? En la constelación son como un par de muñecos, uno al lado del otro, juntos. Bueno, pues he venido a presentar mi candidatura porque Rain me ha dicho que buscas lo más parecido a la teoría de los signos del Zodiaco, y creo que no puedes encontrar nada más de libro que a mi hermano gemelo y a mí. Los dos géminis de pura cepa, nacidos con quince minutos de diferencia. Ah, y somos casi idénticos, solo nos diferenciarás por la ropa y por nuestra personalidad, poco más. No es lo típico de que uno tiene una peca… Ya sabes. Pero no te supondrá ningún problema diferenciarnos, porque él es el empollón y yo el divertido. En fin, he hablado con mi hermano y le parece bien. Podrías salir con los dos y utilizarnos como sujetos de tu experimento sin problema, hasta nos puedes comparar si quieres… Será divertido, ¿no?

Me quedo de piedra en cuanto escucho su proposición. Es demasiado buena para ser cierta, demasiado ideal. A Anthony y a todo el equipo del podcast, incluida Melissa Moon, les encantaría. Y a mí…

—Me da un poco de miedo —confieso, y al momento me arrepiento de haber compartido mis sentimientos con un extraño.

—¿Miedo? —pregunta Firenze—. No te vamos a comer ni nada por el estilo. Ni a hacer cosas raras de tríos con gemelos y eso. Bueno, a no ser que lo necesites para tu experimento…

—No, la verdad es que participar del incesto no está en mis planes —respondo enseguida, y él se ríe.

—Era broma, era broma —se explica, pero algo en su mirada me dice que quizá estaba intentando tantear el terreno.

Si ya me cuesta concentrarme con una sola persona, no me puedo imaginar con dos. Y, encima, idénticas. Y todavía más importante: que fuesen hermanos. Dios mío, no podría ni concebir cómo se desarrollaría eso.

Unos gritos de júbilo provenientes del salón me recuerdan que no estoy sola.

—Me lo pienso y te digo algo al final de la fiesta —le digo, porque realmente necesito un poco de tiempo para procesar la idea.

—Me parece bien —ronronea Firenze.

Creo que en su mente ya piensa que he aceptado.

El resto de la noche intento participar en los juegos de mesa, aunque soy malísima para las instrucciones y me lío todo el rato. Firenze, por su parte, es insaciable. Sabe jugar a todos, hace alianzas y traiciona algunas de ellas con tal de ser el vencedor. Se pelea con Chad cuando este le acusa de hacer trampa, y el chico géminis se defiende diciendo que él siempre juega para ganar. En el fondo, a pesar de su actitud de chulito, debo reconocer que tiene algo que me atrae a él como un imán. Por eso, cuando termina la noche, aunque sé que quizá me voy a arrepentir, pienso en todo el juego que podría dar al experimento que hubiera dos gemelos géminis.

Y acepto.

# CAPÍTULO 4

## EL DEL (PRIMER) CHICO GÉMINIS

Acepté el trato con Firenze con una condición: conocer primero a su hermano gemelo. Le pareció una petición un poco extraña, pero tampoco opuso resistencia. Me enseñó algunas fotos de cuando ambos eran pequeños. Realmente se parecían un montón, por lo menos de niños. Por eso, cuando unos días después estoy esperando a que aparezca Ru, el otro chico géminis, solo tengo que pensar que estoy realmente aguardando a Firenze.

No me puedo imaginar cómo tiene que ser ir por el mundo sabiendo que hay una persona clavada a ti caminando por ahí. ¿Se intercambiarían alguna vez de pequeños para hacer trastadas? Estoy convencida de que sí.

Pensar en los gemelos me recuerda a una oferta de trabajo a la que mandé mi currículum hace poco. En su logo había dos muñequitos muy parecidos, cogidos de la mano. Aunque pasé de fase en un par de ocasiones, nunca me llamaron para hacer la entrevista.

Miro a mi alrededor y, conforme pasan los minutos, me pregunto si he hecho bien en fiarme de Firenze para que organizara mi primera cita con Ru. A pesar de tener una personalidad muy carismática y vacilona, había algo en él que no me terminaba de convencer. Por eso, cuando ya pasan cinco minutos de las diez y sigo esperando en la puerta del restaurante donde he quedado con Ru, me recuerdo a mí misma que lo estoy haciendo por mí. Por vivir nuevas experiencias y por salir de mi zona de confort. No por otro motivo, ni mucho menos para quedar bien con un desconocido. Y que siempre me puedo echar atrás si esta dinámica doble no me termina de convencer o no me siento cómoda.

En cuanto veo al gemelo de Firenze acercarse a mí, pienso que

me está vacilando y que es la misma persona. Mi cabeza me juega una mala pasada, y por un momento estoy a punto de soltarle que le he pillado, que si quería quedarse conmigo ya lo ha conseguido y que deje de hacer el tonto, que ya estamos mayorcitos. Sin embargo, la curiosidad me impide decir nada cuando Ru se acerca a mí y me saluda con un abrazo.

—¿Qué tal, Anna?

Inspecciono cada sílaba que sale de su boca, intentando encontrar la mínima diferencia entre Firenze y él. Pocas horas antes de vernos me ha pedido que lo llamara Ru porque no le gusta su nombre completo, y ese comentario me había sonado un poco a la típica broma que Firenze haría para engañarme todavía más.

—Bien, ¿y tú?

—Un poco nervioso, no te voy a mentir. ¿Entramos?

El chico me señala la puerta del restaurante donde hemos quedado. No es que Ru haya llegado muy tarde, sino que yo me he plantado aquí veinte minutos antes porque he calculado mal la distancia. Dar una vuelta a la manzana para hacer tiempo no ha sido una opción, porque con estos zapatos de plataforma quiero andar lo mínimo posible para evitar potenciales esguinces de tobillo. Pero son los únicos que me conjuntan con la blusa color esmeralda que llevo, así que la combino con unos pantalones cortos negros, unas medias casi transparentes y unos botines verde oscuro.

Él también ha venido muy elegante. Nada que ver con el chándal de Firenze. Se ha puesto un traje azul marino y una corbata, lo cual me parece pasarse un poco, pero no me molesta, ya que el sitio al que vamos es más serio de lo que estoy acostumbrada. Tiemblo por mis ahorros.

Ru me abre la puerta y nada más cruzar el umbral me embriaga un olor a perfume caro. El chico va detrás de mí y se acerca al mostrador, donde verifican su reserva. Una camarera nos guía hacia un pequeño reservado, y me doy cuenta de camino de que casi todas las mesas son así. Se ocultan tras una pantalla opaca de color azul zafiro oscuro para que no se pueda ver quién está sentado detrás. La mesa tiene un banquito a cada lado, y Ru me deja elegir un sitio mientras se quita la chaqueta.

—¿Habías estado aquí en alguna ocasión? —me pregunta.

Enseguida noto la diferencia entre gemelos que Firenze me había

comentado la noche de la fiesta. Ru habla de una forma más pausada, casi ceremonial.

—No, de hecho, creo que nunca había estado en Sunset Boulevard, excepto una vez que pasé en coche.

La famosa calle de Los Ángeles está situada al noroeste de mi barrio, Westwood. Incluso más allá de Beverly Hills. Con casi cuarenta kilómetros de longitud, ha albergado casinos y bares un tanto conflictivos varios años atrás, hasta convertirse en uno de los epicentros de tiendas y restaurantes de moda de la ciudad.

Aunque en transporte público se llega enseguida, no había venido hasta ahora. Por lo menos, todas mis citas y amoríos, incluidos los que acabaron en desastre, me estaban ayudando a conocer un poco más la ciudad.

—Es una zona muy agradable. Aunque me pilla algo lejos de mi casa.

—¿Por dónde vives? —le pregunto.

Estoy tentada de decirle que no hace falta que me mienta, que sé que es Firenze, pero camuflado bajo un traje… Aunque su forma de hablar es demasiado diferente, muy formal para alguien como Firenze.

—En Hawthorne. ¿Te suena?

Niego con la cabeza.

—Es la ciudad donde se formó el grupo The Beach Boys —me explica Ru—. Igual has oído hablar de ella por eso, aunque tengo que reconocer que es pequeñita. No hay mucho más, realmente, pero me gusta.

—¿Naciste ahí? ¿O solo trabajas?

—Ambas. Toda mi familia proviene de Hawthorne, Firenze y yo nacimos ahí. Él se fue a vivir a la ciudad, pero yo me quedé, porque realmente estamos a treinta minutos en coche. Cincuenta, como mucho, en hora punta.

Un camarero se acerca a dejarnos los menús sobre la mesa y nos pregunta si tomaremos vino. Miro a Ru con pánico, esperando a que elija él, porque yo no tengo ni idea de eso. Sin embargo, él parece estar muy puesto en estos temas.

—¿Cuál nos recomienda? ¿Te gusta el vino tinto? —me pregunta.

—Sí, el que quieras.

Lanzo de nuevo la pelota a su tejado. El camarero comienza a soltar una retahíla de vinos y Ru elige uno, a lo que el camarero

responde alabando su elección.

—He escogido uno con una textura aterciopelada y con un final afrutado —me informa inclinándose hacia mí en cuanto el camarero nos deja otra vez a solas—. Es broma. No tengo ni idea de qué he escogido.

Me río, y por fin me suelto un poco al ver que Ru no es tan pedante como parecía al principio con esa ropa y escogiendo un lugar como este.

—Menos mal, pensaba que era la única. Nunca sé qué pedir en estos sitios —susurro.

—Yo suelo recurrir a la táctica de que elijan mis amigos. O mi hermano, en las cenas familiares. A él le encanta regodearse de sus conocimientos vinícolas.

Sonrío y empatizo de golpe con él. Quizá no es tan malo como pensaba. Desde luego, es mucho más agradable que su hermano, y ahora sí que tengo claro que no me están tendiendo una trampa.

Cogemos los menús y elijo lo más barato de la carta, que por desgracia es una ensalada. Aun así, la que menos cuesta no baja de veinticuatro dólares. No me lo puedo creer. Cuando pido, casi me sangran los ojos de ver el número veinticuatro en la carta, y eso que luego las tasas se pagan aparte y habrá que dejar propina. Esto del Zodiaco me está saliendo más caro de lo que esperaba. Ya podría pedir factura y pasársela a Anthony y sus colegas de Glass…

No sé qué pide Ru, porque tiene nombre francés, y prefiero no saber cuánto cuesta. Devolvemos las cartas y el chico géminis se vuelca en preguntarme cosas sobre mí y mi experimento, qué me trajo a Los Ángeles y cualquier otro detalle curioso sobre el podcast. Al final, casi me da vergüenza que estemos hablando solo de mí, así que tengo que cambiarle de tema e indagar un poco más sobre él.

—Estudié un doble grado en Relaciones Institucionales y Derecho, y ahora trabajo en una de las Big Four, en Deloitte. Está en Pershing Square, no sé si has ido por esa zona alguna vez, es bastante céntrica. Ya sé que tú eres vecina de Firenze en Westwood…

Desconecto por unos instantes de la conversación. En cuanto ha dicho el nombre de la parada de metro, me acuerdo de cuando fui con Zac Nelson a la famosa librería The Last Bookstore, que está justo al lado.

Un montón de *flashbacks* sobre nuestra relación falsa me vienen a

la mente. Recuerdo cuando Zac me dijo que sentía por mí un poco más de lo que había planeado, y cómo yo, con todo el dolor de mi corazón, me tuve que separar de él por su propio bien. Por lo que he ido viendo en las redes, tras terminar aquella última canción que se le había atragantado, había conseguido ganar todavía más popularidad, y estaba preparando una gira de conciertos por Estados Unidos, Canadá, Australia y algunos países de Europa.

—Sí, he estado en The Last Bookstore —le digo—, pero tampoco te creas que he hecho tanto turismo como querría. Es mi asignatura pendiente en esta ciudad.

—Tranquila, tampoco llevas tanto, ¿no? —me pregunta Ru.

—Ni un año —confirmo—. Quizá este verano podría dedicarme un poco a visitar la ciudad, ya que no sé hasta cuándo voy a estar por aquí.

A Ru le sorprende la sinceridad de mi respuesta.

—¿Tienes fecha de vuelta?

Ni yo misma sé qué responderle.

—¿La verdad? No lo sé… Pero no quiero ponerme intensa, ya hemos hablado mucho de mí. Me estabas contando sobre tu trabajo. ¿Es muy exigente?

Ru suspira. Nos traen el vino, y cuando lo pruebo debo admitir que está mejor de lo que esperaba.

—Demasiado. Tuve que recortarme el horario para poder vivir un poco. Me da igual cobrar menos, pero trabajar más de doce horas al día, por mucho que te paguen, es inhumano… Prefiero ganar menos y tener libre a partir de las cinco para poder quedar con mis amigos, dar una vuelta, leer o simplemente descansar en casa. Es que en cuestión de seis meses a jornada completa perdí a casi todas mis amistades. Y me quedé sin tiempo para mis aficiones.

—¿En serio?

Ru asiente, y veo un brillo de tristeza en sus ojos.

—Aquí es muy complicado hacer amigos. Cuando te das cuenta, quien tanto te quería de pronto te está utilizando, y todo ese tiempo compartido ha sido una mentira. Hasta mi hermano a veces es un poco así —se ríe—. Pero, bueno, no quiero ponerme negativo. Ahora me siento muy bien donde estoy, y puedo vivir alejado de la vorágine de la ciudad y mantener mi vida social.

Lo miro con ternura, porque no esperaba que se abriera tanto a

mí en una primera cita.

—¿Y en el trabajo? ¿También eran un poco así?

—¡Buf! —exclama Ru—. Totalmente. En lugares como esos solo hay dos opciones: o haces el tipo de amigos que se convertirán en tu padrino de boda, o encuentras a tu enemigo mortal. No hay punto medio.

—Madre mía, pues en el amor ya ni te pregunto —le digo.

Justo en ese momento aparece el camarero con nuestros platos. Me aparto para que me sirvan el mío con cuidado sobre la mesa.

—En realidad no me puedo quejar, he tenido bastante suerte —reconoce Ru.

Por un momento, temo que mencione que tiene novia y que de alguna manera le está poniendo los cuernos acudiendo a esta cita… sabiendo lo que busco yo. Me da la impresión de que Ru detecta el pánico en mis ojos y enseguida se explica.

—Quiero decir, estuve saliendo con una chica durante muchos años, casi diez.

—¿¡Diez!? —Sus declaraciones son tan inesperadas que grito un poco más alto de lo que debería en un restaurante como este. Menos mal que estamos algo apartados.

—Sí —reconoce él recordándolo con una sonrisa—. Estábamos juntos desde el instituto. Era genial, porque ella me fue acompañando en cada paso de mi carrera, cuando nos graduamos, fuimos a la universidad, conseguimos trabajo al mismo tiempo… Pero ella me dejó.

Tuerzo el labio, sin saber muy bien qué añadir. ¿Qué se supone que debo decir en estas situaciones? ¿Que lo siento? ¿Que seguro que ahora le iba mejor sin ella? Sin embargo, Ru tiene tantas ganas de hablar que me responde él mismo a la pregunta que nunca he llegado a hacer.

—En sus palabras, dijo que se aburría conmigo. Joder, ya me lo podía haber dicho nueve años antes, ¿no? Nos habríamos ahorrado bastante tiempo…

Si Olivia estuviera aquí, gritaría: «*red flag*!».

Aparto esa imagen de mi cabeza.

—¿Sigues hablando con ella? —le pregunto intentando relajar un poco el tema, ya que Ru parece haberse alterado de golpe.

—Qué va —dice él cortando un trozo de salmón que tiene una

espina peligrosamente cerca—. Se marchó a Chicago y nunca supe nada de ella. Me encontré a su hermana varios meses después y me dijo que estaba genial, viviendo la vida…, como si estar conmigo hubiera sido una pesadilla. Que ahora era libre de verdad y que se la veía mucho más feliz.

Me remuevo en la silla, incómoda. Por un lado, no me gusta que Ru esté dando tantos detalles de su antigua relación, sobre todo cuando está en una cita…, pero luego recuerdo que esto es exactamente lo que yo he estado haciendo en los últimos meses. He contado tantas veces la historia de Carlos y mi casi boda que podría repetirla incluso en mi próxima vida. Creo que esta es la primera vez, mi primera cita zodiacal, en la que no he mencionado nada del tema.

—¿Y ahora estás buscando una nueva candidata? ¿O el trabajo y tus amigos no te dejan mucho tiempo?

—Bueno, a veces mi hermano intenta juntarme con alguna chica, pero no suele tener mucho éxito. Es como si no me conociera. Me busca chicas de las que le gustan a él.

Estoy tentada de preguntarle por eso último, pero me freno a tiempo. Doy gracias por haber podido controlar un poco mi impulsividad, o iba a revelar mis cartas demasiado rápido.

—O sea, que cuando te habló de mí, ¿pensaste que era otra más?

—No, no —responde Ru—. Me llamaste la atención por todo el tema del experimento que estabas haciendo, y por la historia de tu boda fallida, que me adelantó Firenze.

Ah, bueno. Pues ya lo sabía todo, entonces. Me imagino que su hermano gemelo lo habrá escuchado en el podcast.

—Bueno —digo sin mucho más propósito que rellenar el silencio incómodo que se ha generado entre nosotros.

—Pero tú eres diferente, ¿eh? —me insiste Ru—. Eres diferente al resto de las chicas que he conocido.

La Anna de catorce años estaría con los ojos brillantes al escuchar esa frase, pero la de casi treinta sabe que son palabras que no auguran nada bueno. «Tú eres diferente a las demás», «nunca me había sentido así hasta que te conocí» y «mis exnovias están locas» son otras frases que, si escucho ahora, me ponen en guardia.

—¿Eso es algo bueno? —le sigo el rollo para ver adónde quiere llegar Ru.

—Claro. Eres divertida, femenina, tienes las cosas claras, no

quieres que te ponga un anillo en el dedo el primer día. En general no eres una mujer retorcida de esas a las que les gusta estar todo el día peleando y criticando.

Wow.

Ahora sí que debo hacer todos los esfuerzos del mundo para contenerme, pero aun así no lo consigo. Sus comentarios machistas me calientan demasiado, y no en el buen sentido.

—¿Y qué hay de malo en que una mujer no sea femenina, quiera un anillo y… qué más has dicho?

—No hay nada malo, simplemente no es para mí, no me gustan ese tipo de chicas tan… —se defiende Ru dejando el final de su frase en el aire.

Menos mal.

—Pero estuviste con una chica nueve años que cumplía un poco con lo que ahora no te gusta, ¿no? No quiero meterme donde no me llaman, pero por lo que me has contado…

—Por eso no me gustó estar con ella al final, yo ya no quería saber nada —me corta él.

—Pero te dejó ella a ti, no al revés —le recalco—. No sé, igual eso te dolió más de lo que esperabas, todavía tienes esa espinita clavada y como cicatriz te ha quedado un poco de miedo al compromiso. No lo sé, hablo sin saber —insisto tratando de no sonar muy pesada—. Perdona si me he pasado.

No me doy cuenta de que, aunque le estoy hablando en un tono perfectamente normal, Ru está que se sube por las paredes. Las mejillas le han cambiado de color, ahora son casi tan rojas como el vino tinto que nos han servido y que todavía no he tocado.

—Lo dice la que salió corriendo de su propia boda y dejó tiradas a… ¿Cuántas, Anna? ¿Doscientas personas? —Ru suspira, exasperado, y se quita la servilleta de las rodillas y la lanza sobre la mesa—. Es que alucino con que tú me vengas a hablar de compromiso cuando estás despechada porque no te pudiste casar y ahora buscas a doce hombres que te consuelen con tal de no estar sola —grita, y por un momento temo que vengan a llamarnos la atención.

Hace meses, me habría molestado que me sacaran el tema para hacerme daño. Pero ahora ya estoy tan insensibilizada que hasta me hace gracia que lo use para atacarme.

—Por favor, Ru, no te pongas así o nos echarán del restaurante.

Sin embargo, sus mejillas están más encendidas que nunca, y no parece tener ninguna intención de dejar de lado esta conversación.

—Sí, cambia de tema —me dice al ver que no he reaccionado en absoluto a todas sus acusaciones—. Sabía que esto iba a ser una mala idea.

Ru se pone de pie y empieza a rebuscar en el bolsillo de su pantalón. Saca cuarenta dólares en varios billetes y los lanza a la mesa sin ningún cuidado. Uno de ellos cae sobre su plato de salmón a medio terminar.

—Toma, aquí tienes la mitad de la cuenta —me espeta, casi con un tono de asco en su voz—. Porque imagino que serás de las que no dejan que las inviten a nada, ¿no?

De nuevo, intento no reaccionar. Si supiera lo ridículo que se ve desde fuera, volviéndose a vestir con su chaqueta (con el calor que hace ahí fuera) y peleándose con la manga porque no consigue atinar hasta el cuarto intento.

—¿No vas a decir nada? —insiste.

—No, la verdad es que me has dejado sin palabras —reconozco.

—Suelo tener ese efecto en las mujeres.

Ru se da la vuelta y sale del pequeño reservado. Me intento imaginar cómo se verá la escena desde su punto de vista, abandonando el restaurante y dejando esa frase en el aire como si fuera el final de una película de James Bond, o algo así.

Aguanto tres segundos, quizá cuatro, y entonces no puedo evitar estallar de la risa.

# CAPÍTULO 5

## EL DEL (SEGUNDO) CHICO GÉMINIS

En cuanto salgo del restaurante, llamo a Julia. No sé ni por dónde empezar. Doy las gracias al cielo por esas amigas a las que recurres nada más te sucede algo increíble, esas personas cuyo nombre pasa por tu cabeza en un nanosegundo cuando necesitas contar un drama inverosímil. Ahora que Lu no está aquí, y aunque la voy poniendo al día de todo de vez en cuando, Julia es esa amiga.

Le cuento con pelos y señales mi cita con el chico géminis, todos sus comentarios, cómo poco a poco iba creando una narrativa que yo sabía, de alguna manera, que iba a terminar mal por todos los comentarios que iba soltando. Perlas, más bien. Por lo menos, me ha dado suficiente contenido para el podcast. Y me he divertido, mucho. Pero, sobre todo, me ha ayudado a darme cuenta de lo que yo he cambiado en estos últimos meses. Si esto me lo hubiera dicho, por ejemplo, el chico sagitario, me habría venido abajo y habría estado tres días llorando en la cama, sin salir, regodeándome en mi miseria. Sin embargo, ahora soy capaz de reírme de mis propias desgracias. Y, sobre todo, de llamar a una amiga para contárselas sin omitir ni un detalle.

—Estoy… flipando —me dice Julia al otro lado del teléfono—. Creo que no hay suficientes palabras juntas en inglés y en español para definir cómo me siento ahora mismo. Dios mío, es que es surrealista. Es tan poco creíble que va a ser difícil contarlo en el podcast y que todo el mundo crea que te ha pasado de verdad.

—¿A que sí? Bueno, en realidad hay muchos machitos por ahí sueltos…, pero el espectáculo de Ru creo que va a ser muy difícil de superar.

—Y tanto —añade Julia, y me pide de nuevo que piense en más

detalles de la cena, algo que haya podido pasar por alto.

—Me parece que eso es todo… —le aseguro—. Aunque ahora la duda que me queda es si su gemelo querrá seguir quedando conmigo.

—Uf… —suspira Julia—. Yo apostaría por que sí. Parecía el gemelo travieso, así que es probable que te escriba.

—Eso te iba a decir, ¿le escribo yo? ¿Le cuento lo que ha pasado con Ru? ¿O espero a que él me diga algo?

Julia se ríe.

—Seguro que habrá llamado a su hermano para preguntarle qué tal ha ido.

Inclino la cabeza, aunque Julia no pueda verme, mientras atravieso los tornos del metro.

—Yo no estoy tan segura, me parece que Firenze es más pasota. En fin, creo que voy a darle un día a ver si me escribe y, si no, lo haré yo —le digo a Julia—. Te dejo, que voy a subir ya al metro.

—Vale, me vas contando, cuídate mucho y descansa, que aguantar una escenita como esa agota a cualquiera.

—Adiós, guapa —le digo en español.

—Adiós —me responde ella—. ¡Una cosa! ¡No me cuelgues! —me grita de pronto volviendo al inglés.

Casi me da un susto de muerte.

—¿Qué ocurre?

—¿Tienes el número de Ru? Bueno, mejor dicho, ¿él tiene el tuyo? —dice muy rápido Julia.

—Sí, claro. ¿Por qué? —quiero saber.

—Por nada, para asegurarme de que puede escribirte.

—Sí, también tiene mi Instagram, así que…

—Bien —responde ella, conforme con mi respuesta—. Vale, bueno, vamos hablando.

Justo después de colgarle, llamo a Martina. Ahora es primera hora de la mañana en España y ella es madrugadora. Cruzo los dedos para poder hablar con ella, pero, tras insistir durante un rato, no descuelga. Imagino que estará ocupada. Le dejo un mensaje y le pido que me llame en cuanto pueda.

Enseguida escucho un sonido que me indica que me han respondido, pero no es el nombre de mi hermana el que aparece en la pantalla, sino el del chico géminis.

El otro.

Firenze.

¿Qué tal ha ido la cita con mi hermanito? ¿Ya te has dado cuenta de que, realmente, yo soy el gemelo bueno?

Suelto una especie de risa y suspiro al mismo tiempo. Madre mía, este chico se lo tiene muy creído. Espero hasta llegar a casa para responderle y así hacerme un poco la interesante.

Como si tuviera muchas cosas que hacer a estas horas… Ni siquiera debo madrugar mañana.

Últimamente me encargan, como mucho, dos o tres traducciones cortas al mes. Al parecer, mi creciente «fama» en las redes sociales había hecho que muchos clientes, con los que había trabajado durante varios años, fueran desvaneciéndose poco a poco. No habían desaparecido de la noche a la mañana. Simplemente habían ido expandiendo en el tiempo sus encargos. Sus mensajes, que antes eran casi diarios, pasaron a llegarme solo una vez a la semana. Ahora apenas me extraño si durante una semana completa no recibo ni un mensaje.

Pensar en eso me enfurece. Yo estoy segura de que la calidad de mi trabajo no ha cambiado, aunque tenga otras cosas que hacer. Pero de ahí a que dejen de contar conmigo… No me gusta. Como si un autónomo no pudiera tener varios trabajos para sobrevivir, porque con la traducción me iba justo para pagar el alquiler…

En fin. Me ponía de mala leche si le daba demasiadas vueltas al tema. Ya me he obligado en otras ocasiones a no hacerlo, pero cada vez que alguien me lo menciona, o incluso si yo misma me acuerdo, no puedo evitar pensar que quizá a la gente no le apetece que la relacionen conmigo ahora que el experimento del Zodiaco es cada vez más público. No quiero pensar mal de los demás, pero una vocecilla en mi cabeza me dice que es, en parte, por eso.

Ningún bufete de abogados «serio» y «distinguido» quiere tener por traductora a una mujer joven con una vida social y sexual activa. En fin.

Llego a casa un poco hecha polvo, todavía con las imágenes del final de mi cita con Ru en bucle. También estoy cansada. ¿Por qué

hemos quedado tan tarde?

Atravieso el portal y cierro a mis espaldas. Ahora he desbloqueado un nuevo miedo, y es a encontrarme a Firenze en el ascensor y tener que mantener una conversación incómoda sobre el tiempo o el horario de recogida de las basuras, por ejemplo. Sin embargo, hoy está todo tranquilo. De hecho, ni siquiera Rain está en casa, así que aprovecho esos momentos de soledad para darme una ducha y desconectar un poco. Cuando salgo no me encuentro mejor, pero por lo menos me siento más digna.

Escojo mi pijama favorito y contesto por fin el mensaje de mi queridísimo vecino. Hay una alta probabilidad de que Ru le haya contado todo a Firenze. No sé si por despecho o porque su gemelo le haya preguntado. O quizá nunca hablan de chicas entre ellos. Eso también es muy posible. Ru y Firenze no parecen el tipo de hermanos que se cuentan todo.

Sea como sea, procedo a sacarlo de dudas.

Bueno, no terminó muy bien.

Firenze se conecta al momento en cuanto recibe mi mensaje. Interesante.

¿En serio?

¿No te ha contado nada?

No. Le pregunté y me dijo que no iba a decirme ni una sola palabra.

Se me hizo raro que Ru no hubiera ido corriendo a chivarle todo a su hermano como pensé que haría. Quizá he herido su orgullo. O está despechado y no quiere seguir con este extraño experimento entre gemelos. Decido tomar la iniciativa en mi cita con Firenze para que no

quede en el olvido.

Bueno,
ya me dirás cuándo quieres quedar.

Pues te iba a decir de vernos ya la semana que viene porque tengo planes. Pero justo mañana me han dejado tirado unos amigos con los que iba a ir a un concierto en un bar. Nada muy alocado, solo un par de copas y buena música. ¿Te apuntas?

Suena un poco a segundo plato, pero tampoco estoy para ponerme exquisita. De todas formas, el plan me gusta, así que termino aceptándolo y quedamos en el bar sobre las siete de la tarde.

Rezo para que no me baje la regla justo mañana, que me dé un día más de margen, pero no sé yo si mis plegarias servirán de algo. Con la mente pensando en la cita del día siguiente, me quedo dormida.

En cuanto abro los ojos, sé que mis ruegos no han sido escuchados, y voy como puedo al baño a ponerme la copa menstrual antes que nada.

—Genial —murmuro, todavía con la voz pastosa de recién levantada.

Paso el día en la cama porque los dolores no me dejan hacer mucho más. Rain insiste en que me tome algo, pero, por algún extraño motivo que no sé explicar, siempre suelo esperar hasta que no puedo más para medicarme. No sé si es porque soy así de tonta o porque quiero saber cuánto dolor soy capaz de aguantar. Hoy, por suerte, no es tan intenso como otras veces. Pero aun así, de forma preventiva, prefiero descansar y guardar fuerzas para esta noche.

Veo seis capítulos seguidos de *Friends*, mi serie estrella para cuando necesito una dosis de risas. Me da pereza cocinar, así que mezclo varias cosas que tengo en la nevera y el menú termina siendo una lata de anchoas, dos manzanas y un trozo de carne del día anterior. Enseguida se hace mediodía. Quiero leer un rato y el libro que me regaló Zac, que todavía tengo a medias, me pone ojitos desde

la estantería… Pero termino en un bucle de tiktoks hasta las cinco de la tarde. Después me arrastro hasta la ducha para que le dé tiempo a mi pelo a secarse y miro al armario, esperando que me ilumine sobre qué ponerme para un concierto. Del que ni siquiera sé el tipo de música, por cierto.

Opto por ir a lo seguro: vaqueros y camiseta de tirantes anchos, que ya hace mucho calor para ir con cualquier cosa de manga larga. Pienso en ponerme algún accesorio un poco más atrevido, pero enseguida lo descarto. No quiero pendientes de aro, demasiado riesgo de desgarro en un concierto. Busco en Google algunos peinados chulos que lleve poco tiempo hacer e intento recrear uno con más éxito del que esperaba.

Rain se despide de mí deseándome suerte con cara de pilla. Anda que… ya le vale. Poco después, salgo de casa con una parte del pelo recogida en dos moños y el resto cayendo por mi espalda. Las mechas de colores están a punto de desvanecerse por completo, pero aún queda algún resto de mi pelo arcoíris.

Aprovecho el trayecto en metro para llamar a mi madre y casi media hora después me planto en la puerta del bar. Dentro, ya se escucha música. He llegado un poquito tarde, pero solo cinco minutos.

Ya estoy aquí.

Estoy dentro, nada más pasar las segundas puertas a la izquierda.

Voy.

Atravieso las dobles puertas del local y sigo las instrucciones de Firenze. Enseguida lo veo, apoyado en la barra y con un aspecto bastante similar al mío. El bar, que más bien parece un *pub*, tiene un suelo de tarima que cruje con cada paso que doy y las paredes recubiertas de madera. Bueno, lo que se puede ver de ellas, ya que están cubiertas, en su gran mayoría, de fotos gigantes, cuadros,

vinilos, instrumentos y pósteres, entre otras cosas. Sobre la banda de *rock* que está tocando ahora mismo hay una moto, una Harley-Davidson que parece bastante antigua. O quizá es solo una recreación.

—¡Me encanta el sitio! —exclamo intentando hacerme oír por encima de la música.

Firenze me saluda con un abrazo y asiente.

—Sí, y el grupo es genial. La bajista es la hermana de un amigo mío que no ha podido venir, pero no quería perdérmelo.

Miro a la banda, que está formada por cinco personas. La bajista va vestida con una mezcla de colores chillones y negro que me recuerda a la moda emo de cuando yo era adolescente. El batería también ha optado por un *look* similar, a diferencia del guitarrista, que viste entero de amarillo. Hay dos cantantes, un chico y una chica, que llevan un cinturón con luces verdes, rosas y amarillas que parpadean cada vez que se mueven. Detrás de ellos, justo debajo de la moto, hay un cartel con el nombre de la banda: The Wild Neons.

—Muy apropiado —susurro.

—¿Qué? —me pregunta Firenze, pero yo hago un gesto con la mano para quitarle importancia—. Por cierto, ¿quieres beber algo? —me pregunta aprovechando que el camarero está justo enfrente de nosotros.

—Una cerveza, por favor —pido.

Firenze se acerca un poco más a mí para que nos escuchemos bien por encima del ruido. Sí, definitivamente es distinto a su hermano gemelo, aunque de primeras puedan parecer muy similares. Ru tiene la cara un poquito más alargada, afilada, mientras que los mofletes de Firenze son más redondos.

Charlamos durante un rato e intenta sacarme información sobre mi cita con Ru, aunque con poco éxito.

—Eligió un sitio muy… diferente a este. Escogió un restaurante en Sunset Boulevard —le cuento mirando a mi alrededor.

No se lo quiero decir para que no se le suba más el ego, pero me llama mucho más este plan, improvisado, desenfadado, que una cena más bien pija con puñalada final a mi cartera. Aunque aquí las copas no es que sean precisamente baratas.

—Muy de Rubeus.

Frunzo el ceño en cuanto oigo eso.

—¿Rubeus? —repito asegurándome de que lo he escuchado bien.

—Sí, ese es su nombre real —me informa Firenze, como si estuviera contándome algo divertidísimo—. ¿Tampoco te lo había dicho?

Firenze se ríe por encima de la música mientras yo doy un trago a mi cerveza.

—O sea, vuestros nombres son de Harry Potter, ¿no?

Firenze hace una especie de reverencia.

—Muy aguda —afirma él—. Hay gente que pone a sus hijos nombres sacados de la Biblia. David, Gabriel, Isaac… Nuestros padres simplemente eran fans de Harry Potter.

—Ya veo —respondo imaginándome cómo tiene que ser llamarse Rubeus en pleno siglo XXI. El nombre de Firenze aún podía pasar un poco más desapercibido, parecer incluso exótico, pero el otro…

—De todas formas, yo me llevé el mejor —dice Firenze mientras se le hincha el pecho del orgullo—. A mí me dieron el del centauro guay, mientras que mi hermano se quedó con el gigante barbudo que echaron del colegio y al que le gustan las bestias raras.

Tuerzo la cabeza, esperando que sus declaraciones no empiecen a seguir la línea de las de su hermano en la cena.

—Si no recuerdo mal, Rubeus Hagrid es uno de los personajes más queridos de la saga… —le pico, aun a sabiendas de que va a tener una respuesta preparada para eso.

—Ya, pero no es un puto centauro enorme y musculado —responde él abriendo mucho las manos—. ¿Me entiendes?

Me río y doy otro trago a mi cerveza.

—No estoy segura —respondo.

—Aunque creo que tú eres más de series de vaqueros del Oeste, ¿no?

Voy a responderle que de dónde ha sacado esa tontería, pero la banda termina la canción y la gente aplaude con fuerza. Firenze silba, con los brazos en alto, y entonces empiezan a tocar otra que parece ser la favorita del público, porque todos se saben la letra. Hasta el chico géminis la canta entre dientes cuando llegan al estribillo.

—Aquí va una confesión aleatoria que nadie me ha pedido: de pequeño quería ser estrella del *rock* —revela Firenze sin venir a cuento.

—¿En serio?

Él asiente.

—Me imaginaba de gira, en esos aviones privados con todos mis amigos, todo el día de fiesta… Buah, pensaba que sería genial. Ahora me imagino que no estará mal, pero lo veo de otra manera, claro. Mucha droga —se ríe.

—Yo no sé muy bien qué quería ser de mayor, pero estudié lo que me gustaba, y ahora soy traductora —le cuento, aunque ya no sea mi principal ocupación, realmente.

—¿Traductora?

—De documentos legales, sobre todo —añado, y me pone un poco melancólica—. Y ahora tengo lo del podcast. Pero, no sé, siempre me ha gustado trabajar tranquila con el ordenador, desde casa, con mi propio horario… Aunque ahora no trabajo de eso, pero he echado mi currículum *online* a ver si sale algo. ¿Tú a qué te dedicas ahora? Aparte de a allanar fiestas de tus vecinos.

—Va, te dejo adivinarlo —me reta él—. Te doy tres opciones. Si fallas, me invitas a la siguiente ronda.

—¿Y si acierto? —le pregunto siguiéndole el rollo.

—Pues te doy la enhorabuena.

—De eso nada, me pagas la siguiente cerveza. O no, mejor —me corrijo enseguida—, pagas el taxi de vuelta a casa.

—¿Vamos a volver juntos a casa, Anna Ferrer? —pregunta exagerando mucho cada palabra. Sus ojos se vuelven todavía más felinos.

Me hace gracia cómo pronuncia mi nombre.

—Me temo que sí, para bien o para mal. Es lo que tiene ser vecinos.

—Venga, acepto la proposición. Pero solo porque sé que no vas a acertarlo.

Su frase únicamente consigue picarme más, así que saco mi lado detective para adivinar cuál es la profesión actual de Firenze. Me da a elegir entre tres: desarrollador de videojuegos, diseñador de puzles y abogado. Esa última opción me descoloca un poco, y sé que lo ha puesto precisamente para eso. Junto a las otras dos, es la que más canta. Pero… ¿por qué no podría serlo?

Bueno, quizá porque si fuese abogado le habría pillado alguna expresión fuera de lugar o me habría llamado la atención alguna frase…, no lo sé.

Le doy varias vueltas hasta que termino descartando esa última

profesión.

—No tenemos toda la noche, chica del Zodiaco. —Firenze me mete prisa, pero yo ya estoy acostumbrada a trabajar bajo presión.

—Vale, abogado no eres —le digo. Busco en su expresión algún gesto que pueda indicarme que voy por el buen camino, pero Firenze ni se inmuta.

—De acuerdo —responde solamente.

—¿Eso qué significa?

—No significa nada, sigue con tus deducciones, Sherlock.

Hago un mohín y continúo pensando. Las dos opciones que quedan son bastante parecidas. Ambas tienen que ver con el entretenimiento, uno en pantalla y otro en formato de juegos de mesa. La segunda suena demasiado específica, pero quizá por eso es verdadera. No lo sé. Firenze tampoco tiene el aspecto de una persona que desarrolle videojuegos, pero ya aprendí hace mucho que no tengo que dejarme llevar por el aspecto de las personas. Siempre pueden sorprenderte.

Me aferro a este último pensamiento y escojo la de los puzles. Le comunico mi decisión, y él parece descontento con el resultado.

—Vale —dice y no añade nada más.

—Vale…, ¿qué?

Firenze se cruza de brazos y dice algo por lo bajo. Con el sonido de la guitarra eléctrica, que precisamente ha tenido que hacer ahora un solo, no alcanzo a escuchar lo que ha dicho.

—¡Que yo pago el taxi! —exclama, como si yo estuviera disfrutando de hacérselo repetir.

Me echo a reír y paso los siguientes veinte minutos preguntándole sobre su trabajo. Me parece fascinante. Tanto que, cuando termina el concierto, miro la hora en el móvil y me doy cuenta de que han pasado casi cuatro horas volando.

—Venga, que tengo que cumplir mi parte de la apuesta —se queja Firenze mientras aplaude a la banda, que ya se está despidiendo del público.

Yo sonrío al escuchar sus palabras. Se me había pasado por la cabeza que lo había dicho en broma y que regresaríamos en metro, si es que aún está abierto.

—Voy a despedirme de la hermana de mi amigo. Ahora vuelvo, ¿vale? —me pregunta.

—¡Te espero fuera!

La multitud ya está abandonando el bar, así que me dejo llevar por la masa de gente y agradezco un poco de aire fresco después de tantas horas encerrados con la música a tope. Muchos se van, otros esperan un rato más en la puerta, apurando sus bebidas. No sé cómo les han dejado salir con un vaso de cristal. Me aparto un poco y Firenze enseguida me encuentra.

—Venga, campeona. Vamos a buscar ese taxi que me va a salir más caro que todas las cervezas de esta noche.

—¿Campeona? —le pregunto sorprendida de escuchar un cumplido saliendo de sus labios.

—Sí, así te he llamado. Pero una vez y no más, ¿eh? No te vengas arriba.

Sonrío y lo miro acercarse a la calzada para detener al primer taxi libre que pase. Me llama la atención que, al principio, pensé que Firenze sería el gemelo «malo», el travieso, el que rompía las reglas y se metía en problemas, mientras que Ru parecía encajar en el molde del típico niño bueno, siempre bien peinado y arreglado, el gemelo exitoso. Sin embargo, las apariencias, de nuevo, me han engañado.

Firenze no tarda mucho en dar con un taxi y me abre la puerta para que pase yo primero. Al final va a ser cómodo y todo compartir con uno de mis ligues la misma dirección, aunque no el mismo piso. El vehículo arranca y Firenze me pone la mano en el muslo, apoyando la cabeza hacia atrás y girándose hacia mí.

—¿Te lo has pasado bien? —me pregunta.

Asiento. La cerveza no se me ha subido, pero siento que estoy relajada, contenta. Desde luego, mi cita ha tenido un final mucho más satisfactorio con este gemelo.

—¿Quieres que baje la ventanilla? —le digo al ver que está un poco acalorado. Se le han encendido las mejillas.

—No. ¿Por qué?

—No sé, te veo… —Hago un gesto señalando sus mejillas, aunque no sé si me estoy explicando bien.

—¡Ah! —exclama Firenze—. Es que me pone nervioso pensar en cómo besarte.

Me quedo a cuadros con esa declaración tan inesperada. Pero, sobre todo, me imagino al taxista poniendo los ojos en blanco en la parte delantera del coche, aguantándose la vergüenza ajena que

tenemos que estar dando.

—¿Firenze siendo vulnerable? —le respondo con una pregunta, vacilándole un poco. En realidad, estoy intentando desviar la conversación y descifrar si el diseñador de puzles me está tomando el pelo y se está quedando conmigo o si lo dice de verdad.

—Algo así —murmura él, y se acerca un poco más a mí.

—Bueno —respondo—. Me gusta que los chicos malos tengan un lado dulce.

—¿Yo soy un chico malo?

—No —confieso, y lo pienso de verdad—. En realidad eres más bueno de lo que pensaba. El típico que va de duro por fuera pero luego no es para tanto.

—Jodeeeer —se queja él.

—¿Qué pasa? ¿Te he herido el orgullo de macho centauro? —le pregunto, y tengo que aguantar una risa cuando digo esas últimas dos palabras.

—No. Pero bésame ya, por favor.

# CAPÍTULO 6

## EL DE TODO LO INESPERADO

Me despierto recordando todo lo que sucedió anoche. El momento beso con Firenze pasa por mi cabeza como si estuviera viendo en bucle la escena de una película en la que los protagonistas por fin se besan en la parte de atrás de un taxi. La Anna adolescente estaría flipando con que, sin saberlo, había recreado un poco el momento en el que Blair Waldorf y Chuck Bass se besaban exactamente igual que Firenze y yo. La única diferencia es que no era multimillonaria, él no tiene la mandíbula tan marcada y no íbamos en una limusina.

Me cuesta horrores salir de la cama para ir al baño. Me lavo la cara con agua fría para despejarme. Ya son más de las diez y no quiero perder todo el día entre las sábanas. Me siento delante del ordenador pocos minutos después y tecleo en el buscador «Ofertas de empleo traducción» y otras palabras clave similares. Salen varios puestos al momento, pero ninguno de ellos me interesa. La mayoría están obsoletos. Hay uno que se publicó en 2007, de hecho, y ahí sigue la oferta. Otros aún están activos, pero pone que ya han cerrado el proceso de selección, y los demás, o exigen presencialidad en otros estados, o ni siquiera pone cuánto van a pagar.

Suspiro y voy a por el móvil. Me descargo un par de aplicaciones más de búsqueda de trabajo para ver si puedo conseguir algunos encargos por mi cuenta. Podría mover algún hilo, escribir a Cameron…, pero rechazo la idea en cuanto aparece en mi cabeza, apagando esa bombillita que solo ha permanecido medio segundo encendida en mi cerebro.

Al final, encuentro algunos encargos por un servicio concreto y me inscribo. Quizá alguno comience como algo esporádico y se pueda convertir en una forma de pagar el alquiler a largo plazo. Sea como

sea, intento no desanimarme cuando pocos minutos después una notificación me informa de que han descartado mi currículum.

Estoy haciendo una nueva búsqueda con palabras clave distintas cuando veo que me entra otra notificación, pero esta vez no es de ningún portal de empleo *online*. Es de uno de los gemelos géminis.

Por un instante, deseo que sea de Firenze. Anoche me lo pasé muy bien y me haría ilusión que me escribiera.

Pero es de Ru.

> Hola, Anna. Oye, antes de nada quería escribirte para disculparme por lo que pasó el otro día. Reaccioné mal y lo siento, no es propio de mí. Es que me puse muy nervioso. Llegué ya histérico a la cita. No te quiero mentir, te diré por qué. Tan solo quería demostrar que conmigo te lo podrías pasar mucho mejor que con mi hermano, pero los nervios me traicionaron y no sé qué me sucedió, de verdad. Es como si hubiera salido un *alter ego* de mi interior que nunca antes he conocido. ¿Podríamos…

La notificación se corta ahí y para terminar de leer el mensaje entero tendría que abrirlo. Me quedo un rato releyendo todo lo que me ha escrito. Analizando palabra por palabra. Claramente, los hermanos han tenido que hablar entre ellos para ponerse al día de lo sucedido. Y no me importa que lo hayan hecho de no ser por ese extraño olor a competición que llena el ambiente.

«Tan solo quería demostrar que conmigo te lo podrías pasar mucho mejor que con mi hermano…», había dicho Ru en su mensaje. Por muy seductor que pueda sonar que dos hombres genéticamente iguales se peleen por mí, la realidad es que no estoy del todo cómoda con esta situación. No quiero ser un trofeo por el que dos gemelos luchen solo para satisfacer su propio ego.

Abro el mensaje completo de Ru y lo leo hasta el final.

> ¿Podríamos volver a vernos? ¿Me darías una nueva oportunidad para demostrarte que no soy un gilipollas?

Le doy muchas vueltas. Quiero decirle que no, que todo lo que me soltó el otro día no va conmigo y que me sentí muy incómoda cuando se empezó a poner nervioso. Pero, por otra parte, pienso en que igual lo dice de verdad. Quizá se alteró sin querer y se le fue de las manos porque era cierto que había tenido un mal día y ni siquiera creía de verdad todas esas cosas que me dijo…

O sí.

Le doy mil vueltas al tema mientras veo a Ru ponerse en línea y desconectarse varias veces de WhatsApp hasta que tomo una decisión intermedia. Escribo una respuesta imitando su tono.

Hola, Ru. Gracias por tus disculpas. Quiero pensar que me dices la verdad, así que he pensado que te daré otra oportunidad, pero te aviso de que, si me siento incómoda, preferiré que dejemos las cosas como están, sin malos rollos ni nada. ¿Te parece bien?

Apenas tengo que esperar unos segundos para ver su respuesta. Lo que me hace pensar que, sí, quizá está realmente arrepentido de lo que ocurrió el otro día.

Perfecto, Anna. Muchas gracias. Pues nos vemos la semana que viene, si te va bien. ¿Quieres elegir tú el sitio?

Vale, ¿el jueves por la tarde? Antes no voy a poder.

Perfecto.

Buscaré algún sitio chulo, ya te mandaré la ubicación.

Genial. Que termines bien la semana.

Dejo ese último mensaje sin responder y me levanto de la silla. Tengo la cabeza embotada, así que decido salir a dar una vuelta. Un poco de vitamina D me vendrá bien, y con el solazo que hace hoy en Los Ángeles creo que no voy a tener problemas para ponerme un poco morena. Me quito por fin el pijama y me visto con algo más presentable. Me peino, recogiéndome el pelo en una coleta alta, y salgo a la calle con una camiseta rosa y unos *shorts* vaqueros. En mi bolso, cruzado por delante del pecho, llevo una chaqueta para no morir congelada bajo los efectos de los aires acondicionados de las cafeterías. También he metido un cuaderno, un par de bolígrafos bonitos y unos cascos, por si acaso hay mucho ruido.

Salgo de casa en ayunas y doy una vuelta por el barrio. Todavía no he tenido mucho tiempo para inspeccionarlo. Paso por delante del bar en el que hice un *simpa* involuntario con el chico aries y recuerdo cuando nos lanzamos desde un avión. Madre mía. Ha pasado poco tiempo desde entonces, en realidad, pero con el accidente de por medio es como si hubiera transcurrido más de un siglo. Por lo menos, en mi cabeza ha sido así.

Me llegan unos mensajes de Martina y me extraña la hora, porque en España será de madrugada, pero imagino que el bebé no la deja dormir bien. Camino en línea recta con el móvil, vigilando para no chocarme con nadie, y le mando ánimos y muchos besos. Ella me devuelve una foto de los tres, con Gastón, de hace unos días. Aunque no soy mucho de bebés, me da pena no estar ahí con ella para echarle una mano en lo que pueda. Pero imagino que mi madre ya se estará encargando de todo y controlando hasta el último detalle.

Todavía me duele que no nos avisaran antes, pero decido dejarlo pasar y no ser rencorosa con el tema. Sigo caminando, intentando eliminar esa nube de pensamientos de mi cabeza, hasta que encuentro una pequeña cafetería especializada en *caramel macchiato*. Me siento en la mesa pegada a la ventana. Por suerte, el aire acondicionado está a una temperatura normal y viable para la vida humana. Quizá por eso este sitio se encuentra tan vacío. Normalmente, estaría a rebosar de estudiantes, ya que en este barrio hay universitarios por todas partes. No tiene nada que ver con el de la mansión de Raül. Prefiero

esto mil veces a vivir en una casa alejada de todo y donde necesitas sí o sí tener coche para hacer cualquier cosa, desde ir al supermercado hasta comprarte ropa. Westwood, el barrio en el que llevo viviendo ya varios meses, me gusta mucho más porque, en parte, me recuerda a las ciudades europeas, y en concreto a Valencia.

Pido un *caramel macchiato*, la especialidad de la casa, y me siento en la mesita junto a la ventana. Saco emocionada mi nuevo cuaderno y mis bolígrafos. Tengo ganas de desconectar un poco la cabeza, desahogarme en el papel, aunque sea algo que no haya hecho casi nunca excepto al final de cada signo del Zodiaco.

Estoy a punto de estrenarlo poniendo mi nombre y apellido en la primera página cuando me interrumpe una llamada de Rain.

Qué raro. No me suele llamar para nada. Miro su nombre en la pantalla, pensando en si se habrá equivocado. Cuando te llamas con un nombre que empieza por A, muchas veces pulsan tu número sin querer, porque se les ha desbloqueado el móvil, han abierto la agenda sin darse cuenta y estás entre las primeras de la lista. Me lleva pasando años, así que no le doy mucha importancia hasta que cuelga y me pone un mensaje en mayúsculas.

LLÁMAME.

De pronto, me da un vuelco el corazón. Desde las trece llamadas perdidas de mi padre cuando le dio el ictus a mamá, he cogido pánico a estas llamadas bomba. Hasta se me había quedado grabado el número en la cabeza de lo traumático que fue ese momento en la residencia de Cameron, el chico capricornio.

Desbloqueo el móvil y llamo enseguida a Rain.

—Anna —me saluda ella.

Me espero lo peor. Se ha inundado mi cuarto, Rain ha tenido un accidente, se ha incendiado el baño porque a alguien se le ha olvidado desenchufar la plancha del pelo…

—Dime, ¿estás bien? ¿Te pasa algo? ¿Estás bien?

Rain reconoce el pánico en mi voz e intenta calmarme.

—Sí, sí. Tranquila. Perdona, las mayúsculas eran en plan…, porque estoy un poco agobiada.

—¿Qué ha pasado? —insisto. Hasta que no me lo diga, no me voy

a quedar tranquila.

—Ha venido una chica preguntando por ti…

Frunzo el ceño mientras la camarera me sirve el *caramel macchiato* junto a mi cuaderno, en el que todavía no he podido ni escribir mi inicial.

—¿Quién?

Rain traga saliva. Si me hubiera dicho que era un chico, me podría haber imaginado lo peor. Ru, por ejemplo, saltándose los límites que le había impuesto. O algunos con los que el experimento no había terminado tan bien.

—Es Olivia. Dice que necesita hablar contigo, que no puede ser por mensaje ni por llamada.

—Vale. Ahora voy para casa, estoy cerca —le respondo como un robot. Las palabras me salen de la boca de una forma automática, incluso angustiosa—. Nos vemos enseguida.

Le cuelgo y pido el café para llevar. La camarera me mira con mala cara, pero me lo cambia enseguida, y yo, por las molestias, le dejo más propina de la que había puesto antes. Recojo todo en un momento y salgo pitando en dirección al piso.

Mi cabeza es un torbellino de emociones. No sé qué querrá que sea tan importante que tenga que decírmelo a la cara. Por favor, que no haya muerto nadie.

Llego a casa con la cara roja de apretar el paso y, como si eso fuera poco, no espero al ascensor y subo por las escaleras. Cuando llego al piso me obligo a pensar seriamente en mi forma física.

La última vez que vi a Olivia fue de noche, en una fiesta, hace dos semanas, más o menos. Estaba borracha, me insultó y me montó una escena solo porque descubrió que Connor estaba enamorado de mí y no de ella. Tenía pánico de lo que se pudiera traer entre manos ahora.

En cuanto abro la puerta de casa, la veo sentada en la esquina del sofá. Apenas está apoyada, de hecho. Se ha colocado tan en el borde del asiento que parece que se va a caer en cualquier momento. Se pone de pie en cuanto me ve, igual que Rain, que parece haberla estado entreteniendo hasta que he entrado. O calmándola.

—Os dejo solas —dice mi compañera de piso, y se mete en su habitación sin añadir nada más.

Olivia me mira desde el salón. Lo primero que me llama la

atención es que se ha cortado el pelo radicalmente. Su melena, que siempre se ha caracterizado por ser larga y muy lisa, ahora apenas le llega a los hombros. La sigue teniendo muy oscura, por lo que veo que el tinte sí que lo ha mantenido. Mirar a Olivia es siempre confuso, porque tiene un tipo de belleza exótico que hace que no puedas quitarle la vista de encima. Sus rasgos son preciosos. Pero, al mismo tiempo, después de todo lo que me ha hecho, he cogido manía a esos labios rellenos y a sus ojos, que parecen atravesarte con miradas de hielo cargadas de odio.

—Hola —la saludo, ya que ella no dice nada.

—Hola, Anna. Perdona que me haya plantado aquí de pronto, hacía tiempo que quería hablar contigo pero no me atrevía a llamarte y lo iba a hacer hoy pero justo me he quedado sin batería y pasaba por el barrio así que… —Olivia lo suelta todo de golpe, de carrerilla, sin pausas ni un segundo para coger aire. Nunca la había visto así de agobiada.

—Vale, no importa, ¿va todo bien?

Ella asiente.

—Sí, sí.

Respiro tranquila.

—¿Podemos hablar un momento? —me pide señalándome el sofá.

Por muy relajada que esté Olivia, sigue siendo la misma de siempre. Solo ella podría invitarme a sentarme en el sofá de mi propia casa tras plantarse aquí sin avisar.

—Claro.

Dejo mis cosas sobre la mesa y me coloco junto a ella. Me azota el olor a su perfume, tan característico, tan dulce y empalagoso a la vez.

—Quiero ir al grano, no me gusta andarme con rodeos —empieza Olivia—. Me siento fatal por lo que pasó la otra noche. En serio. He venido para pedirte perdón y para que sepas que ya he hablado con Connor y hemos solucionado todo entre nosotros. Fue culpa mía. Estaba confusa y me negaba a ver la realidad que tenía frente a mí. Me conté a mí misma una historia que no era real, y cuando vi que él se fijaba más en ti… comencé a ponerme cada vez más celosa. Sé que tú no tienes la culpa, pero lo pagué contigo y me siento fatal. Ahora he tenido varios días para reflexionar y verlo todo desde fuera, con

otra perspectiva.

Me quedo en silencio, pensando en si va a añadir algo más. Y también porque estoy alucinando. Nunca había visto a Olivia así. Sincera, tranquila…, en paz consigo misma. Sin soltar puñales cada vez que abre la boca.

—De verdad que lo siento, no sé si habrá alguna manera de compensar la escena del otro día. Sé que te habrá traído problemas en el trabajo. Vamos, me lo imagino.

Olivia busca una confirmación en mi mirada.

—No, no —balbuceo.

De hecho, Anthony estaba contento con el revuelo del otro día. La audiencia del podcast donde contaba mis dramas del Zodiaco era cada vez más grande, y con un poquito de drama público había crecido aún más. Desde que había salido con Zac Nelson, el cantante, ya me habían empezado a reconocer por la calle, y los seguidores me habían subido como la espuma a pesar de no compartir casi nada en redes sociales. Lo único que está realmente activo es la cuenta de TikTok y de Instagram del podcast. Porque se encargan otras personas que no somos ni Melissa ni yo, claro.

—Bueno, menos mal —responde Olivia—. En fin… No sé si hay algo más que pueda añadir, ni siquiera sé si ahora mismo vas a perdonarme o a darme un puñetazo en la cara.

Olivia me mira a los ojos con una confusión absoluta. Me imagino que tengo que estar poniendo mi mejor cara de póker, aunque no estemos jugando ahora mismo a las cartas. Lo que sí que está en juego es nuestra amistad. Hace ya mucho tiempo que se apagó, si es que alguna vez llegó a existir. La chica leo y yo chocábamos demasiado.

—Claro que voy a perdonarte —le digo—. Solo quiero que sepas que toda esa escena fue muy confusa para mí. No sabía por qué estabas así conmigo, y lo pasé muy mal porque sentí que era una robagrupos.

—Una… ¿qué? —me pregunta ella.

—No sé, como una persona nueva que llega a un grupo y lo destroza. Lo divide. Yo no quería que pasara algo así, porque sabía que Raül se pondría de mi parte por ser mi hermano. —Agito la cabeza—. ¡Pero en realidad yo no quería que hubiera dos bandos! Y siento que se formaron un poco…

Yo había estado pasando mucho tiempo con Julia y su novia, pero apenas había visto a Harry. Solo una vez, hace poco, pero sin mucha más relevancia.

—Lo sé. Joder, lo sé —suspira Olivia—. Creo que sí que pasó eso. Que se dividió el grupo, quiero decir, ¡pero no por tu culpa! —puntualiza la chica—. Fue cosa mía, les hice elegir sin quererlo. Por supuesto que Raül se iba a poner de tu parte. A veces…, a veces me pregunto si Connor se marchó precisamente por eso, porque no quería participar en esta guerra de dos bandos. En fin, ahora que lo menciono, también tenía una cosa que contarte sobre él.

Me reacomodo en el sofá, sorprendida por el repentino cambio de conversación. ¿Qué tiene que ver Connor ahora en esto? ¿Había estado hablando con él? Pensaba que iba a cortar la comunicación con todo el mundo…

—¿Qué pasa con Connor? —le pregunto.

Porque realmente no tengo ni idea de a qué se refiere. Intento buscar en mi memoria algo que haya podido pasar por alto estos últimos días, pero no encuentro nada. El chico no ha publicado contenido en sus redes sociales ni ha dado ningún tipo de señal de vida. Tal y como prometió.

—He estado hablando con él esta mañana, le he llamado por teléfono —me explica Olivia—. Me imagino que ya sabrás que ha pedido que no contactemos con él, excepto para emergencias y por teléfono… Bueno, esto tampoco era una emergencia, pero necesitaba sacarlo de dentro de mí.

La miro, a la expectativa de lo que vaya a decir. Ahora mismo, después de pedirme perdón, me espero cualquier cosa.

—Le he llamado para decirle prácticamente lo mismo que a ti: que lo sentía mucho, que había sido una persona horrible y que solo quería que termináramos bien y cerrásemos lo que hubiera quedado sin aclarar —me cuenta ella.

Un sentimiento de tranquilidad se apodera de mí. Es tan grande que se me escapa un suspiro y rezo para que Olivia no se haya dado cuenta. Aunque ella es de las que están en todo, y seguro que no lo ha pasado por alto.

—Me alegro mucho —digo, aunque sé que Olivia va a añadir algo más. Se lo puedo ver en los ojos, en cómo frota sus manos como si las tuviera frías de los nervios.

—Y me ha dicho que todo está bien entre nosotros —prosigue ella—. Le he pedido que, por favor, no tenga en cuenta lo que hemos vivido él y yo si…, si en algún momento en el futuro quisiera algo contigo… Y a ti te digo lo mismo, Anna. De corazón. Sé que quizá es un poco raro escucharlo, pero, hablando rápido y mal, por mi parte tenéis vía libre.

Voy a abrir la boca para decirle que no hace falta, que no está en mis planes ahora mismo. Pero no sé si mentiría. Recuerdo lo que hice en la estación de autobuses, justo antes de que me metiera en el metro, cuando ya me había despedido de Connor, y me replanteo lo que estaba a punto de decirle a Olivia.

—Vale…

—Y hay una cosa más —añade ella—. Connor me ha pedido un favor, me ha pedido expresamente que te lo diga a ti, por eso he venido cuanto antes. Me ha dicho si podía preguntarte tu dirección, porque… le gustaría mandarte algo. Nada importante ni urgente, solo me ha dicho eso.

—¿Mi… dirección?

—Sí. La de esta casa —aclara Olivia—. Yo la tengo, pero no quería pasársela sin tu consentimiento.

—Pues… sí, claro, dásela —le confirmo—. ¿No te ha dicho nada más? Para qué la quería exactamente…, o algo así.

Pero, tal y como esperaba, Olivia agita la cabeza.

—No. Lo siento, no sé nada más.

Permanecemos un rato en silencio mientras trato de absorber toda la información que me ha contado Olivia. Intento ordenar mis pensamientos: su perdón, lo que me ha dicho de su relación ya terminada con Connor, lo de la dirección… Todavía estoy dándole vueltas cuando Olivia se pone en pie de un salto y anuncia que se tiene que marchar ya.

—Bueno, te dejo. No quiero entretenerte más —exclama ella, alisándose la falda de cuadros con las manos y colgándose el bolso del hombro derecho—. Cuídate mucho, Anna. Espero que en algún momento podamos volver a ser amigas, de verdad.

—Y yo —respondo.

Pienso que debería haber dicho algo como «seguro que sí» o «ya lo somos», pero mi cerebro está en *shock* y es únicamente capaz de decir esos dos monosílabos. Acompaño a Olivia a la puerta y la abro.

Le dedico una sonrisa tímida y ella me da un abrazo. Cuando nos separamos, sale al rellano, llama al ascensor y suelta una última frase.

—Él te quiere mucho. En ocasiones se comporta como un capullo insoportable, vale, pero es muy buen chico y creo que os iría muy bien juntos. Quizá puedas plantearte hacerle un hueco en tu calendario del Zodiaco…

El ascensor llega en ese preciso momento, como si Olivia hubiera cronometrado sus palabras para hacer una salida triunfal. Se despide agitando los dedos de la mano y desaparece en el interior del ascensor, dejándome clavada en la puerta del piso.

Durante el resto del día, no puedo hacer otra cosa que mirar fijamente al techo y revivir nuestra conversación.

# CAPÍTULO 7

## EL DE LA INVITACIÓN

Miro el buzón en cuanto salgo por la puerta de casa. Vale, ya sé que no habrá nada. Ni siquiera es físicamente posible que Connor me haya enviado algo, si es que en algún momento lo hará. Sin embargo, no puedo evitarlo cuando abandono el portal para ir a dar una vuelta.

Me sorprende ver nublado el cielo justo cuando salgo a que me dé el sol. Sin un trabajo fijo ni planes, se me hace un poco complicado estar encerrada entre cuatro paredes. Doy una vuelta por las calles, que ya conozco de sobra, esta vez intentando improvisar mi camino. Voy recta por una avenida y giro a la derecha en el último momento para sorprenderme a mí misma. Al final, termino en una zona más tranquila, donde hay un pequeño parque lleno de perros. Me siento en un banco y los miro un rato, pero enseguida me aburro y abro el móvil para emprender el viaje de vuelta a casa. Hago una parada en el supermercado de camino y por fin llego otra vez a mi portal.

Me obligo a no mirar el buzón.

Subo las escaleras despacio, intentando alargar al máximo el tiempo que estoy fuera de casa, y regreso al piso como si nada hubiera pasado. En realidad, eso es justo lo que ha sucedido. Me dejo caer en la silla y abro las páginas de búsqueda de trabajo, miro a ver si hay novedades y las cierro. Bajo la tapa del portátil con un suspiro, y por un momento temo haberlo hecho demasiado fuerte. La levanto con cuidado, rezando a los dioses de la tecnología para no haber reventado la pantalla, pero he tenido suerte. Menos mal.

Saco el móvil y veo que tengo una llamada perdida de Melissa Moon. Qué raro, nunca suele hacerlo. Se la devuelvo por si se trata de una emergencia o de algo relacionado con el podcast.

—¡Hola! —me saluda su voz al otro lado de la línea.

Casi es como si pudiera verla delante de mí, sonriendo, con los abalorios enganchados en su pelo oscuro, sonando cada vez que chocan entre ellos, y los ojos de color violeta gracias a unas lentillas que le agrandan el tamaño del iris.

—¿Qué tal, chica del Zodiaco?

Ella se ríe.

—Oye, ese es tu mote —me recuerda—, no el mío. Yo solo soy… la chica de los dramas. O la chica que sale con la chica del Zodiaco. Ahora eres tú más conocida que yo, ¿eh?

Me río, aunque lo cierto es que ya nos quedan pocos capítulos por delante. Cuatro, de hecho, así que mi «fama» va a ser bastante efímera.

Aun así, Raül me dejó caer que se rumorea una posible segunda temporada. Aunque no tengo ni idea de qué puede significar eso. Quizá escojan a otra chica para hacer el experimento de nuevo, o igual es un chico esta vez quien toma el relevo. No lo sé.

—Bueno, voy a decírtelo ya, porque, si no, exploto —retoma Melissa la conversación.

—Ay, madre, estoy en vilo —respondo. Me agarro al respaldo de la silla.

—En fin, después del accidente que sufrimos en Las Vegas tuve una especie de revelación, como dije en el episodio… Estuve unos días encerrada en casa con pánico a salir por si me pasaba algo, pero gracias a mi psicólogo pude ir trabajándolo y volver a la normalidad y a vivir sin miedo antes de que fuera demasiado tarde. Desde entonces, aunque ha pasado poquito, he decidido que quiero vivir más intensamente y no esperar a que las cosas lleguen, porque nunca se sabe lo que puede suceder… Bueno, todo este rollo que te estoy soltando es para contarte que… ¡me caso!

Ahogo un grito de la emoción. Ni siquiera sabía que Melissa tenía pareja. Creo. Echo la vista atrás un segundo, pero no recuerdo que lo haya mencionado en ningún episodio de nuestro podcast.

—¿En serio? —grito, un poco más de lo que debería—. ¡Qué ilusión! ¡Muchísimas felicidades!

—¡Sí! —exclama ella con la misma energía que yo—. La verdad es que está siendo todo superinesperado, pero lo queríamos así… Vamos a hacer una boda ni muy grande ni muy pequeña. Pero me gustaría que vinieras, claro, ¡no puedes faltar! También quiero invitar

a tu hermano. Podéis venir los dos con acompañante.

La última palabra me deja clavada en el sitio. La primera persona que me viene a la mente es Julia. O quizá Harry, que tiene pinta de que le encanten las bodas. Si hay bebida y buena música, Harry me acompañaría hasta a lo más profundo del infierno.

—Genial, ¿cuándo es? ¿Tenéis ya fecha? ¿Será en Los Ángeles? —la bombardeo a preguntas.

Melissa se ríe de fondo como una adolescente a la que se le acaba de declarar su novio.

—Ay, sí a todo. Va a ser el veintidós de septiembre en una villa de unos amigos míos. Nos la van a dejar gratis, así que está siendo todo increíble, un sueño.

Me muerdo las uñas.

—Veintidós de septiembre… ¿de este año? —le pregunto, solo para aclarar las dudas que ya se han empezado a amontonar en mi cerebro.

—¡Claro, boba! —responde ella—. Queremos que sea lo antes posible. Por nosotros nos habríamos casado ya en junio, pero no daba tiempo, claro. Así que vamos a dejar pasar el calor horrible de los dos próximos meses y nos daremos el sí, quiero justo a finales de verano.

Mi mente sigue calculando a toda velocidad, todavía emocionada por la noticia.

—¡Qué pasada! No me lo esperaba para nada —le insisto—. Me vas a matar, pero no sabía que tenías pareja. No lo has mencionado nunca, ¿no?

Melissa suelta un «¡ja!» y puedo ver su cara, aunque no la tenga delante. Llevamos poco tiempo trabajando juntas, pero el desamor y la astrología nos han unido demasiado.

—No, nunca hablo de él. Es que siempre me ha dado pánico compartirlo en redes sociales. Además, mi familia no es muy fan del chico, así que…, bueno, sin más. Llevamos juntos casi tres años, los haremos en octubre. Él tiene una familia muy grande, y es increíble. Podemos quedar un día después de grabar para que lo conozcas.

—¿Cómo se llama?

—Damien. Es francés —aclara, como si la pronunciación que le ha dado no fuera suficiente.

—Qué fuerte, Melissa. Me alegro un montón.

—¿Puedo contar contigo entonces? ¿Y tu acompañante?

—Sí, claro —respondo enseguida—. Si sigo viviendo en Los Ángeles.

Añado esa última coletilla por si acaso, pero Melissa parece pasarla por alto.

—¡Genial! Así puedes traer a tu chico virgo de acompañante. Pero luego no lo menciones en el podcast, ¿eh?

Si no hubiera existido esa posibilidad probablemente se lo habría pedido a Javi, el chico tauro. Aunque hace unos días que no hablo con él, sé que siempre está ahí para mí, igual que yo para él. Una de las ventajas del experimento es que, a pesar de haberme llevado algunos desengaños amorosos, también he hecho grandes amigos como él o Cameron, el chico capricornio.

—¡Es verdad!

Seguimos hablando durante un par de minutos más y terminamos la llamada porque Melissa tiene que hacer otras tantas para ir invitando a más gente a su boda. Me siento en la cama y pienso en lo emocionante que debe de ser para ella ese momento. En lo diferente que iba a ser su boda, planificada en apenas tres meses, de la mía, que estuvimos un poco más de un año para que todo quedara perfecto.

Bueno, casi perfecto.

Paso de la cama al escritorio y abro mi cuaderno por una página en blanco cualquiera. Empiezo a anotar todo lo que pasa por mi mente para descargarla de información antes de que mi cerebro colapse.

Cosas que hacer antes del 1 de octubre:

- Quedar con Ru el jueves.
- Buscar un chico virgo para la boda de Melissa.
- Encontrar algún otro sustento económico más allá del podcast.
- Pensar en si me quiero quedar en Los Ángeles al terminar el experimento.

Releo las seis líneas. Cada una me da más ansiedad que la anterior. Intento no pensar demasiado en la última mientras abro otra vez el ordenador para intentar cumplir la tercera. Pero, como siempre, no hay mucho éxito. Suspiro y me voy a dar una ducha para que desaparezcan los pensamientos en bucle que he estado teniendo en los últimos días. Sin embargo, por más tiempo que esté o por más caliente que ponga el agua, no puedo acallar esas preguntas que parecen

martillear cada rincón de mi cabeza.

¿Qué voy a hacer cuando termine el experimento?

¿Me quedaré en Los Ángeles o volveré a España?

¿Seguiré trabajando de traductora o debería estudiar otra cosa?

¿Soy demasiado mayor para empezar una carrera?

Y además…

¿… qué estará haciendo Connor ahora mismo?

Cuando llega el jueves, me intento convencer de que tengo ganas de acudir a mi cita con Ru. Pero, en fin, a quién quiero engañar…, la verdad es que no me apetece nada. Conforme se ha ido acercando el día he pensado en cancelarla, pero me ha dado pena. Además, le dije que le iba a dar otra oportunidad, así que me toca cumplir con mi palabra.

Esta vez hemos decidido dejar de lado el restaurante y quedar en uno de los lugares más famosos de la ciudad: el observatorio Griffith. Si la bruma y la contaminación lo permiten, claro. Dejo pasar las horas hasta que el sol baja un poco y me monto en el bus. Después de casi una hora y un trasbordo con al menos cincuenta turistas involucrados, diviso a Ru. Me ha mandado su ubicación para poder encontrarlo con facilidad entre tanta gente, así que enseguida lo distingo entre la multitud. Por su postura, me da la impresión de que está ansioso. No para de meter y sacar las manos de los bolsillos hasta que me pongo a su altura y lo saludo con un abrazo rápido.

—Justo a tiempo —le digo viendo que el sol se está empezando a esconder en el horizonte.

—¿Has venido en bus? —me pregunta.

Asiento.

—Vaya, si lo llego a saber te habría ido a buscar en coche… ¿Vamos?

Ru señala el edificio y yo le acompaño. Lo rodeamos y nos sentamos en un banco un poco alejado del mogollón de turistas para observar la puesta de sol.

Las vistas de la ciudad son increíbles. ¿Por qué no he venido más veces aquí? Al fondo, los rascacielos delimitan la zona con más movimiento empresarial de la ciudad, mientras que a nuestros pies y en adelante hay varias urbanizaciones privadas con casas. Algunas me recuerdan a la de Raül.

—¿Te gustaría vivir ahí? —me pregunta Ru al ver adónde

apuntan mis ojos.

Agito la cabeza.

—No lo sé, no creo. Aunque imagino que, si ahora mismo me dieran las llaves para entrar en una de ellas, tampoco me quejaría —bromeo intentando relajar la situación.

Él se ríe, pero es una risa un poco forzada.

—¿Sabes por qué me encanta este sitio? —suelta Ru de pronto.

—¿Por qué?

Lo miro, esperando una explicación increíble o simplemente un toque personal para poder conocerlo mejor. Sin embargo, me dice:

—Porque sale en el *GTA V*. Ya sabes, el juego de la PlayStation, el *Grand Theft Auto*. Pues con tu personaje puedes venir aquí y recorrer esta zona, y se parece muchísimo a la realidad. Hay una misión en concreto en la que aparece este sitio, y además uno de los personajes es dado por muerto y lo llevan a la morgue, pero entonces despierta y se empieza a cargar a todos… Increíble.

No puedo creer lo que acabo de escuchar. Mi móvil suena en ese momento en mi bolsillo, como si me estuviera salvando de dar una contestación que lo más probable es que derivara en otra aún más aburrida.

Toco rápidamente la pantalla para ver quién es. Aparece el nombre de Firenze, y un pequeño texto debajo:

> Espero que te lo pases muy bien
> con mi hermano 😉

Bloqueo enseguida el teléfono para que Ru no lo vea, pero sigue contando algo sobre ese videojuego, mirando hacia el otro lado y señalando diferentes puntos del observatorio. Espero a que termine para no cortarle.

—Yo lo conozco porque aquí se grabaron algunas escenas de *La La Land*, ¿no? —pregunto.

No estoy del todo segura.

—¡Buf! Qué horror de película.

—¿En serio no te gustó? —le pregunto—. A ver, es un poco larga, pero creo que tiene momentos superbonitos, y el final…

—El final es una mierda —me corta—. Punto. No hay más que

añadir. Bueno, sí, que es un final ñoño para que las jovencitas lloren en el cine preguntándose: ¿por qué nunca me querrán? Vamos, una basura.

Ya empezamos. Tengo que respirar un par de veces para no responder lo primero que se me pasa por la cabeza.

—A mí me parece una reflexión bastante interesante, cómo los caminos personales y profesionales se van cruzando y nos ponen la zancadilla de forma que a veces pueden que sean las personas y el lugar pero no es el momento.

Ru agita la cabeza de lado a lado. Obviamente, no le convence lo que estoy diciendo.

—Si eso es lo que piensas…

—¿Qué películas te gustan a ti? —le pregunto para saber un poco por dónde va. Y por cambiar de tema. Sobre todo, por eso.

—Cualquiera de Christopher Nolan.

Ru tarda medio segundo en responder, como si aquella fuera la pregunta más obvia del mundo y, al mismo tiempo, para la que más preparado ha estado en toda su vida.

—Nunca he visto ninguna, creo —reconozco—. La verdad es que no soy muy cinéfila. O sea, me gusta de vez en cuando ver alguna película o serie, pero…

—Pues no sabes lo que te pierdes —me interrumpe de nuevo—. Normal que te guste *La La Land*. Créeme que cuando conozcas su obra, cuando descubras lo que es el cine de verdad, no podrás volver atrás y pensar que *El diario de Noa* o *Love Actually* pueden llamarse «películas». Pero, bueno, no te quiero atormentar con toda su filmografía. Hay algunas que seguramente verás y de las que no entenderás nada.

Me tengo que parar un segundo para valorar si me está llamando tonta o qué. Tomo aire. No han pasado ni veinte minutos desde que he puesto un pie en este lugar y ya me está recordando al mismo Ru que conocí en el restaurante.

Me centro en las vistas que tengo delante para relajarme un poco. Miro los colores del cielo, cómo pasan del naranja al azul, y busco el mar en algún punto del horizonte. Mientras tanto, Ru sigue hablando de sus directores de cine favoritos, la mayoría de ellos superalternativos y difíciles de comprender.

Mi móvil vuelve a vibrar. Lo saco disimuladamente del bolsillo y

veo que se trata del hermano de Ru otra vez. Maldito Firenze.

¿Sigues viva? ¿O te ha matado
del aburrimiento?

Me da un vuelco el corazón al ver su mensaje. Por un momento me da la impresión de que nos está espiando, pero no creo que sea el caso. Aun así, miro un poco a mi alrededor mientras Ru sigue con su monólogo cinéfilo, que ha regresado a Christopher Nolan y a su mejor película de todos los tiempos: *Interstellar*. Saco el móvil un instante para responder.

Lo intento.

Me puedo imaginar la sonrisa de satisfacción en los labios de Firenze. Esa expresión hambrienta, victoriosa, que se le dibuja siempre en la cara cuando sabe que tiene la razón.

—En fin, ojalá volvieran a estrenarlas en cines. Como hicieron con la de *Los vengadores*.

—¿Te gusta Marvel? —le pregunto intentando cambiar de tema.

—No. Me parecen una chorrada.

Y se queda así, tan tranquilo. Sin preguntarme mi opinión, claro.

Suspiro mientras miro al horizonte de nuevo. La luz artificial de la ciudad está a punto de superar la poquita luz natural que queda en el cielo. Los Ángeles está ya salpicado de luces blancas, naranjas y amarillas allá donde mire, y los rascacielos no son una excepción. Están postrados en el fondo del paisaje como torres de luces y hormigón.

—Bueno, voy un momento a buscar el baño. No sé dónde, pero ahora vuelvo —me informa.

No me da tiempo a responderle porque ya se ha levantado y está a dos metros del banco.

Madre mía. ¿Cómo he podido volver a darle una oportunidad a este chico? Está claro que no tiene ninguna intención de cambiar. De hecho, lo veo incluso casi más ansioso hoy que el otro día. Saco el móvil para escribir a Julia y ponerla al día de todo lo que está

pasando, aunque no me da tiempo. Otro mensaje me interrumpe.

Por supuesto, es de Firenze.

¿Estás en línea durante la cita?
Uf. Eso es mala señal.

Me debato entre responderle o no, pero mis dedos ya están tecleando una respuesta antes de que pueda negarme.

Está en el baño.

Ah, bueno. Eso es por la próstata.

Sí, ya…

¿Te lo estás pasando bien,
entonces?

¿Qué más te da?

Me da.

Pues estamos en un sitio muy bonito.

Me parece genial.
Pero eso no responde a mi pregunta…

Ya.

No le digo nada más. No sé por qué, me resisto a darle el placer de pensar que con él estaría mejor. Aunque lo cierto es que seguro que me estaría riendo más y poniendo menos los ojos en blanco.

Sí que tarda, ¿no?
¿Cuánto lleva ya, quince minutos?

Miro el reloj antes de responder el mensaje de Firenze. De hecho, han pasado veinte. Un tiempo sospechosamente largo para ir y volver del baño, a no ser que haya tenido una emergencia marrón.

Más o menos.

Cierro el chat del gemelo número dos y abro el del gemelo número uno para asegurarme de que aún está vivo. Le escribo un «¿Todo bien?» y entonces me doy cuenta de que la ubicación se sigue compartiendo. Igual se ha ido muy lejos para encontrar un baño, y así me puedo hacer a la idea más o menos de cuánto le queda.

Abro el mapa que me muestra dónde está, todavía quedan un par de horas para poder ver su ubicación. Frunzo el ceño en cuanto un punto azul me indica que se encuentra bastante lejos de aquí. De hecho, parece que se está moviendo ya por el centro de Los Ángeles.

No puede ser. ¿En serio me ha dejado plantada?

Tiene que ser un error. Seguro que aquí va mal la cobertura y por eso lo ubica en otro lugar.

Cierro la aplicación y la vuelvo a abrir, repitiendo todo el proceso. No sé en qué momento termino asumiendo que lo que ven mis ojos es verdad. Miro hacia delante, suspirando. Me siento una imbécil por haberle dado otra oportunidad. Pero, por lo menos, me he dado cuenta a tiempo. Podría haberle esperado aquí durante una hora, preocupada por si le había pasado algo. Creo que ni siquiera se ha dado cuenta de que él mismo se ha delatado, así que me siento un poco menos tonta cuando me pongo de pie y me dispongo a hacer el

trayecto en bus de vuelta a casa.

Me entra un mensaje en este momento. Saco el móvil, deseando más que nunca que sea de Ru, pero es de Firenze.

¿Ya ha vuelto el cagón?

No exactamente. Me voy a casa.

¿Qué? ¿En serio?

No le respondo, así que Firenze me sigue mandando mensajes.

¿Necesitas que vaya a buscarte? Tendrás casi dos horas de vuelta y en coche son quince minutos como mucho.

No hace falta, gracias.

Lo último que necesito es que vuelvan a dejarme plantada esta noche o que se rían otra vez de mí. Pero Firenze insiste de nuevo y yo estoy demasiado cansada. Así que pongo mis pocas esperanzas en los hombres y el amor en manos de un chico con nombre de licántropo y unas grandes dotes de oportunismo.

Poco después, respiro tranquila cuando lo veo parar en la entrada del *parking*. Aprieto el paso para llegar hasta él y le saludo con la mano mientras rodeo el vehículo. Me dejo caer en el asiento del copiloto.

—No voy a hacer preguntas, tranquila —me asegura él. Me imagino que porque mi cara lo dice todo.

—Tampoco tengo muchas respuestas. Simplemente ha desaparecido.

Me encojo de hombros y me pongo el cinturón justo cuando

arranca. El camino de vuelta a casa lo hacemos en silencio. Firenze conduce fatal, pero no me quejo, tengo chófer privado de puerta a puerta. Pasamos de largo nuestro edificio y el chico aparca un poco más adelante, en una plaza de *parking* privada.

—¿No te sale muy caro tener coche en la ciudad? —le pregunto imaginándome cuánto le tienen que sablear al mes por una plaza así.

—Es que lo necesito, así que no me queda otra.

Firenze se asegura de que el coche está bien cerrado y salimos de nuevo a la calle. Cuando llegamos al portal, echo un vistazo rápido al buzón y Firenze me ofrece subir a su apartamento.

—¿Quieres tomar una copa de vino? —propone, aunque sé que detrás de esa oferta seguro que hay alguna otra más que va implícita.

—No, gracias. Estoy reventada —respondo, y es verdad. Estoy soñando despierta con el momento de ponerme el pijama, meterme en la cama y quedarme frita.

—¿En serio? Bueno, podemos tomar otra cosa, o ver algo… —insiste.

Cambio el peso de una pierna a otra.

—No, de verdad, te lo agradezco mucho, pero es que me caigo de sueño. Si quieres quedamos otro día.

La expresión de Firenze se tuerce en un instante, y la cara de niño caprichoso y seguro de sí mismo se convierte en un manto de odio y rencor.

—Va, venga. —Trata de fingir una risa, pero ya es tarde. Me sostiene del antebrazo, haciendo un gesto con la cabeza para que suba con él en el ascensor a su piso—. ¿Qué vas a hacer, quedarte leyendo en la cama sin salir de casa, como haces todas las noches?

Me zafo de él con más fuerza de la necesaria y eso parece terminar de rebotar a Firenze del todo. ¿De qué va? Si llevo cuatro meses leyendo un libro y todavía no lo he terminado.

Entonces el chico baja los hombros y hace un gesto en el aire, quitándole importancia a lo que acaba de decir.

—Joder. Vale. Quería ganar la apuesta, pero no así.

# CAPÍTULO 8

## EL DE LA APUESTA

Tengo que preguntarlo para asegurarme de que he escuchado bien.

—¿Apuesta?

Pero Firenze ni siquiera me mira a la cara.

—Nada. Me voy a casa —dice el chico arrastrando las palabras, y comienza a subir las escaleras de dos en dos.

—¡Firenze! —grito.

No se vuelve. De hecho, aprieta aún más el paso. Si fuera el día de los Inocentes, buscaría una cámara, pero creo que no hay ninguna broma detrás de este numerito. En fin.

Entro en el ascensor como todos los días y voy a mi piso. Cuando se vuelven a abrir las puertas me asomo a la escalera, primero hacia abajo y luego mirando arriba. No hay ni rastro de Firenze. Habrá sido más rápido y, con lo despacio que va el ascensor del edificio, ya estará encerrado en su habitación. En serio, ¿qué les pasa a estos hermanos?

Rebusco las llaves del piso en mi bolso y abro la puerta. Enseguida veo que Rain está en el sofá, tumbada, viendo una serie. Me saluda con un gesto de la cabeza.

—Hola —consigo balbucear, todavía intentando entender qué acaba de suceder.

—¿Todo bien? —Rain lee la preocupación en mi rostro.

—No, la verdad es que no. —La miro mientras cierro la puerta a mi espalda.

Rain pone en pausa la película que está viendo y se incorpora en el sofá.

—¿Qué ha pasado? Habías quedado con Ru, ¿no?

Asiento con la cabeza. Paso a relatarle lo sucedido con el primer gemelo géminis en el observatorio. Después, la escena que acaba de

montarme Firenze en el rellano. No me enrollo mucho, tampoco hay tanto que contar.

—¿Te ha dicho lo de la apuesta? Será imbécil —murmura Rain.

—¿Qué es eso de la apuesta? No me digas que…

Mi mente comienza a maquinar a toda velocidad.

¿Han estado jugando conmigo?

¿Todo esto era eso, un juego?

No. No puede ser.

Me obligo a pararme justo ahí antes de que luego me tenga que arrepentir por haber pensado mal de los demás. No quiero ser desconfiada. Quiero imaginar que detrás hay otra explicación, una mucho menos… loca.

Abro la boca para preguntarle algo más a Rain, pero en ese preciso instante se escucha el sonido de unos nudillos golpeando tres veces la puerta.

—¿Esperas a alguien? —pregunta mi compañera de piso.

—No, pero igual es Firenze. Estaba rarísimo.

Rain me rodea y se acerca a la mirilla. Después, abre la puerta.

En efecto, es él. El segundo gemelo géminis. En su rostro ya no se aprecia esa expresión felina de conquistador, sino que más bien parece aburrido.

—Venga, mi dinero —le suelta a Rain extendiendo la palma de la mano frente a ella.

Rain se ríe.

—Ni de coña —le responde ella—. Era de broma, hombre, Firenze.

—Mi dinero —insiste él.

—¿Qué dinero? —pregunto con miedo en la voz por la respuesta que puedan darme, pero nadie me hace caso.

Rain y Firenze siguen mirándose entre ellos como si yo no existiera. Por un momento siento cómo me hago pequeñita y me vienen a la mente esos recuerdos en los que mis hermanos jugaban entre ellos y yo, por más que intentara unirme, me quedaba fuera. Recuerdo las veces que me sentí apartada, que me quedé callada y no dije lo que pensaba.

Y, entonces, grito.

—¿Qué dinero? —bramo, esta vez sin que me tiemble la voz.

Rain me mira con cara de pánico. Nunca ha visto a la Anna

enfadada, hasta ahora.

—Venga, díselo —la incita Firenze.

Sin embargo, Rain le quita importancia.

—Es una tontería, Anna, una apuesta tonta que hicimos el día antes de la fiesta de Naina. No hagas ni caso, no es importante.

—Prosigue —le indico al ver que se queda callada y no parece tener intención de continuar.

Como Rain no quiere seguir hablando, Firenze entra en escena.

—Rain y yo hicimos una apuesta para ver con cuál de los dos gemelos te quedarías. Si acertaba yo, me pagaba trescientos dólares. Si no, se los pagaba yo a ella.

Me quedo de piedra cuando escucho la frase completa.

—¿Perdón?

—Pero no la habéis ganado ninguno de los dos —se defiende Rain. Si es que eso puede considerarse una defensa—. Porque tu hermano Ru vio que estaba a punto de perder la apuesta y por eso ha abandonado. No quería seguir perdiendo el tiempo sabiendo que Firenze iba a ganar. —Ahora me habla a mí, y no al chico géminis.

—Y por eso he vencido yo —insiste Firenze retomando la conversación y haciendo que Rain se gire de nuevo hacia él.

—Tú no has ganado ni de coña, porque al final te has relajado y te ha elegido por descarte. Te has aburrido de la cacería, Firenze, y lo sabes. En cuanto tu hermano se ha apartado de la apuesta, tú ya no tenías nada por lo que mantenerte en el juego. Eres como un cazador sin presa.

Trescientos dólares.

Cacería.

Apuesta.

Todas esas palabras forman una nube en mi cabeza que está a punto de desatar una tormenta.

—¿En serio apostaste por esto? —le pregunto a Rain dándole una única oportunidad para que se explique. Porque esto tiene muy mala pinta.

—Fue una tontería, Anna, en serio —repite ella. Es como si hubiera ensayado esa frase varias veces frente al espejo, pero ni ella misma se la termina de creer cuando sale por su boca.

—Bueno, tanta tontería no era, porque yo en mi día a día no apuesto trescientos dólares —le suelto.

Esto va a ir cada vez a peor. Lo veo venir.

—Ahí tengo que darle la razón a Anna —dice Firenze intentando ir de listillo, pero ninguna de las dos nos reímos—. No, ahora dejémonos de bromas, quiero mi dinero. He ganado de forma limpia, sin trampas, así que…

—Cállate —le espeta Rain.

Por un momento pienso igual que ella. No soporto seguir escuchando la voz de Firenze suplicando su dinero mientras mi cabeza va a mil kilómetros por hora.

—¿Me vas a contar de qué va todo esto o…? —le pregunto a mi compañera de piso dejando la frase a medias. En realidad, no hay otra opción.

—Nada, solo fue eso, Anna, no te enfades. Fue una tontería, no es para tanto.

Rain me mira con la cara descompuesta, llena de preocupación, pero ya no sé si es porque de verdad está arrepentida o porque está a punto de soltar trescientos dólares.

—¿Solo fue eso? ¿En serio? —vuelve a hablar Firenze—. Bueno, aquí sí que voy a discrepar. De hecho, o le cuentas toda la verdad, o lo haré yo si no me das mi dinero ahora.

—¡No! —exclama Rain.

Pero ya es tarde. De repente, me interesa muchísimo lo que Firenze tiene que decir. Porque sé que Rain no va a contármelo todo.

—Adelante. Habla —le invito a seguir.

Firenze no lo duda y empieza a soltarlo todo por esa boquita.

—¿No me vas a pagar? —Lo intenta una vez más, pero Rain niega con la cabeza.

—No has ganado, técnicamente. Solo se ha rendido Ru —puntualiza Rain.

No me puedo creer que sigan con este circo delante de mis propias narices.

—Genial, pues le contaré todo. A ver qué le parece su compañera de piso después de que le diga cómo la has vendido por tres billetes de cien dólares.

—Pues dilo de una vez —le insisto.

Y entonces Firenze, por fin, cargado de odio, lo cuenta todo.

—El día anterior a la fiesta de Naina, Rain me llamó para contarme lo de tu experimento porque sabía que tenía un gemelo y

que éramos géminis. Lo habíamos comentado una vez hace tiempo, antes de que te mudaras aquí —empieza Firenze.

Rain suspira y amaga con irse.

—No, no. Quédate —le digo agarrándola del antebrazo con un tono mucho más autoritario del que pretendía emplear. Aunque resulta ser muy efectivo, porque Rain ve en mí una seriedad que no había conocido antes y se queda. Ni yo misma sabía que podría dar una orden que sonara así de rotunda.

—Así que le dije que sí, pero a cambio le propuse hacer una apuesta —prosigue Firenze—. Si yo ganaba, me pagaría trescientos dólares. Si ganaba quien ella eligiera, o sea, mi hermano, yo le pagaba a ella el dinero. Así que empezamos con las citas, pero enseguida vio que la primera con Ru había ido mal y se dedicó a confesarme cosas sobre ti que eran mentira para intentar que no conectáramos.

Tampoco es que hubiéramos llegado a conectar, realmente, pero… Recuerdo esos momentos en los que Firenze había dicho algo que me había sonado raro. Como cuando mencionó que me gustaban las películas de vaqueros o que leía siempre antes de ir a dormir. Todo eso era, por supuesto, mentira. Una mentira que Rain le había contado para ganar la apuesta y jugar conmigo mientras yo no sabía nada.

—Al principio estaba confiado, sobre todo cuando mi hermano se marchó de la primera cita, pero luego le diste otra oportunidad…, así que decidí fastidiaros la velada. Os seguí de lejos por el observatorio Griffith para saber cuándo podía escribiros a cada uno. Aprovechando la visita al baño de mi hermano, le llamé para decirle que tú, Anna, me habías escrito diciéndome que querías verme esta noche y que me harías cosas prohibidas. —Firenze dibuja unas comillas en el aire cuando dice esas dos últimas palabras—. Obviamente era mentira, pero Ru se lo creyó, porque es así de orgulloso, y se fue sin decirte nada más. Despechado, con su orgullo varonil herido. Y yo, que estaba ya ahí con mi coche, solo tenía que simular que te recogía, dando un par de vueltas para que pareciera que acababa de salir de casa y había ido exprofeso a buscarte.

Me empiezo a marear escuchando toda esta historia. No me atrevo a girar la cabeza y mirar a Rain. Ahora mismo, es la última persona a la que quiero ver. Sin embargo, tengo que hacerlo. Necesito que alguien un poco más cercano a mí que Firenze me confirme que esto no es una ida de olla suya, ni un texto improvisado que termina

con un «¡es broma!».

Cierro los ojos dos segundos, los vuelvo a abrir y busco la mirada de mi compañera de piso.

—Es verdad —confiesa ella antes de que pueda preguntarle—. Todo lo que ha dicho es cierto. Y también tengo que confesar que… indagué entre tus cosas para poder saber un poco más de ti cuando no estabas en tu habitación. Y busqué pistas para dárselas a Ru y que venciera él. Pero solo lo hice porque quería darte un poco de juego, quería que desconectaras, que este signo no fuera como los otros, que tuvieras un poco de movida… Todo esto ha sido para ayudarte, Anna.

—¿Y por eso apostaste a mi costa? ¿Y jugaste con mis sentimientos a mis espaldas?

—¿Sentimientos? Pensaba que no había nada de eso de por medio en tu experimento —se defiende ella agarrándose a un clavo ardiendo.

—Por supuesto que no, pero para mí es algo importante, porque no solo se ha convertido en una forma de conocerme mejor a mí misma, sino que ahora es mi trabajo. Mi principal sustento. Por mucho que desde fuera pueda parecer una tontería que llame trabajo a algo así.

—Hombre, es que un poco tontería sí que es… —dice Firenze.

—¡Cállate! —gritamos a la par Rain y yo.

Pero creo que es lo único en lo que vamos a estar hoy de acuerdo.

—No lo sé, Rain, me has dejado de piedra. No sé ni qué decirte —murmuro—. Necesito estar sola. Estoy muy dolida por lo que me has hecho. Y… has estado rebuscando entre mis cosas sin permiso. Es que no me lo puedo creer.

Mi cabeza va absorbiendo toda la información, poco a poco. Cuando me centro en un pensamiento, mi mente me trae otro de vuelta, asegurándome de que no me olvido nada de lo que estas dos personas han hecho conmigo.

—Bueno, pues el juego se ha terminado. Espero que os hayáis divertido —les espeto a los dos. Mis palabras, igual que mis ojos, están cargadas de furia y decepción. Son pasionales, pero también tranquilas y sosegadas. Como lo haría una persona que acaba de descubrir una traición que todavía está procesando.

—Anna… —murmura Rain, pero ni me molesto en escucharla.

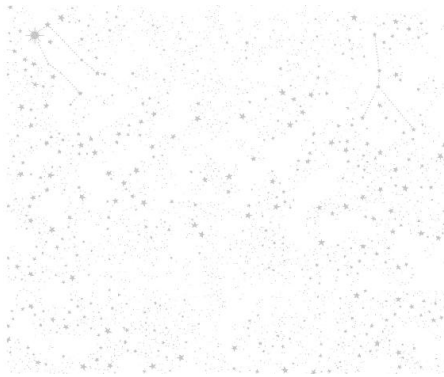
—Mañana a primera hora dejaré el piso. Hoy será mi última

noche aquí —informo a Rain—. Te haré una transferencia de lo que me corresponda de este mes, ni un día más. Y me da igual toda esa mierda de que tengo que avisar treinta días antes.

Y me voy de ahí. Ni siquiera le dedico unas palabras a Firenze ni me giro para ver su expresión por última vez. Simplemente me meto en mi cuarto, doy la luz, cierro la puerta con normalidad y abro mi maleta sobre la cama.

No creo que esta noche pueda pegar ojo.

# SEGUNDA PARTE
# CÁNCER



# CAPÍTULO 9

## EL DEL MILAGRO PARA VOLVER A CREER EN EL AMOR

En cuanto Julia abre la puerta de su piso, me echo a llorar. No tengo tiempo ni de poner un pie dentro. Me doy tanta pena a mí misma que soy incapaz de contener las lágrimas. Ella viene corriendo hacia mí, me abraza y me quita la maleta de la mano. Me cuesta entender que me está intentando ayudar a meter dentro mi equipaje.

Atravieso el umbral de la puerta y me siento fatal por estar así. Por tener que venir a molestarla con mis problemas. Por allanarle su casa de un día para otro con menos de veinticuatro horas de aviso. Por pensar que nunca voy a lograr encajar en ningún lugar.

Entro en una especie de bucle en el que, cuanto más triste me siento, más pena me doy, y no puedo salir de ahí. Julia intenta distraerme, sacarme de este torbellino infinito de pensamientos, pero no lo consigue hasta que me quedo dormida en el sofá, fatigada tras haber pasado la noche recogiendo todas las cosas de mi ya antigua habitación.

Después de hacer una siesta de cuarenta y cinco minutos, el sonido de la campana de la cocina me despierta. Es mediodía, y Julia ya está preparando algo para las dos. Bostezo y me estiro, porque todavía no he conseguido recuperar ni una pequeña parte del sueño perdido esta noche. ¿Cómo es posible que haya acumulado tantas cosas en tan poco tiempo? Me ha venido justo con mi maleta y dos mochilas para guardarlo todo. He tenido que abandonar la comida que tenía en la nevera y dos plantas que no han podido venir conmigo.

—Buenos días —me saluda Julia desde la cocina.

Me ha oído desperezarme en el sofá y viene hacia mí, al mismo tiempo que una angustia me empieza a envolver el cuerpo conforme

me incorporo.

—Perdona, me he quedado un poco adormilada.

—No te preocupes. Estoy haciendo arroz con verduras. Te gusta, ¿no?

Asiento, reprimiendo un bostezo.

—Gracias, Julia. Eres mi ángel de la guarda.

Ella se ríe y sus mechones pelirrojos rebotan cuando se agacha a mi lado.

—¿Quieres hablar del tema? —me pregunta—. ¿O prefieres que no?

—Tampoco ha habido muchas más novedades —le respondo confirmando en mi móvil que no he recibido más mensajes en la última hora.

Tal y como le pedí anoche a Rain, no me ha escrito. Por salud mental he bloqueado a los gemelos géminis. No quiero volver a saber nada de ellos.

—Vale, tranquila. Vamos a comer y desconectamos un poco.

Intento hacerle caso, pero media hora después, con el plato de arroz a medias, me entran de nuevo las ganas de llorar.

—Te juro que no sé qué voy a hacer, Julia, es que se me desmorona todo por momentos. —Me arriesgo a sonar demasiado dramática, pero ahora mismo lo veo todo negro—. No encuentro nada de trabajo y el chollo del podcast se me va a acabar dentro de cuatro meses. Ahora me he quedado sin piso, y voy a tener que volver otra vez a buscar uno nuevo. Mientras tanto, tendré que pagar un hotel, o algo así. El experimento cada vez se me hace más cuesta arriba…, y mi madre parece que no ha cambiado nada incluso después de lo que le pasó. Joder, qué mierda.

Me sueno la nariz frente a mi plato a medio comer, y después recuerdo que es de muy mala educación hacer esto en Estados Unidos. Mientras que en España está completamente normalizado sonarte en público, en este país se ve como una falta de respeto absoluta.

—Perdona —me disculpo enseguida guardándome el pañuelo en el bolsillo.

—No te preocupes. Me insensibilicé de eso en Chile —me recuerda ella.

Sonrío con una chispa de tristeza todavía en los ojos, pero intento animarme.

—Perdona, no quería sonar muy quejica. Sé que tú tampoco has tenido un año para enmarcar —le digo acordándome de que hace poco que Julia perdió a su padre.

—Vale, ya has pedido perdón dos veces, no lo hagas más —me riñe.

—¡Perdón! Es que… —Lo he vuelto a hacer—. ¡Ay, lo siento! ¡No!

Me dejo caer en el respaldo de la silla, abatida, mientras ella se parte de risa. Me uno yo también.

—¿Qué tal está Emma? —le pregunto a Julia tratando de cambiar de tema.

—Preocupada por ti. Le he contado todo lo que te ha pasado.

—Me gusta mucho para ti, creo que hacéis muy buena pareja —le confieso—. No tendrá alergia a los animales, ¿no?

—No, no —responde Julia enseguida—. Ella no.

Recuerdo cuando Julia estuvo saliendo con un chico que tenía alergia al pelo de los gatos. Cada vez que quedaban, él se tenía que medicar para no terminar estornudándole encima. Al final, acordaron cortar, ya que no tenía sentido que se siguieran viendo cuando Julia tenía un animal en casa cada dos por tres.

—Qué raro que no haya ningún bicho por aquí estos días —le digo recordando cuando intentó que adoptara un conejo con diabetes.

—¡Ya! Pero pronto quiero adoptar un gato. He echado el ojo desde hace tiempo a uno que hay en el refugio, llevará unos tres o cuatro años. Es mayorcito ya.

Julia me enseña una foto. Pasamos un rato viendo todos los animales que hay, desde perros y gatos abandonados hasta iguanas y serpientes gigantes que están recibiendo algún tratamiento para que puedan soltarlas de nuevo en su hábitat.

—¿Consideras que lo que haces en tu trabajo es muy típico de Cáncer? —le pregunto así, de la nada, al recordar que mi amiga coincide con el signo que me toca este mes.

—Mmm… —murmura ella—. Yo creo que un poco sí. Creo que los cáncer somos los padres y las madres del Zodiaco.

—¿En serio? —me río, pero tiene toda la razón. Por lo menos, de nuestro grupo de amigos, Julia es la que tiene la cabeza mejor amueblada. Siempre consigue calmar las aguas cuando hay una discusión, principalmente porque le afectan bastante. De hecho, creo

que ella preferiría que le sucediese algo malo a ella antes que ver a sus amigos o familiares sufriendo.

—Pues es muy buena noticia que justo te toque este signo ahora. Creo que hasta te puede venir bien. Piénsalo así —me dice Julia—: Estamos ya casi en el mejor momento del verano, las calles están superanimadas, es una época en la que te encuentras con los sentimientos a flor de piel y puedes conectar mejor contigo misma, cuidarte… No sé, creo que te va a venir genial. Y el chico cáncer que encuentres…

—No estoy ahora para pensar en chicos, la verdad —le aseguro —. Creo que para que pudiera volver a creer en el amor tendría que suceder un milagro. Y de los gordos.

Julia abre la boca para contradecirme, pero no la dejo.

—Ni se te ocurra —me adelanto—. Ni se te ocurra ofrecerme a uno de tus primos.

—¡No iba a hacer eso! —se justifica, aunque sus ojos dicen otra cosa.

—Pues lo parecía —la acuso igualmente—. A ver, que no tengo nada contra ellos, pero no quiero que sea así. No quiero que me lo presente nadie. Voy a dejar que el chico cáncer me encuentre a mí y no al revés. No voy a forzar las cosas.

—Vale, vale. —Julia hace el gesto de cerrarse la boca con una cremallera, pero sigue hablando—. Pero si necesitas consejo con los cáncer, ya sabes que me tienes aquí, con información de primera mano.

Me guiña el ojo y yo me río. Aunque lo último que me apetece es pensar en eso, me siento un poco más animada después de haber hablado con ella sobre el tema.

—Bueno, voy a seguir buscando trabajo, a ver si el universo hoy me tiene preparado algo bueno, que últimamente llevo una racha…

—Sí, y yo me voy a la protectora o llegaré tarde.

Julia se levanta de un salto, como si se hubiera dado cuenta de que ya va con el tiempo justo.

—¿Necesitas que haga algo mientras estás fuera? ¿Quieres que cocine la cena o que te eche una mano con alguna cosa? —le pregunto.

—¡Sí, necesito que descanses! ¡Eso es todo! —me grita desde su habitación. Pocos minutos después sale con el uniforme de la

protectora, un peto vaquero con el logo impreso a la altura del pecho, y el pelo completamente encrespado de haberse peleado con el cepillo.

—Mucho ánimo —le digo.

Ella se asegura de que lleva todo y camina hacia la puerta.

—Hay una copia de las llaves en el cajón junto al frutero, por si la necesitas —me informa, y me lanza un beso.

En cuestión de cinco segundos, me quedo sola en su apartamento, en silencio. Asusta un poco verlo tan tranquilo cuando siempre lo llena el charloteo continuo de mi amiga o la risa de Emma. Me levanto de la mesa, recojo y friego todos los platos. Guardo la comida que ha sobrado en un recipiente de cristal, lo tapo y lo dejo en la nevera para que no se estropee. Paso un paño por toda la cocina, aunque no está demasiado sucia, y busco si puedo ordenar o limpiar algo más. Barro el salón y también limpio el espejo del baño, que está lleno de marcas de agua que ha salpicado sobre el cristal.

Después, me siento frente al ordenador y busco nuevas ofertas de empleo. Me doy cuenta de que no voy a llegar a ninguna parte si me limito a las que son en remoto, así que abro mis opciones y quito el filtro de trabajar desde casa para que me salga todo lo que haya. Tampoco estoy para ponerme exquisita ni pedir mucho. De hecho, estoy bastante desesperada. Pero es eso o empezar a mirar pisos, y ahora mismo no estoy con la cabeza para revisar de nuevo cientos de fotografías, ubicaciones y precios. Lo único que no estoy dispuesta a hacer es trabajar de becaria o en un puesto muy mal pagado, a no ser que sea mi última opción. Hay muchas ofertas así, pero por ahora las esquivo.

Mando mi currículum a una empresa financiera que busca una secretaria. No piden mucha experiencia y todo lo de mi sector ya casi lo he cubierto, así que me lanzo a la aventura. Encuentro una plataforma que busca una redactora de artículos sobre desamores y me apunto, esperando que mi experiencia propia pueda ser suficiente como para que me den el puesto. Voy enviando varios hasta que ya casi me olvido de por dónde he empezado. Paso de fase en dos procesos de selección, pero de uno de ellos me rechazan a los pocos minutos.

Al otro lado de la ventana, el sol todavía se mantiene en el cielo. Menos mal que ahora los días son cada vez más largos. Cierro la pantalla del ordenador y abro mi libreta. Si realmente quiero cerrar el

ciclo de Géminis, lo que me toca hacer es plasmarlo todo sobre el papel. Bueno, eso y contarlo después en el podcast, aunque tendré que ver qué partes omito. Tampoco me apetece hablar de la historia de la apuesta delante de miles de desconocidos. Por lo menos, no ahora mismo.

Dicen de los chicos géminis que son extrovertidos, activos y que necesitan tener siempre la mente estimulada. Para ellos no hay nada mejor que un reto, una conversación que los atrape durante horas o un juego que pique su curiosidad. Creo que con los gemelos géminis he dado en el clavo, para bien y para mal.

Me sorprende cómo, incluso teniendo personalidades tan diferentes entre ellos, Ru y Firenze parecen haber sido cortados por el mismo patrón. A ambos les encanta un buen desafío que los mantenga vivos.

En el fondo, me da rabia que el experimento con Géminis haya terminado tan mal. Creo que habría sido un signo con un gran potencial, muy en la línea del mío. Un signo con ganas de conocer gente y estar siempre en movimiento. Quizá sea porque, a veces, aunque una persona esté predestinada a ser tu match perfecto, no es el momento ni el lugar. Bueno, o simplemente es un machirulo que no puede dejar de soltar tonterías cada vez que habla.

Desde luego, la mala fama que tienen los géminis se ha visto un poco justificada con el comportamiento de estos dos hermanos. Pero, en verdad, no creo que sea un mal signo. Me da la impresión de que las personas tan extrovertidas y lanzadas pueden provocar rechazo por tener mucha energía y estar siempre dispuestas a cualquier plan. Creo que ponen demasiada pasión a todo lo que hacen, y eso puede ser un problema. La gente que está a su alrededor se puede sentir amenazada y verlos más como un rival incansable que como alguien que simplemente necesita estar continuamente estimulado.

Me gustaría conocer a algún otro géminis, ya sea como amigo o como algo más, para poder contrastar esta teoría. Sé que en Internet se repite la broma de que los nacidos bajo este signo son los más odiados y bipolares del Zodiaco. Quizá es porque no pueden parar quietos. O es verdad que su insaciable curiosidad termina cansando a quienes los rodean.

Sea como sea, conocer a Firenze no ha estado tan mal. Si la apuesta no hubiera truncado mis planes, estoy segura de que habría terminado de otra manera…

En fin. Parece que el destino ha querido que ahora venga un signo un poco más tranquilo. Julia, que es cáncer, siempre dice que son familiares y cariñosos, por lo que puede ser un buen momento para poner pausa a la vida y buscar unas citas un poco más tranquilas. No me vendrá mal, después de todo llevo unos meses locos. Por favor, espero no equivocarme. Tengo muchas esperanzas puestas en ellos. Espero que no terminen jugando conmigo como lo hicieron los gemelos, porque ahora necesito un poco de tranquilidad. Quizá me sirva para descubrir esa parte más íntima del experimento, una faceta que apenas empecé a conocer cuando estuve saliendo con el chico piscis, por ejemplo. Me gustaría tener conexiones que vayan más allá de dos fiestas y citas superficiales.

Me siento un poco mejor cuando acabo de escribir esas líneas. No tengo mucho que añadir sobre Géminis, pero por lo menos siento que me ha dado un poco de fuerzas para seguir adelante con el experimento de otra manera. Solo quedan tres signos para terminar, y necesito tomarme en serio el esprint final de los próximos tres meses.

Quiero ser optimista. Sé que va a hacer falta un milagro para que todo vaya bien, pero una parte de mí siente que este va a ser mi signo y que todo va a mejorar. Igual, con toda la mala suerte que me ha mandado el universo últimamente, si lo deseo con muchas fuerzas se termina cumpliendo.

Cierro los ojos y dejo que ese pensamiento flote en el aire…, y, de pronto, escucho una notificación con un timbre que no he oído nunca.

# CAPÍTULO 10

## EL DE LOS ABRAZOS DE CACA DE OVEJA

Abro los ojos de golpe en cuanto escucho el sonidito. Al principio pienso que es un SMS. Pero ¿quién narices sigue enviándolos en el siglo XXI? Cojo el móvil y entonces lo veo. Está ahí, frente a mis narices. La noticia que llevo tanto tiempo esperando.

> ¡Su perfil ha sido seleccionado para un puesto de trabajo!
> Abra la aplicación para ver todos los detalles.

Me faltan segundos para hacerle caso a la notificación. El portal de empleo carga despacio, sacándome de quicio. He pulsado tan rápido que ni siquiera recuerdo con exactitud lo que ponía. ¿Me han dado el puesto? ¿O todavía tengo que hacer la entrevista? Unos círculos concéntricos se mueven en la pantalla mientras se carga. Al final, después de diez eternos segundos, aparece toda la información frente a mis ojos.

> Anna Ferrer:
> Su perfil ha sido seleccionado para el puesto **Redactora de contenidos Blog 365Love presencial treinta horas**. La empresa 365Love se pondrá en contacto contigo para aclarar los siguientes pasos que se deben seguir en el proceso. ¡Enhorabuena!

Parpadeo varias veces, como si quisiera asegurarme de que no estoy soñando. Y no lo estoy haciendo. Las líneas que se ven ante mis ojos son reales. Por un instante, apenas recuerdo en qué consistía el puesto. He mandado mi currículum a muchas empresas, pero, de cada cien a las que se lo he enviado, solo dos o tres me han respondido.

Tengo que releerlo de nuevo para refrescarme la memoria. El puesto es de redactora en el blog de una famosa plataforma *online* de

citas. No tiene nada que ver con lo que he estudiado, sin embargo, a estas alturas mi desesperación era tal que había empezado a enviar mi perfil a distintos lugares para ver si colaba, pero era tanta la demanda que ni siquiera me habían llamado para trabajar como camarera, uno de los puestos más ofertados en las plataformas de empleo.

Según la descripción del puesto, mi trabajo consistiría en redactar contenidos diarios para 365Love, una plataforma para solteros que no quieren relaciones efímeras ni esporádicas, sino que buscan el amor de verdad. Una conexión profunda.

Me río y miro al cielo, y le hablo directamente al universo:

—Desde luego, el diablo trabaja rápido, pero tú más —le digo, como si algo o alguien ahí arriba pudiera oírme. Como si supiera que esto es precisamente lo que estoy buscando, y no solo en lo laboral, sino también en lo personal.

La plataforma de empleo me indica que la empresa se pondrá en contacto conmigo en las próximas veinticuatro horas a través del correo electrónico o el teléfono que he facilitado en mi inscripción, así que solo queda esperar a que lo hagan para poder saber un poco más sobre el puesto.

Aunque, la verdad, parece perfecto.

Ya está atardeciendo y es hora de cenar, pero no puedo evitar buscar toda la información posible sobre esta plataforma. Al parecer, tiene bastantes usuarios, más de cuatrocientos mil solo en Estados Unidos. Me extraña no haber oído hablar de ella antes, aunque parece nueva. O igual es que nunca me he molestado en buscar algo así porque siempre me he centrado en otros portales de citas rápidas.

Cotilleo toda la web de arriba abajo y después me hago un perfil como usuaria. Pongo mis datos, una foto mía que tiene el punto justo de seriedad pero también un aire juvenil, y en poco más de quince minutos mi perfil ya está completo. La página no solo me pide la típica información sobre mí, sino que me hace preguntas muy interesantes sobre cuál es mi idea del amor, qué es lo que busco en 365Love, cuáles serían las cualidades de mi pareja ideal y qué límites no estoy dispuesta a traspasar. Las contesto despacio, aunque con una gran curiosidad por ver cómo sale esto. Al parecer, el sistema no solo tiene en cuenta estas respuestas, sino también otros factores, para conocerte mejor. Por ejemplo, lo rápida o lentamente que eres capaz de rellenar el cuestionario, los perfiles que descartas o el tiempo que

pasas en línea utilizando la plataforma. Es fascinante.

Julia vuelve del trabajo y todavía estoy sentada frente al ordenador cotilleando todas las opciones que me ofrece 365Love. Trabajar aquí tiene que ser una pasada. Tanto que, en cuanto mi amiga atraviesa la puerta con el peto manchado de Dios sabe qué, voy directa hacia ella y le doy un abrazo de la emoción.

—¡Tengo trabajo! —exclamo separándome de ella en cuanto noto un olor nauseabundo.

—Lo siento, no me he duchado en el trabajo porque no quería volver muy tarde. Esto de aquí es…, bueno, mejor echa a lavar tu camiseta —me dice al ver que se ha manchado un poco de una sustancia que huele a caca de oveja.

Nunca he visto ni olido los excrementos de una oveja, pero tienen toda la pinta de ser algo así.

—¡No importa! —respondo. Parece que me ha dado un ataque de hiperactividad—. ¡Tengo trabajo! Bueno, todavía no he firmado nada, así que no me voy a anticipar, pero… ¡me han seleccionado para un puesto aquí, en Los Ángeles! Pronto me llamarán para darme todos los detalles.

—Madre mía, Anna, ¡qué bien! —me responde Julia, que está a punto de abrazarme otra vez, pero enseguida recuerda que no se ha duchado después del trabajo en el refugio—. Cuéntamelo todo.

Durante los próximos minutos, le enseño la oferta y la plataforma. Julia tampoco ha oído hablar nunca de 365Love, pero admite que tiene muy buena pinta.

—Es supercompleta —dice ella pocos minutos después de salir de la ducha y cambiarse de ropa—. Además, he estado pensando que te vendrá muy bien para tu trabajo, ¿no? Porque sabrás cómo funciona la aplicación desde dentro…

—Sí, lo sé —admito—, pero lo cierto es que he pensado en no decir nada de que me he creado un perfil. No sé, no quiero sonar demasiado desesperada por el puesto, o quizá me rebajen el salario.

Julia se ríe.

—Sí, desgraciadamente, eso pasa de verdad —reconoce ella—. Tú mejor no les digas nada. Y no pongas el móvil en silencio.

Es cierto. Qué cabeza tengo. Corro hacia mi móvil, esperando que no me hayan llamado en estos veinte minutos que he estado separada de él, pero no hay rastro ni de llamadas perdidas ni de correos

electrónicos. Aun así, activo el sonido, a pesar de que ya es la hora de la cena.

No tengo novedades por la noche, como es de esperar. A la mañana siguiente madrugo por encima de mis posibilidades y a las siete de la mañana estoy consultando la bandeja de entrada por si han intentado contactar conmigo, aunque todavía nada. No es hasta las doce cuando me entra un correo electrónico.

Doy un bote en cuanto escucho el sonido. Rezo para que no sea un mensaje de *spam*, pero no lo es. Se trata de la encargada de Recursos Humanos de 365Love, que quiere llamarme a lo largo del día para concertar una entrevista conmigo. Espero diez minutos de cortesía antes de responderle y la informo de que estoy todo el día disponible para su llamada. Cuando el teléfono suena pocas horas después, me cuesta no titubear mientras encontramos un hueco libre en la agenda para que vaya a las oficinas de la empresa.

La buena noticia es que soy, en palabras de la encargada, «el perfil que estaban buscando para este puesto» y no han llamado a ninguna otra persona. La mala es que me va a tocar esperar cinco días hasta que llegue mi entrevista personal con ella.

El tiempo pasa lento. Tanto que intento matar las horas libres utilizando la plataforma y comenzando a hablar con algunos chicos. Por suerte, se puede ver su signo del Zodiaco, incluso se pueden filtrar, por lo que voy directamente a por los cáncer. Empiezo a chatear con algunos para entretenerme durante las horas muertas que tengo a lo largo del día. Conozco a un tal Chris, un mecánico que vive a las afueras de San Diego, es cáncer y además un apasionado del Zodiaco. Es una pena que no viva en la ciudad, porque habría podido ser un buen candidato. Al final decido filtrar solamente por aquellos que viven en Los Ángeles. No tiene mucho sentido empezar a buscar pretendientes en otros estados o en ciudades que están demasiado lejos de la mía.

Cotilleo si en España ya existe la plataforma, pero todavía no se han expandido por Europa. Por ahora, funcionan solo en Estados Unidos y en Canadá.

El día anterior a la entrevista, Julia y Emma me ayudan a escoger la ropa que llevaré a las oficinas. Un atuendo formal pero tampoco demasiado serio, al fin y al cabo, la empresa pretende ofrecer una apariencia bastante juvenil. Aun así, no quiero relajarme, así que opto

por un atuendo con el que no voy a llamar excesivamente la atención: pantalones negros con pinzas, estrechos en la parte de la cintura, y una blusa desenfadada metida por dentro y un poquito remangada. Me pongo un collar de mi signo del Zodiaco que compré hace meses en un mercadillo y me recojo el pelo en una coleta alta.

La noche antes apenas puedo dormir. No entiendo por qué estoy así, ni que fuera mi primera entrevista de trabajo. Tengo que relajarme y recordarme que todo irá bien. Es posible que estos nervios sean porque se me han juntado muchas cosas de golpe y, por primera vez, parece que me está yendo bien. De todas formas, no quiero decirlo muy alto por si de repente todo se gafa.

Cojo el metro en dirección a las afueras, en una zona donde no he estado nunca pero que me recuerda un poco a mi barrio. Hay gente joven, y, aunque veo más oficinas que viviendas, no parece el típico distrito financiero donde todo el mundo va de lado a lado con traje, maletín y cara de malas pulgas.

Sigo las indicaciones del móvil hasta que me planto frente a un edificio alto, de unas veinticinco plantas, más o menos. En el *hall* hay un directorio con todas las oficinas que se alojan allí y veo el logo color burdeos de 365Love en la número catorce. Me identifico en la recepción y me dan un pase provisional para poder subir.

Una vez allí, me indican que espere en unas sillas hasta que vengan a buscarme. Cinco eternos minutos más tarde, aparece Lavinia, la encargada de Recursos Humanos con la que ya he hablado estos días. Es bajita y delgada. Lleva unas gafas de pasta negra tan grandes que le ocupan toda la cara.

—Buenos días, señorita Ferrer —me saluda ella extendiéndome la mano.

Le devuelvo el saludo con un apretón firme, ni muy fuerte ni débil.

—Buenos días, muchas gracias por recibirme.

—A ti por venir —responde Lavinia—. ¿Me acompañas?

Entramos en una sala pequeña rodeada de cristales tintados de color gris claro y el logo de 365Love por todas partes.

—Adelante. —Lavinia me indica con una mano que me siente en la otra silla libre que hay en la sala.

Le hago caso enseguida. Lavinia se sienta frente a mí y se sube las enormes gafas por la nariz hasta que se le vuelven a escurrir de nuevo

en cuestión de segundos.

—Voy a ir al grano porque ya te dije por teléfono lo que pensaba de tu perfil. Nos gustó mucho ver tu nombre; de hecho, tuvimos que comprobar que no fuera un currículum falso. Como empresa dedicada al mundo del amor virtual y a encontrar a tu pareja ideal a través de Internet, imaginarás que conocemos tu podcast, claro, y que lo seguimos con interés. Creemos que, aunque no tengas la formación concreta para ser redactora, igualmente cuentas con las capacidades necesarias para este puesto. Necesitamos una voz joven, actual, que represente a una generación de mujeres inconformistas que no se arrepienten de sus errores, sino que aprenden de ellos y saben que el amor no es como lo pintan en las películas, sino un camino lleno de baches, piedras y muchos charcos.

Sonrío al escuchar sus palabras.

—¡Qué ilusión que escuchéis el podcast! Me alegro de que os guste. Lo hacemos con mucho cariño, y hay un montón de personas detrás trabajando para que quede perfecto.

—Pues sí, nos encanta. Aquí escuchamos cada episodio en cuanto sale, y luego lo comentamos. Por eso, cuando te vimos en la lista de solicitudes, no lo dudamos. Nos encantaría que trabajaras con nosotros. ¿Tienes alguna pregunta?

Lavinia parece agradable y no suena demasiado desesperada cuando me reconoce que son seguidoras del podcast. Aun así, necesito un poco más de información. Julia me ha dado algunos consejos para la entrevista y empiezo a ponerlos en práctica.

—Sí, me gustaría saber un poco más sobre el puesto, lo que se esperaría de mí. He visto que son treinta horas presenciales, pero no sé si tendría que venir todos los días o cómo funcionáis en la empresa.

La mujer se recoloca de nuevo las gafas. Me explica que sí, las treinta horas tienen que ser presenciales en la oficina, con alguna excepción muy puntual. Lo bueno es que el horario puede ser flexible, aunque normalmente todos están en la oficina de nueve a seis, y se espera de mí que llegue antes de las diez, como muy tarde. Me da rabia esto de la presencialidad obligatoria cuando solo voy a trabajar frente a un ordenador igual que podría hacerlo en casa, pero tampoco estoy para ponerme exquisita. Esta oferta es de las mejores que he encontrado recientemente. Y la única que me ha aceptado así, de primeras, sin ningún tipo de proceso de selección. De hecho, todavía

no me creo que todo haya sido tan rápido.

Las condiciones salariales no son para tirar cohetes, pero no están mal por treinta horas. Por desgracia, aun siendo malas las cogería, porque ahora mismo mi permiso de residencia en Estados Unidos pende de un hilo. Si puedo seguir viviendo en el país es por el contrato que tengo con Glass, pero solo quedan tres meses de podcast y después de eso quién sabe lo que pasará. Aquí me ofrecen un contrato indefinido si supero el período de prueba.

—Ahora te acompañaré a la mesa donde trabajarías. Es una zona más informal de la empresa. Bueno, en general, verás que, por los servicios que ofrecemos, hay mucha gente joven e innovadora en la empresa, pero sobre todo en tu sección, claro. La verdad es que no he visto nunca dar saltos de alegría a los de Legal o al Departamento de Finanzas.

Me río flojito y me relajo un poco. Entonces, ¿ya lo tengo? ¿No hay ninguna entrevista que deba superar?

—Nos gusta mucho el trabajo que haces en el podcast, así que nos encantaría contar contigo para redactar los contenidos que se mencionaban en la oferta de empleo. No sé si has estado cotilleando la web, pero tenemos un apartado en el que hay un blog. Hoy por hoy es más bien una comunidad. Los usuarios de la plataforma pueden escribir sus reflexiones, tanto con su nombre como de forma anónima, y tú puedes moderarlos y elegir cuáles se publican y cuáles no. Aparte, tendrás que escribir tú también algunos. La idea es que haya como mínimo un *post* al día, por lo que cuando no trabajes podrás dejarlos programados y se suben solos. Ya irás viendo que hay picos de trabajo muy característicos. Por ejemplo, en San Valentín son unas fechas locas. Tenemos miles de nuevos registros y la plataforma está más activa que nunca. También pasa en verano, aunque se estira un poco más a lo largo del tiempo, no es tan concentrado como San Valentín. La primavera también altera las hormonas…, y en invierno la gente está un poco más alicaída, así que es importante conocer bien a nuestro público y tener en cuenta el momento en el que estamos para que no se desanimen y cancelen su suscripción, claro.

—O sea, que el término *redactora* es en el sentido amplio de la palabra —le digo intentando no sonar demasiado seca—. Más que nada es por saber cuáles serían mis labores.

—Si te soy sincera, siempre que los clientes estén contentos,

participen, se mantengan y por supuesto crezcan los suscriptores y en general haya un buen ambiente…, nos gusta dejar bastante libertad. Tendrás una supervisora que trabajará contigo mano a mano, y no estarás sola en el departamento, claro. Los primeros días te supervisarían y te echarían una mano en lo que necesitaras. Si quieres, ven conmigo, te lo enseñaré.

Eso es lo que yo quería. Me levanto animada, porque todo pinta superbién. Sigo a Lavinia por una serie de pasillos que seguramente olvidaré al cabo de tres segundos y pienso que no seré capaz de hacer el camino de vuelta. La oficina es grande, como un piso enorme en el centro de una gran ciudad. La luz natural entra a raudales por las ventanas. Las paredes están recubiertas de recortes de periódico, interfaces antiguas de la web y fotos de los trabajadores. Me doy cuenta de que han hecho una especie de línea de vida de la empresa a lo largo del pasillo.

Pasamos por delante del Departamento de Finanzas, después dejamos a la derecha una sala donde están los desarrolladores.

—Básicamente, ellos controlan que la web no se venga abajo y que todo funcione a la perfección —me explica al ver que me quedo mirando todos los ordenadores y dispositivos que tienen extendidos sobre grandes mesas—. Y aquí —dice mientras llegamos a una zona más iluminada y juvenil— están los de Marketing y Redes Sociales. Este sería tu departamento.

Algunos levantan la cabeza y nos saludan con la mano. Otros están enfrascados en su doble pantalla como si les fuera la vida en ello. Me parece que cuando aparto la mirada se ponen a cuchichear.

—Tú te pondrías aquí.

Lavinia me señala una mesa de tamaño mediano, completamente vacía. Solo hay un flexo de color amarillo pastel y unas carpetas vacías para almacenar documentos. A pesar de encontrarse en una esquina de la sala, está bastante bien, porque la luz natural es fantástica y hasta tienes un poco de intimidad. Está equipada con una silla ergonómica que parece cómoda, y justo detrás tengo un perchero para dejar mis cosas.

—¡Hola! —Una chica de pelo castaño, muy largo, recogido en dos trenzas, nos saluda. Bueno, me saluda sobre todo a mí. Se pone de pie y me extiende la mano—. Yo soy Amelia Thornburn, encantada de conocerte. Cuando vimos tu inscripción en la oferta nos quedamos de

piedra. ¡Pensábamos que era de mentira!

—Sí, ya ves —le respondo sin saber muy bien qué acabo de decir y por qué, devolviéndole el apretón de manos. Intento arreglarlo rápidamente—: Tenéis una oficina muy bonita.

—Muchas gracias —sigue Amelia—. Bueno, yo me encargo de toda esta zona de marketing, redes sociales y demás contenido para la plataforma. O sea, trabajarías aquí conmigo, mano a mano los primeros días, y luego te daríamos más libertad.

Repite un poco lo que Lavinia me había dicho.

—Además, es la nueva responsable —aclara la encargada de Recursos Humanos haciendo hincapié en la palabra *nueva*—. Acaba de incorporarse hace un par de semanas. Hemos tenido algunas bajas en la plantilla así de repente. La chica que trabajaba en tu puesto, Ilkim, tuvo que regresar a Turquía. Es una pena, porque era una *crack* —reconoce Lavinia—. Bueno, ven, Anna, que te seguiré enseñando las instalaciones.

—Hasta luego —me despido de Amelia y los demás.

Sigo a Lavinia por otro pasillo que termina en una cafetería. Poco antes de llegar ya puedo oler el café recién molido. La cafetería tiene buen aspecto, aunque es la parte menos moderna de la oficina. Hay varias máquinas para hacerte café y zumos, y me da la impresión de que es todo gratis. En lugar de máquinas expendedoras de comida, veo sándwiches y bebidas perfectamente apiladas en unas neveras gigantes.

Este sitio es fantástico. Cuanto más miro a mi alrededor, más me gusta el ambiente que desprende.

—Y por aquí volveríamos de nuevo a la puerta por donde has entrado —me informa Lavinia terminando así el *tour* por la sede de 365Love en Los Ángeles.

—¿Y la central dónde está?

—En Nueva York —me responde enseguida—. Esta fue la primera oficina fuera de Manhattan que abrieron. Poco después, inauguraron una en Seattle y otra en Florida, y hace nada acaban de abrir la de Canadá, en Toronto.

—¿Y en Europa todavía no?

Lavinia despide con la mano a un compañero que pasa por nuestro lado y retoma nuestra conversación.

—Sí, se están planteando expandirse por Europa, pero creo que

no han decidido todavía si poner la sede en Londres o París. Imagino que allí todo será diferente.

—Ojalá en España —le digo, y empezamos a hablar sobre que ella estuvo en Mallorca hace un montón de años para visitar a una antigua amiga.

Lavinia me acompaña a la sala donde estábamos antes para que recoja mis cosas y se vuelve a sentar, así que hago lo mismo.

—Bueno, pues ya has visto cómo funcionamos aquí. Te voy a dejar esta tarjeta en la que tienes toda mi información por si necesitas llamarme, enviarme un correo… Te mandaré ahora uno con todos los detalles de la oferta para que te lo puedas pensar bien.

Lavinia me extiende una tarjeta con el logo de la empresa y su nombre en letras moradas, el color corporativo de 365Love.

—Genial —respondo—. Muchísimas gracias, Lavinia.

Le extiendo la mano y ella me la estrecha. Me acompaña a la puerta con una sonrisa en la cara y nos despedimos. No respiro tranquila hasta que me meto en el ascensor y relajo los hombros.

—Uf… —suspiro devolviendo la mirada a la Anna ilusionada del espejo.

No me quiero emocionar más de la cuenta, pero esto tiene muy buena pinta. Una vez en el metro, recibo el resumen de las condiciones laborales y un borrador del contrato, todo ya con mi nombre. Sé que quizá podría negociarlas un poco, pero no me quiero poner exquisita. Tengo todo lo que necesito: una buena oferta de trabajo que me dará un salario fijo, la tranquilidad de poder seguir residiendo en Estados Unidos y, sobre todo, mucha ilusión.

# CAPÍTULO 11

## EL DE LA CARTA QUE ME ARDE EN LA MANO

Paso toda la tarde (y gran parte de la noche) utilizando 365-Love como usuaria. Me dedico a ampliar todavía más la información de mi perfil para que la plataforma pueda conocerme mejor y encontrar una persona lo más compatible posible conmigo. Añado más datos sobre mis intereses y lo que me gusta hacer en mi tiempo libre. Me encanta que pueda poner también lo que no me gusta, aquellos planes a los que nunca me apuntaría. Hay hasta un apartado para indicar tus alergias, temas de conversación que prefieres evitar, países que has visitado… Paso horas mirando la pantalla y comparando mi perfil con el de otros chicos que me va sugiriendo. La plataforma solo te deja mandar una solicitud al día y aceptar otra, así que me pienso bien con qué chico quiero conectar hoy.

Filtro los candidatos por edad, para que no sean demasiado jóvenes ni mayores, y dejo de lado a todos los que no están en Los Ángeles por un tema de comodidad. Escojo también a todos los que sean cáncer, les guste viajar, sean más diurnos que nocturnos, no fumen, hablen inglés o español y no estén buscando una relación seria de primeras. Me extraña que la plataforma tenga esta opción, ya que en principio ese es precisamente el objetivo de 365Love, pero imagino que será para quienes quieran ir despacio o sean novatos, como yo. Enseguida, la plataforma aplica todos mis filtros y deja a la vista 307 perfiles que cumplen con mis requisitos.

Madre mía. Y de todos estos solo puedo escoger uno hoy. Invierto una buena cantidad de tiempo y al final me acabo decantando por un chico ecuatoriano que se llama José. Según su descripción, le gustan los gatos, viajar en tren y las bebidas muy calientes de esas con las que casi te quemas la lengua. Chateamos un rato, pero, como me pasó

hace unos días, no termino de conectar mucho con él. Además, tarda una barbaridad en responderme. Fácilmente podrán pasar ocho horas entre mensaje y mensaje. Si Lu estuviera aquí, lo llamaría un «chico ibuprofeno» por lo espaciadas que llegan sus notificaciones.

Miro las invitaciones para conectar, pero no hay muchas. De hecho, solo tengo nueve, aunque por suerte entre ellas hay un chico cáncer. Se llama Oliver y en su foto de perfil aparece con un jersey morado que le sienta de maravilla. Tiene el pelo muy corto, casi rapado, y una expresión tranquila en el rostro. Lo agrego y veo que está en línea.

¡Hola!

Hola, Anna, ¿qué tal?

Bien, aquí, aprendiendo a usar un poco la plataforma.

Ya veo que llevas poquito, sí.

Me paro un momento y busco si en alguna parte de nuestros perfiles se puede ver la fecha de creación. En efecto, el mío dice que me inscribí hace apenas unos días. Miro el de Oliver y descubro que él lleva un par de meses utilizándola.

Sí, estoy probándola, a ver qué tal.

¿Tú también eres una usuaria retirada de Tinder?

Correcto.

Ja, ja, ja. Es como si estuviéramos todos aquí
desintoxicándonos.

Sí, algo así. ¿A ti qué tal te funciona?
¿Le has dado mucho uso?

Qué va, me meto de vez en cuando.
Pero todavía no he tenido ninguna cita
en persona.

Le quiero preguntar por qué, pero sé que sonaría un poco raro, así que lo evito. Pienso un rato más en qué puedo decirle. Me quedo en blanco. ¿Es que se me ha olvidado cómo se hace esto? ¿O es que Tinder nos ha frito la cabeza ya a todos?

¿Y crees en el amor de la forma
en la que lo presentan en 365Love?

Pues… sí, la verdad. Solo he tenido una relación,
pero fue larga, estuvimos tres años y medio
juntos. Después de ella no quería nada
esporádico y estuve dos años soltero, y ahora
creo que ya estoy listo para volver al ruedo.
Aunque está siendo más duro de lo que esperaba.

Ya me imagino. ¿Terminó muy mal?

No, qué va, acabamos bien. Solo que ella se tenía
que mudar a Australia por trabajo y decidimos que

lo mejor sería terminar antes de que la distancia desgastara nuestra relación.

Vaya, lo siento.

Qué va, no pasa nada. Además, hace un montón de tiempo de eso. Perdona, te dejo, que he quedado ahora para ir al cine.

Vale, ¡que vaya bien!

¡Gracias!

Dejo ahí la conversación y suspiro. Bueno, sin más. Tampoco me ha emocionado mucho. Por hoy no puedo conectar con nadie más, así que cierro la plataforma y abro el correo electrónico de Lavinia. Después de un buen rato de darle vueltas a la oferta y consultar algunas dudas legales por Internet, decido firmarlo. Llamo a Raül para contárselo y después a Harry, que conoce 365Love a la perfección, aunque nunca la ha usado. Me dice que últimamente se está poniendo muy de moda, pero que mucha gente la abandona porque se vuelve un poco monótona. Tomo nota para pensar ideas, aunque no sea mi campo de acción en mi nuevo trabajo, y me doy cuenta del daño que hacen las redes sociales en este aspecto concreto. Estamos tan acostumbrados a la inmediatez, a la gratificación instantánea, que nos cuesta comprometernos a medio y largo plazo. Me incluyo en esa lista de afectados, y por eso sé que en 365Love me irá bien. Espero.

Al día siguiente, Lavinia me llama para terminar de cerrar todos los detalles y establecer un primer día de trabajo. Me da la opción de ir a la oficina cuatro o cinco días y que distribuya las horas en función de lo que elija. Al final me decanto por cuatro, por probar. Prefiero estar más horas y tener un día libre, aunque, eso sí, no puedo cogerme el viernes. Eso es un privilegio reservado a los que ya llevan mucho

tiempo en la empresa. También está muy cotizado el lunes, por lo que termino eligiendo el martes. No me hace mucha ilusión tener un día así suelto de trabajo, pero tampoco me voy a quejar.

Acudo a la oficina para firmar los papeles y nos despedimos hasta el lunes. Julia decide hacer una pequeña cena en su apartamento para celebrar su cumpleaños, que es dentro de tres días, y mi nuevo puesto de trabajo. Invita a Emma, Harry, Raül y Olivia.

—¿Estás segura de que vas a estar cómoda si viene? —me pregunta ella al mencionar el nombre de Olivia.

—Sí, sí —le aseguro—. Vino a pedirme perdón hace unos días y creo que lo decía de verdad. Se la notaba… diferente. Además, necesito hablar de algo con ella…

Es viernes por la tarde y todos los restaurantes están a tope, así que Emma se acerca en persona a un sitio de comida coreana vegana que hay a dos manzanas de aquí mientras los invitados van llegando. Se me hace raro que la celebración sea por algo mío. La última vez que tuve una oportunidad similar para celebrar algo fue mi cumpleaños, pero desgraciadamente lo pasé tumbada en una camilla del hospital, viéndolos a todos desfilar por delante mientras me miraban con una mezcla de compasión y alivio.

—Felicidades, hermanita —me saluda Raül en cuanto le abro la puerta.

—Gracias, feo —le respondo haciéndome a un lado para que pase.

—Vengo con Harry, pero llegará más tarde, está aparcando —me informa—. ¡Julia! Pero bueno, que dentro de tres días te haces un año más vieja…

Mi hermano saluda a la casi cumpleañera con un abrazo. Mientras esperamos a Harry, aparece Olivia. Se ha recogido el pelo en una coleta alta que le cae a lo largo de la espalda. Lleva una camiseta con transparencias y una falda plateada preciosa. Muy en su línea.

—¡Qué bien, Anna! Me alegro mucho por lo de tu trabajo. Me lo ha contado Julia.

Me saluda con un abrazo y me alegro de que todo parezca ya estar bien entre nosotras. Al momento viene Emma con la comida; se ha encontrado con Harry por el camino.

—Pero bueno, ya está aquí la competencia de Tinder, ¡que se agarren! —grita dándome un abrazo.

—¡Pero si solo voy a ser redactora! —le digo recordándole que no tengo ni voz ni voto en ninguna decisión empresarial de 365Love.

—¿Y qué? Tú tienes que manifestar lo que más desees, así, por lo menos, si no se hace realidad al cien por cien, que se quede por el camino. Todo suma.

Harry me guiña un ojo y se recoge el pelo detrás de las orejas. Hoy lo tiene más arreglado, como si viniera de una cita, así que tomo nota mental para preguntarle después. Él tiene la misma suerte que yo en el amor, así que nos entendemos bastante.

—Pues deberías hacerte una cuenta —le insisto poco después, cuando nos sentamos a comer alrededor de la mesa del salón de Julia.

—¿No irás tú a comisión y te pagan por cada usuario que captes? —bromea Olivia. Me extraña que su comentario no incluya ningún lanzamiento de cuchillos ni vaya con segundas. Pero su nuevo comportamiento es algo a lo que me puedo acostumbrar fácilmente.

—Ojalá —reconozco—, pero os lo digo en serio. Yo lo estoy probando y me gusta mucho.

—¿Esa es la aplicación en la que solo puedes hablar con una persona al día o algo así? —pregunta mi hermano, que no va tan desencaminado como yo pensaba.

—Técnicamente solo puedes enviar una solicitud y aceptar otra al día, pero puedes ir acumulando personas y conversaciones, sí. O sea, que una vez que conectas con alguien, se te guarda para siempre, a no ser que lo borres.

Mi hermano asiente y da un trago de Sprite.

—O sea, que ya te puedes quedar aquí muchos meses más —concluye Harry.

—Correcto.

—Madre mía, me acuerdo de que cuando te conocí estábamos a finales del verano pasado, y ahora ya es casi el cumpleaños de Julia —dice Harry de nuevo—. Ha pasado prácticamente un año.

—Es verdad, ¿qué vas a hacer cuando termines? —quiere saber Olivia.

Sé que la pregunta no va a malas, pero mi nivel de ansiedad se dispara en cuanto la escucho. Otra vez el mismo tema.

—No lo sé —respondo, y creo que lo hago con tanta sinceridad que los chicos se dan cuenta de que algo va mal.

—Aquí puedes quedarte todo lo que necesites —me dice Julia

estirando la mano para coger la mía.

Yo la aprieto y le doy las gracias. Sé que lo dice de verdad, pero quedarme aquí con ella es impensable. Tiene su vida, y ahora Emma forma parte de ella, por lo que no puedo vivir aquí eternamente.

—Todavía no sé qué haré. Por ahora, mi prioridad es volver a buscar piso —reconozco—, pero con un contrato indefinido creo que no me pondrán muchos problemas…

—Preguntaré en mi trabajo a ver si alguien necesita una compañera —se ofrece Olivia.

—Sí, yo también —dice Raül.

Agradezco que el tema cambie enseguida, porque pensar en qué será de mí dentro de tres meses me genera una ansiedad cada vez más grande. Terminamos de cenar y voy a la cocina a recoger los platos. Olivia, que parece muy pendiente de mis movimientos, me sigue.

—Oye —me dice en cuanto nos quedamos a solas—, ¿te acuerdas de lo que te dije de Connor? ¿Te ha mandado algo? Lo digo porque ahora que te has cambiado de dirección…

Connor.

—¡Ostras! —Me llevo las manos a la cabeza.

Se me había olvidado por completo que le había pedido a Olivia mi dirección. Me llegan todos los recuerdos de esa conversación de repente y no sé qué responderle.

—¿Quieres que le diga que estás en casa de Julia? Es que no sé qué se trae entre manos realmente, no es que esté intentando hacerme la interesante —me explica Olivia.

—No, tranquila, es que se me había pasado. Claro, tendré que avisarle… Yo me encargo, no te preocupes. Pasaré primero por mi antiguo piso por si acaso hay algo en el buzón y después le avisaré —le digo.

No quiero que Olivia tenga que estar de mensajera por mi culpa.

—Vale, genial.

Tomo nota mental y paso el resto de la noche pensando en eso. Con todo lo que ha sucedido con los gemelos, Rain, mi mudanza improvisada, el nuevo trabajo…, se me ha pasado. ¿Cómo es posible? Me siento la peor persona del universo. Tanto que, en cuanto Harry sale por la puerta y solo quedamos Emma, Julia y yo, las aviso de que voy a ir al piso de Rain para mirar el buzón.

—¿Ahora? —me pregunta Julia echándole una ojeada al reloj—.

¿No es un poco tarde?

—Ya, pero… Necesito ir. Volveré enseguida.

Cojo el móvil, la tarjeta del metro y poco más, y me planto en la que fue mi casa durante varios meses. Es raro regresar ahora sabiendo que ya no vivo ahí. Todo está exactamente igual, claro. Ni que hubiera cambiado en cuestión de una semana. Llamo abajo y Rain me abre la puerta de la calle, sorprendida de verme a través del videoportero. Camino directa al buzón y miro dentro.

Hay una carta. Muchas, de hecho, pero la de encima parece tener la dirección escrita a mano. No es una factura ni un *flyer* publicitario del restaurante de al lado, eso desde luego. No sé si es para mí, ni siquiera sé cuánto tiempo lleva ahí, pero tengo que subir al piso de Rain y pedirle la llave del buzón, por muy poco que me apetezca verla.

—¡Anna! —exclama en cuanto me ve salir del ascensor.

—Perdona que te moleste, vengo a buscar una carta al buzón. ¿Has recibido alguna a mi nombre? —le pregunto.

—No, pero toma la llave… Oye, ¿podemos hablar un momento?

Suspiro. La verdad es que de lo último de lo que tengo ganas ahora mismo es de escuchar las explicaciones de Rain. No quiero regresar a lo que pasó hace apenas una semana y media. No me apetece. He conseguido eliminar de mi mente a Ru, Firenze y la apuesta con Rain más rápido de lo que esperaba, así que no me apetece rememorarlo.

—Espera, necesito bajar urgentemente al buzón —le respondo.

Vuelvo a meterme en el ascensor. Me siento fatal, pero tengo que hacer esto por mí. Estoy segura de que Rain se arrepiente, pero creo que lo mejor es que vayamos cada una por nuestro lado, y ya está. Podría perdonarla, claro, pero nunca volvería a ser lo mismo. Sobre todo después de saber que estuvo cotilleando en mi habitación, removiendo mis cosas, para tener más información sobre mí y poder así ganar su estúpida apuesta.

Camino con rapidez hacia el buzón y lo abro. Tal y como esperaba, la primera carta va dirigida a mí. Lleva mi nombre y mi primer apellido. Por detrás solo pone «Connor». No hay ninguna dirección.

El corazón me late rápido al leer su nombre. ¿Por qué me habrá escrito una carta? ¿No podría llamarme por teléfono? Sé que quiere

desconectar, pero, al fin y al cabo, esta no deja de ser otra forma de comunicarnos, aunque sea diferente.

Me aseguro de que no hay ninguna otra carta para mí y regreso al piso de Rain para devolverle las llaves y subirle las cartas que había para ella.

—Gracias. Oye, Anna…, ¿podemos hablar? Si volvieras… —Rain lo intenta de nuevo mientras se las doy.

—En serio, dejémoslo así —le digo antes de que pueda añadir nada más—. Es que no tengo ganas, Rain, de verdad. No creo que haya nada que puedas decirme para volver a recuperar la confianza que teníamos.

Se lo pongo fácil para que no haya dudas, así que no insiste más.

—Vale. Lo siento mucho —se disculpa.

Se me hace raro oír esas palabras de su boca cuando las primeras que oí al enterarme de la apuesta fueron muy diferentes. Rain trató de quitarle importancia diciendo que no era para tanto, pero, para mí, sí que lo era.

—Me sentí completamente ignorada y vulnerada cuando me dijiste que no era para tanto y, sobre todo, espiaste mis cosas. No podría volver a vivir contigo, por eso te digo que dejémoslo de lado. No sé ni siquiera si me ibas a pedir que volviera, pero, por si acaso, tengo que plantarme, Rain.

—Vale… —murmura ella.

La Anna de hace un año se habría quedado ahí. Después de perdonarla, seguramente habría traído sus cosas de vuelta y se habría instalado de nuevo en su antigua habitación aunque no se sintiera cómoda. Sabiendo que estaba conviviendo con alguien que no la había respetado a ella como persona ni a su privacidad. La Anna de ahora es otra.

—Espero que te vaya todo muy bien, Rain. Y a tu prima.

—Igualmente, Anna.

Le lanzo una sonrisa rápida, cordial, y me meto de nuevo en el ascensor. Casi sin darme cuenta, cierro una etapa de un plumazo y por primera vez en mucho tiempo me siento tranquila y orgullosa de mí misma en lugar de estar llena de dudas.

Vuelvo a casa de Julia con la carta en la mano. No me atrevo a abrirla hasta que me encuentre en un lugar seguro, aunque durante el trayecto en metro estoy a punto de deslizar el dedo por debajo de la

solapa y rasgar el sobre. Aun así, consigo controlarme, aunque la siento rara, como si me ardiera en la mano, esperando a ser abierta. Cuando por fin llego al apartamento, saludo a Julia, que ya no está con Emma, y voy directa a la ducha. Al salir, Julia ya se va a dormir, así que me quedo en la que es mi habitación provisional.

Ahora sí, le doy la vuelta al sobre y lo abro, con cuidado de no rasgar el lugar en el que Connor ha escrito su nombre.

# CAPÍTULO 12

## EL DE LA CARTA CON LETRA CURSIVA

La letra de Connor parece estar escrita con cursiva. Le otorga un aspecto elegante, pero al mismo tiempo como si se hubiera redactado con prisas. Paso la mano por encima y puedo notar los lugares donde ha apretado más con el bolígrafo. Ha escrito no solo una hoja, sino dos. La primera está completa. La segunda, solo por una cara. Mis ojos van directos al final, donde me pide perdón y firma con su nombre. No hay nada por detrás.

Busco el inicio de la primera hoja y empiezo a leer.

*Querida Anna:*

*Espero que no te importe que utilice este medio para escribirte. Siento que, aunque podría hacerlo perfectamente por cualquier otro, este es el que necesito ahora mismo. Cuando nos separamos en la estación me dijiste que ya tenía tu número de teléfono si te necesitaba. Espero que no te importe que me ponga en contacto contigo, aunque de otra manera.*

*Ya sé que estáis todos bien por ahí, me lo dijo Olivia el otro día. Tuve una conversación muy sanadora con ella en la que pudimos repasar y sellar todo lo que cerramos antes de irme. Ella lo necesitaba, y creo que ahora está mucho mejor. Seguro que para cuando estés leyendo estas líneas ya has hablado con ella y lo has podido comprobar por ti misma.*

*Te quería escribir porque llevo varios días pensando en aquella vez en la que jugamos a ser amigos en la piscina de tu hermano. ¿Te acuerdas? Estas semanas he recordado mucho las conversaciones que tuvimos esa noche. Están siendo unos días un poco raros y me sirve aferrarme a cómo era mi vida antes de*

*marcharme.*

*Ayudar a tu hermano con sus deudas me hizo darme cuenta de que no solo lo estaba haciendo por él, sino también por mí. Echarle una mano con sus cuentas pendientes me abrió los ojos y descubrí que en parte, además de por él, lo hice porque dentro de mí sabía que yo tenía que hacer lo mismo. En mi pasado hubo una serie de momentos en los que me habría gustado que todo fuera diferente, haber podido actuar de forma distinta…, y cerrar bien algunas etapas que terminé de manera poco amable o dejé a medias.*

*Sé que para ti siempre he sido el compañero de piso insoportable de tu hermano, pero antes de eso créeme que lo fui mucho más, y peor, cuando estuve viviendo por aquí, por donde ando ahora. Prefiero no decirte dónde todavía. No me gusta mencionarlo. Tampoco regresar al lugar donde crecí. Pero he tenido que hacerlo para poder recuperarme y seguir adelante.*

*Te escribo todo esto porque de nuevo vuelvo a necesitar una amiga. Ahora no hay una piscina ni estamos al borde de la bancarrota, pero igualmente necesito a alguien que me haga un pequeño favor, y sé que tú no me juzgarás. No podría hacerlo con ninguna otra persona. Espero que no me odies por involucrarte en toda esta guerra que tengo montada en mi cabeza.*

*Antes de nada, hay algo que debo explicarte. Cuando te dije que mis padres estaban muertos, no te conté toda la verdad. Bueno, sí, justamente eso es cierto. Mis padres fallecieron cuando yo era muy pequeño. Desde entonces he intentado descubrir quién soy, de dónde vengo y qué pasó realmente aquella noche en la que murieron. Creo que ya me siento preparado para hacerlo. Hoy, cuando te estoy escribiendo estas líneas, hará un mes desde que solicité visitar al culpable en la cárcel. He tardado años en poder dar este paso. De hecho, ese es el principal motivo de que haya elegido este lugar para escaparme durante una temporada. Sin embargo, llevo desde que llegué sin poder enfrentarme a ello. Tantos años preparándome para acobardarme en el último instante.*

*¿Realmente creo que es una buena decisión? ¿Me servirá de algo enfrentarme a él, por mucho que no pueda cambiar las cosas? Por supuesto que es imposible echar atrás el reloj, pero… quizá pueda dejar en el pasado todas las dudas que he estado reteniendo en cada rincón de mi cabeza hasta hoy.*

*En fin, no me quiero enrollar más. Todo esto quería decírtelo porque, en el caso de que consiga reunir las fuerzas para ir de una vez, necesito un documento que me dejé en la casa de tu hermano. Sin él, no puedo acceder a la prisión. Con las prisas, los nervios, o lo que fuera, se me olvidó en Los Ángeles. Está en una carpeta de color morado, ligeramente transparente, en el segundo cajón de mi habitación, los que están junto a la mesa. La verdad es que a estas alturas quizá la señora que vive ahí lo haya cotilleado todo, pero me da igual. Necesito recuperarlo. Si no tengo ese papel no puedo presentarme en el centro penitenciario. Y, mientras me decido entre ir o no, por lo menos lo podría tener aquí conmigo. En el fondo, creo que cuando lo reciba encontraré las fuerzas para ir y obtener alguna otra respuesta.*

*De verdad, perdóname por meterte en toda esta movida. No te voy a mentir, me siento un poco egoísta. Pero este es un movimiento ya a la desesperada. Tendría que ir a buscarlo yo mismo, y si lo hago temo no volver a enfrentarme nunca más a esto. Necesito cerrar esta etapa, y te prometo que regresaré en cuanto haya terminado y te lo contaré todo, si quieres.*

*Lo siento mucho, de verdad. Espero que me perdones por meterme así de lleno en tu vida. He pensado muchas veces en romper esta carta mientras la escribía. Lo he hecho alguna vez, en realidad. Este es el cuarto intento y esto es lo más lejos que he llegado.*

*Por favor, no le digas nada a Raül de no ser extraordinariamente necesario. Si se entera de esto querrá venir, y no quiero meterlo en mis movidas.*

*Espero que me puedas ayudar y perdonar. Significaría mucho para mí.*

*Un millón y medio de gracias,*

*Connor*

*P. D.: Te dejo aquí la dirección donde estaré los próximos días. Si por lo que sea no pudieras hacerlo, por favor, llámame o avísame de alguna manera.*

Me quedo mirando fijamente la letra cursiva de Connor y su dirección. Trato de procesar toda la información que tan mal ha condensado en una carta. ¿O quizá es que yo la he leído a la velocidad del rayo? Necesito procesarla dos, incluso tres veces, para entender lo que me está pidiendo. Se me pone la carne de gallina cada vez que mis ojos pasan por encima del párrafo en el que habla de sus padres.

El primer pensamiento que cruza mi mente es el mismo que tendría mi hermano: ir con él. Me imagino a Connor en la mesa de un hostal, durante el desayuno, escribiendo estas líneas mientras va arrugando una carta detrás de otra.

No dudo ni un segundo en sacar mi móvil y escribir a mi hermano para ver si habría alguna posibilidad de visitar la casa, que está ahora alquilada a una mujer. Justo tiene que ir la semana que viene a revisar un sofá que se ha rasgado, por lo que aprovecharé para acompañarle. Doy gracias al cielo por que todo se haya alineado tan bien. Lo único que me preocupa es que Connor tendrá que esperar un poco. No sé cuántos días podrá llevar ya esta carta en el buzón de Rain. Y hasta que vaya a la casa de Raül habrá que sumarles otros siete…

Doblo las dos hojas y las vuelvo a guardar en el sobre a mi nombre. Después, busco mi maleta y meto la carta en un doble fondo que hay en uno de los lados, donde guardo todos mis papeles, incluido el visado, y ahora también una copia de los documentos que he intercambiado con 365Love.

Sé que hasta entonces estaré con la historia de Connor en la cabeza, así que intento abrir la plataforma para desconectar, pero no puedo. Todo el rato lo imagino a él. No puedo dejar de pensar en que Connor me había declarado su amor hacía poco más de un mes.

¿Me seguiría queriendo?

No habíamos hablado del tema desde entonces. Por supuesto.

Me dejo caer en la silla del pequeño escritorio que hay en el cuarto de invitados de Julia y miro al techo. Es de color malva, con pequeños puntitos dorados, como si fuera un cielo estrellado. Vuelvo a bajar la cabeza, abro mi portátil y entro en 365Love como usuaria.

Creo que la búsqueda de un chico cáncer es lo mejor que puedo hacer ahora mismo. Tras aplicar mis filtros, mando una solicitud a un tal Philip, y después me doy cuenta de que lleva dos semanas inactivo en la plataforma. Genial. Acepto una de un tal Jean Paul, pero no me

apetece mucho darle conversación. Al final, termino cerrando la web y mirando mi fondo de escritorio durante casi un minuto sin pestañear.

No sé a quién quiero engañar. Ahora que he recibido esta carta, no voy a poder quitarme de la cabeza al chico de pelo oscuro que nos vino a buscar al aeropuerto a mi hermano y a mí hace casi un año.

Agito la cabeza, para salir de mi embotamiento, y me pongo el pijama. Solo le pido al universo que esta noche no lo haga aparecer en mis sueños.

A la mañana siguiente, agradezco no recordar nada de lo que he soñado. Aprovecho el sábado y también el domingo para organizar todas mis cosas, retomar la búsqueda de piso y poner un par de lavadoras. Acudo a visitar dos posibles habitaciones, pero ninguna me gusta. La primera es demasiado cara, resulta que habían «indicado mal» el precio en Internet, y costaba doscientos cincuenta dólares más. Completamente fuera de mi presupuesto. La segunda estaba dentro, pero había un sonido continuo de tuberías. Con tan solo permanecer treinta segundos en ese lugar, me di cuenta de que no podría vivir ahí ni aunque me pagaran. De camino a casa le compro un set de pinceles a Julia, que lleva semanas buscándolo en Amazon para ver cuándo baja de precio, y así ya tengo su regalo de cumpleaños para mañana. Me cuesta medio riñón, pero no hay dinero que pueda pagar todo lo que está haciendo por mí estos días.

Regreso a su casa un poco desanimada, pero no me rindo y sigo buscando opciones esa noche. Me voy a dormir más tarde de lo que debería y, cuando me toca madrugar el lunes para acudir a mi primer día de trabajo en 365Love, me arrepiento de no haberme acostado antes. Mi amiga todavía está durmiendo, así que le dejo sobre la mesa del salón su regalo, que me envolvieron en la tienda, y una notita de felicitación que le he escrito.

Un café bien cargado más tarde, entro por las oficinas como si ya conociera el lugar de memoria. Lavinia me está esperando para acompañarme a mi puesto, donde distingo a Amelia, la chica con la que hablé el otro día, y a todos los demás. A lo largo de la mañana se van acercando a mi mesa para darme la bienvenida y explicarme lo que hace cada uno, aunque dos horas después ya se me ha olvidado casi todo. Demasiada información que procesar en tan poco tiempo.

—Tranquila, ya te acostumbrarás —me anima Amelia al leer la preocupación en mi rostro—. En serio. Yo el primer día estaba así o

peor. Tuve que ir al baño cuatro veces durante toda la mañana, o sea que imagínate. Incluso ahora que me han ascendido sigo teniendo dudas. Así que no te preocupes, seguro que lo haces genial. Ya te dije que, en cuanto vimos tu nombre, supimos que serías la persona ideal para este puesto. Me alegro de que aceptaras. Seguro que seremos grandes amigas, además de compis de trabajo.

Me sorprende su amabilidad, e incluso me siento avergonzada por todo lo que me ha dicho. No estoy acostumbrada a recibir cumplidos en el trabajo o de personas desconocidas.

—A mí también me hace mucha ilusión —le respondo—. Gracias por tus palabras.

—De nada. Aquí estoy para cualquier duda que se te ocurra, no tengas miedo de preguntarme o interrumpirme mil veces.

Me río porque sé que va a ser un poco así los primeros días.

—Perfecto, gracias —repito.

Amelia me sonríe.

—Bueno, te dejo trabajar.

Ella se gira hacia las dos pantallas de su ordenador y yo hago lo mismo. Reviso mi nueva cuenta de correo electrónico, abro el chat donde puedo hablar con cualquier persona de la empresa, incluso las que no se encuentran en la sede de Los Ángeles, y me aseguro de que todo esté en orden. Cotilleo todas las aplicaciones que me han instalado en mi terminal. Una de las mejores cosas de trabajar en una oficina es que puedo acceder a varios programas de pago que en mi día a día no podría tener en mi ordenador personal.

Amelia me enseña una página corporativa donde los distintos departamentos se comunican entre ellos de forma interna para organizar el flujo de trabajo. Me señala una pestaña en la que ella me irá dejando todos los contenidos que debo redactar. Tengo un tablón para redactar cada tarea pendiente, así como una fecha y hora máxima de entrega y otras características. De ahí es de donde los compañeros que llevan la web se encargan de coger los textos, maquetarlos y programarlos para que se publiquen cuando Marketing les dé luz verde. Normalmente suelen salir alrededor de las diez de la mañana, para que los clientes los puedan leer a lo largo del día mientras chatean con sus conexiones, como si fuera un artículo de la prensa o de una revista digital.

Veo que el primer encargo que me han mandado es bastante

sencillo. Una reflexión sobre las expectativas en el amor. Amelia me ha indicado una lista con palabras clave e ideas que me pueden servir, así como la extensión que debe tener el artículo. Lo releo todo dos veces y me pongo manos a la obra. Para cuando me doy cuenta ya ha pasado una hora, sin contar con las interrupciones que he tenido para conocer a gente que venía a presentarse.

Termino la jornada con un poco de dolor de cabeza, pero contenta. Cojo el móvil, que no me he atrevido a tocar hasta entonces, y veo que tengo un mensaje de Julia en mayúsculas agradeciéndome el regalo. Le respondo enseguida felicitándola otra vez y le digo que volveré pronto a casa.

Cuando llego, le doy un abrazo gigante y juntas saltamos mientras le canto *Cumpleaños feliz* en español. Es probablemente la escena más ridícula que he protagonizado en mi vida, pero, entre que es su cumpleaños, y que mi primer día ha ido genial, me siento pletórica.

Cuando me pregunta por el trabajo, hasta me da miedo reconocer lo contenta que estoy por si lo gafo todo. Mi amiga insiste en ver cómo funciona la plataforma, y le hago un pequeño tutorial mientras agrego a otro chico cáncer, Yohannes, esta vez uno cuya última conexión fue ayer por la noche, y acepto a otro, un tal Vincent, que tiene el mismo signo también.

Hablo un rato con el primero, pero me cuenta que dentro de una semana se muda a Nueva Zelanda, así que no le auguro mucho futuro a nuestra relación. Ya llevo casi quince días de Cáncer y todavía no he encontrado ningún chico, así que me tengo que poner en serio con la búsqueda.

# CAPÍTULO 13

## EL DEL CHICO CÁNCER

Cuando llego a la oficina al día siguiente, la encuentro patas arriba. Hay gente por todas partes. Unos trasladan un burro de ropa de una esquina a otra de la recepción mientras otros montan un set para hacer una sesión fotográfica, o eso parece.

Los esquivo como puedo y camino en dirección a mi sala, donde me encuentro a todo el mundo de pie, hablando en círculos.

—Buenos días, Anna —me saluda Amelia con una expresión radiante en la cara. Hoy no lleva el pelo castaño recogido en dos trenzas, sino en una coleta alta, como Ariana Grande. Me da la impresión de que está más maquillada que otros días.

—Buenos días, ¿qué pasa hoy? —pregunto inocentemente. Creo que soy la única en la oficina que no está enterada.

—Van a hacer una sesión de fotos de algunos trabajadores para un reportaje del *New York Times*. ¿No lo habías visto en el calendario?

Ni siquiera sé si ayer llegué a abrir el calendario.

—No, la verdad.

—¿No? Ostras, pues seguro que quieren contar contigo, si te apetece, claro.

No creo que esté en posición de negarme, así que me apunto. No sé si ahora mismo soy la mejor representante de la empresa, ya que hoy es mi segundo día aquí, pero le digo a Amelia que cuente conmigo y me acompaña a la sala donde la han maquillado a ella. Dejo que me pongan una base de maquillaje ligera y después me pasan por el pelo una especie de secador que le da un poco de forma. Al cabo de tan solo diez minutos, estoy perfecta.

A mi lado hay un chico que enseguida me intenta dar conversación.

—Tú eres Anna Ferrer, ¿verdad? La nueva…

Le han peinado con una especie de tupé que, sorprendentemente, le queda muy bien. Tiene la piel tan clara que se le transparentan las venitas de las ojeras incluso a través del maquillaje. Su elección de gafas me sorprende, ya que son redondas, estilo Harry Potter. Le quedan perfectas con la forma de su cara y le resaltan los ojos azules, a juego con su camisa.

—La misma —respondo.

He escuchado tantas veces la expresión *la nueva* que ya la he adoptado como propia y la llevo con orgullo.

—Yo soy Mike, encantado de conocerte. —Me extiende la mano y yo se la estrecho. La tiene muy fría—. Formo parte del equipo de desarrolladores de la web. Sí, esa cosa aburrida pero que en el fondo mantiene todo esto en pie.

Me río.

—Vas a salir en las fotos, ¿no? —le pregunto por decir algo, pero está claro que sí. Si no, no estaría aquí.

—Sí, quieren que haya como mínimo una persona de cada departamento. Hicimos un sorteo y me tocó a mí.

—¿En serio hicisteis un sorteo? —Otro chico se suma a la conversación. Es tan alto que debo inclinar la cabeza en un ángulo extraño para verlo bien desde la silla. Tiene la espalda ancha y rozará los dos metros de altura, yo creo. Lleva el pelo oscuro recogido en trencitas con cuentas y enseguida me recuerda al de Melissa Moon—. Yo me ofrecí voluntario.

El chico da un bocado a una manzana, levanta las cejas y me mira.

—¿Tú eres la nueva?

—La misma —repito, como si no lo hubiera dicho hace apenas un minuto.

—Guay. Yo soy…

—¡Alex! —Una voz grita el nombre del chico, que se da la vuelta y levanta la mano en el aire un momento.

—El mismo —dice Alex copiando mi respuesta—. En fin, me solicitan. Buena suerte.

Alex lanza la manzana, a la que tan solo le ha dado un par de mordiscos, a una papelera cercana. La encesta sin problemas, aunque tampoco se gira para ver si lo ha conseguido. Mike suspira en cuanto

se va.

—Por supuesto que se ha presentado voluntario —murmura.

Me muero de ganas de preguntarle por qué hace ese comentario, pero no quiero parecer demasiado cotilla ya el segundo día de trabajo, así que me guardo mi curiosidad para más adelante.

—¿En qué departamento está? —pregunto inocentemente.

—En el de Ventas. Aunque, si me preguntas, creo que es más bien como el portero de una discoteca y el relaciones públicas al mismo tiempo. Todo el mundo que trabaja para la empresa lo conoce, y eso que ni siquiera tiene un puesto muy alto que digamos.

Me asomo un poco a la puerta y veo que Alex está ya sentado en el taburete, posando para las fotos como si hubiera nacido para ello.

—Oye, quería decirte… —Mike me devuelve a la realidad, y me giro para mirarle. De repente, se le ha puesto la cara roja—. Sé lo que estás haciendo del experimento y quería decirte que yo…, yo soy virgo. No s-sé si tendrás ya algún pretendiente para esa fecha, ni siquiera si aceptas voluntarios, pero, por si acaso, me p-presento al *casting*.

Me echo a reír en cuanto escucho la última palabra, aunque enseguida me siento mal por si cree que lo hago por su tartamudeo.

—No hay *casting*, tranquilo, pero me parece una propuesta muy sólida que tendré en cuenta —le respondo tratando de validar la seguridad en sí mismo que ha tenido que demostrar para preguntármelo.

Creo que Mike suspira de alivio al escucharme.

—Genial, no sabía si…, ya sabes, si funcionaba así. La verdad es que me haría mucha ilusión, y creo que soy un virgo de manual, así que… puedes utilizarme para tu experimento.

—Lo tendré en cuenta —repito.

Justo en ese momento lo llaman para hacerse la foto y Mike parece hasta casi aliviado de poder salir de ahí. Todavía no tengo chico cáncer ni leo, pero me viene bien saber que Mike es un posible candidato para acompañarme a la boda de Melissa.

Alex regresa de su sesión de fotos y se mira al espejo.

—¿Cómo ha ido?

—Genial, es un momento. Seguro que lo haces muy bien —responde él asegurándose de que su pelo sigue perfecto.

Después, me guiña el ojo y se despide de mí, dejándome sola en

la salita. Cuando me toca mi turno, Mike me levanta los pulgares a lo lejos. Intento sonreír de forma natural mientras los focos me deslumbran, y paso los siguientes cinco minutos viendo luces parpadeantes de colores allá donde miro. Al parecer, soy la última, así que la sesión termina conmigo.

Regreso a mi mesa y trabajo un poco hasta la hora de comer. La mayoría saca un táper y se lo come en el sitio, así que tomo nota mental para imitarlos pasado mañana. Mañana nos han dado libre porque es el Cuatro de Julio, claro. Voy a la cafetería a por algo rápido, y allí me encuentro de nuevo con Alex, que parece estar disfrutando de ser el centro de atención de una conversación con sus compañeros. Vuelvo en silencio a mi mesa y me pongo a teclear, esperando a que me llegue la inspiración para redactar la entrada del blog del viernes.

Pasan las horas y estoy tan absorta que no cojo el móvil hasta que termino la jornada. Voy directa al metro y, por el camino, abro la aplicación de 365Love para ver si hay alguna novedad. Me ha llegado una solicitud de amistad de un tal Jack, un chico inglés nuevo en la ciudad. Tiene cara de niño y una expresión risueña.

Cotilleo su perfil y veo que es cáncer, está en línea y tiene muchos puntos en común conmigo. Le gusta viajar, leer en el parque, hacer pícnics, estar en contacto con los animales y la naturaleza, y pasar tiempo con la familia. Ha estudiado Derecho en Londres y está especializado en la defensa de personas mayores y discapacitadas con dificultades para acceder a la justicia y para realizar trámites en línea y presencialmente. Nunca me había imaginado lo necesaria que es una figura así hasta que he visto que existe.

No me da tiempo a añadir a nadie nuevo, así que abro una conversación con Jack para ver si, por fin, este puede ser mi chico cáncer, aunque ya estemos a principios de julio.

Hola, Jack.

Hey, ¿cómo estás?
Qué rápido me has aceptado.

Lo acabo de ver ahora,
justo salía del trabajo.

¿A qué te dedicas?

Pues no te lo vas a creer,
pero trabajo en 365Love.

¿En serio?

Sí, te lo prometo.

Vaya, ¿no serás una infiltrada para sacar datos de
los clientes o algo así?

Ja, ja, ja, no, te prometo que no.

¿Y qué hace una trabajadora de 365Love usando
la app? ¿Busca el amor eterno? ¿Intenta
demostrar que su empresa
es cien por cien real?

Algo así. Quiero encontrar a una persona
compatible conmigo de una forma un poco más
sana que en Tinder. No sé si para siempre o no,
eso se irá viendo sobre la marcha. Por ahora
quiero empezar centrándome en el presente,
aunque sé que esta plataforma realmente es más

a largo plazo, pero tengo claro que no busco algo de solo una noche. Me gustaría conocer a la persona un poco más. No te voy a engañar, estoy haciendo una especie de experimento y busco específicamente a un chico del signo cáncer. Me han dicho que sois muy tranquilos, familiares… ¿Es cierto?

Creo que sí. Y me gusta tu respuesta, creo que vamos en la misma línea.

¿Sí?

Sí, busco un poco lo mismo que tú. Aunque me da igual tu signo, ja, ja, ja. No sé si encontraré aquí a mi futura esposa, pero quiero buscar una relación significativa. Poder conocer un poco a la otra persona y no solo quedar para follar. Por eso me registré. Pero, vamos, no quiero ir tampoco muy a saco al principio, no soy de forzar las cosas. Si no surge, no surge. Podemos conocernos, ver cómo va, y si no queremos seguir viéndonos, pues no hace falta continuar.

¿Y ya has quedado con mucha gente?

Con un par de chicas, sí. Aunque no terminamos de conectar. Pero, bueno, no me rindo. ¿Tú?

Todavía con nadie. La empecé a usar hace poco. De hecho, si te digo la verdad, solo llevo dos días trabajando aquí, y mañana es fiesta, así que tampoco soy una experta.

¿Tienes algún plan para el Cuatro de Julio?

No, pero igual me surge algo de última hora.

Respondo eso sin pensarlo, sabiendo que mis amigos suelen ser de los que planean todo en el último momento. Sin embargo, enseguida me doy cuenta de que igual era una forma de Jack de proponerme una cita y que la he fastidiado con mi respuesta, pero cambia de tema, así que me quedo más tranquila. Además, prefiero conocerlo un poco más antes de vernos en persona. Me propongo, por lo menos, chatear con el chico durante una semana completa antes de vernos.

Al día siguiente, al final, no hay ningún plan. Escribo a mi hermano para quedar con él un rato y ponernos al día, ya que últimamente está muy callado.

—Feliz Cuatro de Julio, casi estadounidense —me dice refiriéndose a mi nuevo contrato de trabajo, ahora que me ha facilitado mucho las cosas con el permiso de residencia.

—Es impresionante cómo lo celebran aquí, ¿no? Las calles están llenas de banderas, la gente lleva pines, pañuelos, camisetas con símbolos estadounidenses…

—Ya, están medio locos. Antes de que vinieras me he topado con una concentración de personas con tatuajes de símbolos estadounidenses, estaban haciendo un concurso o algo así —me dice Raül.

Eso en España sería impensable.

—Y… ¿sabes algo de Connor? —le pregunto con aire inocente a mi hermano.

—No, ¿por?

Hago como que le quito importancia.

—Por saber. ¿Cómo estáis ahora mismo? Es que aún no sé si estáis enfadados o qué narices os pasa.

Raül suspira.

—Yo tampoco lo sé. No me gustó que hiciera todo eso a mis

espaldas, habría preferido que me lo consultara o hablara conmigo. Pero tampoco lo voy a culpar por salvarme el culo, claro. Ahora que se ha ido…, no sé. Creo que nos vendrá bien un tiempo separados hasta que la situación esté un poco menos tensa. Porque hasta entonces todo ha sido muy raro, es como si nuestra dinámica hubiera cambiado. En fin, ¿qué tal te va en casa de Julia? —me pregunta cambiando de tema —. ¿Vas a mirar algún otro sitio o te vas a quedar ahí?

Me encojo de hombros.

—Ella me insiste en que me quede y no le pague nada, pero no puedo hacerlo. Además, siento que ahora que está saliendo con Emma le quito mucha privacidad. Así que no, imposible. No quiero ser una molestia en su casa aunque Julia me diga mil veces que no lo soy.

—Ya, te entiendo.

—¿Tú cuánto llevas en este piso?

—Un mes —responde mi hermano.

Él también ha estado dando tumbos desde que alquiló su casa. Pasó por un hostal, donde se quedó bastante tiempo, y a partir de ahí le había perdido un poco la pista hasta hoy. Hablamos de Martina, del bebé y de varias cosas más, y al final saco el tema que tanto tiempo llevo esperando.

—Por cierto, ¿cómo va todo lo de la casa? ¿Sigue ahí la mujer que la alquiló?

Raül asiente.

—Sí, pero este ya es su último mes. No sé si te acuerdas de que nos avisó de que se quedaría hasta agosto.

—¿Y qué harás cuando se vaya?

Pongo el primer pie en las arenas movedizas.

—¿La verdad? Creo que… quedarme a vivir ya ahí.

Abro mucho los ojos. No esperaba esa respuesta, y no sé si es una buena o mala señal.

—¿En serio? ¿Y eso?

—La deuda ya casi está pagada por completo.

—¡Qué buena noticia, Raül! ¡Felicidades! —Casi me levanto de mi sitio y le doy un abrazo, pero nunca hemos sido ese tipo de hermanos.

—Bueno, Connor la pagó casi toda, así que no es mérito mío —reconoce él—. Pero sí, cuando la mujer se vaya ya podré instalarme de nuevo si todo sigue así. De todas formas, con más tiempo y calma, me

gustaría ir ahorrando todo el dinero que me dejó Connor para poder devolvérselo. No quiero que tengamos esa deuda entre nosotros.

—Ya…, te entiendo.

Yo en algún momento tendré que hacer algo similar con el chico capricornio, Cameron, con quien hace un montón que no hablo. Tomo nota mental en mi cabeza para escribirle cuando termine.

—Podrías venirte a vivir conmigo otra vez —me propone Raül sacándome de mis pensamientos.

—¿Qué?

—Cuando tenga la casa otra vez, digo. En vez de gastarte una locura de dinero por ahí podrías darme la mitad, o menos, de lo que pagarías en otro sitio, y con eso me bastaría.

Medito su propuesta y mi hermano enseguida ve la duda en mi rostro.

—¿Qué pasa? ¿Tan mal compañero de piso soy?

«No, Raül. El problema es que me has cambiado de tema de golpe cuando estaba a punto de soltarte la bomba.»

—No, no es eso —respondo—. Es que no sé qué haré cuando termine todo esto.

Hago un gesto en el aire con esas dos últimas palabras.

—¿Te refieres al experimento? —me pregunta él mirándome a un ojo y luego al otro.

—Sí, bueno, y al verano. Ahora tengo este nuevo trabajo, pero solo llevo dos días. Es muy pronto para saber si realmente me apasiona.

—Bueno, por lo menos es un sueldo fijo y la residencia. Que ya es mucho.

—Sí, es mucho, mucho —repito—. Por cierto, necesito tu ayuda con una cosa.

Allá voy. Me preparo para meterme de lleno en las arenas movedizas, sin cuerdas ni salvavidas.

—¿Para qué?

—Es justamente sobre la casa. ¿Te acuerdas de que te dije que necesitaba volver porque me he dejado un papel muy importante? Tiene que ser cuanto antes, Raül. Me lo piden en la empresa para darme de alta.

Ya está dicho. Odio mentir, pero me imagino cómo se pondría mi hermano si supiera que esto tiene que ver con Connor. Se querría

meter en medio y no está llevando bien que se haya ido.

—¿De la seguridad social?

—Algo así.

Me pilla fuera de juego.

—Pero si ya te dije que iría enseguida para revisar el sofá —me recuerda.

—Lo sé, pero… ¿no puede ser antes? Me corre un poco de prisa. Pensaba que igual podríamos escaparnos ahora en un momento.

Mi hermano resopla.

—Anna, no puedo. Por mucho que sea mi casa, la tengo alquilada, y no puedo colarme cuando quiera. Es ilegal, de hecho. Además, voy a ir dentro de unos días, no quiero que se sienta acosada cuando se va a ir al cabo de nada, no vaya a ser que se marche antes o yo qué sé…

Misión fallida. Asumo la derrota y asimilo que Connor tendrá que esperar un poco más para conseguir esa carpeta morada.

Cambio de tema porque sé que no hay nada más que hacer. Mi hermano me insiste en que considere mudarme con él en cuanto nos devuelvan la casa, y la verdad es que, con tal de ir a un sitio conocido y no empezar de cero una búsqueda de piso en Los Ángeles, la idea no me parece tan descabellada.

Aunque antes tendré que decidir si me voy a quedar.

Vuelvo a casa de Julia pegada al móvil, chateando con Jack. Julia y Emma me están esperando para cenar con toda la mesa decorada con banderitas sobre la comida, una mezcla de aros de cebolla, piezas de pollo rebozadas y salsa ranchera.

—Hay lasaña en el horno —me informa Emma—. No es precisamente muy estadounidense, pero era lo más rápido de hacer, porque hoy me ha tocado trabajar.

Al final del día, termino tan cansada que me despido y me voy al cuarto de invitados para dejarles un poco de privacidad. Me siento fatal por estar aquí en medio, fastidiándoles su cena. Saco el móvil para escribir a Raül, pero me distraigo con un mensaje de Jack.

Hola, guapa. ¿Has hecho algo hoy al final?

He cenado con mi compañera de piso
y su novia, poco más. ¿Y tú?

Vaya. Si lo llego a saber, te habría invitado.
Nosotros hemos venido a ver los fuegos
artificiales, ha sido genial, pero había demasiada
gente y me he agobiado
un poco.

Tranquilo, estoy reventada,
así que hoy me iré a dormir pronto.

Que mañana tienes que estar en las oficinas de la
mejor aplicación de citas.

Ja, ja, ja. Sí, exacto.
¿Tú a qué hora entras a trabajar?

Esa es una buena pregunta. Entro a las ocho,
pero realmente salgo cada día a una hora
diferente. Normalmente, sobre las seis. En un
buen día, las cinco, pero no suele haber muchos
días así.

Vaya. Yo ahora estoy a treinta horas,
así que por eso salgo antes.

Me doy cuenta de cómo han cambiado mis conversaciones en los últimos años a la hora de ligar. Ahora, la vida adulta hace que el trabajo, los planes de futuro y otros temas que jamás imaginé sean el centro de la conversación con mis posibles candidatos zodiacales.

¿Quieres que juguemos a algo a través de la plataforma? Hay un juego de preguntas y respuestas para conocernos mejor.

¡Sí, buena idea!

Activo la opción, llamada Q&A, y enseguida empiezan a aparecer preguntas en la pantalla que cada uno tenemos que responder, casi como si se tratara de un examen.

¡Por fin llega el sábado! Llevas toda la semana pensando en…
a) Tumbarte en el sofá y ver una buena serie.
b) Salir de fiesta hasta las tantas de la mañana.
c) Ir al mercadillo a buscar tesoros ocultos y después comer en un restaurante de moda.

Yo creo que elegiría la C.
¿Y tú?

¿En serio? Uf, yo dudo entre esa y la A.
Lo cierto es que soy un poco casero.

Voy a darle a la siguiente.

Para mí, el amor es…
a) Una parte más de nuestra vida.
b) Una meta que te hace sentir pleno cuando la alcanzas.
c) Una mentira que nos han intentado vender en las películas.

Dios mío, la última opción…,

ja, ja, ja, ja.

Ya, es un poco exagerada.
¿Cuál vas a elegir?

La B, sin duda. Para mí el amor y los sentimientos
me hacen sentir completo. ¿Tú?

¿Se puede escoger cincuenta por ciento A
y cincuenta por ciento B?

Creo que no…, ja, ja, ja.
Le voy a dar otra vez.

Cuando me hacen mucho daño…
a) Me cuesta bastante perdonar y olvidar lo sucedido.
b) Estoy un tiempo dolido, pero se me pasa rápido.
c) Paso página enseguida y aparto a esa persona de mi vida.

Aquí voy a marcar la B, sin duda.

¿En serio? Yo soy más de la primera.

¿Te consideras
una persona rencorosa?

A ver, no guardo rencor a mucha gente, pero sí
que me acuerdo de cuando me hacen algo que

me duele. Vale, ahora que lo pienso, sí que soy bastante rencoroso. Vaya.

Ja, ja, ja, ja. Bueno, si me hicieran mucho daño, a mí también me disgustaría. Supongo que depende de cada caso. A ver cómo es la siguiente.

Un regalo que te gustaría recibir de tu pareja sería…
a) Un viaje a un destino que llevas mucho tiempo queriendo conocer.
b) Una carta escrita a mano y un regalo muy personal.
c) Un regalo tecnológico de última generación, como un móvil, cascos o gadget nuevo para ir a la última.

Bueno, aquí voy a reconocer que yo soy del tipo B.

Dios mío, eres el típico cliché de tu signo, ¿no?

No lo sé, ¿lo soy?

Creo que sí, ja, ja, ja. Me parece que me quedaría con el primero.

Seguimos jugando durante un rato y activamos el chat de voz para poder comentarlo en directo. Me lo paso como una niña. El chico tiene una voz bonita, grave, muy familiar. Es tan fácil charlar con él que transcurren dos horas sin parar frente a la pantalla. Jack es divertido y, aunque somos muy diferentes, enseguida me doy cuenta de que es una persona íntima, incluso vulnerable. Será mucho más

introvertido que yo, pero tiene una forma única de expresar sus sentimientos. Cuando terminamos la llamada, le escribo un mensaje más.

Me lo he pasado genial.
Tenemos que repetir otro día.

Claro que sí. Que descanses.

Igualmente.

Me debato entre enviarle o no un emoji de corazón, pero Jack se desconecta antes de que pueda tomar la decisión, así que cierro yo también la aplicación hasta mañana.

Mientras me pongo el pijama, me asaltan las dudas. ¿Volverá a conectarse? ¿O solo usa la aplicación para hablar conmigo? Me vuelvo a meter media hora más tarde para mirar su última conexión, que sigue siendo cuando nos hemos despedido. Igual es casualidad pura, pero me hace ilusión verlo.

Quizá el signo Cáncer haya llegado en el mejor momento, justo cuando necesito poner pausa y conocer mis prioridades.

Y puede que Jack sea el chico perfecto para ello.

# CAPÍTULO 14

## EL DE LA CARPETA MORADA

Los días pasan lentos hasta que por fin puedo acompañar a mi hermano a su antigua casa. Se me hace raro recorrer las calles vacías hasta que nos plantamos con el Uber frente a su mansión. Solo veo a una chica haciendo ejercicio y a un hombre sacando a pasear a tres perros al mismo tiempo, los tres de una raza que no reconozco pero que tiene pinta de ser bastante exclusiva.

Los dos cipreses siguen vigilando la enorme puerta de entrada. El sol ya ha bajado bastante y proyectan unas sombras alargadas sobre el edificio. Raül pulsa el botón de llamada y de pronto me viene una oleada de recuerdos de todas las situaciones que viví aquí. Mis primeros días en Los Ángeles, cuando Carlos volvió intentando recuperarme pero le pillé jugando a dos bandas… Ahora, todo ese estrés lo veo de una forma tan distinta y no puedo evitar sonreír un poco pensando en lo alocados que fueron esos días. Pensé que tardaría mucho más en mirar atrás y reconocerlo, pero aquí estoy, casi un año más tarde, riéndome de mis desgracias.

Una mujer abre la puerta y saluda a mi hermano con un apretón de manos. Me presenta rápidamente y le dice que tengo que subir a una de las habitaciones mientras Raül inspecciona el sofá. Se ofrece a acompañarme y agradezco que él no venga con nosotras, o se dará cuenta de que le he mentido.

—¿Esta es tu habitación? —me pregunta la señora al ver que abro temerosa la puerta de la de Connor.

—Sí —le miento. No me cuesta mucho hacerlo, aunque creo que se me notan los nervios a kilómetros.

—Es muy bonita. No la hemos estado usando, pero creo que es la mejor de toda la casa.

Me guiña el ojo y yo se lo devuelvo. Por Dios, por supuesto que sabe que estoy mintiendo. En cuanto abro la puerta, está claro que yo nunca he pasado una noche ahí. No sé cómo describirlo, pero el ambiente todavía huele a él. Quizá es por el suavizante de la ropa, o su colonia. Sí, seguramente es esto último. Trato de concentrarme, dejo de lado los recuerdos que me vienen a la cabeza y sigo las instrucciones de Connor. En cuestión de segundos, y bajo la atenta mirada de la mujer, encuentro la carpeta morada. Me aseguro de que no haya ninguna más y la levanto, con aire triunfal.

—Esto era lo que necesitaba. Perdona las molestias —me excuso.

—No hay problema, querida.

Le sonrío, aunque en realidad de lo que me dan ganas es de abrazarla por habernos medio salvado la vida sin saberlo. Cierro la puerta y la mujer me escolta hasta la planta de abajo, donde Raül está hablando por teléfono. Me mantengo al margen hasta que termina de hacer sus gestiones, y poco más de diez minutos después ya estamos de vuelta al centro de la ciudad. Raül pide un Uber y yo me bajo en cuanto veo la primera parada de metro por la ventana. Me gustaría quedarme con él, pero necesito escribir a Connor cuanto antes.

Llego a casa de Julia y me siento frente al escritorio de mi cuarto. Busco un folio y comienzo a escribir, pero lo rompo. Repito el proceso dos veces más hasta que por fin me convence el inicio de mi carta.

> Connor:
> Recibí tu carta un poco tarde porque he tenido problemas con mi compañera de piso y ahora estoy viviendo en casa de Julia. Por favor, todo lo que tengas que mandarme, hazlo aquí. Así me aseguro de recibirlo.
>
> Siento contestarte ahora, pero no he podido hacerlo antes. Acabo de volver de la casa de mi hermano y he conseguido tu carpeta. Espero que aquí dentro esté el documento que necesitabas, no quiero mirarlo, pero no encontré más carpetas moradas donde me dijiste. Así que imagino que es esta.
>
> Me alegra poder ayudarte con algo, igual que tú lo hiciste con mi hermano. Él no entiende muy bien por qué te has ido, pero creo que con tu carta lo he llegado a comprender un poco mejor. Sé lo que es marcharse a buscar respuestas sobre ti mismo. Nuestros viajes son distintos, claro. El tuyo está más anclado en el pasado, mientras que el mío miraba hacia el futuro.
>
> Espero que algún día ambos podamos encontrarnos en el presente.
> Mucha suerte y ánimo con tu propio camino,
>
> ANNA

Dudo tanto de la frase sobre el pasado y el futuro que no sé si enviarla o no. Al final, doblo la carta dos veces y la dejo sobre la

carpeta para ir mañana a primera hora a mandarlo todo, justo antes del trabajo.

Saco el móvil, dispuesta a distraerme, y veo que tengo mensajes de Jack. Han pasado ya un par de horas desde que me ha escrito.

¿Qué tal el día?

Muy bien, perdona que no haya podido responderte antes.

No hay prisa.

¿Y el tuyo?

Mucho trabajo, pero estoy contento. Me llena lo que hago, así que no me importa cuando hay temporadas más intensas.

Me alegro. Por lo de que te llene, digo.

Oye, estaba pensando…
¿Quieres que nos veamos algún día?

Miro fijamente la pantalla. Jack se queda en línea, esperando una respuesta.

Me encantaría. Podemos ir a tomar café, si quieres. O unas copas.

¡Genial! Café está perfecto,
no tomo alcohol.

Vale, pues ya está decidido.

¿Te va bien mañana después del trabajo? Puedo
pasar a buscarte si me dices la dirección.

Claro.

Le mando a Jack la ubicación de las oficinas de 365Love y quedamos en vernos mañana. Miro la hora y me doy cuenta de que hoy me toca hacer la cena a mí, así que voy directa a la cocina. Todavía estoy sola en casa, pero Julia no tardará mucho más. Empiezo a revisar la nevera y la cierro. La vuelvo a abrir y a cerrar otra vez. Joder, ¿por qué no puedo centrarme?

Miro mi móvil, que se ha iluminado con un mensaje de Jack, y también la carpeta morada en la mesa de la habitación de invitados, que se ve desde aquí. No voy a negar que tengo tentaciones de abrirla, pero no lo puedo hacer. Dejo la cocina con la luz encendida y vuelvo al cuarto. Pongo una mano sobre la carpeta. No me importa lo que hay dentro. Tan solo…

Deslizo las yemas de los dedos por la superficie, imaginando a Connor con ella. Y me echo a llorar. No es un llanto nervioso, sino más bien en silencio, de esos que surgen casi sin darte cuenta de que las lágrimas te han invadido los ojos y de pronto no ves nada a tu alrededor. Noto que me mojan las mejillas. Se deslizan en silencio mientras me siento hecha un lío por dentro. Y, justo en ese momento, escucho las llaves girando en la cerradura de la casa. Me pongo de pie de un salto, limpiándome la cara, pero cuando Julia viene a saludarme no hay nada que hacer. Al principio intento callarme, pero, en cuanto me abraza, es peor.

Y se lo cuento todo, incluyendo lo que pasó después de dejar a Connor en la estación de autobuses. Terminamos pidiendo comida y viendo una película juntas hasta que me quedo dormida en el sofá. En algún momento de la madrugada me despierto y veo que Julia también ha caído. Paro la película y la tapo con una manta. Aunque durante el día haya hecho calor, esta noche han bajado las temperaturas. Me aseguro de que tenga la alarma puesta en el móvil para que no llegue tarde al trabajo y me voy de puntillas a mi cuarto. Me dejo caer en la cama y me duermo así, tal cual, hasta que suena el despertador a las ocho menos cuarto.

Soy un zombi casi todo el día e intento despertarme y pensar en mi cita de esta tarde. Sin embargo, solo me llegan *flashbacks* de mi conversación de anoche con Julia. Cuando conseguí relajarme, pude aclarar un poco mis pensamientos.

—Entonces, a ver si lo he entendido bien —dijo Julia tratando de montar un puzle con todas las piezas de información que yo le iba soltando—. Quieres terminar el experimento y buscar una conexión real con el chico cáncer.

—Sí.

—Pero Connor…

—Connor —digo, simplemente. No hay mucho más que añadir.

—¿No crees que estás utilizando el experimento como una forma de… evitar lo que realmente sientes por él?

Una voz me devuelve al presente.

—¡Anna! ¿Estás bien? —Amelia me mira con muy mala cara.

—Sí, perdona —respondo de forma automática intentando espabilarme un poco—. Lo siento, he dormido fatal. Ahora mismo voy a tomarme un café.

—Vale, tranquila. Es que te estabas poniendo pálida.

Me disculpo y voy directa a la cafetería. Joder, no me puedo permitir distraerme así. Me coloco frente a la máquina de café y, mientras se prepara lo que he elegido, mi mente vuelve a viajar al pasado.

—No lo sé —le respondo a Julia—. Sé que parece que me estoy agarrando a dos clavos ardiendo al mismo tiempo, pero… Es que… Connor y yo no podemos estar juntos. Por lo menos ahora. Él necesita aclarar y cerrar algunos capítulos de su pasado, y yo quiero centrarme en terminar lo que empecé. Lo quiero hacer por mí, más que nada, y

por el podcast. Necesito demostrarme a mí misma que soy capaz de empezar y terminar algo, y ya estoy casi a punto de hacerlo…

El pitido de la máquina me trae de nuevo al presente. Salgo de la cafetería enseguida para evitar conversaciones, incluso me cruzo con Mike y le saludo rápidamente con la mano mientras camino hacia mi mesa.

Paso el resto del día mirando el reloj. A la hora de la comida, no me levanto de mi sitio, y cuando llega el final de mi jornada me tomo otro café para espabilarme. Quiero conocer bien al chico cáncer y darle su oportunidad, igual que al resto. Ya se lo dije a Julia anoche: no puedo relajarme ahora que estoy tan cerca del final.

Bajo en el ascensor, asegurándome de que mi pelo está bien y que no tengo nada entre los dientes, y cuando salgo a la calle lo veo ahí. Está esperándome con una sonrisa en la cara y un ramo de flores en las manos, nervioso, cambiando el peso de una pierna a otra.

—¡Hola! —exclamo.

Él abre los brazos para abrazarme y cuando nos soltamos me tiende las flores. Es un ramo de tulipanes pequeño, poco aparatoso, de colores vivos y distintos.

—Son para ti.

—¿En serio?

Jack asiente. No soy mucho de flores, pero que haya tenido este detalle dice mucho de él. Sé que se ha esforzado por dar una buena primera impresión, y encima ha venido a buscarme al trabajo, así que no puedo evitar sentir una pequeña ilusión crecer dentro de mí. Quizá mi fe en los hombres no está del todo perdida.

—Muchísimas gracias.

—De nada —responde enseguida—. ¿Vamos?

Tuerzo la cabeza.

—¿Adónde?

—A la cafetería —contesta Jack como si hubiera hecho la pregunta más obvia del universo.

—Sí, me refiero, ¿sabes cuál? ¿Busco alguna?

Pero él lo tiene ya todo preparado.

—Ya he encontrado una aquí cerca.

—Perfecto. Pues tú dirás.

Sigo a Jack a través de las calles llenas de gente mientras me pregunta qué tal mi día en las oficinas de 365Love. Me siento un poco

rara caminando con un ramo de flores en la mano, pero aquí nadie te mira. De hecho, creo que podría llevar un mapache en la cabeza y ninguna persona se pararía a avisarme.

Pocos minutos después, nos sentamos al fondo de una cafetería decorada como si estuviéramos en los años cincuenta. Sirven tartas, pasteles y toda clase de batidos que el conejo diabético de Julia no podría ni oler.

—¡Qué chula! —exclamo mientras cojo el menú, pero enseguida cambio de opinión. Aquí lo más barato cuesta doce dólares. Ni que fuera una copa.

Pensándolo bien, con todas las citas que he tenido este año, me estoy dejando un dineral en restaurantes, bares y otros planes. Pero, por lo menos, mi experimento me ha dado trabajo en Glass, así que no me quejo.

—Sí, he venido aquí algunas veces, me encantan los de chocolate blanco, aunque te aviso de que son superempalagosos. Hay que compaginarlos con un vaso de agua.

Una camarera vestida con un escote enorme y patines se acerca a nosotros y toma nota de esos dos vasos de agua, dejándonos un poco de tiempo para escoger nuestros batidos. Jack va a lo de siempre, y yo me decanto por lo básico, un batido normal y corriente de chocolate con Oreo.

—¿Y vienes mucho por esta zona? —le pregunto.

Unas camareras pasan a nuestro lado, patinando, y no puedo evitar distraerme cada vez que las veo llevar una bandeja enorme de batidos.

—La verdad es que no, pero conozco este sitio porque es una cadena. Hay uno justo enfrente de mi oficina.

—¡Ah! Vale, vale. ¿Y qué tal hoy? ¿Has salvado el mundo otra vez?

Jack se ríe. Me doy cuenta de que cada vez que lo hace se le marcan unos pequeños hoyuelos en su cara de niño. Una vez que los veo, no puedo parar de mirarlos cuando sonríe.

—Con tal de ayudar a una persona, me vale.

—Oye, siempre he querido preguntarte… ¿Cómo se te ocurrió especializarte en la protección de personas mayores y discapacitadas?

El chico cáncer sonríe, como si le hiciera ilusión que le preguntara por ello.

—Todo empezó con mi madre —empieza a hablar—. Hace unos años, cuando estaba terminando Derecho, le diagnosticaron la enfermedad de Alzheimer.

—Vaya. Lo siento de verdad.

—Es una mierda, porque nos lo avisaron con mucho tiempo, pero una vez que te lo dicen ya hay poco que puedas hacer. Todavía está bien, pero ya comienza a dar algunos signos. No sé si estás familiarizada con la enfermedad, pero básicamente es una especie de demencia, un trastorno que con el tiempo no solo te va quitando la memoria, sino que también te incapacita hasta que no puedes llevar a cabo actividades del día a día. Entre otras cosas. Desde el punto de vista legal, suele ser muy complicado saber cuál es el momento en el que una persona deja de estar capacitada para tomar ciertas decisiones. Hay mecanismos para ello, claro, pero son muy genéricos, y cada caso es un mundo. Así que todo surgió cuando me di cuenta de la desprotección que sufría este grupo de personas.

—Y decidiste estudiar y especializarte para ayudarlas —termino, imaginando que eso es lo que quería decir.

—Exacto.

La camarera frena sus patines junto a nuestra mesa y va dejando los batidos con una sonrisa.

—¡Que aproveche!

—Muchas gracias —respondemos Jack y yo al unísono.

Su interrupción relaja un poco la intensidad que había alcanzado nuestra conversación.

—Es increíble que hagas eso, de verdad —le digo mientras le acerco su batido y después atraigo el mío—. Imagino que te lo dirá todo el mundo.

—Sí, bueno, es una profesión bastante alabada, pero solo desde fuera. Luego por dentro siento que somos una molestia.

Inclino la cabeza, sin entender muy bien a qué se refiere.

—¿Molestia?

—Sí. Mi sector es demasiado tradicional, rígido…, no les gusta que haya gente tocando las narices y proponiendo cambios, incluso aunque puedan mejorar la calidad de vida de los demás. Para muchos, mi trabajo solo es una piedra en el camino. Un estorbo. Pero cada persona a la que ayudo, para mí es un mundo. Pienso en alguien que hiciera lo mismo por mi madre y me embarga una emoción que no sé

explicarte, ¿sabes? Perdona, estoy siendo muy pesado hablando de mí todo el rato.

—Qué va. Me parece superinteresante.

Doy un sorbo al batido y abro mucho los ojos.

—¿Está bueno? —pregunta Jack, como si no fuera obvio.

—Espectacular.

Casi casi como para no llorar por los doce dólares que me va a costar en cuanto traigan la cuenta.

—Estás muy unido a tu madre, entonces —sigo la conversación.

No quiero que piense que me aburre. Al revés, lo que hace me parece increíble. Ojalá hubiera más personas como él en el mundo.

—Sí, es un pilar fundamental en mi vida. Ella es madre soltera y yo hijo único, así que solo nos tenemos el uno al otro. Por eso quiero estar al trescientos por ciento para ella. Es la mujer de mi vida. Y, bueno, ahora estoy intentando encontrar a la segunda.

La frase no termina de sonar tan bien como él imaginaba, pero entiendo lo que quiere decir. En ese momento, me invade una pequeña tristeza, un anhelo de que ojalá mi familia estuviera tan unida como parecen estar él y su madre. Nosotros somos cinco y no hemos conseguido ni la mitad de conexión que ellos. Aunque es cierto que en estos últimos meses mi hermano se ha convertido en una presencia imprescindible en mi vida. Si no nos tuviéramos el uno al otro, yo no habría conseguido mi trabajo en Glass ni, por supuesto, vivir en Los Ángeles. Y quiero pensar que yo le he ayudado, aunque sea un poquito, con sus problemas.

—¿Y a ti cómo te va en el amor? —inquiere Jack en cuanto ve que me quedo callada.

Bueno, la pregunta del millón.

—¿Sinceramente? No lo sé, estoy hecha un lío, no sabría decirte.

Me río, intentando quitarle hierro al asunto.

—Pero… ¿estás quedando con más gente?

—Es complicado —respondo, y procedo a contarle todo el experimento.

—Entonces no estás buscando una relación duradera —me dice Jack, y siento que su expresión se descompone un poco.

—Estoy dejándome llevar —le aclaro—. Sé que quiero completar todos los signos y ya no me queda nada, pero si hubiera alguno con el que conectara especialmente, regresaría a por él al terminar. De eso

no tengo dudas.

Y me callo la existencia de Connor. Me siento fatal por ello, pero estoy tan hecha un lío… Ni siquiera sé por qué he dicho eso. ¿Lo pienso de verdad? ¿En serio iría a por uno de los chicos del experimento si me enamorara? ¿O solo me estoy mintiendo a mí misma?

—Eso no suena muy convincente —dice Jack—. Me parece que lo del experimento es más bien una excusa para no pensar en lo que hay debajo. Como cuando barres debajo de una alfombra. No ves la mierda, pero sigue ahí. Por mucho que la pises como si no pasara nada, tú sabes que no ha desaparecido, y que en algún momento te tocará limpiarlo todo. Sé que es un mal ejemplo, pero escuchándote hablar… me da la impresión de que no estás tan preparada como piensas para tener una relación, y que quizá 365Love no es el lugar donde deberías estar ahora mismo.

Joder. Tiene razón, tiene toda la razón. Y lo peor es que he estado negándome a mí misma la realidad, cerrando los ojos para no darme cuenta de que hace ya varias semanas que estoy jugando a dos bandas. Y no puedo seguir haciendo esto. Ni a mí, ni a Jack.

Me morí por dentro cuando me enteré de que mi casi marido, Carlos, me estuvo poniendo los cuernos con Valeria. Esta situación no es similar, pero tiene muchas características en común. Carlos vivía una doble vida, y yo estoy haciendo un poco lo mismo. Sigo con el experimento, pero realmente lo que querría sería…

Siento una especie de retortijón en el estómago y me cambia la cara.

—¿Estás bien? —me pregunta Jack—. Lo siento si he sido un poco duro, no quería que sonara tan fuerte.

Voy a decir que sí, pero mi cuerpo se pone en alerta. Estoy a punto de vomitar.

—Ahora…

No me da tiempo a terminar la frase. Salgo corriendo en busca del baño, que por suerte está cerca de donde nos hemos sentado, aunque no me da tiempo a llegar al váter. Vomito sobre el lavamanos, varias veces, hasta que no tengo nada más que soltar. Con la poca dignidad que me queda, hago todo lo que puedo por limpiar el desastre que he montado en cuestión de un minuto.

No puedo seguir así. No puedo seguir engañándome a mí misma.

Necesito encontrar a Connor, hablar con él en persona y decirle la verdad. Contarle que, cuando estaba a punto de entrar en el metro después de separarnos en la estación de autobuses, corrí para verlo por última vez y decirle lo que sentía por él…, pero ya no estaba allí.

# CAPÍTULO 15

## EL DEL AMOR Y LOS TRENES

No sé con qué cara regreso a la mesa donde está Jack, pero resulta evidente que no es buena.

—¿Quieres que nos vayamos? —se ofrece él buscando ya a la camarera para pedir la cuenta.

—Sí. Por favor.

Me siento tan culpable que ni siquiera puedo mirarlo a los ojos. He estado mareando a un chico bueno, amable, que me ha venido a buscar al trabajo y me ha traído flores, solo porque no he sabido entender mis sentimientos ni pararme a pensar un segundo en el daño que le podría hacer.

Me siento como una absoluta mierda.

No sé si habrá alguna manera de pedirle perdón por haberle mareado tanto. No sé si habrá alguna manera en la que yo me pueda perdonar a mí misma por haberle hecho eso. Desde luego, ha logrado lo que quería con este signo: conocer mis prioridades.

Lo que no esperaba es que lo consiguiera tan rápido.

Vuelvo otra vez al baño para refrescarme la cara mientras Jack paga. Ha cogido el ramo de flores para que no se me olvide. Le dejo dos billetes de veinte dólares sin que me duela gastarlos y ni siquiera le voy a pedir el cambio. Cuando salgo, él me lo tiende, pero le digo que no con la cabeza, aunque insiste y me lo pone en la mano. Con la otra, me rodea los hombros y me acompaña fuera.

—¿Quieres que te pida un taxi? —me pregunta.

Su amabilidad solo me hace sentir peor.

—No, tranquilo. Ya estoy un poco mejor, es que me he agobiado y… Lo siento, Jack, esto no me había pasado nunca.

En realidad, me encuentro fatal, como si me hubieran dado una

paliza, y me duele un montón la espalda de las arcadas.

—Tranquila. Voy a pedir un taxi y te acompaño hasta tu casa.

—No hace falta, de verdad.

—Insisto.

Termino cediendo solo por no llevarle la contraria y veinte minutos después nos plantamos delante del edificio de Julia. Todavía tengo la espalda resentida, y los volantazos del taxista no han sido de gran ayuda. He tenido que concentrarme en mirar al frente para que no volvieran las náuseas.

—Lo siento mucho, muchísimo —me disculpo de nuevo, pero Jack le quita importancia al asunto.

—No te preocu…

—No, quiero disculparme —insisto. Me encuentro demasiado mal como para tener ahora esta conversación, pero siento que se lo debo y que no puedo hacer esto por teléfono—. Tienes razón. No estoy preparada para una relación a largo plazo, ni para estar conociendo gente. Ni tampoco es 365Love el lugar donde debería estar buscándola. Tengo una lucha interna en la que a veces solo quiero demostrarme a mí misma que puedo ser consistente con algo y terminar mi experimento, pero otras me dan ganas de mandarlo todo a la mierda y no encuentro el sentido de lo que estoy haciendo.

Jack me observa en silencio y asiente. No dice nada más, así que sigo hablando.

—Siento mucho no haber sido del todo sincera contigo. Si te sirve de consuelo, aunque no lo justifica, no te lo había dicho porque ni yo misma me había dado cuenta hasta ahora de que… estoy enamorada de otra persona. Y no tiene sentido todo lo demás, ni quiero seguir mareándote para algo que no va a llegar a ninguna parte. Perdóname, Jack. No sabes ahora mismo lo mal que me siento por haberte hecho pasar por esto. Imagino que precisamente te meterías en una plataforma como 365Love para evitar este tipo de dramas y justo te he causado lo que estabas tratando de evitar.

Él niega con la cabeza.

—Anna, no tienes que pedirme perdón por eso, ni ser tan dura contigo misma. Vale, te has equivocado, pero ya está —me asegura. Me coge de la mano para llamar mi atención, porque ni siquiera soy capaz de mantenerle la mirada—. Escúchame. Si esto te ha servido para darte cuenta, pues me alegro, de verdad. No me siento utilizado.

Lo único que me da rabia es que me gustaste, pero ya está, no estamos prometidos ni tenemos ya dos hijos y un perro que turnarnos los fines de semana. Nos acabamos de conocer. No te machaques.

—Pero… —insisto—. Sé que lo que he hecho está mal, Jack. Y no te lo merecías. Has sido muy bueno conmigo.

—Hombre, intento no ser una mierda de persona en general, pero eso no tiene nada que ver. Anna, el amor no es perfecto. No es un sentimiento en el que un día te despiertas y te das cuenta de que lo tienes todo claro, ni es un camino de rosas, sino más bien de espinas. Ojalá lo fuera, créeme, nadie más que yo querría una historia de amor como nos las ha pintado Disney toda la vida. Estoy enamorado del concepto del amor, sí, a un nivel superior, incluso espiritual, y por eso sé que no quiero forzarlo. Creo que esto ya te lo dije al principio, cuando nos conocimos en 365Love. ¿De qué me sirve forzar las cosas? ¿Para qué voy a cambiar toda mi vida y mis sentimientos por una relación que seguramente al cabo de cinco o seis meses se rompería? Tú tampoco eres el amor de mi vida, y no pasa nada. Seguiré buscando. Quizá nunca lo encuentre. Pero si tú piensas que has dado con él, Anna, que le jodan a todo. Sube a casa, date una ducha, tómate algo para las náuseas y escríbele. Qué cojones, llámalo y díselo ya. Hay trenes que solo pasan una vez en la vida. No pierdas el tuyo.

En mi cabeza comienzan a fluir las palabras, como si se escribieran solas en mi diario del Zodiaco.

> Dicen de los chicos cáncer que son sentimentales, sensibles y cariñosos. También, que pueden llegar a ser un poco manipuladores, eso sí. Pero, en general, son como los padres del Zodiaco. Ese signo que sabes que siempre va a tratar de protegerte, incluso aunque a veces solo necesiten esconderse del mundo. Están regidos por la Luna y, a pesar de vivirlo todo con mucha intensidad y empatizar demasiado con el resto, no se cortan en poner límites en cuanto a su espacio vital y su familia, lo más importante para ellos.
> Creo que Jack ha cumplido perfectamente con el papel de chico cáncer. Y también estoy convencida de que, aunque hemos pasado poco tiempo juntos, lo he podido conocer bastante bien e identificar todos estos aspectos en su forma de actuar en el día a día. Nuestro tiempo ha sido breve, pero me ha servido para darme cuenta de muchas cosas.
>
> Siento que me mareo mientras pienso en lo que está sucediendo ahora. No puedo procesar todo lo que me dice Jack, pero al mismo tiempo es como si estuviera leyendo lo que durante estas últimas semanas he tratado de esconder dentro de mí. Todas aquellas cosas que he callado para intentar convencerme de que todavía no estaba preparada, de que ese amor no es para mí. Ahora soy consciente de que me he estado saboteando a mí misma, procrastinando en mi propia historia de amor por miedo a…
>
> ¿Al rechazo?

No, porque ya sé lo que siente la otra persona por mí.

Tampoco es un miedo al abandono o a estar sola. Creo que me he demostrado a mí misma, de sobra, que puedo sacarme las castañas del fuego en cualquier momento.

A lo que tengo verdadero miedo es al fracaso. A volver a ver esas caras de decepción saliendo de la iglesia al enterarse de que la boda se cancelaba. A mirar a la cara a mi madre y saber que nunca seré suficiente para ella. A ser la diferente, la rara, la alocada. A ser yo misma.

Del chico cáncer, y de su signo, me quedo con esa valentía a la hora de sentirlo todo. Mucho. Y a la vez. A no tener miedo de ser vulnerable por expresar lo que siento, y a no echarme atrás a la hora de decir «te quiero» si es lo que siento en realidad.

Creo que mi signo no es compatible en el amor con el cangrejo del Zodiaco, pero por lo menos sé que me ha dejado huella, y nunca lo voy a olvidar. Por algo mi mejor amiga, Julia, es también cáncer.

Siempre tendré un hueco especial en mi corazón para este signo. Ojalá poder ser un poquito más como ellos. Ojalá querer sin miedo ni límites, llorar sin sentirme mal por expresarme y reír como si el mundo fuera a acabar mañana.

Me muerdo el labio sin poder contener un sollozo y, en un acto impulsivo, abrazo a Jack. Él me devuelve el abrazo enseguida y me intenta calmar, pero ya es tarde. Lloro, sin importarme el hecho de que estoy en mitad de la calle, en brazos de un hombre al que acabo de conocer en persona, con un ramo de flores precioso y un montón de dudas que de pronto se han disipado.

—Gracias —es lo único que puedo balbucear en este mar de lágrimas y mocos. Me separo de Jack en cuanto me empiezo a recomponer un poco y me doy cuenta de que él me está sonriendo. Se acerca otra vez para darme un último abrazo rápido y entonces se echa dos pasos atrás, dándome vía libre para subir a casa de Julia.

—Llámalo. El tren está a punto de pasar.

Asiento con la cabeza y veo cómo Jack se despide con la mano y se aleja. Lo sigo con la mirada durante varios metros, hasta que se cruza con un grupo de chicas que me bloquean la visión y desaparece entre la gente.

Tomo aire con mucha fuerza y lo suelto de golpe, mirando hacia el cielo. El sol de julio me empieza a quemar en la piel y me refugio en la sombra, y después entro en casa de mi amiga. Todavía está trabajando, así que aprovecho este momento de soledad para seguir todos los pasos que me ha dicho Jack, uno tras otro, como si fuera un robot programado para ello. Estoy demasiado abrumada como para pensar las cosas dos veces. Salgo de la ducha, me visto con ropa

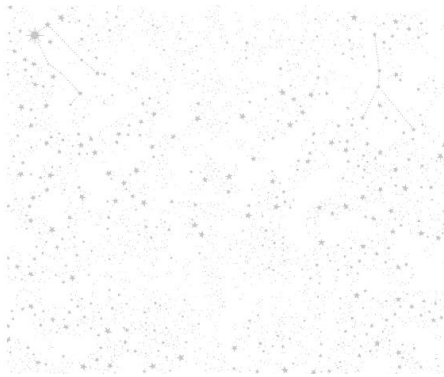
cómoda y miro el nombre de Connor en la pantalla de mi móvil.

Un toque. Solo un toque y lo estaré llamando. Una conversación y le podré decir lo que siento por él antes de que pase el tren.

No me lo pienso. Toco su nombre y dejo que suene.

Y responde.

# TERCERA PARTE
# LEO



# CAPÍTULO 16

## EL DEL REGRESO AL SIGLO XXI

—Hola…

El corazón me da un vuelco cuando escucho su voz. Joder, si es que no sé cuántas señales más del universo necesito para ver con claridad.

—¿Connor? —pregunto como si no fuera él quien estuviera al otro lado del teléfono.

—Anna —responde él.

Dos tontos diciendo sus nombres como si nunca hubieran hablado por teléfono.

—¿Cómo estás?

—Bien, pero… ¿te ha sentado mal? —Hay algo en la voz de Connor que me hace echarme atrás de repente.

—¿A qué te refieres?

—A si te ha molestado mi carta, no sé.

Entonces lo recuerdo. Me dijo que solo lo llamáramos para emergencias o si sucedía algo importante.

—No, de hecho te mandé la carpeta, ¿no la has recibido?

—Sí, sí. Me refiero a la carta en la que te respondí, en la que te agradecía que me hubieras mandado la carpeta y te decía… otras cosas.

Trago saliva. Puedo sentir que está pasando algo, aunque nos encontremos a cientos de kilómetros de distancia. No tengo ni idea de a qué carta se refiere. Claramente, todavía no la he recibido.

—No. Bueno, justamente hoy no he mirado el buzón, pero aún no me ha llegado…

—Ah, vale, pensaba que me llamabas por eso —dice él.

Nos quedamos en silencio. No, claro que no lo he llamado por

una carta que todavía no he leído. Pero…

—¿Qué ponía? —le pregunto intentando aclarar un poco la situación.

Desde luego, me estoy perdiendo algo importante. Connor resopla.

—Yo…

Le cuesta encontrar las palabras. Me entra el pánico. He pulsado su nombre en mi agenda del móvil pensando en tener una conversación completamente distinta a esta. Ahora mismo, no sé qué pensar.

—No sé cómo decírtelo por aquí. Creo que encontré mejor las palabras sobre el papel…, pero no me importa que me hayas llamado, porque necesito pedirte consejo sobre algo que no me deja dormir.

—¿Lo del… centro penitenciario? —le pregunto tocando el tema con muchísimo cuidado.

—Además de eso —añade Connor—. He encontrado… otra cosa. Estoy en una encrucijada y no sé cómo…

Veo que le cuesta encontrar las palabras. Empiezo a poner en marcha mis pensamientos para intentar imaginar qué ha sucedido. Me temo lo peor.

—Vale, tranquilo. Esperaré a recibir la carta. ¿Hace mucho que la mandaste?

—Debería haberte llegado ya, estará al caer. Y gracias, Anna. De verdad.

—Tranquilo. Estaré atento a la carta, no tenemos por qué hablarlo por aquí si no quieres. De hecho, espera. Voy a bajar ahora mismo al buzón para ver si está.

—Vale —responde Connor. Lo escucho respirar cerca del teléfono.

Busco las llaves del buzón y cojo las del piso para no quedarme encerrada fuera. Sin colgarle la llamada, salgo del apartamento de Julia y bajo las escaleras lo más rápido que puedo.

Llego al rellano y me acerco al buzón. Sí, creo que hay algo dentro. Giro la llave con una sola mano, encogiendo el cuello hacia el hombro para que no se me caiga el móvil, y lo abro.

Hay dos cartas. La de arriba es una factura que parece ser de la compañía telefónica de Julia. La otra… tiene la letra de Connor.

Me quedo en silencio, y sin palabras lo digo todo.

—Está, ¿verdad? —me pregunta él.

—Sí —confirmo, aunque no hacía falta—. ¿Quieres que… la abra ya?

El corazón me va a mil. No sé qué está pasando, y de nuevo siento la tripa revuelta.

—Sí, pero no sé si voy a ser capaz de estar al teléfono mientras lo haces —confiesa Connor.

—Puedo llamarte luego al terminar —le propongo.

Él traga saliva y después habla.

—No, tranquila. Léela conmigo. Así puedes contestarme al momento. Que le jodan, esto es demasiado para empezar a jugar a que no existe el siglo XXI ni las telecomunicaciones. A quién quiero engañar.

Sonrío. A pesar de todo, independientemente de lo que me encuentre dentro de este sobre, me anima que Connor no haya perdido ese toque de humor sórdido que tantas veces ha mostrado estando conmigo.

—Vale. Espera, subo de nuevo.

—¿Estás sola? —me pregunta.

—Sí.

—Vale.

Rehago el camino por las escaleras y me encierro en mi cuarto. Pongo el móvil en manos libres y desgarro el sobre. No le explico lo que estoy haciendo porque me imagino que ya se lo puede imaginar. Dejo el sobre a un lado, despliego la carta y comienzo a leer.

*Anna:*

*Ya tengo aquí la carpeta. Muchísimas gracias por enviármela lo más rápido que has podido. Pasé tres o cuatro días mirándola fijamente sobre la mesita de noche del hostal donde me estoy quedando hasta que encontré las fuerzas para ir al centro penitenciario que te conté. Salí de casa con la carpeta bajo el brazo, lleno de dudas y hecho un manojo de nervios…, y todo empeoró.*

*Anna, no sé qué hacer, estoy desesperado. No sé cómo contarte lo que voy a escribir a continuación, me cuesta encontrar las palabras para trazar cada línea de cada letra. Pero lo voy a soltar lo más rápido que pueda.*

*En el autobús, mientras iba al centro, me encontré con la*

*hermana de una chica con la que estuve saliendo hace ocho años. Me dijo que, poco después de que su hermana cortara conmigo, se había enterado de que estaba embarazada. Tuvo el hijo, lo dio en adopción y no me dijo nada.*

*Nada de nada, Anna. Ni una palabra.*

*Hay un niño de siete años por ahí, del que yo soy padre, que está en alguna parte del mundo. Una persona de cuya existencia yo no sabía y de la que ahora me entero, por casualidad, todo este tiempo después.*

*No me lo puedo creer. Me he convertido en lo que nunca quise: un padre ausente para su hijo. Ese niño ha crecido, seguramente, pensando que sus padres lo abandonaron porque no era lo suficientemente bueno, o porque no lo querían. Yo sé lo que es crecer sin padres. Perdí a los míos muy pronto. Y no quiero imaginarme lo que tiene que ser estar en un orfanato sin saber qué va a ser de tu futuro y por qué estás ahí, solo, rodeado de niños en la misma situación que tú.*

*Justo acababa de cerrar una herida y se abrió otra.*

*Anna, estoy destrozado. Te escribo esto porque no sé qué hacer. Quiero llamar a Raül, pero no encuentro la forma de decírselo. No tengo a nadie más. Me siento absolutamente desesperado. Por supuesto, mi trayecto en el autobús terminó ahí mismo y no pude ir al centro penitenciario.*

*Sé que quizá estas palabras suenen raras, pero me encuentro en un punto en el que estoy paralizado. Física y emocionalmente. No me puedo ir de aquí sin tener respuestas sobre mi hijo. Tampoco hago nada quedándome. Y vivo desde entonces en un bucle de pensamientos que están acabando conmigo. No he podido comer ni ducharme en tres días, tengo problemas hasta para beber agua. Te escribo esta carta como último recurso, odiándome por hacerte cargar con esto, ya que es lo que menos quiero hacer ahora mismo.*

*He tenido hasta pensamientos… de terminarlo todo. Ahora estoy mejor, y los pensamientos han desaparecido, pero no puedo negar que han estado ahí.*

*Anna, por favor, necesito que le cuentes esto a Raül. Tú y él sois ahora mismo lo más cercano que tengo a una familia. El Connor de hace años (o incluso unos meses) no habría pedido ayuda y lo habría hecho todo él, sin contárselo a nadie, y habría cargado con*

*todo esto en silencio. Pero me he dado cuenta de que ahora no soy capaz de hacerlo solo.*

*No puedo pediros que vengáis aquí. Sé que tenéis vuestros propios problemas y que esto os supondría un agravio. Pero si pudiéramos hacer una llamada, los tres, creo que me ayudaría mucho para poder salir de este bucle.*

*No sé qué más decirte. Perdóname por haceros cargar con esto. Sé que nunca os lo podré compensar a ninguno de los dos. Y sé que lo que siento por ti se interpone en este camino y lo hace todo más complicado. Espero que podamos dejar eso de lado por lo menos durante este tiempo.*

*Lo siento,*

*Connor*

Apenas soy capaz de leer su nombre al final de la carta. Tengo los ojos llenos de lágrimas, por lo que intuyo que pone «Connor». Respiro un par de veces y me seco los ojos con la manga de mi camiseta.

Connor sigue a otro lado del teléfono, sin decir nada. No sé si imaginará que ya he terminado de leer estas líneas, pero me he quedado sin palabras.

Carraspeo, asegurándome de que tenga un poco de voz para responderle.

—Ya la he leído.

Puedo escuchar cómo él traga saliva.

—Vale.

—Te voy a contar lo que voy a hacer, Connor —le digo mientras mi mente comienza a funcionar a mil kilómetros por hora—. Voy a llamar ahora mismo a mi hermano. Pediremos unos días de asuntos personales, incluso una excedencia si hace falta. Y vamos a ir contigo. ¿Sigues estando en el mismo hostal de Albuquerque?

—Anna…

—Respóndeme, por favor.

Connor suelta el aire por la nariz.

—Sí.

—Vale. Pues voy a llamarlo ahora mismo. Por favor, no te muevas ni hagas… nada.

—Tranquila. Ya estoy mejor, no he vuelto a…

—Vale —respondo con el corazón en un puño—. Pues ahora te digo. Dame unos minutos.

Creo que esta conversación se lleva el premio a la más angustiosa que he tenido en toda mi vida.

—Gracias. De verdad, gracias —responde Connor.

Las siguientes horas son una locura. Llamo a mi hermano, pero no me lo coge, así que aprovecho para ir gestionando con la empresa que me den unos días de asuntos propios. La de Recursos Humanos me recuerda amablemente por correo electrónico que esos días no serán retribuidos, pero le respondo enseguida que no hay problema. Ni siquiera esperaba cobrarlos, así que no me preocupa. Lo único que me importa ahora mismo es que he conseguido que me den tres días completos empezando mañana, y con el fin de semana entre medias es casi una semana entera. Con eso, será suficiente para ir a Nuevo México.

Cuando por fin consigo dar con Raül, que justo sale de la oficina, me dice que va a pasar por casa a por un puñado de ropa y me recoge en el piso de Julia, quien ha llegado hace poco y está flipando con la situación. No puedo contarle toda la verdad, por mucho que me cueste mentirle a mi mejor amiga. Así que no me queda más remedio que decirle que vamos a visitarlo para ayudarle con unas gestiones, y poco más.

Por la mirada que me lanza, sé que es consciente de que hay algo más, pero es demasiado buena para preguntarme. Raül se planta en su casa poco después y me dice que, si salimos ya, llegamos a coger el último vuelo del día. En coche son casi doce horas, así que está claro que vamos a tener que volar.

Me despido de Julia con un abrazo y, cuando mi hermano no mira, le pido perdón por las prisas en marcharme y le prometo contarle todo cuando esté solucionado. Ella asiente y se queda ahí, con un cerdo vietnamita que ha traído hoy del trabajo hasta que se le cure una herida que tiene en la pata.

—No había sitio en el refugio y no quiero que se contagien otros animales hasta que no sepamos lo que es —me dice mientras me sujeta la puerta para que salga con la maleta de cabina.

Le doy un abrazo, sintiéndome fatal por salir corriendo, y poco después estamos en el aeropuerto otra vez mi hermano y yo, mirando

las pantallas.

—Vamos bien de tiempo —le tranquilizo.

Raül ha comprado los billetes en el taxi mientras yo iba mirando desde qué terminal salimos y cuál es nuestra puerta. Aun así, está histérico. Se pone de pie junto al mostrador de embarque para ser el primero en subir al avión, como si así pudiera hacer que viajara más rápido, y agita la pierna durante todo el vuelo hasta que aterrizamos. Por supuesto, se levanta en cuanto quitan la señal de cinturones, aunque estemos en las últimas filas de la nave.

Caminamos a toda prisa por el aeropuerto, que es más grande de lo que esperaba, y cogemos un taxi que nos lleve al hostal de Connor. El viaje se me hace eterno. Sin embargo, cuando miro la hora en el móvil, me doy cuenta de que salimos de casa de Julia hace apenas cuatro horas. El taxi frena frente al hostal y me quedo pagando con mi tarjeta mientras Raül va sacando las maletas. El calor es asfixiante, mucho peor que en Los Ángeles, y eso que ya es de noche. Es tan seco que me pregunto si habrá cerca algún supermercado para comprarme gotas para los ojos antes de que se me queden tiesos. Además, el aire no ayuda.

Agarro mi maleta y caminamos hasta la habitación 105 en silencio. Cuando la tenemos delante, llamo tres veces con los nudillos. Connor no tarda en abrirnos, como si hubiera estado esperándonos al otro lado.

Me choca demasiado verlo así. Sus ojeras son las más grandes que he visto en mi vida y, aunque parece que acaba de salir de la ducha, no tiene pinta de estar muy despejado. Unas gotitas de agua le caen del pelo y le mojan la camiseta.

—Gracias por venir —dice, y mi hermano se lanza directamente a abrazarlo.

Les dejo unos segundos de intimidad y me alegro de verlos así. Lo último que quiero es que vuelvan a tener malos rollos entre ellos, sobre todo sin saber muy bien de dónde habían surgido. Cuando se separan, Connor me abraza a mí. Nos separamos un poco antes y él nos invita a que pasemos a su habitación.

—Tienen la llave de la vuestra en recepción, podéis pasar a por ella cuando queráis. Imaginé que no os importaría compartirla —nos informa él.

—Genial, gracias —respondo.

Dejo la maleta a un lado y me sorprende lo recogida que está la suya. Es como si apenas hubiera pasado por aquí en varios días, cuando sé que lleva instalado en ella, por lo menos, dos semanas.

—¿Cenamos algo? —propone mi hermano.

—Sí, vamos. Hay un restaurante barato aquí al lado, podemos ir en mi coche —explica Connor.

—¿Tu coche? —pregunto. Hasta donde sé, Connor lo había vendido.

—He alquilado uno para estos días. Es bastante viejo y no tiene aire acondicionado, pero era el más barato.

Lo del aire acondicionado es un golpe bajo, pero sobreviviremos.

—Vale —añade mi hermano—. Voy a por las llaves de la habitación para dejar ya las cosas y os espero abajo.

Estoy a punto de lanzarle una mirada asesina, aunque en cuanto lo miro entiendo que ni siquiera se ha dado cuenta de lo que está haciendo al dejarnos solos. Connor asiente y Raül desaparece de la habitación en cuestión de segundos. De pronto, el silencio se hace pesado.

—No sé qué decirte, Anna. Lo siento.

—Connor —le advierto en cuanto vuelve a disculparse—. En serio, no tienes que pedirnos perdón. ¿No ayudaste tú a mi hermano, y también de forma indirecta a mí, con todo lo de la casa y las deudas? Pues esto es lo mismo. Aunque no lo hacemos por eso, claro. Si no hubiera pasado lo de la casa te habríamos ayudado igual. Así que, por favor, deja de pedir perdón.

—Recibido —responde él.

Se agita el pelo, mirando al suelo, y luego vuelve a levantar la cabeza.

—¿Ya no llevas el pelo arcoíris?

Me encojo de hombros.

—Se me ha ido el color porque tengo un problema serio con ducharme con el agua hirviendo. Pero no descarto volver a teñírmelo para la boda.

Connor inclina la cabeza.

—¿Qué boda?

—¡Ah! Perdona, no te lo había dicho. La de Melissa, mi compañera del podcast. Se casa en septiembre.

—Sí, ya sé quién dices. ¿Cómo está? ¿Y su amiga? Me suena que

ella fue la que peor lo pasó después del accidente.

Recuerdo el choque que tuvimos cuando íbamos en un taxi en Las Vegas y se me eriza el vello de la nuca.

—Están mucho mejor.

—¿Y cómo estás tú? —me pregunta enseguida.

Me muerdo el labio por dentro, recordando aquel episodio. También mi fatídico cumpleaños.

—Bueno, a veces tengo sueños raros con ese momento, pero digamos que no me ha traumatizado.

—Perdona, me refería en general —se corrige Connor—. Cómo estás tú…, en general, con todo.

Asiento.

—Procesando muchos cambios en mi vida. La mayoría buenos, así que no me puedo quejar.

—Es que me preocupé cuando me llamaste —sigue hablando él. Me fijo en su pelo, que ha crecido bastante rápido desde la última vez que lo vi—. Si no habías leído todavía la carta, ¿por qué lo hiciste? ¿Seguro que va todo bien?

Su pregunta me deja en fuera de juego por completo. No me la esperaba, y lo peor de todo es que no he preparado una excusa para este momento. Me debato entre decirle la verdad o no. Sé que ahora es un momento horrible para confesarle que él me gusta, mucho, y que la llamada de teléfono fue justamente para contarle eso.

—Nada, realmente. Me equivoqué al pulsar en la agenda y te llamé sin querer —suelto.

Al momento me doy cuenta de lo ridículo que ha sonado. Connor se echa a reír, y es una carcajada mordaz, así que le devuelvo la sonrisa con cara de pánico.

—Eso no te lo crees ni tú, chica del Zodiaco. Dime la verdad.

Connor se acerca a mí y doy un paso atrás. Mis zapatillas rozan con la pared y sé que estoy acorralada. No tengo escapatoria. Miro a la puerta, esperando un milagro. Rezo para que mi hermano asome la cabeza preguntando por qué estamos tardando tanto e interrumpa este momento igual que en las películas. Pero esto es la vida real, no una escena de una comedia romántica.

—Creo que no es el mejor momento para decírtelo —reconozco.

Espero, deseo, que Connor entienda todo a través de estas palabras. Sin embargo, él parece que quiere saber la verdad, sea como

sea.

—No veo justo que yo te cuente todas mis movidas y tú no me digas nada —se queja él—. Quedamos en que seríamos amigos, como aquel día en la piscina. No tiene sentido ser amigos si yo me desahogo y te hago venir hasta aquí y tú…, tú no puedes decirme nada.

Niego con la cabeza.

—Esto no tiene nada que ver. De verdad, es mejor que lo dejemos a un lado.

Le miro con unos ojos que lo dicen todo. Con intensidad, anhelo. Sufro para que no me siga insistiendo, porque lo último que quiero ahora mismo es sorprenderle con una declaración de mis sentimientos cuando Connor está pasando por su peor momento. Si voy a hacerlo, no quiero que sea aquí, ni así, ni ahora.

Abre la boca, dispuesto a insistirme más…, y entonces la vuelve a cerrar.

—De acuerdo. Lo entiendo.

Ni siquiera sé si lo entiende de verdad, pero no quiero seguir explorando esa vía. Asiento y miro al suelo, soltando el aire que, sin darme cuenta, estaba reteniendo en mis pulmones.

—Vamos abajo. Raül nos estará esperando —le recuerdo.

# CAPÍTULO 17

## EL DE ROMAN

No puedo pegar ojo en toda la noche. Y no solo porque estoy en bucle pensando en todo lo que ha sucedido en las últimas horas, sino porque la cena de anoche le ha sentado fatal a Raül y tiene una intoxicación alimentaria.

Connor se vuelve a instalar la aplicación de mensajería instantánea en su móvil y me avisa por ahí de que tiene galletas y zumo en su habitación por si quiero desayunar algo. Una vez que estoy vestida, salgo de mi cuarto sin hacer ruido, ya que me parece que Raül por fin se ha logrado dormir.

—¿En serio le sentó mal la ensalada? —me pregunta Connor a modo de saludo.

Tiene mejor aspecto que ayer, desde luego. Las ojeras se niegan a abandonar su rostro, pero por lo menos parece un poco más animado.

—Sí —confirmo. No quiero entrar mucho en detalles, pero está claro que la cena de anoche ya no sigue en su cuerpo—. Creemos que fue el pollo, que estaría poco hecho. O la salsa césar quizá se encontraba en mal estado.

Connor agita la cabeza.

—Pobre, lo que le faltaba.

—Ya —confirmo—, le ha sentado fatal no venir.

Connor me invita a sentarme junto a una mesita baja que hay en su habitación y ambos improvisamos un desayuno en silencio. Al terminar, le pregunto qué tiene pensado hacer hoy, pero él solo se encoge de hombros.

—No lo sé. Quiero ir a verla, pero no sé cómo hacerlo. Ni siquiera sé si seguirá viviendo en la misma casa.

—Bueno, podemos ir, si quieres. ¿No? —le propongo.

—¿Me acompañarías?

—Claro.

Connor parece sopesar la idea durante un rato. No quiero presionarlo, pero si lo tiene que hacer, prefiero que sea cuando estemos aquí los dos. No me gustaría que tuviera que pasar por esto él solo.

—Bueno, pues… vamos.

El chico se pone de pie y yo hago lo mismo. En cuanto abrimos la puerta de la habitación, nos recibe de nuevo ese calor seco que tan poco he extrañado. Hoy nos vamos a asfixiar, lo veo venir. Quién diría que echaría de menos el calor húmedo de Los Ángeles.

Le escribo un mensaje a Raül para contarle adónde vamos y desearle que se mejore pronto, pero al final no lo mando por si acaso le despierta. Sigo a Connor hacia el coche de alquiler y, pocos minutos más tarde, nos plantamos frente a una casa de color amarillo claro. No es muy grande, pero parece habitada. En el porche hay una mesita con una silla de plástico y todavía quedan restos de las decoraciones del Cuatro de Julio.

Connor apaga el motor, pero no sale del coche. Bajo la ventanilla porque estoy convencida de que dentro hace más calor que fuera, pero incluso sin aire acondicionado parece que sale fuego de las calles de Albuquerque.

—¿Quieres que te espere aquí? —le propongo.

—No, por favor. Ven conmigo. Creo que si voy yo solo me verá más como una amenaza, pero igual tu presencia los tranquiliza. Hace años que no vengo a esta casa, y recuerdo que los padres no me tenían mucho aprecio… Imagino que ahora menos.

—Vale. Vamos.

Hago el gesto de salir del coche, pero Connor no me sigue.

—Necesito un momento —me pide sin mirarme a la cara.

Me dejo caer en el asiento sin decir nada. Connor pasa casi un minuto en silencio, fijando su mirada en algún punto del volante, hasta que coge su móvil y quita las llaves del coche.

—Ya está. Vamos.

Lo sigo hasta la casa sin decir nada y llamamos a la puerta. Me fijo en que tienen una cámara de seguridad y una luz se enciende, indicando que se ha activado.

—¿Quién es? —pregunta una voz de mujer.

—¿Lucy? Soy Connor.

La tal Lucy no dice nada más. Nos quedamos en silencio y entonces escucho unos pasos acercándose. Una chica un poco más joven que nosotros, todavía en edad de ir a la universidad, abre la puerta de casa. Tiene el pelo tan rubio que casi parece platino. Es más bien bajita, con los muslos anchos, y viste de color rosa chillón.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta a Connor—. ¿Es por lo que te dije el otro día en el autobús?

Por sus palabras, ella debe de ser la hermana menor.

—Sí —responde Connor con serenidad, aunque sé que por dentro está hecho un manojo de nervios—. ¿Está Poppy en casa?

Lucy parece pensarse la respuesta.

—Sí, pero no sé si querrá hablar contigo. Ahora vuelvo.

Lucy desaparece en el interior de la vivienda y nos quedamos ahí fuera, esperando, hasta que una chica un poco mayor se acerca a la puerta. No tiene nada que ver con su hermana. Poppy lleva el pelo del mismo color que su ropa: todo negro. Tiene un tatuaje en la nariz y dos en la ceja derecha. Al contrario que Lucy, es alta y muy delgada. Nadie diría que son hermanas.

—Madre mía —dice Poppy a modo de saludo, aunque no hay ni una pizca de sorpresa en su voz. Tiene un acento extraño, como si el inglés fuera su segunda lengua. Mira a Connor de arriba abajo y luego me escanea también a mí con cierta expresión de curiosidad. Después, vuelve la cabeza hacia el que fue su pareja—. Imaginaba que vendrías. Cuando Lucy me dijo que te había visto en el autobús, sabía que era cuestión de tiempo que te plantaras aquí.

Connor abre la boca para hablar, pero no sabe ni por dónde empezar. Poppy no nos invita a entrar en su casa, así que imagino que tendrán esta conversación en el porche. Me siento una intrusa, pero sé que Connor quiere que esté aquí, así que intento darle apoyo moral asintiendo con la cabeza y animándolo a hablar.

—¿Por qué no me dijiste nada? —Es lo primero que se escapa de sus labios. Hay una ligera tensión en su voz y rezo para que no vaya a más.

Poppy se encoge de hombros.

—Mira, Connor…, ya ha pasado mucho tiempo de eso, así que no quiero montar un drama con lo que sucedió. Sí, descubrí que me había quedado embarazada poco después de dejarte. Imaginé que no lo

querías. Mi familia estaba disgustadísima, así que al final lo terminé entregando en adopción. Lo llevé a un centro religioso, St. Pauls, donde llevan todo esto con mucha más discreción que las administraciones públicas, y se acabó. Yo no podía hacerme cargo de él, Connor. Y abortar aquí tampoco era una opción.

Pero Connor no está procesando nada de lo que le está diciendo.

—Sabías… —dice entre dientes— que yo crecí sin padres. Sabías lo que significó para mí tener una infancia en la que fui cambiando de casa de acogida, sin un lugar fijo donde vivir…, y ni siquiera me avisaste de que iba a ser partícipe de repetir la misma historia.

—¿Y qué habrías hecho? —dice ella elevando el tono de voz. Ay, madre, esto va a terminar muy mal—. ¿Jugar a los papás y las mamás?

—¡Pues no lo sé, pero por lo menos creo que tenía derecho a saberlo!

Connor se pone hecho una furia y sé que a partir de aquí todo va a ir hacia arriba, así que me cuelo en la conversación para intentar rebajarla.

—Creo que lo único que quiere saber Connor es por qué no le avisaste, nada más —intervengo, con voz suave—. Entendemos tu decisión y sabemos que ha pasado mucho tiempo, e imaginamos que no sería fácil tomarla. Connor solamente necesita poder cerrar etapas del pasado, y esta es importante para él porque no quiere sentirse culpable, aunque no supiera nada de esta situación.

Poppy me mira de arriba abajo cuando termino de hablar.

—¿Y tú quién eres? —me pregunta marcando todavía más su acento.

No me gusta su tono, pero no voy a entrar en su juego. En absoluto.

—Soy una amiga suya, solo he venido a acompañarlo, porque ha estado muy afectado desde que se enteró.

Poppy suspira, como si todo este viaje al pasado la estuviera sacando de sus casillas. Me mira otra vez y después se gira hacia Connor.

—No sé qué decirte, Connor. ¿Que podría habértelo contado? Sí, pero en ese momento estaba muy cabreada. Acabábamos de cortar, y no quería tenerlo. Me daba miedo que tú quisieras volver y que lo criáramos juntos. Así que lo hice a tus espaldas y luego lo di en

adopción. ¿Quieres que te pida perdón para que puedas superarlo? Pues mira, perdón. Hala, ya lo tienes. Y el niño está bien, por cierto. Lo llamaron Roman. Lo único que supe de él es que lo adoptaron enseguida, así que por ahí estará, teniendo una vida feliz. Si él pudo pasar página, hazlo tú también.

Me quedo de piedra al escuchar sus palabras. Miro de reojo a Connor y veo que tiene los ojos muy rojos, con una mezcla de rabia y tristeza infinitas.

—Cómo pudiste… —murmura él.

—Ya te he dicho que lo siento —repite Poppy pensando que con eso es suficiente como para arreglarlo todo—. Yo hace mucho tiempo que dejé de pensar en ello, Connor, y seguí adelante con mi vida. Tú deberías hacer lo mismo. Y ahora os tengo que dejar, porque he de irme ya a trabajar o llegaré tarde. —Poppy saca el móvil del bolsillo y consulta la hora—. Por favor, no intentes contactar más conmigo, ni para este tema ni para ninguno más. No sé nada del niño, las adopciones son confidenciales. Tampoco sé dónde está, ni cuál será su nombre ahora, ni tengo fotos suyas. Lo llevamos en cuanto di a luz y pude caminar sin dolores. Insisto: te recomiendo que lo dejes estar. Es lo mejor para todos.

Poppy me mira a mí y después a él, y se despide con un gesto de cabeza. A continuación, da un paso atrás y cierra la puerta de la casa amarilla.

Cojo a Connor del brazo y tiro de él para volver al coche antes de que estalle ahí mismo. Él pulsa el botón de las llaves para que se abran las puertas como si estuviera en piloto automático. Se sienta y, sin decir nada, arranca el motor y conduce en silencio durante diez minutos seguidos en línea recta. En cuanto puede, aparca a un lado en una calle poco transitada y apaga el motor.

Y entonces rompe a llorar sobre el volante.

Le dejo su espacio para que pueda desahogarse, sin poder imaginar cómo se tiene que sentir por dentro. Ya no solo por la noticia del embarazo, sino por la culpabilidad que sé que invade cada célula de su cuerpo. Connor solloza durante varios minutos y, por fin, parece relajarse un poco. O quizá es que ya no le quedan más lágrimas que soltar.

Cuando se recompone, se deja caer en el asiento y cierra los ojos. Le pongo una mano sobre el hombro con cuidado, pero no reacciona.

—Suéltalo, si quieres —susurro—. Sé que te has quedado con ganas de decirle mil cosas a ella. Puedes decirlas aquí, es mejor dejarlo salir que quedártelo dentro.

No hace falta que se lo diga dos veces.

—Pero ¿tú la has visto? —me dice con la voz cargada—. Hasta parecía estar disfrutando de este momento… Joder, ¿qué clase de persona hace algo así? Es que no me lo puedo creer, de verdad, no puedo…

Connor entra en bucle otra vez y vuelve a llorar durante un rato. Veo los minutos pasar en el reloj del coche, pero no se me ocurre hacer nada, ni siquiera mirar mi móvil.

—Lo que más me duele es que no fuera capaz de decirme nada sabiendo que yo me crie solo. —Connor regresa al mismo punto de la conversación—. No entiendo cómo pudo ocultármelo. Yo viví saltando de una casa de acogida a otra, algunas muy buenas, otras, un auténtico infierno, y lo último que quería era que mis hijos tuvieran que pasar por algo así. Por eso empecé a entrenar a los chavales en el equipo de voleibol, aunque me pagaran una mierda. Sentía que por lo menos podría tener un pequeño papel en su vida, sobre todo para aquellos que necesitaban una especie de hermano mayor… Nunca quise hacer de padre, pero ayudarlos me hacía sentir un poco mejor con mi niño interior, que muchas veces se había sentido abandonado. Y ahora, saber que he contribuido activamente a eso…

—Pero no lo sabías, Connor —le recuerdo amablemente, pero él sigue en sus trece.

—Da igual. He contribuido.

—Sin saberlo —le repito. Y lo haré las veces que haga falta para que deje de culparse de algo que no está en sus manos. Que nunca lo ha estado.

Connor sigue divagando un poco más. Intento animarlo, sacarlo del bucle antes de que muramos asfixiados. Al final, solo consigo que reaccione cuando le pregunto si acudir al centro religioso donde dejaron al bebé le ayudaría a cerrar el ciclo. A Connor se le encienden los ojos cuando propongo la idea.

—Vamos —dice mientras pone en marcha otra vez el motor.

—¿Estás en condiciones de conducir? —le pregunto.

No quiero accidentes ahora que ha estado tan alterado.

—Sí. Te lo prometo.

Su seriedad me convence, así que me pongo el cinturón y me dejo llevar por las calles de esta ciudad. No necesita que le guíe, porque ha vivido aquí muchos años, aunque nunca le he escuchado mencionar ese dato en todos los meses en los que hemos compartido quizá algo más que un mismo techo. Connor frena poco después frente a una iglesia. Esta vez no se queda en el coche pensando en si bajarse o no. Pone el freno de mano y sale como si de pronto el coche estuviera lleno de lava. Con el calor que hace, casi es así.

—Recuerda que es posible que no te digan…

—Nada, ya lo sé —termina Connor mi frase.

No quiero que se lleve una desilusión. Cuando me enteré de que yo no podría nunca tener hijos, estuve consultando durante semanas cómo funcionaba todo el tema de la adopción. Pasé por clínicas, Internet y hasta vi decenas de vídeos en YouTube de personas que habían atravesado un proceso similar. Si algo sé de las adopciones es que, según dónde se hagan, es prácticamente imposible que los padres biológicos puedan encontrar a su hijo. Y, con el tiempo, hasta empecé a verlo raro. ¿Hasta qué punto un progenitor biológico tiene poder sobre un hijo que solo ha engendrado pero en cuyo crecimiento y educación no ha participado? La adopción creaba tantos dilemas morales que la descarté como una vía posible para poder tener hijos.

—Voy a llamar —me informa Connor sacándome de mis pensamientos.

Pulsa un botón junto a una enorme puerta de madera que enseguida se abre. Se asoma el rostro de una mujer mayor, arrugado y amable, aunque sorprendida por la inesperada visita.

—¿Os puedo ayudar en algo? La misa ha terminado hace un rato, no hay otra hasta dentro de dos horas.

—En realidad venimos a informarnos sobre la adopción.

A la mujer le cambia la cara y sonríe, pero es una expresión más bien compasiva.

—¡Ah! Qué buena noticia, me alegro mucho de que queráis ser padres. Aunque ahora mismo ya no funcionamos como antes. Hace años que todo este tema lo lleva el Estado.

Connor carraspea.

—No, verá… Realmente es porque aquí dejaron un bebé hace siete años y, aunque sé que no me pueden decir dónde está, quizá tengan una foto o alguna información sobre él. La madre no me había

dicho nada de su existencia hasta ahora, y estoy intentando comprender…

—Lo siento, no podemos brindar esa información —responde enseguida la mujer, como si hubiera tenido que repetir esa frase demasiadas veces a lo largo de su vida.

—No lo entiende, esto es muy importante para mí —insiste Connor. No puedo dejar de mirarlo mientras su expresión se empieza a desmoronar al ver una negativa cada vez más cerca—. No quiero saber dónde está él. Solo algo, cualquier detalle, saber que tuvo una infancia normal. Nada más. Alguna cosa que sus padres dejaran aquí, un papel de que existió y se dio en adopción, sin nombres ni datos personales…

La mujer suspira. Me doy cuenta entonces de que lleva una túnica de monja.

Está claro que no vamos a conseguir nada. Comienzo a pensar en cómo va a afrontar Connor todo esto cuando nos vayamos y no puedo evitar echarme a llorar desconsoladamente. Y, sin pretenderlo, parece que mis lágrimas funcionan, como si fuera un milagro.

—Entrad —dice la mujer abriendo un poco más la puerta.

Connor no se lo piensa dos veces y la atraviesa, y yo lo sigo detrás. Al principio no veo nada. El sol de la calle me ha cegado, y aquí dentro está todo muy oscuro, aunque por suerte hará como mínimo cinco grados menos que en el exterior. Seguimos a la monja por un par de pasillos y nos pide que esperemos junto a una puerta. Un grupo de mujeres mayores pasan por nuestro lado y nos saludan cordialmente, sin fijarse mucho en nosotros. Esperamos durante un par de segundos, los más largos de mi vida, hasta que la monja vuelve a nuestro lado con un folio en la mano.

—Esto es lo máximo que puedo darte, y me pongo en un compromiso haciéndolo, así que te pediría que esto no salga de aquí.

Me doy cuenta de que la mujer me está hablando directamente a mí. Me tiende la hoja y yo la cojo. Habrá pensado que la madre soy yo, pero no es momento de explicaciones. Giro el folio y veo que es un documento fotocopiado. Se lo acerco a Connor para que lo pueda ver bien.

—Es una copia de la ficha de ingreso de Roman. Indica lo que pesaba, el color de su pelo y ojos, y algunas otras características. No puedo daros nada más. Lo siento. Pero espero que esto pueda ayudaros.

En la esquina superior derecha hay una foto del pequeño Roman de bebé. Lo miro fijamente y me imagino cómo sería para la familia de acogida recibir un nuevo integrante, hacer un hueco en su hogar al que sería su hijo para toda la vida. Y algo se rompe dentro de mí.

# CAPÍTULO 18

## EL DE LOS VIEJOS TIEMPOS

Me paso toda la noche en vela, y ahora entiendo cuando dice la gente que no ha podido pegar ojo en toda la noche. Veo pasar cada hora en la pantalla de mi móvil, como si estuviera en el bingo. A medianoche, mi hermano entra en la habitación, se lava los dientes y se mete directamente en la cama.

La una, las dos, las tres. Cuando dan las cuatro, todavía tengo esperanzas de que podré conciliar el sueño, pero a partir de las cinco me doy por vencida. Pasadas las seis, el cielo comienza a clarear, y a las siete ya es de día. Aunque sea de madrugada, siento el calor seco que se mete por cada esquina de mi cuerpo cuando salgo a tomar el aire y ver el amanecer. El sol ya ha salido, solo queda esperar a que se despierten Connor y mi hermano para ver qué va a pasar a partir de ahora.

Me siento en un banco junto al aparcamiento. Veo coches entrando y saliendo de vez en cuando, gente que llega o que se marcha de aquí. Pienso en Connor, en Roman y en todos esos niños que siguen esperando un hogar definitivo mientras viven en orfanatos o son abandonados a su suerte. Pienso también en los que tienen familia pero han tenido que buscarse la vida desde jóvenes. En los niños que han madurado demasiado deprisa.

Y en los que yo nunca tendré.

Los colores del amanecer se emborronan a través de mis lágrimas. No sé cuánto tiempo paso llorando en silencio, porque todas estas horas de sueño me han desorientado. Decido contar el tiempo en coches que entran y salen del aparcamiento del hostal. Cuando llegan a nueve, escucho unos pasos a mi lado.

—¿Anna?

Me giro para ver a mi hermano. Tiene mejor cara que ayer, por lo menos él ha podido dormir esta noche y recuperarse de la intoxicación.

—¿Cómo te encuentras? ¿Has descansado? —le pregunto.

Ya no tiene ojeras. Me imagino que las mías me delatarán.

—Sí, pero creo que tú no —me dice esperando una confirmación por mi parte.

—Ya. No pasa nada.

Raül se acerca a mí y se sienta conmigo en el banco.

—Tienes que cortarte el pelo —le recuerdo, para quitar un poco de tensión a la conversación que veo venir.

—Y tú que repasarte las mechas arcoíris.

—Ya, algún día —respondo.

Recuerdo que Julia se ofreció a ayudarme hace poco, y justo entonces saco el móvil para ver si ha contestado mis mensajes. Pero aún es pronto. Ni mi hermana ni ella han leído todavía lo que les escribí antes de meterme en la cama.

—No me extraña que no hayas podido pegar ojo. Si yo no hubiera pasado la noche anterior vomitando, habría estado igual que tú —me dice Raül, y entiendo perfectamente a qué se refiere.

—Estuvisteis hablando ayer, ¿no?

Lo escuché llegar a medianoche. Imaginé que estaría con Connor, ya que mi hermano se había recuperado de sus vómitos.

—Sí, claro. Fui a verlo después de la cena, aunque no me atreví a comer nada por si acaso.

—¿Cómo estaba? —le pregunto, aunque más o menos ya me imagino la respuesta.

Mi hermano se encoge de hombros.

—¿La verdad? Lo vi mucho mejor de lo que esperaba. Pensé que estaría…, no sé, rabioso. Pero lo ha llevado bien.

Inclino la cabeza. Por muy fuerte que sea una persona, no me imagino a alguien superando tan rápido lo que le ha pasado en las últimas veinticuatro horas.

—No lo creo. O sea, sí que me creo que estuviera bien en ese momento —matizo—, pero no pienso que sea así a la larga. Ha tenido unos días muy complicados, me imagino que no tiene que ser cómodo venir a cerrar heridas y… abrir otras nuevas.

Mi hermano se encoge de hombros.

—Pues… ya te digo que está bien. De hecho, me mencionó que ya nos podíamos ir si queremos.

—¿En serio?

Raül asiente y yo miro al horizonte, pensando en si no es demasiado pronto. Lo más probable es que Connor también haya pasado la noche en vela. En algún momento, entre las tres y las cuatro de la madrugada, estuve a punto de escribirle, pero quise dejarle espacio. No quiero atosigarlo demasiado.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer ahora? —Raül cambia de tema.

—¿Y me lo preguntas a mí?

Cuando vinimos, me dijo que era él quien tendría más dificultades para faltar en el trabajo.

—Tendremos que ir pensando en volver… Además, la mujer a la que alquilé la casa se va dentro de tres días. Tengo que asegurarme de que está todo bien —me recuerda.

Cierro los ojos. Madre mía, qué rápido ha pasado el tiempo.

—¿Ya?

—Sí, ya te lo dije, ¿no te acuerdas? —me pregunta mi hermano.

—Me dijiste que se iba, pero no pensaba que tan tan pronto. En plan, ya.

—Al final, se marcha un poco antes de lo previsto, pero ya me pagó agosto y me dijo que no había problema porque me había avisado con poco tiempo.

Sonrío.

—Qué suerte.

Mi hermano asiente.

—Oye, aprovechando que estamos aquí solos, ya que no nos hemos visto mucho estos dos últimos meses…, a solas, me refiero…, quería darte las gracias por todo lo que me has ayudado hasta ahora.

Me giro hacia él, sorprendida por las palabras que me ha dicho. Raül nunca ha sido un experto en expresar sus sentimientos, pero en este último año ha cambiado tanto que casi ni lo reconozco. Aunque he de admitir que me gusta mucho más esta nueva versión de mi hermano.

—No tienes que…

—Sí —me corta antes de que pueda decirle nada más—. Quería decirte que entre Connor y tú me habéis salvado. No sé qué habría hecho sin vosotros. Anoche lo hablé con él y le pedí perdón por haber

estado tan raro cuando me salvó el culo. No es que sea un desagradecido, simplemente… me cuesta dejarme ayudar. Pero me he dado cuenta de que no puedo estar así siempre. Y, de hecho, quería que fueras la primera en saber que ya he terminado de pagar todas las deudas.

Me pongo de pie. Siento que me invade un subidón de alegría incontrolable y me lanzo corriendo a darle un abrazo, cosa que creo que nunca ha pasado entre nosotros. Intento decir algo, pero ni siquiera soy capaz de elaborar una frase de lo nerviosa que estoy. La noticia me ha despertado de golpe, como si me hubiera tomado tres cafés y esta noche hubiese descansado diez horas en un colchón hecho de nubes.

—Lo sé, es muy emocionante —me dice mi hermano con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Lo es! —grito, aunque enseguida bajo el tono para no despertar a medio hostal—. Madre mía, Raül. Madre mía. Qué fuerte que haya sido todo tan rápido.

—Bueno, lo ha sido porque Connor hizo lo que hizo. Si no, no habría podido, claro. Ahora tengo una deuda con él, que por cierto anoche se negó a que le devolviera, aunque sé que lo haré.

Asiento con la cabeza.

—Te entiendo. Yo quiero hacer lo mismo en cuanto pueda con Cameron, el chico capricornio.

—Sí, ya sé quién es.

Vuelvo a pensar en la noticia que acaba de compartir conmigo y me da otro subidón de serotonina, dopamina y todas las palabras similares terminadas en *-ina*. Lo miro, esperando nuevas respuestas a nuevas preguntas.

—Y ahora, ¿qué?

—Eso es lo que te he preguntado yo antes —me recuerda mi hermano.

—Pero ¿recuperarás la casa?

—Claro, dentro de unos días. Aunque voy a tener que currar como loco para poder mantenerla, eso sí.

Me puedo imaginar todos los gastos invisibles que debe conllevar tener una mansión así.

—¿Y volverás a vivir allí? ¿La venderás?

Raül inclina la cabeza.

—Me gustaría quedármela. E intentarlo, esta vez bien. He pensado muchas veces en venderla, demasiadas, pero siempre he tratado de aferrarme a ella porque significa mucho más que ochocientos metros cuadrados de parcela. Para mí, la casa fue el primer paso grande que di en Los Ángeles, me dejé todos mis ahorros en la entrada, y me daría mucha pena abandonarla después de haber luchado tanto por ella…

—Claro. ¿Entonces…? —pregunto esperando a que él termine la frase.

—Voy a volver a vivir a la casa, sí. Voy a ofrecerle a Connor que se venga conmigo. Es lo mínimo que puedo hacer después de todo lo que ha hecho por mí, no le cobraré ni un centavo durante años.

—Me parece perfecto —corroboro. Aunque no sé si Connor querrá regresar a la casa, sobre todo ahora que ha descubierto cosas nuevas sobre su pasado.

—Y quería hacer lo mismo contigo.

Raül se gira hacia mí y me mira con ojos inquisitivos, esperando una respuesta.

—¿En serio? —le pregunto.

Quiero que esté completamente seguro de su decisión y que no sea fruto de la ilusión del momento.

—¡Pues claro! Mi mejor amigo y mi hermana. Como en los viejos tiempos.

Me río.

—Como en los viejos tiempos —repito, y mi respuesta incluye una aceptación de su propuesta—. Aunque no son tan viejos, ¿eh? Todavía no ha pasado un año desde que vine a Los Ángeles.

—¿En serio? —pregunta él—. Joder, pues sí que se me ha hecho largo. Has dado mucha guerra para llevar aquí tan poco tiempo.

Le doy un codazo, él me lo devuelve y nos peleamos como si volviéramos a ser dos niños pequeños discutiendo por quién se come el último trozo del pastel.

# CAPÍTULO 19

## EL DE LOS ENANITOS EN MI ESTÓMAGO

Termino la maleta enseguida. Todavía me ha sobrado ropa limpia, porque pensé que estaríamos aquí más días, pero al final parece que todo se ha solucionado más rápido de lo que esperábamos. Separo la ropa sucia en una bolsa de tela y doblo lo mejor que puedo la que todavía no me he puesto. Doy una vuelta por el baño del motel por si acaso me he dejado algo, pero no veo nada que sea mío sobre el lavabo ni en la ducha. Reviso los cajones, a pesar de que no los he usado, y, cuando estoy segura de que no me olvido de nada, la cierro.

Un mensaje de Julia ilumina la pantalla. Me pregunta qué tal estoy y me recuerda que hoy es el cumpleaños de Olivia. Le contesto rápidamente y también redacto una felicitación para Olivia, ni muy efusiva ni demasiado impersonal. Algo entre medias, todo lo que me permite la ausencia de cafeína en mis venas.

Bostezo y me empiezo a arrepentir de no haber podido pegar ojo en toda la noche. Quizá si me hubiera tomado una tila…, pero no me habría atrevido a ir sola de madrugada en busca de un bar abierto, la verdad.

Mi hermano entra en la habitación sofocado, cerrando enseguida para que no entre el calor que hace. Incluso a primera hora de la mañana, el bochorno es matador.

—¿Qué tal ha ido?

Hace poco más de una hora, se ha ido a la habitación de Connor para ofrecerle venirse a vivir con nosotros a su casa de Los Ángeles. Como en los viejos tiempos de verdad, cuando pisé el aeropuerto y ahí estaba él, confundiéndome con uno de los ligues de mi hermano, con esa actitud chulesca que a veces le salía.

—Mal.

Su tono me pone en alerta. Tiene la voz extraña, diferente. Me giro para mirarlo y me doy cuenta de que el sofoco con el que ha entrado no se debe al calor, sino a que ha estado llorando.

—¿Qué ha pasado?

Mi hermano no me responde y comienza a hacer su maleta sin mirarme a la cara. Lanza su ropa sin ningún orden. Como no ha traído mucha, no importa que abulte el doble. Al cabo de treinta segundos ya ha metido todo, incluso su neceser del baño.

—Raül —insisto, aunque trato de no ser muy dura.

—¿¡Qué!? —grita él, y enseguida se corrige—: Perdona. Estoy un poco estresado.

—¿Me puedes contar lo que ha pasado?

Él resopla.

—Pues lo de siempre. Connor siendo el puto Connor.

Sigue revoloteando por la habitación, sin rumbo, y me planto frente a él para que se quede quieto y me mire a la cara.

—Eso no es muy específico.

Mi hermano por fin se relaja y baja los hombros.

—Pues nada. Le he ofrecido que venga a vivir con nosotros de nuevo, en cuanto me devuelvan la casa. No tiene por qué ser hoy, puede ser dentro de unos días —me explica Raül—. Pero él está emperrado en que no. Que no, que no y que no. Que quiere seguir con su viaje y necesita más tiempo y no quiere vivir en mi casa gratis. Pues nada, yo no puedo hacer más por él. Luego dirá que el que no se deja ayudar soy yo, pero, joder…, hablar con él es como chocarse contra un muro de hormigón.

Bajo la mirada.

—¿Quieres que intente hablar yo con él? —le pregunto, a la desesperada.

Raül pone una cara que no sé cómo interpretar.

—Como quieras. Pero no te va a hacer caso.

Mi hermano se da la vuelta y termina de preparar su maleta. La cierra con violencia y la deja de pie junto a la puerta. Después, se lanza a la cama y enciende el pequeño televisor, que tiene más años que yo.

—Lo voy a intentar.

Raül se burla.

—Buena suerte.

Cojo mi llave de la habitación y salgo. El calor de Albuquerque me recibe de pleno en la cara, y me pregunto por qué en algún momento de mi vida he odiado la humedad. Por lo menos, si hubiera una playa cerca no se me secarían los ojos a los tres segundos de exponerme bajo el sol.

Me dirijo hacia la habitación de Connor y, sin darme cuenta, escojo el camino más largo. Doy una vuelta alrededor del edificio donde está la recepción y me paro de golpe, inmersa en mis pensamientos.

No he podido pegar ojo en toda la noche, y no ha sido solo por la visita a Poppy y el descubrimiento del pasado de Connor. Ni siquiera por el hecho de que han florecido dentro de mí, de nuevo, todos los sentimientos que siempre he tratado de apaciguar al ver tantos niños juntos, sin hogar ni padres, y yo sin poder tenerlos de forma biológica. Otro de los motivos por los que no he podido dormir esta noche es por lo que pasó en la estación de autobús.

Recuerdo cuando me despedí de Connor. Bajar las escaleras del metro… y volver a subirlas y regresar a por él. Recuerdo no verlo por ninguna parte, y quedarme con las ganas de decirle lo que realmente siento por…

—¿Anna?

Doy un brinco en cuanto escucho mi nombre. Connor está a mi lado, vestido entero de negro. Mala decisión. Está regresando a su habitación y me invita a entrar con él.

—¿Estás bien? Tienes mala cara —insiste él.

Me pone una mano en la frente para asegurarse de que no tengo fiebre. Me da una especie de escalofrío cuando lo hace, y me estremezco.

—Sí, sí, estoy bien. Te estaba buscando —le respondo aterrizando de nuevo en el planeta Tierra—. ¿Podemos hablar un segundo?

Connor frunce el ceño. Tengo que controlarme para no pensar en que está mono hasta haciendo ese gesto.

—¿Vas a intentar convencerme de lo mismo que tu hermano? Porque ya tengo la respuesta… Necesito tiempo, Anna, quiero estar una temporada alejado de Los Ángeles.

—No es para eso —respondo.

Y sé que, en cuanto pronuncio esas palabras, no hay marcha atrás.

Él me mira con una expresión de incredulidad en la cara, pero aun así me insiste para que pase a su habitación y podamos hablar a solas, escondidos de este calor infernal.

Le acompaño dentro y, cuando la puerta se cierra, se me queda mirando, esperando a que diga algo.

Pero no sé por dónde empezar.

De pronto, es como si por fin tuviera todas las ideas claras en mi cabeza, y a pesar de ello fuera incapaz de verbalizarlas. Resuelvo empezar por el principio.

—He decidido no seguir con el experimento del Zodiaco.

Lo suelto sin pensarlo dos veces, aunque, realmente, llevo bastantes días planteándomelo. Sobre todo desde que terminé con Jack y vine aquí.

—Vale. ¿Y eso?

Connor no parece muy impresionado, pero en su voz hay una pizca de curiosidad. Al ver que no digo nada, sigue hablando.

—Te quedaba muy poco, ¿no?

—Sí. Pero ya no tiene sentido que siga adelante.

Connor inclina la cabeza. No dice nada más, ya no hay espacio para preguntas. Solo para que yo diga lo que llevo un tiempo pensando. Más del que soy consciente.

—Porque me gusta otra persona, y ya no necesito continuarlo.

Empiezo a notar un dolor en el estómago y los dedos, que, no sé cómo, se me congelan. Si esto son las mariposas en el estómago, no me gustan nada. Más bien parecen enanitos usando mi tripa como saco de boxeo, creo que voy a devolver el desayuno en cualquier momento.

Así que lo digo, rápido, sin pensarlo mucho, como si me estuviera quitando una tirita. En cierta parte, lo es. Con esta confesión dejo expuesta una herida que llevo meses arrastrando, pero que ya ha cicatrizado.

—No tiene sentido que siga con el experimento porque estoy enamorada de ti.

Se hace el silencio en la habitación del motel. En el fondo, a lo lejos, se escucha algún motor de un coche que entra o sale del aparcamiento. Y ahora mis manos, que estoy frotando para eliminar este frío nervioso que las ha invadido.

Connor no responde. Solo coge aire y lo suelta, despacio,

intentando encontrar el momento para responderme. Busco en su rostro una sonrisa, una mueca de ilusión o incluso de alivio al ver que los sentimientos que me confesó hace poco tiempo siguen ahí…, pero no la encuentro. No hay ni rastro del Connor que me declaró su amor en mayo.

—Anna…

Se me cae el alma a los pies en cuanto escucho cómo pronuncia mi nombre. Sé que no puede venir nada bueno después de eso. Vuelvo a escudriñar sus ojos en busca de una respuesta, aunque la hallo antes en sus palabras.

—No sé qué decirte, Anna —repite mi nombre, y de pronto lo odio por cómo suena en sus labios—. Ahora mismo no puedo corresponderte. Han pasado tantas cosas en esta última semana…, es como si mi mundo se hubiera puesto patas arriba.

Espero a que diga algo más, a que añada otra frase, un «aunque»…, pero con eso ya lo ha dicho todo.

—Vale —asiento mirándome a los pies.

De pronto, los enanitos que estaban dando botes en mi estómago parecen haberle prendido fuego. Siento que me arde el estómago y tengo que esforzarme para no sentir náuseas por la situación.

Joder. Menuda cagada. No me lo puedo creer.

Vuelvo a levantar la cabeza, ya sin esperanza de poder dar la vuelta a la situación.

—Lo siento. No sé qué más decirte —se disculpa Connor. Él también parece sorprendido, al mismo tiempo que desquiciado, por mi confesión—. No esperaba esto.

—¿Esto? —le pregunto intentando que sea un poco más específico.

—Sí, esto. Tú diciendo lo que acabas de decir. No… imaginaba que pasaría, me he obligado desde mayo a cerrar ese capítulo porque pensaba que tú no me corresponderías del mismo modo.

Me encojo de hombros.

—Pues… sorpresa, supongo.

Me doy cuenta de lo ridícula que he sonado cuando ya es demasiado tarde para cambiar lo que he dicho.

Connor esconde la cara entre las manos, se frota los ojos y después la nuca.

—Te dejo tranquilo —le digo. Creo que es el momento de

marcharme de aquí antes de dejarme más en evidencia.

—No, por favor.

Connor da un paso hacia mí y me roza el antebrazo. No me agarra, ni me sujeta. Solo está ahí, tocándome.

Los enanitos regresan.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Ya me he humillado una vez, no tengo ganas de seguir recibiendo calabazas una segunda.

—Por favor, no te vayas. Yo…, joder, Anna. Es que no me puedo creer lo que me acabas de decir.

Me embriaga una sensación de curiosidad.

—Pues creo que he sido demasiado obvia.

—Lo siento. Me he estado obligando a dar marcha atrás y poder verte otra vez como la hermana de mi amigo para poder… tener una relación cordial de nuevo.

Lo miro a los ojos.

—¿Y ya es muy tarde? —le pregunto.

—¿Tarde para qué? —me dice él.

Pero ya sabe la contestación que le voy a dar. Por supuesto que lo sabe. Lo que pasa es que es más cómodo hacer la pregunta que enfrentarse a la respuesta.

No soy capaz de decirlo. Lo miro fijamente, esperando que tenga poderes y pueda leer la mente o los enanitos se enfurecerán todavía más y esto terminará de una forma un poco desagradable por culpa de mis nervios.

El chico suspira.

—Creo… que sí. Creo que ya es tarde.

Esta vez suspiro yo. Asiento, asimilando lo que me acaba de decir, y me preparo para marcharme de ahí con la poca dignidad que me queda.

—Vale. No pasa nada —respondo—. Te dejo tranquilo.

—No, por favor —insiste de nuevo.

Tengo cero ganas de escuchar los motivos por los que me va a mandar a la mierda, pero por lo menos me quedo para escucharlo y poder tener un motivo. Marcharme sin saber por qué no quiere nada conmigo sería como hipotecarme con una deuda de rayadas mentales infinitas.

—¿Qué pasa?

—Quiero explicarte por qué.

Me pongo de nuevo frente a él y espero a que hable.

—Adelante —le invito.

Él carraspea.

—Cuando te dije que me gustabas… era verdad. Llevabas gustándome mucho tiempo, Anna, pero a veces no sabía si era porque envidiaba un poco tu forma de ser. Parecías una persona completamente distinta a lo que tu hermano me había contado de ti. Es como si Los Ángeles te hubiera cambiado. Aunque nunca llegué a conocer a esa Anna inicial, me encantaba la presente. A la que le daba todo igual, se animaba a ir a cualquier fiesta y se teñía el pelo de colores. Intenté alejarme de ti y reconozco que por eso, en parte, traté de buscar motivos para odiarte. Bueno, no odiarte —se corrige enseguida—, simplemente convencerme a mí mismo de que no eras tan buena como parecías. Ahora que estabas aquí, pasaba menos tiempo con Raül, y a veces eso me daba un poco de celos, no te voy a mentir. Pero, aun así, me gustabas, así que… me refugié un poco en Olivia. Ya llevaba un tiempo saliendo con ella de vez en cuando, pero intenté centrarme en ella desde que me empezaste a llamar algo más que la atención. Pero no sirvió de mucho. Por eso la terminé dejando al darme cuenta de que pensaba más en ti que en ella cuando estaba trabajando, cuando me encontraba a solas en mi cuarto o cuando nos juntábamos todo el grupo. Cuando te dije lo que sentía por ti, me di cuenta enseguida de que la había cagado.

Me paro un momento a analizar por qué está hablando de todo esto en pasado. Sigo teniendo las puntas de los dedos congeladas, y los froto con disimulo para que no se dé cuenta.

—Eso no es cierto.

—Yo creo que sí. Sin quererlo, me metí en medio de tu proceso de sanación, superación y crecimiento personal. Y, ahora, mira.

Abre los brazos, como si quisiera abarcar toda esta situación.

—¿Qué? —le pregunto esperando a que diga a qué se refiere con exactitud.

—Has terminado confesándome lo mismo, probablemente a raíz de que te lo dijera yo. Quiero decir que, si yo no lo hubiera hecho en un primer momento, tú habrías seguido con tu vida. No te habrías planteado parar el experimento, que ha sido siempre tu prioridad desde que aterrizaste en California.

—¿Y qué más da? —le pregunto, ya un poco irritada.

—Pues que me metí en medio, y no quería. Y esto es lo que ha pasado ahora por culpa de mi error.

De pronto, siento que me enfado por momentos al escuchar sus palabras.

—¿Error? ¿Eso fue para ti confesarme que yo te gustaba? —Intento asegurarme de que lo he entendido bien antes de ponerme hecha una furia.

—Sí —asiente Connor—. Porque, repito, si no lo hubiera hecho…

Exhalo con decisión, levantando los brazos en el aire, y Connor se calla.

—¡Un error! Genial, lo que me faltaba por escuchar.

—Anna… —trata de apaciguarme, pero ya es tarde.

Camina hacia mí para coger mis manos entre las suyas, pero las aparto en cuanto siento cómo me rozan. No puede hacerme esto.

—No, ni Anna ni nada. ¿En qué momento todo el mundo empezó a decidir por mí? ¿Lo que era mejor para mí, lo que es un error, lo que interrumpe mi vida…?

Connor agita la cabeza.

—Solo te he dicho que debería habérmelo callado —se defiende.

—Bueno, pues mala suerte, porque lo dijiste. Y, con esa confesión, me di cuenta de que yo también sentía algo por ti. De que hace mucho tiempo que te veo como algo más que un amigo de mi hermano. De hecho, probablemente me gustes desde antes de que me lo dijeras, pero yo he estado todo este tiempo en fase de negación, porque para mí ha sido más fácil refugiarme en el experimento y utilizarlo como excusa antes que enfrentarme a la realidad. Porque, Connor, quizá no se te ha ocurrido pensar que, después de mi fracaso amoroso con Carlos, tengo un pánico terrible e irremediable a enamorarme.

No me creo que haya dicho eso hasta que las palabras abandonan mi boca como un huracán, arrasando todo lo que pilla a su paso.

Connor se deja caer en la cama y se cubre la cara con las manos. Y, entonces…, me parece que se pone a llorar. Cojo aire de forma desacompasada, recuperándome física y emocionalmente de toda la fuerza que he tenido que sacar de mi interior para soltarlo todo, y me acerco a él.

Le quiero preguntar qué le pasa. Por qué está llorando. Pero

cuando levanta la cabeza, roja por la congestión y las lágrimas, sé perfectamente por dónde va a ir su respuesta. Lo sé antes de que abra la boca para elaborarla.

—Lo siento —dice Connor rompiendo el silencio—. Pero es imposible que salgamos juntos. Ninguno de los dos estamos, ahora mismo, en un gran momento. Así que es mejor que cada uno vaya por su cuenta. Lo siento mucho.

# CAPÍTULO 20

## EL DEL CHICO LEO Y LA CANCIÓN DE ROSALÍA

No le explico a mi hermano qué me sucede cuando me paso todo el vuelo de vuelta con mala cara. Habremos mejorado mucho nuestra relación, eso seguro, pero no hasta el punto de contarle mis problemas amorosos. También creo que no es muy difícil de adivinar.

Me dejo caer en el asiento del avión y rezo para que el viaje transcurra lo más rápido posible, porque ahora mismo solo tengo ganas de llegar a casa, meterme en la cama y llorar. Ni siquiera sé cómo voy a contarle a Julia todo lo que ha pasado.

Estoy harta de vuelos con la mente en otra parte, ya sea por problemas amorosos o, todavía peor, por la enfermedad de mi madre. Por primera vez en mucho tiempo, quizá desde que nací, deseo ser Martina. Tener la vida solucionada, llevarme bien con todo el mundo, encontrar el amor verdadero y ser madre. Trato de no concentrar toda la rabia que siento hacia mi hermana. Al fin y al cabo, ella no tiene la culpa de mis desgracias y me alegro de que le haya ido todo bien.

Justo antes de despegar, escribo a Julia para avisarla de que vuelvo. También a mi jefa. La informo de que mañana me incorporaré de nuevo al trabajo, si le parece bien, y pongo el modo avión. Tengo la cabeza tan embotada que no me olvido de quitarlo hasta que me voy a dormir. Aunque tampoco es que tenga ningún mensaje nuevo.

Julia no está cuando llego a casa, así que preparo la cena como puedo y dejo un plato en la nevera para ella con una nota adhesiva. Espero que, si llega muy cansada, por lo menos eso le alegre un poco. Aunque en cuanto me meto en la cama se me ocurre pensar que quizá no está trabajando, sino con Emma.

Da igual.

Trato de poner todos mis sentimientos como mi móvil, en modo

avión, y por arte de magia consigo dormir siete horas seguidas sin pesadillas ni sobresaltos. Aun así, necesito un café doble de camino a la oficina al día siguiente. Pongo mi mejor cara cuando entro por la puerta de color morado, el mismo que el logo de la empresa, y me doy cuenta de que están de celebración. Es el cumpleaños de Alex, el chico del Departamento de Ventas que conocí el día del reportaje. Mi segundo día en 365Love.

—¡Anna! —me saluda Amelia localizándome enseguida entre la multitud. Parece que he llegado justo en el momento en el que Alex va a soplar las velas.

Mi compañera viene corriendo a preguntarme cómo estoy. No he dado a nadie muchas explicaciones sobre estos días libres, por supuesto sin sueldo, que he pedido. Imagino que se les habrá hecho raro cuando apenas llevo unas semanas aquí. Amelia tantea el terreno, insistiendo en si va todo bien, y me salva el inicio de la canción *Cumpleaños feliz* en cuanto Alex se acerca a las velas.

Ahora entiendo por qué todo el mundo lo adora. Alex arrastra a las masas allá adonde va y se siente cómodo siendo el centro de atención. Sonríe como si le estuviera siguiendo una cámara a todas partes mientras graban un *reality show* sobre su vida. Tiene los dientes perfectos, la mandíbula marcada y una expresión de satisfacción en el rostro. Las cuentas de su pelo se mueven y chocan entre ellas cuando gira la cabeza, y su altura le hace llamar demasiado la atención. Sí, Alex rozará los dos metros, si es que no los alcanza.

Está en su salsa. Ama la atención, los focos apuntándolo y que todo gire alrededor de él. Desde luego, el día favorito de un leo no puede ser otro que su cumpleaños.

Sonrío, siguiendo a la gente y también para evitar preguntas. Se reparte tarta y no me corto en coger un pedazo porque no he podido desayunar nada sólido todavía. He salido pitando de casa y ni siquiera he podido ver a Julia desde que he regresado. Pasamos un cuarto de hora charlando y me acerco al cumpleañero cuando las masas se empiezan a disolver.

—Feliz cumpleaños, Alex.

—Pero bueno…, si ha venido la chica modelo de Marketing.

Suspiro, y me sorprendo a mí misma soltando una risita. ¿Qué diablos me pasa? Miro a mi alrededor y veo a un grupo de chicas un poco más jóvenes que yo mirándome con mala cara. Todavía no

identifico de qué departamento son, pero está claro que hay algo en mi interacción con Alex que no les está gustando nada.

Entonces caigo. Seguramente estén pensando en que…

—¿Ya has encontrado a tu leo, chica del Zodiaco? —se adelanta Alex, como si me hubiera leído la mente.

—Estoy ahora mismo tomándome unas vacaciones zodiacales.

Él levanta las cejas y se lleva la mano al pecho, fingiendo que he herido su orgullo. Como si alguien fuera capaz de lastimar el ego de un leo…

—Es una pena, porque dicen que la compatibilidad de Leo y Aries es explosiva —me responde él intentando meterme caña.

—Pues qué pena. Supongo que nunca lo sabremos.

Trato de zanjar la conversación, pero Alex tiene para rato.

—Bueno, yo sí que lo sé. No te creerás que tú eres la primera mujer aries que conozco, ¿no?

Me lo dice con un tono que me hace hervir de rabia.

—Por lo que veo, no te han durado mucho —le respondo.

—Es verdad. No me gusta rodearme de mujeres impulsivas e infantiles.

—O quizá ellas no querían estar con un hombre egocéntrico, arrogante e infiel por naturaleza, y las has espantado a todas.

Él estalla en una carcajada al escuchar mis alegaciones.

—Muy bien —me alaba—. Veo que has hecho los deberes.

Asiento. Me río y entonces Alex me acerca el puño, esperando a que se lo choque. Se lo devuelvo y salgo de ahí en dirección a mi puesto de trabajo. La celebración ya ha terminado y es hora de que vuelva a la realidad y me deje de tonterías.

Ojalá las cosas hubieran sido distintas y hubiera podido buscar un chico leo con más calma… Ahora ya es muy tarde para empezar de cero y además he decidido dejar el experimento. Sí, el asunto está zanjado.

Paso las siguientes horas frente a la pantalla, como una autómata, escribiendo sin cesar hasta que mis compañeros empiezan a marcharse. Para no quedar mal, aguanto un poco más con mi ordenador. Tengo muchos artículos pendientes para el blog de 365Love, y encima Amelia me ha propuesto una nueva tarea: ir traduciendo los textos al español para cuando la plataforma esté disponible en España y Latinoamérica. Comparado con traducir

documentos legales, esto es pan comido, pero la pila de trabajo se ha hecho tan grande que a pesar de llevar ocho horas sentada apenas parece haber disminuido. Me levanto para ir al baño y, cuando vuelvo, me doy cuenta de que se me ha borrado todo lo que llevaba hecho.

—¿En serio? —murmuro esperando que nadie me escuche.

Vuelvo a repetirlo en tiempo récord y no digo nada por si me echan la culpa a mí. Igual he tocado algún comando extraño al levantarme y lo he mandado todo al garete…

Para cuando me doy cuenta, Amelia se despide de mí y soy la última de los de Marketing. Me apoyo exageradamente sobre el respaldo de la silla para estirarme, y estoy a punto de perder el equilibrio y caerme. Me recompongo, alegrándome de que nadie haya presenciado este momento tan vergonzoso.

Bostezo y me levanto para pillarme un café en la máquina. A medida que voy en dirección a la cafetería, me doy cuenta de que muchos departamentos también están vacíos ya. No creo que quedemos más de diez personas en las oficinas. Me pregunto quién será el último en salir y cómo lo hacen para cerrar.

Tecleo mi número de identificación en la máquina (qué moderno es esto, por favor) y pulso mi selección de café. Es el cuarto del día. Me lo bebo casi de un trago, a pesar de que está más caliente de lo que esperaba. De regreso a mi mesa, paso por el baño para dar un trago de agua fría, y al salir me encuentro de bruces con Alex, que justo entra.

—Vaya, vaya.

—¿Qué haces aquí todavía? —le pregunto—. ¿No tienes como ochocientos amigos diferentes con los que celebrar tu cumpleaños?

Él se ríe.

—No, los he espantado a todos —responde, y me sorprende que siga la broma que antes hemos dejado a medias.

—El primer paso es reconocerlo.

Sus ojos me observan con avidez, como si me estuvieran analizando. Alex mira atrás para asegurarse de que no hay nadie en los alrededores y da un paso hacia mí. No retrocedo. Sé lo que va a hacer a continuación y, sinceramente, me da igual. Incluso me apetece un poco de adrenalina.

El chico leo se acerca un poco más y yo hago lo mismo. De pronto, sin saber muy bien cómo, estamos uno encima del otro. Sus

manos en mi cara, bajando por mi cuerpo, y yo recorriendo su pecho con las mías. Alex acerca su cara y me estampa un beso. Es pasional, sediento, ansioso. Como si hubiera estado esperando un siglo para reencontrarse con mis labios. Y yo, sin pensar demasiado, se lo respondo de la misma manera.

Doy un paso atrás para atraerlo hacia el baño de las chicas, pero Alex se separa y niega con la cabeza.

—Vamos al de los hombres. Somos minoría en la empresa, hay menos posibilidades de que nos pillen.

La puerta del baño de los hombres se cierra con un chirrido. Genial, así, si alguien entra, enseguida nos enteraremos. Lo sigo con avidez y nos encerramos en uno de los cubículos. Intentamos no hacer demasiado ruido, como dos adolescentes en el baño del instituto durante el recreo, escondiéndose de los profesores. En cuestión de segundos todo son besos, caricias y siento sus manos por mi cuerpo. Alex se separa un instante de mí y se quita la camiseta, dejando a la vista su oscuro torso perfectamente depilado. Paso de nuevo las manos para tocar lo suave que es. Debe de llevar depilado, como mucho, uno o dos días. Hace lo mismo con mi camiseta y deja al descubierto mi sujetador color cereza. Doy gracias al cielo por que no sea uno de esos cutres que aún tengo por ahí, los que arrastran más años de vida que los que mi título de bachiller lleva esperando a que lo recoja.

Agarro a Alex de la cara, como si se fuera a escapar, y lo sujeto mientras nos seguimos besando. Joder, me siento fatal. Sé que esto va a ser un paso atrás, y que realmente lo estoy haciendo porque me siento despechada. Pero me da igual. No estoy casada con nadie, y puedo hacer lo que quiera y donde quiera. Y el hecho de liarme con mi compañero de trabajo en la oficina solo me pone más, porque el riesgo de que nos pillen es demasiado elevado.

Su camisa huele a una mezcla de colonia cara y tabaco que está en el límite de ser desagradable. Nunca he sido muy fan del olor de los cigarrillos, pero mientras no se haya fumado uno hace cinco minutos tampoco me importa.

Alex jadea en mi boca y solo consigue ponerme más caliente. De pronto, es como si estuviera en la calle, al sol, vestida de negro y con tres abrigos. Necesito quitármelos de encima como sea. Voy directa a los pantalones de Alex y se los empiezo a bajar. Es tan alto que su bragueta está casi a la altura de mi ombligo. Él responde con un

gruñido de satisfacción mientras me peleo con el botón y, después, con la cremallera. Se termina de quitar los pantalones mientras yo hago lo mismo con los míos, y sé lo que va a venir después. Rebusca en su cartera, en algún punto del pantalón, que ya está en el suelo del baño, y saca un preservativo. Se lo pone mientras se sienta sobre la taza del váter, y entonces me invita a que me siente encima de él.

No soy consciente hasta ahora del tiempo que llevo sin follar. Creo que la última vez fue con Javi, en el cuarto oscuro, y antes de eso ni lo recuerdo. Me pongo a horcajadas encima de él y se la sujeto mientras busco su lugar. La tiene perfecta, ni muy grande ni muy pequeña. Me la meto poco a poco y suelto un gemido cuando la siento dentro por completo. Estoy a punto de prepararme para subir y bajar sobre ella cuando se escucha la puerta del baño.

El chirrido nos pone en alerta. Alex me tapa la boca, como si no se fiara de que pueda aguantar sin moverme. En realidad, me he quedado congelada del miedo y siento que mi corazón late tan fuerte que se podría oír sin problema. Escuchamos unos pasos apresurados que se encierran en el cubículo de al lado y, de pronto, me doy cuenta de que no ha venido solo a hacer pis. Nuestro compañero de trabajo, que por supuesto no sé quién es, se sienta y comienza a vaciarse por dentro mientras se queja, como si le doliera. Miro a Alex con una expresión de pánico mientras el baño comienza a oler mal.

Alex quita su mano de mi boca para taparse la suya. Por suerte, el calvario dura poco, aunque me parece el minuto más largo de mi vida. Después, tira de la cadena y se marcha del baño de los hombres sin lavarse las manos.

Me cuesta un segundo poder recomponerme.

—Joder, se ha quedado a gusto —se queja Alex, pero enseguida olvida el tema y se centra en lo que está sucediendo en sus piernas.

Me sorprende que haya conseguido aguantar la erección a pesar de lo que acabamos de vivir. Respiro un par de veces, odiando un poco mi vida por tener tan buen olfato, y continúo lo que apenas hemos tenido tiempo de empezar. Comienzo a frotarme contra Alex, arriba y abajo, y también adelante y atrás. A los pocos segundos consigo volver a centrarme en lo que estoy haciendo, pero, antes de que pase un minuto, veo que Alex empieza a gemir y se corre. Me hace un gesto para que me levante y le hago caso, pensando que quizá le estoy haciendo daño.

—Perdona —se disculpa él—. Es que toda esta situación… me ha puesto muy cachondo.

—¿Te refieres a la caca? —bromeo, aunque por un instante me da miedo que eso sea precisamente lo que tiene en la mente.

Alex se ríe, pero no muy alto.

—Ni de coña. Me refiero a… esto.

Señala a nuestro alrededor. Ya, todo muy arriesgado y adolescente, pero yo no he terminado ni de lejos. Casi ni he empezado, de hecho. Hace unos años, me lo habría callado, pero ahora se lo dejo caer sin ningún tipo de vergüenza.

—No he terminado —le informo, por si no se había dado cuenta.

—Lo sé. Te lo devolveré otro día, ahora tengo que marcharme.

Veo cómo se empieza a vestir delante de mí, tirando el condón usado en la papelera del cubículo. ¿Va en serio? Quince segundos después ya está vestido y peinado como si no hubiera sucedido nada. Yo hago lo mismo, no pienso quedarme aquí en pelotas ni un segundo más.

—Voy yo primero para no llamar la atención y te digo si puedes salir tú —me informa, como si me estuviera haciendo un gran favor.

Desaparece al otro lado de la puerta y me hace un gesto para que salga. Termino de ponerme bien el zapato y abandono el baño con tranquilidad. No hay nadie aquí, ni siquiera cámaras, así que por lo menos esta pequeña aventura quedará entre nosotros.

Alex huye disparado del baño y se va en dirección a su departamento, así que yo hago lo mismo. Pero estoy tan furiosa que no puedo escribir ni una palabra más. Siento que me arden las mejillas de la rabia. Y no por lo que acaba de suceder con Alex, sino por haber dado un paso atrás tan grande en todo lo que he conseguido hasta ahora.

¿A quién quiero engañar haciendo esto? ¿Es que no he aprendido del experimento?

Dejo que el ordenador se vaya apagando mientras recojo mis cosas. Quizá no he madurado tanto como esperaba. Follarme a mi compañero de trabajo, al que apenas conozco, no entraba en mis planes. Pero el despecho por las calabazas que me ha dado Connor me ha llevado hasta aquí. Y, después, ¿qué? ¿Pensaba que me sentiría mejor? ¿Que me olvidaría de que el hombre que me gusta no quiere estar conmigo? No lo sé.

Desde luego, si tengo algo claro es que hoy me he decepcionado a mí misma.

# CAPÍTULO 21

# EL DE VER LA VIDA COMO UNA PELÍCULA

Me resulta imposible no pensar en el chico leo cuando me planto en el estudio y grabamos varios episodios, hasta Cáncer. Aunque, por supuesto, hay otra persona que ronda mi cabeza y de la que ni siquiera sé el signo.

Hoy la invitada es una artista que se ha hecho famosa en TikTok por hacer alfombras de memes. Me fijo en que tiene casi tres millones de seguidores y me animo yo también a seguirla porque sus vídeos, con voz en *off*, son divertidísimos. Su nombre artístico es Wara y no quiere revelar el real por privacidad.

Paso por peluquería y maquillaje antes, y el chico se ofrece a devolverme las mechas de colores que tanto me caracterizan. Aunque va a llevar un rato, le digo que sí, porque entiendo que la imagen en estos casos es importante. Y, qué narices, porque las echo de menos.

A veces, extraño a la Anna del principio del experimento. Estaba mucho más loca y era un poco infantil, pero por lo menos tenía esa ilusión y ganas que ahora me faltan. ¿Es que las he perdido por el camino? ¿O esto es lo que se conoce como madurar?

Regreso al estudio con mi pelo nuevo, rodeada de miradas que me recuerdan que llego un poco tarde. Wara se sienta en el centro. Viste completamente de rosa palo, lleva un conjunto precioso formado por un *crop top* y unos pantalones cortos, todos con un estampado de corazones rojos. Se ha peinado con dos moñitos, y en las orejas le cuelgan un par de osos de gominola también a juego con su ropa.

Le dejamos espacio para que nos hable sobre su emprendimiento, así como sobre su signo. Al parecer, se siente muy identificada con él. Me fijo en que Wara tiene un aura especial, muy sensible y cariñosa, incluso familiar. Me recuerda un poco a Jack. O quizá es solo que, al

hablar de mi experiencia con el chico cáncer en público, me vuelven a la mente todos esos recuerdos que compartimos hace apenas unas semanas.

Al final del episodio, que también se graba en vídeo, Wara nos regala una alfombra del logo del programa para que lo pongamos en el plató. Es tan bonita que me planteo encargarle una para mí.

Nos despedimos y Melissa se queda un rato conmigo en el baño mientras se desmaquilla. Le ha crecido bastante el pelo desde que la conocí, pero el resto de su *look* sigue siendo el mismo: lentillas de color violeta que le agrandan los iris, ropa llena de parches y unas trencitas con abalorios.

Le hago compañía, tampoco tengo prisa por volver a casa. Es sábado y mis amigos no tienen planes, hace demasiado calor para estar por ahí.

—¿Cómo van los preparativos de la boda? —le pregunto.

Queda poco más de un mes, así que me imagino el agobio que debe de tener encima. No me gusta hablar de bodas, pero me interesa saber qué es de Melissa. La veo poco para lo mucho que compartimos.

—¡Ay! Menos mal que me lo has dicho. Justo traigo tu invitación en el bolso.

Escucho cómo rebusca en su bolso hecho de tela y abalorios y saca un fajo de sobres de color morado. Cómo no.

—Aquí están. Aunque… antes quería consultarte algo.

Melissa se muerde el labio y, por primera vez desde que la conozco, percibo un atisbo de vulnerabilidad en su rostro.

—Claro, dime.

Me aseguro de que no haya nadie más escondido en el baño como Alex y yo hace unas horas, pero estamos solas.

—No sé si te conté que la familia de Damien es enorme, mientras que la mía es chiquitita. Me da un poco de apuro, pero algunos de mis amigos más cercanos no van a poder venir porque están de vacaciones y, claro, he avisado con muy poco tiempo. Por eso quería preguntarte si estaría abusando de tu amistad al pedirte que trajeras a tus amigos a la boda. Igual parece muy estúpido, no lo sé, pero ese mismo día voy a conocer a algunos de sus familiares, y no quiero que piensen que…

—Ahí estaremos. Ni te preocupes —le respondo antes de que pueda justificarse.

No me gusta la Melissa insegura porque siempre la he visto como

una diosa del carisma. Pero sé de primera mano lo que es organizar una boda. Y, sobre todo, destrozarla.

—Gracias.

Melissa me tiende los sobres y veo que ha puesto varios nombres sobre ellos. El primero es el mío. Después, el de mi hermano, y también el de Julia.

—Le va a hacer mucha ilusión tu invitación —le digo refiriéndome a mi amiga.

—¿En serio? Pensé que igual, después del accidente…

Agito la cabeza.

—Qué va. Muchas veces te menciona y me pregunta por ti.

Melissa sonríe.

—Genial. ¿Y qué tal con tus chicos zodiacales? ¡Ya no te queda nada!

Suspiro. Ojalá supiera lo que pasó el otro día. Bueno, pronto lo sabrá, en realidad.

—Con muchos altibajos. ¿Sabes si al final nos renovarán para una segunda temporada?

Melissa se encoge de hombros y agita su bote de desmaquillante.

—En realidad, he pensado en dejarlo —le confieso así, de golpe. Puro estilo Aries—. No te lo digo para que me animes, de verdad, ni tampoco quiero preocuparte por el programa. Siempre podríamos apañar algo, no lo sé. A veces me da mucha pena pensar en terminar todo esto ahora que me queda tan poco, solo un signo, pero…

—¡O sea, que ya hay un chico leo! —exclama Melissa tratando de levantar los ánimos de esta conversación, que de pronto se ha vuelto un poco lúgubre.

—Sí, desgraciadamente.

Ella abre la boca.

—Oh, no. ¿A quién tengo que matar?

Melissa coge una de sus brochas de su neceser y la sostiene como si fuera un cuchillo y estuviera a punto de apuñalarme. Me río y le bajo la mano antes de que me saque un ojo.

—A nadie, a nadie. Pero creo que voy a pasar ya la página de Leo para centrarme en el chico virgo. Lo llevaré a tu boda, así que a este podrás conocerlo. ¡Espero que le des tu visto bueno! Creo que es un buen chico.

—Entonces…, ¿ya tienes decidido el amante virgo que vendrá a

la boda?

—Eso parece —respondo.

En realidad, Mike es la opción más cómoda. Se ha presentado voluntario, parece una persona normal y me va a evitar muchos dolores de cabeza a la hora de terminar con el experimento.

—Ay, ¡qué ganas de que llegue el día!

Miro la ilusión en los ojos de Melissa y deseo, solo un poquito, haber sentido la misma cuando me tocó a mí. Pero ahora ya sé que echarme atrás en mi propia boda fue lo mejor que pude hacer. Con Carlos, mi vida habría sido una monotonía constante…, por no hablar de las infidelidades de las que ni me habría enterado.

Poco después, salimos del baño y paso a buscar a mi hermano. Está a tope de trabajo, así que dejo su invitación en la mesa y vuelvo a casa para entregársela a Julia. Salimos a merendar las dos juntas hasta que llega la hora de la cena, pero estamos tan llenas que comemos una pieza de fruta y nos ponemos una película hasta quedarnos dormidas. El domingo lo dedicamos a limpiar el piso. Julia pasa el aspirador mientras yo voy fregando justo detrás de ella.

—¡Este cacharro se va a romper cualquier día! —dice Julia gritando por encima del traqueteo del motor.

Me río, pero no creo que me oiga. Cuando por fin termina de pasarlo me doy cuenta de que casi se me ha olvidado cómo era el silencio.

—¿Has pensado lo que te vas a poner para la boda? —me pregunta ella dejando el aparato del infierno en un armario de la cocina.

—No, y lo peor es que no tengo nada.

—No hay ninguna etiqueta, ¿no? Me refiero, en la invitación han puesto que vayamos guapos y cómodos, pero no sé hasta qué punto…

—Podemos ir esta semana a mirar algo, si quieres —le propongo —. Pero que no sean zapatos. Con este calor, creo que los pies se me han hinchado dos centímetros como mínimo.

—¡Qué exagerada! —se ríe ella—. Bueno, al menos el suelo se seca rápido.

—Sí… ¿Llevarás a Emma a la boda? —regreso al tema anterior.

Yo sé para quién va a ser mi invitación. Si acepta, claro.

—No puede venir. ¿No te lo había dicho? —me pregunta Julia al ver que mi cara cambia al instante.

—¿En serio?

—Ostras, pensaba que lo sabías. Pues está fuera esos días, así que se lo va a perder. Con las ganas que tenía de vivir juntas nuestra primera boda…

—Qué pena…

—Ya, sí. He pensado en invitar a Harry, pero aún no se lo he dicho, hace unos días que no hablo con él. Me parece que se ha echado un nuevo novio, por cierto.

—No te creo.

—Te lo juro.

Aprovecho el día para poner una lavadora, tenderla e ir al cajero a sacar dinero. Hablo un rato con Javi, el chico tauro, por teléfono, y escribo a Cameron para saber un poco más de mi capricornio favorito. Intento pagarle a Julia quinientos dólares por el alquiler, pero ella insiste en que no le dé nada y al final solo me deja, de mala gana, darle cien. Llama a Harry para invitarlo a la boda, y aunque hay un momento tenso en el que pregunta si sabemos algo de Connor, mantengo la calma el resto de la noche. No le he contado nada a Julia, ni lo haré. Prefiero que lo que pasó en Albuquerque se entierre para siempre en ese motel en mitad de la carretera.

Duermo como un bebé, pero, cuando voy al trabajo el lunes, mi paz mental se ve alterada en cuanto me cruzo con Alex. ¿Cuál es la posibilidad de que lleguemos los dos a la vez a la oficina? Hay flexibilidad horaria, así que no todos entramos a la misma hora.

—Las damas primero —me saluda cediéndome el paso para que entre por delante de él.

—Sí, para lo que te interesa.

Lo digo antes de pensar y estoy a punto de taparme la boca, pero no lo hago. Ya me he cansado de callarme lo que me parece mal.

—Vaya —dice él, pero no añade nada más.

—¿Qué pasa?

Él agita la cabeza. Lleva la máscara de Don Encantador desde que ha puesto el pie en la oficina. Todo el mundo nos saluda, aunque enseguida me doy cuenta de que lo hacen porque voy con él.

—Nada. O sea, sé que el otro día acabamos desempatados, pero pensaba que querrías igualar el marcador. ¿O tan mal jugador soy?

Antes de que pueda responder, Alex me guiña el ojo y se separa de mí, tomando otro pasillo que le lleva al Departamento de Ventas de

365Love. Tengo que hacer un esfuerzo para seguir caminando y no quedarme pasmada ante la tranquilidad de su respuesta. Lo hace así, como si nada. Le sale natural.

No despego la vista de la pantalla de mi ordenador durante las próximas cuatro horas. Me salta un mensaje por el chat de trabajo de un tal Mike Donnovan.

¿Un café?

Levanto las cejas. Vaya, vaya, el chico virgo haciendo movimientos antes de que sea su temporada. Me gusta.

Jamás pensé que diría esto, pero sí, y bien caliente. En esta oficina hace demasiado frío.

Ja, ja, ja. Hay que venir con jersey. Te veo dentro de cinco minutos en la cafetería.

Miro la hora. En realidad, ya queda poco para la hora de comer, así que nos cruzaremos en la cafetería con los más hambrientos.

—¿Nuevo peinado? —me saluda Mike.

—Ah, sí. Me han repasado las mechas.

Chico virgo 1, chico leo 0.

—Te quedan muy bien. Nunca había visto a nadie con ese *look*.

—Pues todo empezó con una apuesta… —le digo, y charlamos un rato mientras voy dando traguitos a mi café cuando, de pronto, una presencia demasiado familiar nos interrumpe.

—¿Qué pasa, tortolitos? ¿Qué susurráis?

Aquí está Alex, con sus casi dos metros de masa muscular.

—No lo entenderías —le responde Mike, y me sorprende esta nueva rivalidad entre ellos.

Mike se marcha, despidiéndose de mí con la mano, y me deja a solas con Míster Dientes Blancos.

—¿Un café antes de comer? —me pregunta.

—Ya ves.

No tengo muchas ganas de charla, pero Alex parece que sí.

—Oye, esta tarde he quedado con algunos amigos de la oficina para celebrar mi cumpleaños como Dios manda. ¿Quieres venir? Estará Amelia, de tu departamento. —Alex mira a su alrededor—. Puedes traer a tu amiguito informático.

—Es desarrollador web —corrijo, pero solo me doy cuenta de que así le estoy dando más baza para que se ría de nosotros.

—Como quieras. Estaremos en el bar que hace esquina, nada más salir a la derecha, a partir de las seis.

—No sé si podré ir.

Alex se encoge de hombros y se marcha, dejándome sola frente a la máquina de café. Un par de chicas se acercan y cuchichean sobre él como si no pudiera oírlas, y al final me voy de ahí.

Me centro en mi trabajo y hablo con Amelia de vez en cuando. No me atrevo a preguntarle si irá, solo la interrogo un poco cuando me doy cuenta de que está utilizando la plataforma… como usuaria.

—¿Y eso? —le pregunto fingiendo darle un codazo y poniendo una media sonrisa.

Amelia se pone roja en cuestión de segundos.

—Ah, nada. Un chico que estoy conociendo…

—¿Hace mucho? —le pregunto. No quiero que mi encargada piense que me gusta perder el tiempo, pero ahora mismo cualquier cosa es más interesante que traducir un artículo sobre adónde te irás de vacaciones este verano según la última fruta que comiste.

—Bueno, unas semanas.

Está claro que el tema la pone nerviosa, así que no insisto. Me centro en mis frutas hasta que llega mi hora y todos vamos recogiendo. Espero a que Amelia salga primero y vaya directa al bar para poder escaquearme. Una vez que han pasado cinco prudenciales minutos, apago mi ordenador y abandono las oficinas. Tengo que pasar inevitablemente por delante del bar, así que lo hago con cuidado para que no me vean, pero, al mismo tiempo, los miro desde fuera.

No es difícil encontrarlos. Se han sentado en la mesa junto a la ventana, y reconozco a Alex de espaldas; está con un par de personas más y, por supuesto, con Amelia. Los miro desde fuera, observo cómo interactúan entre ellos como si estuviera viendo una película. Se ríen, tienen conversaciones paralelas, siguen sus vidas. Pienso en cada uno

de ellos de forma individual. Imagino el universo que rodea a cada persona: su familia, amigos, problemas, celebraciones… Al final, no estamos hechos sino de miles de historias que, en algún punto, llegan a conectarse.

A veces para siempre. Otras, tan solo durante unos instantes.

Los sigo observando como si fuera una espectadora en la oscuridad de un cine contemplando la pantalla, y entonces Amelia me ve. Vocaliza mi nombre, y al cabo de una milésima de segundo, Alex se gira y me hace un gesto para que entre.

No me resisto. En el fondo, quiero formar parte del universo del chico leo. Quiero conocerlo un poco mejor para poder terminar bien el experimento. No a medias ni con prisas. Así que, cuando veo que me hace un hueco a su lado y coge un taburete de otra mesa, me coloco junto a él y me paso las siguientes tres horas bebiendo cerveza y riendo.

# CAPÍTULO 22

## EL DE LA DESPEDIDA

Lo primero en lo que pienso nada más despertarme al día siguiente es en que tengo agujetas en los abdominales. Me duele al respirar con fuerza, y sospecho que es de todo lo que me reí anoche. Todavía medio dormida, salgo al salón y me topo con dos pares de ojos brillantes, no humanos, mirándome en la oscuridad.

—¡Ahhh! —chillo por encima de mis posibilidades.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Julia aparece de pronto en el salón y enciende la luz. Me quedo medio ciega, pero distingo a los culpables del infarto que me acaba de dar. Son dos gatos, muy parecidos entre ellos, de color blanco. Me observan como si yo los hubiera asustado más a ellos.

—Joder, casi me muero —le digo a mi amiga llevándome la mano al corazón.

—¡Ay! ¿No viste mis mensajes? Pensaba que los leerías…

Cojo aire con fuerza y lo suelto, ya recuperada del susto.

—Es que no tenían dónde quedarse anoche y… creo que son hermanos. Los encontraron hace tres días en el monte, abandonados por su madre, y no queremos mezclarlos con los del refugio todavía. Perdona, pensaba que leerías mis mensajes —repite ella.

—No te preocupes. Es que me he despertado bastante empanada y lo último que esperaba era encontrarme con dos demonios.

Me río, y Julia hace lo mismo.

—Joder, cuando te he oído gritar, he pensado que había entrado alguien en casa.

—¿No se te ha ocurrido que podrían ser los gatos? —Los señalo tratando de argumentar en su contra, aunque la verdad es que son monísimos. Me miran con los ojos muy abiertos, y su miedo se ha

transformado un poco en curiosidad.

—Es que entraron a robar hace unos días a la vecina que vive dos pisos más arriba y estoy paranoica desde entonces.

Me acerco un poco a ellos y me doy cuenta de que uno tiene una heridita junto a la oreja.

—Pobrecitos, son preciosos. Ahora me siento mal por haber chillado. ¿Tienen nombre?

—Todavía no —responde Julia bostezando.

Los vuelvo a mirar, y uno de ellos se aleja y se esconde bajo un cojín del sofá. El otro da unos pasos atrás y hace lo mismo.

—Bueno, me voy a la ducha —la informo mientras un gran bostezo se apodera también de mí—. Por cierto, ese sobre que he dejado en la encimera de la cocina es para ti. Es la invitación a la boda de Melissa.

—¿En serio? —canturrea ella, y corre a abrirlo.

Diez minutos después, cuando salgo, me encuentro a los gatos sobre mi cama, mirándome como si yo estuviera invadiendo su espacio y no al revés. Julia se los llevará mañana de vuelta al refugio porque los van a adoptar. Solo han estado aquí unos minutos, pero ya les he cogido cariño a estos bichos peludos.

—Vale, vale. Podéis vigilarme la habitación mientras me voy a trabajar.

Recojo mis cosas y salgo por la puerta a las ocho y diez, a la misma hora que todos los días. Me da la impresión de que un grupo de tres chicas me reconocen porque se dan codazos al verme y me señalan, pero no digo nada, por supuesto. En realidad, las pocas veces que me ha pasado algo así, la que tiene más vergüenza soy yo.

Giro a la izquierda para ir al metro. El tráfico hoy está horrible y hay un montón de ruido en la calle. Escucho la bocina de un coche. La ignoro hasta que suena tres veces más, y entonces me giro.

Alex me saluda desde el interior de un Mercedes rojo. Me cuesta reconocerlo con las gafas de sol y la gorra que lleva puestas. No puede ser. Anoche, después de un par de cervezas, Alex se ofreció a recogerme para ir al trabajo porque siempre pasa por delante de mi casa. Le dije que sí de broma, pensando que no lo haría. A la vista está que lo he subestimado.

Enseguida me doy cuenta de que él es uno de los culpables del atasco que se ha montado en la calle. Corro hacia el coche sin

pensarlo dos veces antes de que los conductores furiosos vuelvan a pitarle.

—¿Iba en serio? —le digo mientras salto al asiento del copiloto y cierro la puerta lo más rápido posible.

Alex arranca al instante.

—Pues claro. Ponte el cinturón o este cacharro no parará de sonar.

Dejo la mochila entre las piernas y me lo abrocho.

—¿A este cochazo lo llamas cacharro? —le pregunto.

El Mercedes por dentro es una pasada. Todavía huele a nuevo, e incluso parece recién aspirado. Entre su asiento y el mío hay una pantalla, quizá demasiado grande para que la mire un conductor, y tantos botones que parece que me he metido en una cabina de avión. Dejo el móvil junto a un paquete sin abrir de cigarrillos que hay cerca del freno de mano. Ahora que lo pienso, además de a nuevo, sí que huele un poco a tabaco.

—Siento romperte la ilusión, pero el coche es de sustitución. Tuve un pequeño accidente el otro día con el mío.

—¿Y te han dado este? ¿Cómo era el otro? —pregunto.

Alex parece estar disfrutando de mis alabanzas. Sin embargo, no contesta.

—Pues sí que era verdad que sales todos los días a la misma hora de casa —responde, en su lugar.

—Pues claro, ¿no lo haces tú también?

—Sí.

No entiendo entonces su pregunta. Lo miro y, aunque tiene la vista centrada en el atasco, a su rostro se asoma una media sonrisa. Por más que me fastidie, tengo que reconocer que me lo pasé bien con sus amigos ayer. Pude conocer un poco más a Amelia, con quien estuve hablando casi todo el tiempo. Aunque lo que más me sorprendió fue descubrir que Alex no es tan pedante como me pareció al conocerlo. Una vez que te acostumbras a que tiene que ser el rey de la fiesta, ya lo tienes calado. Hizo de anfitrión durante toda la tarde, contando anécdotas de sus múltiples viajes por el mundo. Si hay un país recóndito, alejado de la mano de Dios, que nadie conoce…, ahí ha estado él. Y, por el camino, le han pasado cuarenta cosas increíbles.

Y no me cabe duda de que sea verdad. Alex parece ese tipo de persona que tiene una flor en el culo, pero, al mismo tiempo, también

la actitud correcta para vivir todo tipo de sucesos inimaginables. Ha probado todos los deportes extremos que existen, incluso aquellos de los que nunca he oído hablar. Tiene un amigo en cada país, prácticamente.

—Bueno, ¿y qué pasa con Mike? ¿Vas a salir con él?

Suspiro.

—Ya me lo intentaste sonsacar ayer, chico leo. Tu psicología barata no funciona conmigo.

Al parecer, desde que le conté anoche lo del experimento, Alex solo quiere que me líe con el chico virgo. No entiende cómo funcionan las fechas, o no parece querer entenderlo.

—Es que no me gusta aceptar un «no» por respuesta.

Y ahí está de nuevo esa sonrisa. No se le despega de la cara hasta que entramos en el garaje de la empresa (primera noticia de que existe) y se pone en modo trabajo. Que es, básicamente, lo mismo que conmigo, pero un trescientos por ciento más adulador.

—Ya estamos —me informa en cuanto apaga el motor—. Por cierto, una cosa, antes de que subamos.

Miro la hora. Todavía nos quedan cinco minutos, así que vamos bien de tiempo.

—Dime.

—Sobre lo que sucedió el otro día en los baños… Te debo una, lo sé. Pero no puede enterarse nadie de lo que está pasando, ¿vale? Necesito que me prometas que lo llevarás en secreto.

Me encojo de hombros.

—Sí, claro. No se lo he dicho a nadie.

—Nos podríamos meter en una buena si nos pillan —me advierte.

—Ya lo sé —respondo, un poco molesta.

Como si no lo supiera. De hecho, el otro día tuvimos suerte de que no nos pillaran. No estoy segura de querer repetirlo. Me gusta mi trabajo, y no quiero que me despidan porque me han pillado follándome al chico de Ventas en el baño de hombres.

—¿Te ha sentado mal?

—No, tranquilo.

—Pues tu cara dice otra cosa.

Me río. Pillada.

—Bueno, es que no soy muy fan de que me digan lo que tengo que hacer —reconozco—. Pero entiendo tu preocupación, yo también

la comparto. De hecho, creo que no debería volver a pasar.

—Sí, estoy de acuerdo.

Elevo el puño y espero a que me lo choque, cerrando este trato en el garaje de 365Love. Salimos juntos del coche y miro alrededor para asegurarme de que nadie nos ha visto. No hay nada raro en que dos compañeros de trabajo usen el mismo coche. Es ecológico y completamente normal. ¿No? ¿O ahora me estoy volviendo paranoica?

—Nadie te ha visto —dice Alex, que me ha leído la mente.

—Vale —refunfuño burlándome de él cuando veo que se está riendo de mí.

Entramos a la oficina como si nada y cada uno representamos nuestro papel. Alex ya tiene el suyo ensayadísimo, pero yo también me estoy acostumbrando al mío. Sí, lo mejor es que no vuelva a pasar. Además, no puedo seguir haciendo estas cosas por despecho. No me va bien para…

—¡Anna! Mira cuántas visitas ha tenido el *post* que subiste ayer.

Amelia me saca de mis pensamientos y me enseña una tabla llena de métricas. La verdad es que no soy muy fan de las estadísticas, me hacen sentir mucha presión y al final no hablan de la calidad de mi trabajo, sino de la viralidad del tema, entre otros muchos factores…, pero agradezco que mi encargada esté contenta. Con eso me basta.

Empiezo el día de buen humor y no dejo que nada me lo estropee. Tenemos una reunión con los desarrolladores en la que Amelia intenta plantearles si es posible implementar unos cambios en la web. En 365Love cada vez innovan más. Desde hace unos días, es posible que los clientes puedan enviar regalos, flores, bombones y otros obsequios a la persona con la que están hablando sin que nadie tenga que hacer pública su dirección. El usuario puede elegir dentro de una tienda virtual en la propia plataforma y, sin ver dónde vive, puede mandarle al otro un regalo de la lista. Desde que lo implantaron, Amelia me ha confirmado que ha sido un éxito. La caja de bombones con forma de corazón ha sido la más vendida, y la marca de dulces con la que nos hemos aliado no puede estar más satisfecha con el resultado.

Ahora, Amelia y su equipo han pensado en añadir un apartado similar para reservas en restaurantes con descuentos. Acudo a la reunión más como oyente que otra cosa y veo cómo Mike toma notas de todas las peticiones de mi departamento. Algunas las descarta,

otras las recibe con un asentimiento de cabeza y un tecleo rápido en su portátil. De vez en cuando, le pillo soltándome alguna mirada, y me pregunto si es solo curiosidad o algo más. Aunque, realmente, si me doy cuenta de que me mira es porque lo estoy haciendo yo también, ¿no?

Tocada y hundida yo misma en mi propio campo de batalla.

Clavo los ojos en mi bloc de notas y escribo algunas ideas de Amelia, a pesar de que ese no es mi trabajo. Al terminar, nos despedimos con rapidez y cada uno vuelve a lo suyo. Me siento en mi mesa, que ya he empezado a hacer mía. He colocado una foto que tengo con Julia y Harry, un calendario diario de *Friends* y una pelota antiestrés que me regaló mi hermano hace años por las risas.

Busco entre mis archivos el *post* del blog que dejé a medio traducir ayer, pero no lo encuentro por ninguna parte. Vale, estoy empezando a pensar que la tecnología me odia. Lo busco incluso en la papelera de reciclaje, pero no hay manera de dar con él. Abro la aplicación para chatear con los compañeros de la oficina y busco a Mike.

Oye, Mike, una pregunta rápida sobre mi ordenador. Ya sé que tú no llevas esto, pero a ver si me puedes ayudar. Me están desapareciendo archivos últimamente, ¿sabes si alguien más lo usa? ¿O adónde puedo avisar para que me lo arreglen?

Mike tarda menos de treinta segundos en conectarse y responder mi mensaje.

No lo sé, es muy raro. ¿No hay nada más que te falle? Puedes escribir al correo de soporte y abrirán una incidencia para estudiarlo. Lo tienes guardado en los favoritos de tus contactos del correo electrónico.

Vale, mil gracias.

Dudo sobre si hacerlo o no. Llevo demasiado poco tiempo aquí como para quejarme de que me están desapareciendo documentos de Word. Se van a pensar que soy una milenial que no sabe ni encender un ordenador. Al final termino escribiendo al servicio técnico con el tono más amable posible.

Vuelvo a empezar el documento de cero, cabreada porque es la segunda vez que me pasa. Pienso en Mike, en lo rápido que me ha respondido, y deseo que así fuera con todos los hombres con los que salgo. En alguna ocasión he estado con un chico ibuprofeno, de esos que responden cada ocho horas, y es imposible mantener una conversación normal. ¿Y si con Mike funcionara de verdad? ¿Qué pasaría si me echara un novio que estuviera en la oficina y tuviera que verlo todos los días?

Mi mente comienza a fantasear con escenarios que sabe que nunca se cumplirán. Levanto la cabeza y pienso en cuántas de las personas que me rodean estarán teniendo una aventura amorosa con alguien de la oficina. ¿Será tan común como parece en los libros y las películas? ¿Es demasiada casualidad que solo me haya pasado a mí? Me imagino a Amelia saliendo con algún otro chico de 365Love, pero se me hace imposible. La veo demasiado centrada en su trabajo como para caer en algo así.

—Oye, Amelia. Te voy a hacer una pregunta superrara, pero ¿qué signo del Zodiaco eres?

Ella se ríe.

—¿A qué viene eso?

Me encojo de hombros, pero rezo para que me responda.

—Yo soy aries —le cuento para que se anime a compartir el suyo.

—Y yo piscis, ¿por qué lo quieres saber?

—Simple curiosidad —respondo con la voz más inocente que puedo poner.

Bueno, Piscis no está mal. Aunque, echando la vista atrás, recuerdo que yo misma salí con un chico piscis de mi trabajo, Zac Nelson. Pero eso fue otra historia porque estaba todo planificado y era una relación falsa.

Amelia se ríe y vuelve a centrar la atención en el monitor. Yo hago lo mismo, y cuando siento que me rugen las tripas me levanto para comprarme un sándwich en la cafetería. Saludo a un par de

chicos que estuvieron ayer en la celebración del cumpleaños de Alex, pero no hay ni rastro de él. Me giro hacia la máquina y achino los ojos para leer los ingredientes de cada uno. Hay de atún, de pepino…

—No sabía que las chicas aries eran indecisas.

Ahí está otra vez. Si su intención es que pasemos desapercibidos, lo está haciendo muy mal. Alex se coloca a una distancia muy poco prudencial de mí y se ofrece a invitarme a lo que quiera.

—Considéralo como una ofrenda de paz —me reta—. De empate, más bien.

Pongo los ojos en blanco.

—¿En serio vamos a estar así toda la vida? —le pregunto—. En algún momento tendremos que superarlo.

—Oye, si quieres lo arreglamos igual que lo empezamos.

Alucino con que me esté diciendo esto aquí, en medio de la cafetería. Por suerte, nadie puede adivinar de qué hablamos solo con lo que hemos dicho. Alex elige sus palabras con mucha cautela, demasiada, pero aun así no puedo evitar ponerme nerviosa.

—¿Acaso se te ha olvidado lo que hemos hablado en el coche? —le digo mientras meto varios billetes de un dólar en la máquina—. ¿No se supone que los leo siempre cumplen sus promesas?

Alex estalla en una carcajada, y las cuentas de sus trencitas chocan entre ellas.

—Vamos por partes. Primero: ¿cuándo he prometido yo eso? Segundo: ¿es que una persona no puede cambiar de opinión? Tercero: ya sabes que no soy de los que aceptan un no por respuesta, qué quieres que le haga, soy tozudo. Y, cuarto: ¿has estado informándote sobre los hombres leo? ¿Tan buena impresión te he causado?

Madre mía. No puedo con tanta intensidad, pero al mismo tiempo alucino con toda la información que ha recabado en un momento.

—Lo siento, no estoy interesada. ¿Te vale como un no? —le suelto, aunque no puedo contener una sonrisa traviesa en el rostro.

Joder, ¿qué me pasa con el chico leo? Ni siquiera estaba planeado, y ahora creo que me va a terminar cayendo mejor de lo que esperaba.

—No me sirve. Mírame a los ojos y dime que no quieres repetirlo. Dime simplemente «no» —me tienta.

Ni siquiera lo intento. Clavo mis ojos en los suyos, aunque solo consigo aguantarle esa mirada ardiente un par de segundos, y

entonces me voy fingiendo un enfado para que no se dé cuenta de que me he puesto nerviosa.

—Tal vez —levanto la voz lo justo para que me escuche él y no toda la cafetería.

No necesito darme la vuelta para saber que Alex sonríe de oreja a oreja. Porque yo también lo estoy haciendo. Joder, odio el efecto que tiene sobre mí. Odio a los leo y su carisma y su energía y su liderazgo y su todo.

Lo odio, porque me encanta.

Odio lo bien que me hace sentir estar cerca de Alex cuando lo que me gustaría es sentirme así con otra persona.

Me concentro en la pantalla y en escribir. Miro cómo mis dedos se van deslizando por el teclado hasta las seis de la tarde, sin parar ni levantarme del asiento. Voy al baño y vuelvo, tranquila, y me doy cuenta de que la gente ya se ha empezado a marchar. Veo una notificación en el chat interno de la empresa y la abro. Es de Alex.

¿Revisamos los papeles que tenemos pendientes?

Alucino con este chico. Le gusta demasiado el peligro. Miro cómo el cursor parpadea durante unos instantes, aguardando una respuesta por mi parte.

Vale. Pero dame media hora más, por lo menos.

Espero que entienda que es para que la oficina se vacíe un poco y no porque tenga ganas de hacer horas extras. Amelia se levanta de su escritorio, contenta. Me pregunto si en su mente pensará que me estoy quedando aquí solo porque me apasiona traducir artículos como el del otro día de las frutas. Puede que sí. Sea como sea, espero a que se vaya ella y poco a poco se vacía mi departamento. La calma va invadiendo las oficinas de 365Love igual que el otro día. Ya no se escucha ese barullo continuo, las conversaciones en voz baja y el movimiento de papeles de aquí para allá. Cierro el documento de

Word en el que estoy trabajando y abro el chat.

¿Ya?

Alex apenas tarda unos segundos en conectarse.

OK. Vamos a la sala 3.

Me quedo mirando la pantalla, pensando en si lo dice de verdad o es una especie de código. No me atrevo a preguntárselo, porque sospecho que este chat puede ser leído por nuestros superiores. Me levanto, miro a mi alrededor y repito los pasos del otro día. Algunas zonas incluso tienen la luz apagada. Entro en el baño de hombres, pensando en una excusa que poner si me cruzo con alguien que no sea Alex, pero está vacío. Excepto el tercer cubículo.

Toso y la puerta se abre. Dentro está Alex, completamente desnudo.

—¿Estás loco? —susurro con una voz demasiado aguda por la impresión de verlo así.

Él adora el efecto que ha causado en mí. Sin embargo, ahora que estoy aquí otra vez, no sé si tengo ganas de volver a follar. Después del otro día me rayé un poco. Estuve dándole vueltas a si me dejé llevar por el despecho porque Connor me rechazó. Todavía tengo ese tema aparcado en un rincón de mi mente, esperando a que llegue el momento de pensar en él detenidamente.

—¿Vienes o qué? —me dice mirando la puerta del baño por si alguien entra.

Asiento y me meto con él en el cubículo, pero enseguida se da cuenta de que algo va mal.

—¿Estás bien? ¿Quieres que me vuelva a vestir?

Me froto las mejillas, que de pronto me arden.

—Sí, estoy bien, solo que… no estoy segura. Tengo muchas cosas en la cabeza.

Alex asiente.

—Vale, tranquila. No tenemos que hacer nada que no quieras.

—Lo sé.

—Me sabe mal que el otro día no terminaras —dice él mientras empieza a vestirse.

—No te preocupes, de verdad.

En realidad, es lo de menos ahora mismo.

—¿Puedo preguntarte por qué? No a malas, solo quiero saber si es por el sitio, porque no te apetece sin más… —me tantea Alex.

Me encojo de hombros.

—Es porque tengo muchas cosas en la cabeza —repito—. Y creo que el lugar también suma un poco. O sea, está bien para una vez, pero… tengo otra persona en la mente durante todo el tiempo, aunque intente apartarla.

—¿En serio? —Alex sonríe—. ¿La chica del Zodiaco está enamorada?

Me río.

—Algo así…

Alex empieza a vestirse, empezando por los calzoncillos y los pantalones. Por último, se pone la camisa con un gesto elegante y se la va abotonando con calma.

—¿Sabes que yo también creo que me estoy pillando por alguien? —confiesa, de la nada.

Abro mucho los ojos al escuchar sus palabras.

—¿En serio?

El chico asiente.

—A ver, no la conozco en persona, por eso es un poco extraño decirlo —se explica—. Hace unos meses empecé a utilizar yo mismo 365Love porque quería probar algo diferente, y conocí a una chica con la que hablo todos los días. Lo que ocurre es que es raro, porque ella quiere ir lento.

Termina de abotonarse la camisa y pasa a los zapatos.

—¿Y eso te supone un problema? —le pregunto tratando de no alzar demasiado la voz. Al fin y al cabo, seguimos estando escondidos en el baño.

—Un poco, porque a veces me pueden los impulsos, pero… creo que tengo ganas de lo mismo que tú. Conocerla de verdad, estar con ella e intentarlo.

—¿Estás cortando conmigo, chico leo? —bromeo.

Él se ríe y levanta la mirada. Me doy cuenta de que se ha puesto

rojo.

—Sí, señorita aries. Pero no es por ti, es por mí —me sigue la broma.

Ya ha terminado de vestirse y estamos listos para regresar a nuestro puesto. Abro la puerta del cubículo con cuidado y salgo.

—Espero que te vaya muy bien con tu chica misteriosa, Alex.

—Y a ti con el tuyo. Algún día deberíamos quedar los cuatro.

Ahora sí que me río con fuerza.

—No creo que eso vaya a pasar… Pero me guardo tu propuesta por si se alinean los astros.

# CAPÍTULO 23

## EL DEL RAMO DE FLORES

La vuelta a casa después del trabajo es un infierno. El metro se para cada dos por tres y a mí solo me apetece llegar para encerrarme en mi cuarto y llorar. Tengo varios mensajes de mi hermano diciéndome que ya está llevando sus cosas de vuelta a su casa, lo cual me recuerda que en algún momento yo tendré que hacer lo mismo. Vivir con Julia es genial, pero me siento una molestia cada vez que su novia viene a visitarla.

Como esta noche. Cuando entro por la puerta, las encuentro tumbadas en el suelo jugando con los gatos. Les sonrío y hablo un minuto con ellas para que parezca que todo va bien, pero, en cuanto me encierro en el cuarto de invitados, se me escapan las lágrimas. Dejo mi mochila junto a la cama y me siento, tapándome la boca para no hacer ruido al sollozar. Por suerte, al otro lado de la puerta, Julia y Emma chillan y juegan, por lo que no me escucharán. Me dejo caer hacia un lado y me tumbo en posición fetal. Ni siquiera he encendido la lámpara, por lo que la poca luz que entra por la ventana me ilumina en una situación bastante deprimente.

La ropa limpia que todavía no he doblado lleva varios días acumulándose en la silla del escritorio. He movido el montón de la silla a la cama y viceversa por encima de mis posibilidades. Llevo demasiado tiempo retrasando los trámites de mi permiso de residencia. Y, además, se me estropeó la lámpara de noche hace unos días y aún no he sacado un momento para ver qué ha pasado con ella, si solo se ha fundido la bombilla, que no tiene tanto tiempo de vida, o si se ha roto de verdad.

Ni siquiera he sido capaz en casi cinco meses de terminar el libro que me regaló Zac.

Intento ser optimista, pensar que todo este tiempo me ha ayudado y que he evolucionado, pero en cuanto algo se tuerce no puedo evitar hundirme. ¿Por qué, cuando se supone que estoy mejor que nunca, no dejo de sentirme miserable? Mi relación familiar ha mejorado. No a pasos agigantados, pero por lo menos Raül y yo ahora somos inseparables, y he retomado un poco la comunicación con los que se quedaron en España. Tengo unos amigos que me adoran y a veces son demasiado buenos conmigo. He encontrado un trabajo bien pagado de lo que me gusta que me permite seguir viviendo en Estados Unidos. No solo en Estados Unidos, sino en Los Ángeles. Y, aun así, siento un vacío.

No quiero pensar que la pieza del puzle que falta sea Connor. Su rechazo me duele todavía, pero me niego a creer que el amor ocupe una parte tan importante en mi vida. ¿No debería ser suficiente con todo lo que acabo de enumerar? Familia, amigos, estabilidad económica. ¿En serio un desengaño amoroso me ha ido desanimando poco a poco? ¿Tanta importancia le doy al amor? ¿O es que trato de culpar al amor porque en realidad me falta otra cosa?

Me incorporo en la cama y me seco las lágrimas y los mocos, por poco glamuroso que suene. Con la escasa luz que queda, miro mi reflejo en el marco de una foto de Julia y su padre. Mis propios ojos me devuelven la mirada, esperando a que les dé una respuesta.

Empiezo a indagar sobre todas las preocupaciones que he tenido en los últimos meses, incluso años, para encontrar dónde está el verdadero problema. Descarto a mi familia y amigos enseguida. Todo lo que tiene que ver con eso ya está resuelto, aceptado y cerrado, para bien o para mal. La imagen de Carlos viene a mi mente, pero no podría darme más igual lo que pasó con él, y su infidelidad reiterada con Valeria. De hecho, hasta me sorprendo a mí misma al darme cuenta de la indiferencia que me provoca ya toda aquella situación. La Anna de hace un año, casi a punto de casarse, habría flipado con eso.

El tema de Connor… es sensible y complicado para mí, pero tengo que hacerme a la idea de que no va a poder suceder. No pasa nada. Quizá es demasiado pronto para meterme en otra relación y me está haciendo un favor al rechazarme.

Entonces, ¿qué es? Me viene a la cabeza la falta de autoestima, aunque lo descarto. Está claro que no soy leo, pero algo sí que me quiero. Hay cosas que me gustan de mí, como mi nuevo pelo de

colores, mi risa y la forma en la que me enfrento a las adversidades desde que llegué a este país.

Echo la vista atrás para tratar de encontrar la laguna. Tiene que estar en algún sitio oscuro donde no suelo entrar muy a menudo. Pienso en los momentos en los que se me ha activado ese terror paralizante. En cuando me he sentido peor.

Miro de nuevo la foto de Julia con su padre y entonces noto un pequeño pinchazo en el corazón. Se parecen tanto… Es como si Julia fuera una fotocopia de su padre, pero en femenino. ¿Será el miedo a la muerte lo que me paraliza? Miro a los ojos de uno y otro, como si pudieran moverse y darme la solución.

Y entonces caigo. Me pongo de pie y cojo el marco de la foto con ambas manos.

El problema no es el miedo a la muerte. Tampoco la autoestima, aunque está un poco relacionado. El verdadero problema es no poder tener esto. Justo lo que hay entre mis manos. La posibilidad de tener un hijo biológico.

El problema es sentirme un fracaso.

Ahogo un grito en cuanto verbalizo esa frase en mi cabeza y estoy a punto de dejar caer, sin querer, el marco de fotos. Lo vuelvo a colocar enseguida sobre la estantería como si me quemara.

Es cierto. Ese es el problema. Sentirme que he fallado, que estoy defectuosa, que soy un fracaso por no ser «normal».

Si lo pasé mal en el viaje no fue únicamente por el rechazo de Connor. Hubo algo más: el descubrimiento de la existencia de Roman, el tema de la adopción y la visita al centro religioso. Todas esas cosas a las que he dado mil vueltas y, al mismo tiempo, siempre he tratado de evitar.

Vuelvo a sentarme sobre la cama, a punto de tener un ataque de pánico, o quizá de ansiedad. Creo que nunca he tenido uno, pero estoy muy segura de que esto es lo que está a punto de venir. Se me aceleran las pulsaciones de pronto, y es como si pudiera sentirlas en cada parte de mi cuerpo. Las manos, los pies, las sienes. Todo mi organismo se ha convertido en una orquesta de latidos perfectamente sincronizada. Me cuesta respirar, y mi primer instinto es quitarme la ropa, porque de golpe todo me agobia, pero enseguida me doy cuenta de que en realidad estoy hiperventilando.

No sé muy bien qué pasa durante los próximos minutos. Lloro

contra la almohada para no hacer ruido y poder controlar mi respiración, cada vez más acelerada.

Poco a poco, la ansiedad va descendiendo. Al final, solo queda un rastro mojado en mi cara y un dolor en la espalda y el pecho.

Me pongo de pie, me seco las lágrimas y espero un poco a que se me pase la congestión. No quiero preocupar a las chicas, de modo que no pueden enterarse de esto. De hecho, ni siquiera me preguntan cuando salgo de la habitación y me doy una ducha con agua hirviendo. Me ofrezco a invitar a cenar, ya que Julia no me ha dejado pagarle casi nada por el alquiler del mes pasado, así que lo hago de vez en cuando. Cenamos comida tailandesa mientras vemos el primer capítulo de una serie que sé que nunca terminaremos, pero nos lo pasamos tan bien que durante un rato es como si lo de antes no hubiera existido.

Por lo menos, caigo rendida a la hora de dormir, y solo deseo que mañana no sea tan estresante como hoy.

Pero el universo parece tener preparados otros planes para mí.

Alex se ofrece a llevarme al trabajo y accedo. Aparcamos cerca del ascensor, subimos comentando las propuestas de una reunión que tuvimos hace poco y llegamos a las oficinas de 365Love. Al principio, el silencio no se me hace extraño. Atravesamos el *hall* como de costumbre. Normalmente siempre hay gente por aquí, dando vueltas o hablando en grupitos. Hoy está completamente vacío. Alex se despide y escoge un pasillo que lo lleva al Departamento de Ventas, pero Lavinia y otro hombre lo detienen. Yo sigo todo recto.

Se me cae el alma a los pies. ¿Nos habrán pillado? ¿Por qué un hombre en traje que no conozco de nada y la de Recursos Humanos que me contrató están hablando con él?

El corazón se me acelera y empiezo a respirar fuerte. Por un momento, temo que suceda lo mismo que anoche, pero agito la cabeza y sigo andando hasta llegar a mi departamento.

El silencio aquí también es sepulcral. Solo se oyen de fondo las teclas de los ordenadores, alguna tos y el sonido de una silla cuando alguien se reacomoda en su asiento.

Me coloco en mi sitio y entonces me doy cuenta de que Amelia no está. Observo su mesa como si fuera la primera vez que la veo. Y es que le falta algo. Bueno, en realidad, le falta todo. Todas sus pertenencias —las anotaciones en papelitos de colores, los bolígrafos,

una foto de su perro y todo lo demás— han desaparecido. Ahora, solo es una mesa con una silla y un ordenador de doble pantalla apagado. Nada más.

Miro a mi alrededor, esperando a que alguien me dé una pista, pero nadie levanta la cabeza. Conforme va entrando la gente, todos se dan cuenta de que el asiento de Amelia está vacío. A la media hora, ella todavía no ha llegado.

¿Qué narices está pasando aquí? No quiero que le suceda nada malo a mi encargada, pero, al mismo tiempo, ojalá lo de Alex no tenga nada que ver conmigo.

—Señorita Ferrer…

Doy un bote cuando escucho la aguda voz de Lavinia llamándome por mi apellido. Todo el mundo se gira y clava sus ojos en mí.

—Sí —respondo, y me pongo en pie, no sé muy bien por qué.

—¿Puedes acompañarme, por favor?

Aparto la silla y la sigo. No me da tiempo de decirle nada más, porque ella ya está caminando por el pasillo por el que he venido y después gira a la derecha, justo por donde se ha ido Alex hace un rato.

—Por aquí —me indica señalándome con el brazo una sala de reuniones. La conozco porque fue donde me entrevistó.

Me dan ganas de abrir la boca y preguntar si todo está bien, pero solo me saldrían titubeos. Y, además, hay algo que claramente va mal.

En esta ocasión, la sala no está vacía, como cuando hice mi entrevista. Ahora hay un hombre con traje, el que he visto antes, y también están sentados Alex y Amelia, uno enfrente del otro. Sobre la mesa hay un ramo de flores con una tarjeta, que desde aquí no alcanzo a leer, y una caja de cartón con todas las posesiones de Amelia.

—¿Eres Anna Ferrer? —me pregunta el hombre tendiéndome la mano.

—Sí —respondo estrechándosela con menos firmeza de la que me gustaría.

Ahora mismo soy un flan.

—Gracias por venir, siéntate. Soy Benedict Underwood, subdirector de 365Love. Igual conoces más el nombre de la directora, la señora Fiedler, que desgraciadamente no ha podido acudir a esta

reunión porque se encuentra en París.

No se me ocurre decir nada más mientras tomo asiento. Lanzo una mirada fugaz a Alex para tratar de comprender qué está pasando, pero él la esquiva.

—¿Sabes por qué te hemos llamado?

Uf, la típica pregunta trampa.

—No.

El señor del traje, de quien ya no recuerdo el nombre, se remueve en la silla.

—Teníamos serias sospechas de que en esta oficina había algún tipo de romance en curso —me explica.

Ay, madre mía. No me gusta nada por dónde va esta conversación. Se me cae el alma a los pies y me siento una mierda por haber estado haciendo el tonto con mi puesto de trabajo. Miro a Amelia. ¿Se habrá chivado ella? ¿Nos pilló alguna vez? Lo único que no me cuadra es que sean sus cosas las que están en una caja, sobre la mesa. Igual la han despedido porque ha tardado demasiado tiempo en contar la verdad. Y ahora esta reunión es para despedirme a mí.

—Y también creemos que te has visto envuelta en este desafortunado incidente. ¿Me equivoco?

Me sudan las manos.

—No lo sé.

—¿Sabías que la señorita Amelia Thornburn lleva más de un mes haciéndose pasar por otra persona como usuaria de 365Love y chateando diariamente con el señor Alex Mason?

¿QUÉ?

Tengo que reunir todas mis fuerzas físicas y mentales para no mirar a Alex con cara de pánico. O, en general, para no poner cara de pánico ahora mismo.

—N-no —titubeo y, por desgracia, no suena demasiado convincente.

—¿Has sospechado alguna vez de que pudiera estar haciéndolo? ¿La has visto utilizando la plataforma durante su horario laboral?

Ni siquiera tengo que hacer memoria.

—No, no lo recuerdo.

El señor trajeado asiente y mira a Lavinia, pasándole el testigo.

—Hemos descubierto que la señorita Thornburn ha estado haciendo lo que conocemos como *catfishing* con Alex. Se ha hecho

pasar por otra persona para atraerlo, rompiendo así una de las normas fundamentales de nuestra empresa, que es la prohibición de las relaciones sentimentales entre trabajadores.

De nuevo, mis latidos se disparan. Menos mal que no nos están sometiendo al polígrafo, porque sería la peor mentirosa de la historia. Mis propias constantes vitales me delatarían a la primera.

Lavinia se vuelve a dirigir a mí.

—La señorita Thornburn ha confesado que lo hizo porque quería llamar su atención y estaba celosa porque sospechaba que había algo entre vosotros.

Nos señala a Alex y a mí.

Vale, este es mi momento.

—No hay nada entre Alex Mason y yo.

No me ha temblado la voz. Tampoco he dicho ninguna mentira. La tensión del aire se puede cortar con un cuchillo, varias veces.

—Hemos estado revisando vuestras conversaciones y tu correo electrónico —me advierte el señor del traje— y no hemos encontrado nada relacionado con eso, pero teníamos que preguntar. Lo que sí que hemos visto es que has mandado algún mensaje a los de mantenimiento porque tu ordenador funcionaba mal, ¿no es así?

—Eh…, sí —respondo, un poco perdida por el cambio de conversación.

—¿Qué era lo que le pasaba exactamente?

—Se me borraban documentos enteros que no estaban en la papelera de reciclaje, y a veces no pude acudir a alguna reunión porque el correo electrónico me borraba las conversaciones.

—Estos… sucesos… —toma el relevo Lavinia, haciendo pausas— ¿ocurrían a alguna hora en particular? ¿Tienen algo en común?

Trato de hacer memoria. No me viene nada a la cabeza.

—No, no creo. Solía pasarme cuando llegaba y encendía el ordenador, o cuando iba al baño o a comer a la cafetería…

—O sea, que sí que tienen algo en común —me corrige Lavinia—: Pasaban cuando dejabas el ordenador desatendido.

El hombre carraspea, esperando una respuesta. Pero no es por mi parte.

—Sí, eso también lo hice yo. Lo siento mucho —confiesa Amelia. Después, me mira a mí—. Lo siento, Anna, no sé por qué lo he hecho. Me puse nerviosa y tenía miedo.

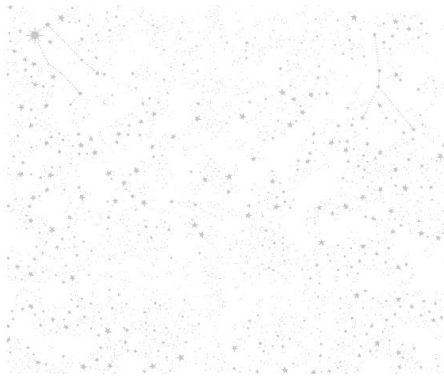
Ni siquiera sé qué responder a eso. ¿Miedo? ¿De qué? ¿De que la recién llegada le quitara el puesto a la encargada? ¿De que le robara a su amor, sabiendo que estoy haciendo el experimento y que hoy es el último día de Leo?

—Solo por esta falta podría despedirte, Thornburn, pero con todo lo anterior ha sido suficiente. En 365Love queremos un equipo que crea en los valores de la plataforma y que, si la utiliza, sea haciendo el bien. Pero suplantar la identidad de otra persona con fotos escogidas de una cuenta de Instagram aleatoria y tratar de seducir a un compañero de trabajo creo que rompe con casi toda, si no toda, nuestra filosofía de empresa. Solo quería terminar de concretar este último detalle con la señorita Ferrer.

Me doy un par de segundos para mirar a Amelia. No puedo creer lo que ha sucedido, ha sido demasiado rápido. Hace un momento todo estaba bien y ahora las cosas han pasado del blanco al negro.

—En fin, no quiero reteneros más. —El señor trajeado se pone de pie y los demás hacemos lo mismo—. Ferrer, Mason, podéis volver a vuestro puesto de trabajo. Thornburn, acompáñanos a mi despacho para terminar de definir los detalles de tu despido.

# CUARTA PARTE
# VIRGO



# CAPÍTULO 24

# EL DE LOS DESENGAÑOS AMOROSOS

No consigo saber nada de Alex hasta tres días después del incidente con Amelia. En la oficina el ambiente está raro, pero casi una semana después nadie se acuerda de lo que ha pasado.

El mismo día del despido, nos llegó un correo electrónico a todos recordándonos la posición de la empresa frente a los posibles romances que pudieran surgir en la oficina. Fue un correo bastante duro. Al contrario de lo que pensé, nadie lo mencionó durante esa jornada laboral, ni fue la comidilla de los siguientes días. Todo el mundo estuvo como dos o tres días de luto y después la situación volvió a la normalidad como si nada hubiera pasado. Ayer seguí trabajando, como siempre, y hoy veo que todavía no hay un sustituto para el puesto de Amelia, así que sigo estando sentada junto a la mesa vacía de mi excompañera.

A la hora de la comida, pillo a Alex saliendo a la calle para fumar. Lo sigo y me meto en el siguiente ascensor, aunque cuando lo alcanzo ya está fuera del edificio.

—Eh —le saludo cuando me pongo a su altura.

Él me saluda con un golpe seco de cabeza y vuelve la atención a su cigarro recién encendido.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

Aunque me lo puedo imaginar. Según me contó hace poco, se había estado pillando por una chica que había conocido en la plataforma… que ha resultado ser mi encargada.

—Raro —responde—. Y creo que lo mejor es que no nos vean mucho juntos. Si sospecharon de nosotros, ahora estarán el triple de atentos.

Alex mira a su alrededor, asegurándose de que nadie está lo

suficientemente cerca como para escuchar nuestra conversación.

—Por eso me has estado esquivando —le digo. No es una pregunta.

Él asiente y sigue concentrado en su cigarro. Da una calada, mantiene el humo dentro unos segundos y después lo exhala. Hace demasiado calor para estar aquí fuera, pero necesito tener esta charla con él, aunque solo sean un par de minutos.

—¿Qué pasó? ¿Cómo la pillasteis?

—Pfff... De la manera más ridícula posible.

Me quedo en silencio esperando a que siga hablando, pero no lo hace.

—¿Cómo? —insisto.

—Le mandé un ramo de flores. Quería probar cómo funcionaba lo de enviar regalos a través de la plataforma y escogí un ramo de rosas rojas. Básico, pero bonito. Claro, yo no puedo ver su dirección, por la protección de datos, pero 365Love hace su magia al otro lado del telón. Cuál es mi sorpresa cuando los de secretaría reciben un paquete de su propia empresa para una persona cuyo nombre no conocen. Claro, porque no existe.

Empiezo a sumar todas las piezas del puzle en mi cabeza. El ramo llegaría a la oficina, claro, pero no habría nadie con el nombre falso que había puesto Amelia.

—¿Y qué pasó?

—No lo sé, porque todo esto sucedió antes de que llegáramos. Parece ser que Amelia reclamó el ramo, pero entonces alguien de la secretaría vio mi nombre, que estaba escrito en el sobre, por fuera. Y se lo dijo a otra persona, y a otra, y al final llegó a oídos de Recursos Humanos en cuestión de minutos. Para cuando entramos en la oficina, Amelia ya había recogido todas sus cosas.

—Ostras. No me lo puedo creer.

Ahora encaja todo. Amelia estaba celosa porque sospechaba que Alex y yo teníamos una aventura. Cosa que, durante poco tiempo, fue real. ¿Habría descubierto algo? ¿O solo era una sospecha? Supongo que nunca lo sabré.

—Bueno, te dejo, me vuelvo para dentro —me informa Alex tirando su cigarro al suelo antes de terminar de fumárselo—. Si ves que estos días te ignoro, es por eso, Anna, pero no tiene nada que ver con lo demás. Aparte, necesito tiempo para asimilar esto. Yo me

estaba pillando por esa chica, y ahora todo se ha ido a la mierda.

—Lo entiendo. No te preocupes.

Alex se despide con una sonrisa triste y vuelve a meterse en el edificio. Espero un minuto para hacer lo mismo y poco después me siento frente al ordenador. Pongo el piloto automático y trato de escribir el artículo que me toca hoy, pero no me salen las palabras. Decido tomarme un descanso para ir al baño y mojarme la cara. Me refresco también detrás del cuello y en el interior de las muñecas, y luego me meto en el cubículo del baño y me siento sobre la tapa del váter. Desbloqueo el móvil.

Necesito desahogarme.

> Dicen de los chicos leo que son unos amantes comprometidos, entusiastas y generosos. Su signo está regido por el Sol, lo cual alimenta su fuego, pero también los mantiene bajo control. Será difícil encontrarse con un leo que se rinda fácilmente, y es que les cuesta aceptar un «no» por respuesta. Son ambiciosos, sobre todo en el terreno laboral, y darán lo que sea por ver sus metas cumplidas. Los nacidos bajo este signo son líderes natos, también nobles, justos y comprometidos con su círculo de confianza.
>
> En general, me parece que Leo es un signo que despierta amor y odio al mismo tiempo. Creo que puedo entender por qué. Algunos argumentan que los leo son unos grandes compañeros, tanto para lo laboral como fuera de la oficina. Se convierten en buenos amigos y confidentes. Pero, por otro lado, tienen fama de ser muy intensos y pesados. A veces, su carácter extrovertido puede convertirlos en el amigo que no se calla ni debajo del agua. Pueden pasarse de dominantes y parecer egocéntricos, desconsiderados e incluso arrogantes.
>
> Creo que los leo están justo en ese punto medio. Me acuerdo de Olivia, a quien hace siglos que no veo. A pesar de ser un poco déspota y tóxica, supo reconocer sus errores y pedirme perdón. No le costó aceptar que se había equivocado, y supo agachar las orejas cuando tocaba. La personalidad arrolladora de Alex también ha encubierto a un chico sensible bajo la piel. Me imagino que tiene que estar muy tocado por su desengaño amoroso. Entiendo que necesite espacio, y lo respeto. También que para él su trabajo sea lo más importante, y que lo priorice por encima de lo sentimental cuando las cosas se ponen complicadas.
>
> Creo que haría un buen equipo con un chico leo. No son tan alocados como los aries o los sagitario, pero saben cómo divertirse. Incluso puedo ver en ellos un poco de los chicos piscis o cáncer que he conocido. Definiría a Leo como un peluche grande e imponente, aunque con expresión afable y un corazón bondadoso.
>
> Quizá, en otro universo paralelo, habría podido funcionar la combinación Aries y Leo.

# CAPÍTULO 25

# EL DEL CHICO VIRGO

En cuanto empieza la temporada de Virgo, lo único en lo que puedo pensar es en cómo voy a dar calabazas a Mike.

La política de 365Love es clara: nada de relaciones amorosas entre los trabajadores de la empresa. Y me imagino que ni Mike ni yo vamos a dejar de lado nuestro trabajo por un experimento que solo nos va a juntar un mes de nuestras vidas. Además, tras lo sucedido con Amelia sé que estarán el triple de atentos con este tema. Por eso, mi cita con Mike no puede salir adelante.

¡Para una vez que hago las cosas bien y con tiempo! Al fin y al cabo, ¿hay algo más virgo que organizarte con tanto adelanto? Estoy de acuerdo en que planificar un romance mensual no es lo más romántico, pero, para una vez que siento que empiezo a organizarme mejor…, pum, el universo me la devuelve de nuevo.

Genial. Pero no voy a usar Tinder, eso lo tengo claro. Ni 365Love. Ni a un primo de Julia, a no ser que esté muy desesperada.

En realidad, la temporada de Virgo llega en el mejor momento de mi vida. Justo en el que tengo que tomar las decisiones más importantes, ya que, cuando termine, hará un año desde que pisé por primera vez esta ciudad.

Y vi a Connor por primera vez, conduciendo con chanclas, mirándome como si…

Basta. Dejémoslo en que llegué a Los Ángeles y punto, nada más.

De camino al trabajo, releo la lista que preparé hace tiempo cuando Melissa me invitó a su boda. Parece que ha pasado un siglo desde que la hice, y me doy cuenta de que, en realidad, la tengo ya casi completada.

Cosas que hacer antes del 1 de octubre:

- Quedar con Ru el jueves.
- Buscar un chico virgo para la boda de Melissa.
- Encontrar algún otro sustento económico más allá del podcast.
- Pensar en si me quiero quedar en Los Ángeles al terminar el experimento.

Solo me queda una línea por tachar, aunque la verdad es que tengo que repetir el segundo punto, para mi desgracia. Le escribo un mensaje a Mike para preguntarle si quiere que pasemos juntos la pausa de la comida y él acepta, ilusionado. Siento un pinchazo de lástima cuando pienso en que le tengo que dar calabazas. Él pensará que será para otra cosa, pero…

Uf, ahora me siento mal. ¿Seguro que no hay ninguna manera de que…?

No. No puedo permitirme perder mi trabajo. Si algo he aprendido del chico leo es que debo tener la mente fría y ponerme a mí en primer lugar, aunque no sea la mejor decisión para los demás. Y Mike igual se decepciona, pero tampoco es el fin del mundo. Al fin y al cabo, solo habríamos quedado durante un mes y me acompañaría a una boda. El acuerdo no incluía sexo de ninguna manera. Primero, porque no me atrae como lo hacen otros hombres, aunque no sé explicar por qué. Creo que simplemente no es mi tipo. Y, segundo, porque no tengo la cabeza ahora mismo para eso. Solo con pensarlo hasta se me revuelve el estómago.

¿Qué me pasa? ¿Es que me ha sentado mal el desayuno o estoy madurando? ¿Esto es madurar?

Con esa última pregunta en la cabeza me siento en mi mesa y veo que siguen sin encontrar una sustituta para Amelia. Por lo menos estos días no tengo tanto trabajo, así que no me quejo.

—O sea, que al final no era un problema informático, sino que Amelia te estaba eliminando los documentos del ordenador —me dice Mike unas horas después en la cafetería.

Miro a mi alrededor por si acaso alguien nos ha escuchado, pero en realidad sé que esa historia es ya un secreto a voces en la oficina.

—Sí, justo —le respondo—. Aunque se me hace superraro, de verdad. Es como que no…, no me la imagino haciendo eso.

Aprovechando mis ausencias para borrar archivos. Tampoco se quejó en ningún momento de que entregara las cosas tarde, ¿sabes?

Él niega con la cabeza mientras desenvuelve un sándwich que no tiene muy buen aspecto. Parece que alguien lo ha pisoteado, y todo el envoltorio está manchado de una salsa extraña. Se me revuelve el estómago.

—No te sigo.

—Me refiero a que nunca usaba esas tácticas para que me echaran —me explico—. Nunca se quejó a nadie de que me retrasara en una entrega, ni tampoco me regañó. No sé si solo quería fastidiarme o si nunca terminaba de ejecutar su plan. Quizá tampoco es que quisiera quitarme de en medio.

Mike asiente y se recoloca las gafas. Se mancha el puente con esa salsa que parece ser brava, pero no sé si existe en este país. Me da vergüenza decirle algo, aunque ahora no puedo parar de mirarla.

—Por cierto, ya sé lo que me vas a decir —interviene el chico.

Respiro, aliviada, esperando a que se quite las gafas y se limpie la mancha. Pero, en su lugar, sigue comiendo como si nada.

—¿El qué?

Mike sonríe.

—Que nuestro plan —enfatiza las dos últimas palabras para no decirlas en mitad de la cafetería, aunque no tengamos a nadie cerca— no puede seguir adelante.

Trago saliva. ¿En serio es tan obvio que le iba a decir eso?

—¿Cómo lo sabes? ¿Ahora me lees la mente?

—Algo así —bromea—. No, en serio, me imaginé que pensaste en dejarlo todo de lado el otro día, con lo de… nuestros queridos amigos cuyos nombres empiezan por la letra A.

Abro mi táper y revuelvo la ensalada de lentejas y huevo duro que me preparé anoche.

—Es que es muy arriesgado, Mike.

Él se encoge de hombros.

—No tiene por qué si no nos saltamos las normas. —Le miro con la ceja enarcada y él se termina el sándwich con un último bocado—. Podemos ser solo amigos. Confidentes. Ofrecernos todo lo que se da una pareja normal y corriente, pero sin la parte del contacto físico. Que, si te soy sincero, no es un campo que me entusiasme demasiado. De hecho, soy asexual.

Me rasco la barbilla. No es mala idea, siempre y cuando en la oficina no parezca todo lo contrario. Ahora estarán hipervigilantes con estos asuntos y no quiero liarla. Si pierdo mi trabajo, lo pierdo casi todo.

Por no hablar de que llevo semanas con la libido por los suelos.

—Puede funcionar —admito—. Pero necesito algo más, tengo que pedirte un favor extra: que me acompañes a una boda. Es al final de tu signo, el 22 de septiembre. El último día del experimento. Creo que sería una forma chula de acabarlo, pero no sé si eres muy fan de las bodas.

—Claro, me encantan —dice Mike enseguida—. A ver, hay una cosa que tienes que saber sobre mí, y es que soy un friqui de la organización. Pero a niveles extremos. Y las bodas son mi pasión, porque es como un evento perfectamente organizado.

—Vamos, que cualquier día te veo dejando esto y montando tu propio negocio de *wedding planner*…

Él se ríe.

—No, eso no. Pero en otra vida…

—O sea, que eres un virgo de manual —le digo pensando en lo que ha mencionado de la organización. Lo único que sé de los virgo, en abstracto, es que son de aquellos que suelen tenerlo todo bien recogido y ordenado. Me los imagino como los típicos estudiantes que organizan el armario por temporadas y colores, tienen los libros ordenados de la A a la Z y se pasan el día usando cuarenta subrayadores diferentes.

—Sí, eso mismo te dije el día que nos conocimos.

Frunzo el ceño.

—No tengo tanta memoria.

—Pues yo sí. Ya te aviso de que ser mi amiga es como casarse con una agenda.

Me río por encima de mis posibilidades y estoy a punto de lanzar la ensalada en todas las direcciones.

Me gusta Mike. Es tranquilo, sencillo y sé que no tengo que esforzarme por tener una conversación con él. De hecho, es de las pocas personas con las que me siento cómoda estando en silencio, y eso que no lo conozco demasiado.

—Bueno, pues trato hecho. Quedas oficialmente proclamado chico virgo.

Le tiendo la mano para que me la estreche, pero él no me la ofrece.

—Nada de contacto físico —me recuerda.

—Vale, vale, es verdad.

—¡Ah! Y hay otra cosa más que quería comentarte, pero no sé si es pasarme o pedirte demasiado. —Mike se inclina hacia mí haciendo una pausa teatral que me tiene en ascuas—. Verás, es que mi hermana siempre ha querido dedicarse a la música. Yo creo que es muy buena, y no solo porque sea su hermano, pero ya sabes que sin una discográfica detrás es imposible. Sé que te habrán preguntado esto mil veces, pero, como tu podcast lo produce Glass, quería saber si habría alguna manera de que…, bueno, conocieran su trabajo.

Lo pienso durante unos segundos. No sé qué decirle, porque yo tengo cero control sobre estos temas y tampoco quiero hacerle ilusiones. Ni que acepte ser el chico virgo solo porque se emocionen él y su hermana, y luego no pueda conseguirles nada. Pero tampoco puedo obviar que Mike me está haciendo un favor. Me está poniendo el camino lo más fácil posible para terminar con mi experimento, así que lo mínimo que puedo hacer por él es intentarlo.

—No sé si podré conseguir algo, pero cuenta conmigo —le confieso, antes de crearle falsas expectativas—. Puedo intentar hablarlo primero con mi hermano, él sabe más del asunto. Imagino que tendrás que pasarme alguna canción, si tiene.

—Claro. Esta noche cuando llegue a casa te envío su dosier.

—Perfecto. Entonces, ahora sí, trato hecho —le digo.

—Trato hecho.

Mike se levanta y, antes de que pueda decirle algo de la mancha de sus gafas, se da media vuelta y regresa a su puesto de trabajo. Yo todavía no he terminado de comer, así que apuro mi ensalada mientras me pregunto si no me he metido en un lío tremendo.

# CAPÍTULO 26

## EL DE LA LISTA DE TAREAS PENDIENTES

Cuando vuelvo a casa de Julia me doy cuenta de que algo va mal. Puedo intuirlo en el ambiente, hay una mezcla de tensión y malas vibraciones que me hace sentir incómoda.

Julia y Emma están sentadas en el sofá, una en cada punta, y no se miran a la cara. Vale, aquí ha pasado algo entre ellas. Las saludo rápidamente y me voy a mi cuarto para dejarles espacio, y enseguida me doy cuenta de que mi intuición no me ha fallado. Aunque cierre la puerta, puedo escuchar su conversación como si las tuviera delante.

—¿No vas a decir nada más? —pregunta Julia.

Su voz tiene un tono que no me gusta nada. Me temo lo peor.

—¿Para qué? Si no te lo vas a creer. —Tampoco había oído nunca a Emma hablar así.

Julia bufa.

—Te he dicho veinte veces que no es que no me lo crea, es que me lo has ocultado.

—¡Porque mira cómo te pones! —El tono de Emma pasa de cero a cien.

—Hombre, es que si me entero de que mi novia ha quedado con su ex y no me lo ha dicho…, pues es normal que sospeche algo, vaya, ¿por qué si no me lo ocultarías? —le pregunta de nuevo Julia.

Casi no hay espacio entre lo que hablan una y otra, se cortan constantemente.

—¡Te repito que no te estaba ocultando nada! Pero cada vez que quedo con ella te pones en plan tóxica y celosa, y no me mola ese rollo.

—Te insisto en que el problema no es que quedes con ella, es que me lo ocultes, y no me pondría celosa si hablaras las cosas conmigo,

pero tengo que sacártelas casi a la fuerza. O enterarme por otras personas, que es todavía peor.

—Vale —le espeta Emma—. Déjalo, si es que es todo el rato lo mismo. Tooodo el rato la misma discusión y nunca llegamos a ninguna parte.

—Pues piensa por qué, pregúntate quién está haciendo las cosas mal y dónde está el origen de todo esto.

Me puedo imaginar a mi mejor amiga con las mejillas del mismo color que su pelo. Ojalá esta discusión fuera por teléfono, por lo menos podría estar ahí con ella y valorar un poco mejor la situación. Sé que Julia es muy sensible y cualquier comentario medio borde de Emma la destrozará. A veces las veo tan diferentes que me cuesta entender por qué están juntas. Julia es como un peluche, mientras que Emma es un gato con las garras afiladas a punto de hacerlo añicos. Hasta ahora parecen haber encontrado su equilibrio, pero escuchando cómo discuten me puedo imaginar que chocan bastante. Desde luego, nunca he oído a mi amiga ponerse así.

La discusión sigue durante quince minutos más. Ninguna sale del bucle, repiten todo el rato lo mismo como si no pararan de sacarle punta al tema. Al final, Emma dice que no aguanta más y se marcha. No da un portazo, pero tampoco cierra la puerta con cariño. Julia tarda cinco segundos en dejarse caer en el sofá y echarse a llorar. Espero un poco para darle espacio y después asomo la cabeza por la puerta de mi habitación.

—¿Puedo pasar? —le pregunto buscándola con la mirada.

Su rostro está enterrado bajo una maraña de rizos pelirrojos. Se ha tumbado de lado sobre el sofá y respira con dificultad, entre sollozos. Interpreto un gemido lastimero como una afirmación, y voy junto a ella. Me siento en un lado del sofá y le aparto los pelos de la cara.

—A ver dónde está esa carita… —le digo con suavidad, intentando quitarle hierro al asunto.

Ella sonríe, pero sigue llorando.

—Lo siento mucho —se disculpa entre hipidos.

—Ni se te ocurra decir eso —la amenazo—. Prohibido disculparse por sentir.

Le cojo la mano y estamos así un rato hasta que se va calmando y su respiración vuelve a la frecuencia habitual.

—Ya has oído lo que ha pasado, ¿no? —me pregunta ella.

Soy incapaz de mentirle. Creo que lo han escuchado hasta los vecinos de tres calles más allá.

—Sí. ¿Quieres hablar de ello? ¿O prefieres que no?

Julia se reclina y se queda sentada en el sofá. Se seca la cara con los antebrazos y me mira. Tiene los ojos vidriosos.

—Da igual, si es que no hay nada que hacer. Siempre me hace lo mismo. Queda con su exnovia y a mí no me parece mal, pero me duele que no me lo diga. Y todo porque una vez fui un poco insegura con este tema. —Empieza a hablar y ya no hay quien la pare—. Hace unos meses quedó con su ex por primera vez, y yo me puse un poco nerviosa porque tampoco sabía en qué situación estaban ambas. Le pregunté y Emma se lo tomó mal, como si me hubiera puesto celosa, y desde entonces dejó de avisarme cuando lo hacía. ¿Cómo no voy a sospechar algo si hace eso? ¿Es tan descabellado lo que le pido?

Suspiro, intentando encontrar la respuesta correcta. Ojalá la tuviera.

—No lo sé, pero creo que es un tema que deberíais hablar cuando no estéis en caliente, como ahora. Porque, por lo que veo, se va repitiendo a lo largo del tiempo, ¿no?

Julia asiente.

Me acerco para darle un abrazo y la intento animar proponiéndole diferentes planes, pero ella solo quiere darse una ducha e irse a la cama. No puedo convencerla de lo contrario, así que la acompaño hasta su habitación y me promete que no se va a quedar llorando, sino que se va a dormir de verdad.

Regreso al salón y busco una nota adhesiva para dejarle un mensajito de ánimo y que lo lea mañana al despertarse. Después, me encierro en mi cuarto y leo los mensajes que tengo pendientes en mi móvil. Uno de ellos es de Mike, que me ha mandado varios enlaces relacionados con su hermana. El primero es directo a su cuenta de Spotify. La abro y pongo una canción en aleatorio mientras recojo la ropa que lancé ayer sobre la silla.

Me llama la atención la buena calidad de sonido que tienen sus canciones conforme van pasando. Su nombre artístico, Bonnie Bee, pega mucho con su música. Mezcla los sonidos de la naturaleza con la base de la canción para componer melodías tranquilas, optimistas y muy pegadizas. Echo un vistazo a los diseños de los *singles* y veo que

todos siguen una estética muy similar: son ilustraciones llenas de colores pastel, paisajes, océanos, pícnics en el parque y muchas abejas. La verdad es que se lo ha currado. Por lo menos, la estética y el sonido son bastante buenos para alguien que no tiene una discográfica detrás.

Mientras las canciones de Bonnie Bee siguen sonando, abro el *link* a su cuenta de Instagram, donde tiene tan solo cinco mil seguidores. Esto va a ser lo más complicado. Ojalá tuviera más, porque, desgraciadamente, eso es lo que funciona ahora mismo. Las discográficas, como cualquier empresa, se fijan el triple en un perfil si acumulan varios puñados de miles de seguidores. De hecho, en una ciudad como Los Ángeles, incluso cien mil son pocos. Aquí todo está medido por una vara muy diferente a la de otros países o incluso otras ciudades dentro de Estados Unidos.

Hay tantos millones de personas que vienen aquí a cumplir sus sueños que es imposible que haya un hueco para todas. Sin embargo, cuanto más sigo escuchando la música de Bonnie Bee, más me digo que tengo que echarle una mano en lo que pueda. Ya ni siquiera pienso en el experimento con el chico virgo ni nada. Por eso, cuando al día siguiente madrugo para ir a Glass a grabar el episodio de Leo, tengo muy presente su nombre durante la hora que pasamos en el estudio. Antes de entrar nos dan un sobre a Melissa y a mí para invitarnos a la fiesta de aniversario de la empresa. La temática será los años veinte, así que tengo hasta el sábado para buscarme un atuendo acorde al código de vestimenta.

—¿Por qué no nos la han dado antes? —se queja Melissa, y yo pienso un poco lo mismo.

—Igual las han guardado para entregárnoslas en persona. —Me encojo de hombros suponiendo que ese es el motivo.

—Pues qué mal, podrían haber mandado un correo electrónico. O un mensaje.

—Creo que no había de eso en los años veinte —bromeo, y nos sentamos frente a los micrófonos.

Todavía no me acostumbro al montaje que tienen en Glass para nuestro podcast. La mesa, que en cada episodio está repleta de regalos que dejan los invitados, se halla hoy decorada con un mantel morado y estrellitas plateadas.

Empezamos a grabar enseguida y tengo que cortarme para no morderme las uñas a lo largo de todo el episodio. No puedo contar la

verdad sobre lo que ha pasado con el chico leo o podría meterme en un problema, así que no me queda otra que inventarme que lo conocí en un club de lectura que frecuento dos veces por semana. Por suerte, la historia es bastante creíble y nadie me hace demasiadas preguntas.

Cuando terminamos de contar anécdotas que nos han pasado de fiesta (un tema muy apropiado para el signo que nos ha tocado hoy) busco a mi hermano y lo pillo por banda. Le enseño las canciones de Bonnie Bee y le pido que les dé una oportunidad sin mencionar que conozco a Mike.

Mi hermano pasa un poco de mí porque está ocupado, pero confío en que las escuche en algún momento.

—¿Vas a ir a la fiesta? —le pregunto, aunque estoy casi segura de la respuesta.

—Ni de coña.

Completamente inesperado. Me despido de él con un gesto rápido y salgo a toda prisa en dirección a 365Love para no llegar demasiado tarde. De camino, recibo un mensaje de Julia que me dice que Emma y ella ya han solucionado las cosas y por fin lo han hablado todo con calma. Respiro tranquila y le respondo con un montón de corazones.

Cuando entro a la oficina, estoy casi más nerviosa yo que Mike. No puedo evitar contarle las novedades, y quedo con él al terminar la jornada para tomar algo y empezar con nuestros planes virgo. Esperamos de pie en una eterna fila para pedir en Starbucks.

—Entonces, ¿lo escuchará seguro? —me insiste él. Es la tercera vez que me lo pregunta desde esta mañana y me estoy empezando a arrepentir de haber alimentado sus expectativas.

—Espero que sí. Es mi hermano, así que le daré un toque dentro de unos días si no me ha dicho nada.

Somos los siguientes, así que dejo que Mike se adelante mientras termino de decidir en qué me voy a gastar seis dólares, como mínimo. Una decisión tan importante no la puedo tomar a la ligera. Me decanto por el té matcha, pero sé que me he equivocado en cuanto lo huelo y me doy cuenta de que el olor es el mismo que el del césped sucio. Mike se ríe cuando digo esto último en voz alta y termina cambiándome su bebida por la mía para que no tenga que beberme esa mezcla de campo de golf y barro.

—Entonces, ¿por dónde empezamos? ¿Hacemos una lista? —propone Mike.

Me da vergüenza reconocer que yo también hice una lista en su momento y que una de las opciones era encontrar un chico virgo para la boda.

—Venga, vamos allá.

Mike saca un folio demasiado blanco para lo sucia que está la mesa y lo dobla en dos. Después, comienza a escribir con una pluma estilográfica.

—¿En serio? —le pregunto al ver que se está esforzando hasta en hacer buena letra—. ¿No te creerás Miguel de Cervantes?

—Oye, si se va a hacer algo, hay que hacerlo bien —insiste él—. Venga. Toquemos temas incómodos. ¿Qué quieres resolver en los próximos meses?

Le doy un sorbo al café de Mike con un poquito de culpabilidad por haber aceptado su ofrecimiento de intercambiar bebidas.

—Mmm… Empecemos por el tema de dónde vivir. Bueno, igual ese es el más complejo.

—Como quieras —me dice Mike.

—Bueno, apúntalo. Y también el de a qué voy a dedicar laboralmente mi vida, ya que lo que hago en 365Love no es mi pasión, la verdad. O sea, me da un salario y un permiso de residencia en Estados Unidos, pero me gustaría algo que me pegara un poco más, que realmente fuera un reto.

—Bueno, pues ya son dos cosas importantes. Más —me incita.

—Quiero… saber qué va a pasar al final del experimento.

Mi mente viaja irremediablemente a Connor. A ese momento en el que lo vi por primera vez en el aeropuerto y por última en Albuquerque. En cómo me había ardido la piel cuando nos habíamos rozado sin querer y lo que me había dolido su rechazo.

—Vale… —murmura Mike tomando nota.

—No sé qué más. Supongo que con eso ya tenemos suficiente trabajo.

Él levanta las cejas.

—Sí, bastante. ¿Por dónde quieres empezar?

Suspiro. El tema del experimento por ahora está aparcado y de trabajo no hay mucho que comentar, en realidad.

—Por dónde voy a vivir. Creo que eso es lo que más me preocupa —le confieso—. Muchas veces pienso…: ¿adónde voy a ir cuando termine esto? ¿Regreso a España? ¿Realmente tengo algún motivo

para hacerlo? Mi familia está allí, pero la verdad es que no siento que necesite volver. Aunque, al mismo tiempo, me siento mal por no ir…

Pienso en mi madre y lo que le pasó. También en Martina, que acaba de tener un hijo, y no estamos allí ninguno de sus dos hermanos para ayudarla a ella y a Gastón en lo que necesiten. Llega tan cansada al final del día que suele tardar muchas horas en responderme los mensajes. Hace poco le escribí un jueves y no me dijo nada hasta el martes.

—Pero ahora mismo con 365Love no puedes moverte mucho, ¿no?

—No, claro —reconozco—. Pero, como te decía, no pienso hacer esto eternamente. De lo que sí que estoy segura es de que voy a regresar a la casa de mi hermano. Así le ayudaré a pagar una parte de las facturas y no molestaré en casa de Julia.

—¿Te ha dicho ella alguna vez que la molestas?

—No, pero… me da rabia estar siempre en medio de su vida personal. Ayer discutió con su novia y fue muy incómodo tener que estar encerrada en mi cuarto, oyendo todo, sin dejarles nada de privacidad. Me dio mucho palo salir e irme de casa, además no sabía si Julia iba a estar bien cuando terminaron de pelear.

Mike sigue hablando y empieza a reflexionar sobre encontrar un lugar en el mundo. Sin embargo, desconecto en cuanto mi móvil vibra y aparece una palabra en la pantalla. Intento retomar el gancho de la conversación, pero ya es imposible. Connor me ha mandado un mensaje y necesito desbloquear el móvil para poder verlo, pero no quiero que Mike sienta que no le estoy haciendo caso.

Me disculpo para ir al baño y me levanto enseguida. A veces odio el efecto que tiene en mí el simple hecho de recibir un mensaje suyo. Ni siquiera sé qué me ha dicho, pero ya me ha puesto el mundo patas arriba. Camino hacia el baño y entro por si acaso Mike me está siguiendo con la mirada, pero me quedo junto a los lavabos mientras leo el mensaje.

> Hola, Anna. Oye, ya han pasado unos días desde que nos vimos en Albuquerque y quería saber qué tal estás y cómo te va. Me ha dicho tu hermano que bien, pero no ha dado muchos más detalles. Ya sabes cómo es.

Lo releo y entonces me doy cuenta de que sigue escribiendo, de que no ha terminado ahí. Tengo el corazón en un puño y me obligo a aflojarlo.

Ya basta. No puedo ponerme así cada vez que me escribe. No puedo darle tanto poder a una persona, sobre todo cuando ya me ha rechazado una vez.

> También te quería escribir porque llevo un tiempo pensando en lo que hablamos en el hostal antes de que volvierais a L. A.
> Bueno, desde que te fuiste.
> ¿Podemos hablar un día de estos?

# CAPÍTULO 27

## EL DE LA FIESTA DE LOS AÑOS VEINTE

No sé ni qué responder a su mensaje, así que lo guardo en un cajón dentro de mi mente y me obligo a no darle más vueltas a lo largo del día. Más o menos, y para mi sorpresa, lo consigo.

Además, hoy tengo que cumplir con mi parte del trato con el chico virgo. Trabajamos hasta la hora de comer y, como es viernes, salimos un poco antes. El plan de esta tarde es buscar un vestido para mí y para la hermana de Mike, a quien voy a llevar a la fiesta de Glass como acompañante. Quedamos a la salida y ella ya está ahí, esperándonos, mirando TikTok en el móvil. Lo baja en cuanto su hermano la llama.

—¡Bonnie!

Ella da un bote, pobrecilla, y lo mira a él y después a mí. Sonríe con timidez y se acerca a nosotros. Es tan guapa que da hasta cosa mirarla. Tiene el pelo muy clarito, corto y liso. Lo lleva tan bien cuidado que parece natural, ni siquiera tiene las puntas abiertas. Pero lo que más me impactan son sus ojos. Se parecen mucho a los de Mike. Quizá, como ella no los esconde tras unas gafas, llaman más la atención. Es alta, delgada y guapa, podría ser perfectamente una supermodelo de las que habitan las calles de Los Ángeles. Aunque, por desgracia, en esta ciudad casi no llama la atención ser despampanante. Hay gente guapa en cada esquina, paseando por las zonas peatonales como si estuvieran esperando a que un cazatalentos los viera.

—Hola, yo soy Anna —me presento saludándola con un abrazo.

—Encantada. Yo soy Bonnie. Muchísimas gracias por echarme una mano, estoy superagradecida. —Su voz es dulce, armoniosa, como sus canciones.

—Ojalá pueda ayudarte, ya sabes que es muy complicado, pero

creo que esta fiesta puede ser un primer paso interesante. Glass cumple cuarenta y siete años, así que estarán ahí todos los trabajadores, desde los peces gordos hasta los becarios. Yo conozco poca gente, pero, bueno, hay que estar, ¿no?

—¡Sí! —exclama ella con la voz llena de ilusión.

Cuando vi que podía llevar un acompañante, rogué a mi hermano que viniera para poder invitar a Mike y a Bonnie. Una fiesta no es el mejor momento para hacer negocios, pero por lo menos sería un buen primer acercamiento.

Los primeros minutos son un poco tensos, sobre todo porque Bonnie es un poco vergonzosa. Intento estar activa y derrochar buen rollo para que se vaya soltando y así también conocerla un poco mejor, ver por dónde va. Sus canciones me gustan, pero a veces en este mundillo no basta solo con buena música. Piden mucho mucho más.

Entramos a una tienda de disfraces que hay cerca de la oficina. Por suerte, estas fechas no coinciden con Carnaval ni Halloween, por lo que el local está casi vacío, y más a esta hora. Buscamos entre los miles de disfraces hasta que encontramos lo más parecido a un atuendo de fiesta de los años veinte. Bonnie escoge un vestido lleno de plumas, casi como un cisne, y aparte elige una corona plateada. Compra unas plumas blancas extras para hacerse un brazalete y decorar la corona en su casa. Yo me decanto por lo más cliché del universo: un vestido ajustado, lleno de piedrecitas plateadas con mucho movimiento en la parte inferior. Es un poco corto porque solo queda una XS, que me va justita, pero sobreviviré. Bonnie me acerca una tiara también plateada y bromeamos con que casi no me pasa por la cabeza. Después nos damos cuenta de que es para niños y nos reímos solas durante un buen rato hasta que aparece Mike.

Para él no es muy complicado. Tiene un traje en casa que utiliza para cualquier ocasión que se le presenta y tan solo se compra una pajarita. En el último momento, añadimos a la cesta unos guantes altos que nos cubren más allá del codo y unos collares demasiado largos hechos de perlas de plástico blanco. El conjunto queda un poco extraño, pero creo que hemos cumplido con la estética aunque sea de la forma más barata y rápida.

Salimos una hora más tarde y no puedo creer lo rápido que ha pasado el tiempo. Después de conocer un poco más a Bonnie, mi

primer pensamiento al descubrir su personalidad es: pobre, se la van a comer con patatas. Aquí, la competencia y el ritmo al que suceden las cosas son feroces. Un día eres la persona más famosa de la ciudad y al siguiente nadie se acuerda de tu cara. La gente está dispuesta a hacer lo que sea por triunfar, y muchas personas piensan que solo con venir a Los Ángeles ya tienen la mitad del camino hecho. Las envidias en su sector pueden ser terribles, y me da la impresión de que ella es demasiado dulce. Me da miedo que la corrompan. Solo espero que le vaya bien.

Nos despedimos hasta la noche y cenamos con Harry. El sábado, Julia me presta una colonia que es más empalagosa que comerte siete algodones de azúcar seguidos. Salgo corriendo en cuanto recibo el mensaje de Mike de que pasan a recogerme al cabo de cinco minutos. Un círculo rojo con un uno en el centro me recuerda que tengo un mensaje sin abrir, pero lo aparto de mi mente. Hoy no. Solo quiero divertirme en la fiesta. Ya mañana, si eso, lo responderé.

El tráfico hoy está imposible, así que al final terminan siendo casi quince, pero me relajo cuando por fin me siento en la parte de atrás. Mi hermano acudirá directamente a la fiesta y le mando un mensaje dándole las gracias de nuevo por haber venido y por llevar a Mike de acompañante. La fiesta es en un restaurante gigante a las afueras de la ciudad. Parece más bien un lugar para celebrar bodas: tiene mesas redondas que han apartado, y han dejado algunas sillas. Del techo cuelgan banderines dorados que cruzan la estancia de un lado a otro varias veces, y las paredes están decoradas con cortinas brillantes, negras y también doradas. En una esquina hay un *photocall* impresionante con un fondo de época y un fotógrafo con una cámara antigua. Hemos llegado de los primeros, pero algunas personas ya se están animando a posar. Al otro lado hay un arco de globos negros y dorados que rodean un letrero con el logo de Glass y un 47 gigante, y justo al lado veo un montón de hombres trajeados que apenas han seguido la estética de la fiesta. Me imagino que serán los peces gordos de la empresa.

Nos acercamos a las mesas y vemos que hay de todo lo que podamos imaginar: comida, bebida, regalos para los asistentes, plumas, carteles… La decoración me recuerda a cuando vi la película *El gran Gatsby*. Mi vestido plateado se funde bien con los colores de la fiesta, y la luz está lo suficientemente tenue como para que nos

veamos bien pero el ambiente sea perfecto. Un grupo de mujeres están fumando junto a la ventana abierta con unas boquillas como si lo hicieran todos los días.

La música va acorde con el tema de la fiesta y todavía no nos atrevemos a bailar. Raül camina hacia la barra del bar, donde se encuentra con algunos amigos y nos los presenta. Barro la multitud con la mirada para ver si ya ha venido Melissa, pero todavía no hay rastro de ella. Mientras Raül está con sus compañeros, Bonnie nos pide tres cócteles que se llaman Gin Rickey y cuyo nombre es la primera vez que escucho.

—¿Qué lleva? —pregunto—. Aparte de ginebra, me refiero.

—Creo que zumo de limón y tónica —añade Bonnie con esa voz tan dulce.

—Tónica, zumo de lima y, si lo saben hacer bien, un poco de almíbar.

Raül interviene en la conversación como si nunca se hubiera ido y se pide otro para él.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunta Mike.

Mi hermano se encoge de hombros y no contesta.

Un momento. ¿Se está haciendo el interesante?

—¿Y tú por qué conoces esas bebidas si cumpliste veintiuno hace nada? —Ahora Mike va a por su hermana.

—Estuve informándome sobre la fiesta antes de venir y vi que ese cóctel era el favorito de Scott Fitzgerald.

Raül recobra el interés por la conversación.

—¿Te gusta *El gran Gatsby*? —le pregunta.

—Sí, lo he leído tres veces. ¿Y a ti?

—También, es una historia apasionante. Cuanto más la leo, más detalles descubro, ¿sabes?

No puedo creer lo que está pasando. La última vez que vi a Raül con un libro entre las manos fue cuando… Ni siquiera lo recuerdo. De hecho, incluso cuando era pequeño no hacía caso a mi madre si ella trataba de leerle un cuento antes de dormir.

Nos sirven los cuatro dichosos cócteles y le doy conversación a Mike, ya que veo que mi hermano y Bonnie están enfrascados en la suya.

—¿Se ha hablado mucho en tu lado de la oficina de lo de Alex y Amelia?

Él reprime una risa burlona.

—Demasiado para mi gusto, pero duró solo un par de días. Luego ya se olvidaron del tema.

—¿En serio? No me lo imaginaba.

—Oye, que aunque nos veáis como los friquis informáticos, también tenemos una vida —se defiende él, y yo levanto la mano que tengo libre en señal de disculpa.

—En Marketing no dijeron nada, seguramente por miedo a que les pudiera suceder algo similar. Y siguen sin poner a nadie en su puesto.

—¿Está en LinkedIn? La oferta de trabajo, digo.

—No lo sé —le respondo.

La verdad es que no he vuelto a meterme en portales de empleo desde que encontré 365Love. Los cerré todos porque me seguían llegando notificaciones de que no había sido seleccionada para un puesto.

Paseamos por la fiesta mientras Raül sigue enfrascado en su conversación literaria con Bonnie y enseguida veo una mata de pelo morado entre la gente. ¿En qué momento se ha llenado este sitio? Ahora mismo habrá unas doscientas personas ya en el recinto.

—¡Melissa!

No me oye la primera vez, así que tengo que repetir su nombre varias veces hasta que me encuentra. La saludo con la mano y me doy cuenta de que viene acompañada de su novio, su casi marido.

—¡Anna! ¡Qué ilusión que hayas venido, menos mal! —Parece aliviada de encontrarme entre la multitud.

Me presenta a Damien y yo hago lo mismo con Mike, aunque, claro, no tiene nada que ver una cosa con la otra. Casi hasta me siento rara cuando hablo de Mike como mi acompañante para la boda, porque, idealmente, me habría encantado acudir con alguien a quien quisiera de verdad. Pero ya me da igual, en parte. Aprendí hace mucho a dejar de romantizar las bodas.

Les propongo ir a por otra copa. Busco a Bonnie y a mi hermano con la mirada, pero de pronto no los encuentro, y los diviso un poco más allá hablando con Anthony, el director del proyecto del podcast, y otros más. Parece ser que está haciendo el trabajo por mí, y eso que me costó horrores convencerlo de que viniera y que invitara a Mike. Y encima en tiempo récord. Hablamos un rato, pedimos la tercera

porque tardan un montón en servirlas y Damien nos cuenta cómo le robaron la cartera en el metro el otro día. Todos siguen hablando, y desconecto por unos instantes.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Mike chasquea los dedos y recupera mi atención. Aterrizo de nuevo en el planeta Tierra.

—Sí, perdona, es que me abruma un poco el ruido y el humo.

No me he dado cuenta hasta entonces de que la gente le ha cogido el gusto a fumar con las boquillas y se les ha ido de las manos. ¿Esto es legal? Las ventanas están abiertas, pero no sé hasta qué punto se puede fumar en este recinto.

—¿Quieres que vayamos fuera un rato? —me ofrece Mike.

Niego con la cabeza y apuro un poco más en la fiesta. Ahora entiendo por qué Raül no quería venir. Cada poco tiempo, alguien nos para a Melissa y a mí y nos felicita por el podcast, y cuando nos lo han dicho por lo menos quince veces comienzo a agobiarme. Con el rabillo del ojo veo que a Raül le hacen un poco lo mismo, incluso varios compañeros lo pillan por banda para comentar asuntos laborales. ¿En serio?

Lo rescato de su reunión improvisada para hacernos fotos en el *photocall*, porque ahora hay poca fila, y posamos todos juntos frente a un *flash* que me deja ciega. Durante el siguiente minuto solo veo lucecitas de colores allá donde miro. Nos regalan una copia a cada uno, y enseguida me doy cuenta de que la cámara es similar a una Polaroid, por lo que no es tan antigua como parecía.

Cuando me dejan de parpadear las luces, miro la fotografía con atención. Salimos Raül, Bonnie, Mike, Melissa, Damien y yo haciendo el tonto con un fondo del salón de una casa, con sus molduras y lámparas antiguas. La foto está, por supuesto, en blanco y negro. Guardo mi copia en el bolso y aprovecho que Melissa va al baño para acompañarla también. Bonnie viene con nosotras.

—¿Y qué tal los preparativos de la boda? —le pregunta Bonnie a Melissa.

Pobre, al final todos le decimos lo mismo.

—Pues cerrando los imprevistos de última hora. Ya no queda casi nada, no puedo creer que me esté poniendo nerviosa. Pensaba que estaría más tranquila.

Me suena el móvil y dejo que las chicas sigan hablando. Rebusco

en mi bolso, esperando que sea mi hermano o Mike para preguntar dónde estamos, pero creo que ha quedado claro que íbamos un segundo al baño. Y entonces, cuando lo saco, veo el nombre de Connor en la pantalla.

Lanzo un pequeño suspiro y lo vuelvo a guardar. No creo que este sea el momento. Ya llevo tres copas, y yo no sé qué tipo de alcohol le han puesto a esto, pero, desde luego, no voy a beber ninguna más. A partir de ahora solo agua.

Terminamos la noche entre risas y bailes, y creo que me viene peor para bajar el pedo, porque doy tantas vueltas que al final termino mareada. Melissa y Damien se marchan antes que nosotros y la mayoría de los asistentes comienzan a irse a partir de las once de la noche. Esto en España sería impensable. De hecho, la fiesta estaría comenzando ahora. Raül propone continuar en su casa y los hermanos Donnovan aceptan, por lo que escribo un mensaje enseguida a Julia para avisarla de que no dormiré con ella esta noche, por si acaso se preocupa al ver que no regreso.

Mike pide un Uber mientras me da un poco el aire. Llevo un vaso de cristal lleno de agua en la mano y no sé si debería haberlo hecho, porque creo que los de seguridad no me han visto sacarlo. Me lo bebo de un trago antes de subir al coche negro y arrancamos en dirección a la casa de mi hermano. La última vez que fui estaba a punto de recuperarla, y regresar ahora que ya ha pasado todo se me va a hacer muy extraño. Sobre todo, también, porque no estará Connor.

De todas formas, casi que lo prefiero así. El conductor nos lleva por las calles de Los Ángeles, sorprendentemente llenas. Imagino que el calor y el hecho de que sea sábado acompañan. Bajo la ventanilla y me asomo un poco, disfrutando del espectáculo de luces y buen ambiente. Nunca imaginé que podría cogerle cariño a una ciudad, y ahora estoy sentada en el asiento trasero de un Uber, medio borracha, con mi hermano, una cantante con mucho potencial y el último chico del experimento del Zodiaco. Me río, todos me miran para ver si estoy bien y les contagio la risa. Incluso el conductor también se une a nuestras carcajadas y terminamos hablando con él y preguntándole su signo del Zodiaco.

Llego a la casa de Raül con una sonrisa en la boca, pero se me esfuma enseguida al ver que hay alguien sentado en las escaleras de la entrada junto a una enorme maleta y una bolsa de viaje. Viste

completamente de negro, aunque no tiene intenciones de robar la casa. Ahora entiendo por qué me ha llamado. Seguramente también habrá llamado a Raül.

Connor se levanta y mira hacia nosotros. Hacia mí. Y sé que, a partir de ese momento, se me ha estropeado la noche.

# CAPÍTULO 28

## EL DEL TORBELLINO EMOCIONAL

No, no, no. No puede ser.

Pienso que, si entro en negación, la figura de Connor se desvanecerá en el aire y será como un espejismo. Sin embargo, sé que eso no va a suceder. El alcohol que corre por mis venas podrá tratar de engañarme, pero no estoy tan borracha como para intentar alterar las leyes de la física.

Aun así, lo último que me esperaba era esto.

—¿Llevas mucho rato esperando? —le saluda Raül chocando las palmas con Connor y abrazándose como si fueran hermanos.

—Desde que hemos hablado —responde él.

Noto que tiene la voz un poco ronca, o igual es que ya había empezado a olvidar cómo sonaba.

Raül le presenta a Bonnie y a Mike, y no hace falta que le explique que es el chico virgo para que Connor lo adivine. Me saluda con un gesto de la mano y se lo devuelvo con la cabeza. Los hermanos Donnovan se dan cuenta enseguida de que aquí está pasando algo, pero hacen como si no fuera con ellos. Mientras Raül los guía hacia el interior de la casa, de camino a la cocina, yo me paro con Connor en el *hall*.

—¿Qué haces aquí? —le suelto, y sueno un poco más borde de lo que pretendo.

—¿No puedo estar aquí? —me responde él entrando al trapo.

Me quito la tiara de un manotazo. Hasta entonces no me he dado cuenta de todo lo que me está molestando, y ahora mismo no me ayuda a tener las ideas claras.

—Da igual. Me voy a tomar un vaso de agua.

Hago presión en mi frente con dos dedos. Ya preveo el dolor de

cabeza que voy a tener mañana. Todavía no he cumplido treinta años, pero a veces, después de beber alcohol, me siento como si tuviera cuarenta y siete, como mínimo.

—Yo te lo pongo —se ofrece Connor.

—No —le corto enseguida—. Voy yo.

No sé por qué estoy tan peleona con él. Simplemente me sale sola toda la rabia que tengo acumulada dentro. Estoy cansada, y esta sorpresita ha sido de todo menos agradable. Quizá es mi penitencia por no haberle respondido a los mensajes e ignorar su llamada.

Me bebo el vaso de golpe y me entran náuseas. Me pongo en alerta, pero la sensación desaparece enseguida. Tengo la tripa hinchada y me empieza a molestar el vestido.

Raül se lleva a los invitados a la zona de estar como si nada. Se lo agradezco con los ojos y miro de nuevo a Connor, que parece no perder de vista cada movimiento que hago.

—¿Qué pasa?

—Estás… diferente.

Suelto una carcajada patética, una mezcla de sorna y desgana.

—No empecemos por ahí. Ya he tenido un chico que me decía que yo era diferente a todas las chicas.

—No quería decir eso —se defiende Connor, y noto de nuevo que está ronco. Tiene la voz un poco más grave de lo normal, estoy convencida de que no se debe al alcohol. Mis oídos todavía funcionan a la perfección.

—Me da igual. Me voy a dormir —le informo, y después levanto el tono para despedirme de Mike y Bonnie—: ¡Chicos, estoy muerta, me voy a la cama!

Ellos responden con cortesía y continúan enfrascados en su conversación con mi hermano. Al final, con quien quieren hablar realmente es con él, yo no pinto mucho en esta escena. Ha sido una suerte que Raül se interesara por Bonnie, porque no me puedo imaginar a mí misma haciendo ahora de maestra de ceremonias.

Paso por delante de Connor y empiezo a subir las escaleras, pero cuando voy por la tercera piso mal y me resbalo. Chillo, medio afónica de haber estado toda la noche cantando y hablando por encima de la música. Pierdo el equilibrio y estoy a punto de precipitarme hacia atrás, de espaldas, cuando noto un par de brazos sujetándome.

—¡Pero bueno! —exclama él manteniéndome en vertical.

Puedo notar bajo su camiseta de color negro que sigue conservando los músculos que tenía cuando trabajaba de entrenador de voleibol. No me corto en utilizarlo como bastón para recomponerme y retomar la marcha.

—Esto…, gracias. Perdona. Estoy bien, solo quiero meterme en la cama.

Pero él me sigue.

—No voy a dejar que te vayas a dormir así. Es peligroso.

Lo miro y me doy cuenta de que está preocupado de verdad. Trato de contenerme, pero no puedo evitar estallar en una carcajada. Menos mal que los demás están a su rollo, porque si hubieran presenciado este momento, habría sido bastante vergonzoso.

—¿Peligroso? —repito recobrando la compostura—. Una mujer que ha bebido una copa de más no es peligrosa, Connor. Lo que pasa es que te dirá lo que piensa sin censuras.

—Creo que la Anna normal y corriente también lo haría —replica él, e insiste en acompañarme a mi habitación.

La encuentro tal y como la dejé la última vez, como si la mujer que estuvo viviendo aquí no la hubiera utilizado. Y, aunque lo hubiera hecho, me da igual. Ahora mismo me podría dormir hasta en el suelo.

—Venga, te dejo que te pongas el pijama, pero no te duermas todavía —me insiste Connor.

—Pero ¿por qué? Y… ¿qué haces aquí?

Quizá debería haber empezado antes por esta última pregunta.

—Ya hablaremos mañana, cuando estés bien. Y, respondiendo a lo otro, no quiero que te vayas a dormir porque, como te quedes dormida boca arriba y vomites, mañana me encontraré aquí tu cadáver, y no quiero cargar con ese recuerdo toda mi vida.

—Ah, vale, entonces lo estás haciendo por ti —le digo con dificultades para pronunciar las palabras.

—Exacto. Es todo por mí. Venga, ponte el pijama y vuelvo dentro de un rato.

Connor se marcha y me quedo sola. Ni siquiera tengo aquí ropa, ¿cómo voy a ponerme algo? Voy directa al baño, que está dentro de la propia habitación, y me doy una ducha. Me lavo el pelo con dificultad, y por supuesto paso de acondicionadores e historias. Cuando salgo, me enjuago la boca varias veces. Mejor esto que nada. Estoy un poco más despejada, así que me rodeo el cuerpo con una

toalla y llamo a Connor.

—Pero… ¿qué?

Vuelve a salir, dándose la vuelta para no ver nada. Se me escapa un hipo y me tapo la boca demasiado tarde.

—¿De dónde quieres que saque un pijama? —le espeto, como si él lo supiera todo.

—Espera, te traeré una de mis camisetas.

Refunfuño mientras se marcha y regresa poco después con una de color gris y unos bóxers.

—¿No tenías ninguna negra? —bromeo, pero él no parece pillarlo.

Connor se da la vuelta mientras suelto la toalla y me paso por la cabeza su camiseta, que me llega un poco por encima de las rodillas. Después, sus calzoncillos. Dios mío, no puedo creer que esté haciendo esto.

—¿Ya? —pregunta él.

—Sí.

Se da la vuelta y suspira.

—Muy bien, ahora deberías quedarte un rato despierta.

—Bajaré con Mike y Bonnie —le digo mientras ya me estoy dirigiendo hacia la puerta.

—De eso nada. Están bebiendo, y lo último que te conviene es tomar otra copa.

—¿Y tú qué…? —empiezo a espetarle, pero un hipo me interrumpe.

Él me mira con una expresión que lo dice todo y no me quejo más.

—Pues vale —me rindo, y me siento sobre la cama.

—¿Te traigo un vaso de agua? —se ofrece, pero le digo que no con la cabeza.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto en su lugar.

—¿No está claro? He vuelto, he traído mis cosas —se explica él.

Recuerdo la maleta y la bolsa de viaje con las que estaba esperando en la puerta de la casa de mi hermano.

—¿Hasta cuándo? —le digo.

Él se encoge de hombros.

—No lo sé, pero ya estaba listo para volver, así que simplemente… regresé. Lo que pasa es que le di la copia de mis llaves

a Raül cuando alquiló la casa, así que no tenía forma de entrar. Por eso te llamé.

Sonrío.

—¿Me llamaste a mí antes que a Raül?

No sé por qué acabo de hacer esa pregunta. ¿Soy tonta?

—Bueno, le llamé primero a él, luego a ti, y después él me devolvió la llamada.

Bum. Golpe de realidad.

¿Qué esperaba, realmente?

—Ah.

Se me empiezan a cerrar los ojos y Connor se gira hacia mí.

—¿Qué habéis bebido? —me pregunta él tratando de mantenerme despierta.

—Mmm…, algo de *El gran Gatsby*.

—Sí, eso me lo imaginaba. ¿Quiénes son esos dos chicos con los que habéis venido?

Inclino la cabeza. Me pesa mucho. De pronto, todo me pesa, también los ojos. Me resulta casi imposible mantenerlos abiertos.

—Uno es el chico virgo. Ella es su hermana, que quiere… una cosa de Raül —resumo, porque no estoy para entrar en detalles.

—Bueno, me atrevería a decir que quiere más de una cosa de Raül —bromea él, y se ríe solo.

—Ya, es verdad —le doy la razón reviviendo un poco.

—Pensaba que no ibas a seguir con el experimento —dice Connor. No es una pregunta.

—Ya, yo también lo pensaba, pero total… Con esto ya he terminado.

Él sonríe.

—¿Y estás lista para sacar conclusiones?

Voy a responderle, pero de pronto me paro. ¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué estoy bromeando con la persona que, después de decirme que me quería y rechazarme, ahora regresa a mi vida como si nada?

—¿Y tú por qué me rechazaste? —contraataco.

Connor no lo ve venir, y tiene que pensarse su respuesta antes de decirla.

—Pensaba que había sido claro. Porque no era el momento para ninguno de los dos. Igual que este no es el de hablar las cosas —me

advierte, porque ya sabe por dónde voy a salir. A veces siento que me conoce mejor que yo misma.

—Nunca es el momento para ti —le suelto—. ¿Por qué? ¿No será que estás asustado? —Me pongo de pie con un poco de problemas y lo miro de frente, apuntándolo con el dedo—. ¿Sabes? Yo ya he estado en tu situación antes. Lo he pasado mal y he creído que nunca podría volver a amar, que estaba rota, que el amor no era para mí porque nunca estaría preparada. ¿Y sabes de lo que me he dado cuenta? De que no hay un momento perfecto para las cosas. De hecho, nunca es el momento ideal para nada, ni para lo bueno ni para lo malo. No podemos controlar ni manejar lo que sentimos. Y tú has estado tratando de hacer eso desde que te enamoraste de mí. Y yo…, ¡yo también!

Connor me mira de hito en hito. Quizá piensa que le digo todo esto porque he bebido cuatro rondas de ginebra, pero, en realidad, le estoy hablando más claro de lo que jamás lo he hecho.

—Así que si tú no quieres nada conmigo, dímelo así. Directo. De verdad, sin justificarte con que no es el momento. Nunca va a ser el momento, Connor, si no te enfrentas a él ni lo buscas.

—Anna, ya vale —suspira él extendiendo las manos para que regrese a la cama y me siente.

—¡No! ¡Siempre es lo mismo! ¿Por qué no hablamos las cosas claras? —le pregunto exasperada.

—Vale, hagámoslo —me reta, y ahora puedo ver que su expresión se ha endurecido.

—Dime si sigues enamorado de mí.

En otra ocasión, Connor habría apartado la mirada, pero ahora no lo hace.

—Sí.

—Vale. Y yo también lo estoy de ti. Entonces, ¿tan difícil es esto? ¿De verdad?

Él se muerde el labio inferior y solo empeora las cosas.

—Anna, estás borracha, y no voy a hablar esto contigo mientras estás así. Si quieres, mañana lo comentamos tranquilamente.

—No —me planto—. No hay mañana para estas cosas. Hay hoy, ahora.

—Vale. ¿Qué quieres que te diga?

Me encojo de hombros, porque su pregunta me pilla fuera de

juego. Eso, ¿qué quiero que me diga?

—Lo que estás pensando ahora mismo.

Él se lleva las manos al pelo y se lo recoloca.

—¿De verdad?

—Sí —respondo, pero es casi un jadeo.

Connor baja las manos y las pone sobre su pecho.

—¡Lo sabes de sobra! —se excusa, pero después va al grano—: En lo único en lo que pienso ahora mismo es en cómo estás, en qué está pasando por esa cabecita loca que siempre va de lado a lado y parece tener más energía que tres niños pequeños juntos. En qué has estado haciendo todos estos días desde que me dijiste que me querías en Albuquerque. En cómo íbamos a gestionar todo esto, en si era verdad, en si ya habrías cambiado de opinión.

—Claro que no he cambiado de opinión —le suelto—, fuiste tú el que lo hiciste. El que, cuando te fui a corresponder, dio un paso atrás.

—Anna, tú me rechazaste también antes de irme de Los Ángeles.

—Y entonces, ¿tenías que hacer tú lo mismo? —pregunto.

Él resopla.

—Pues claro que no. Pero ya no sabía si tú sentías algo por mí porque mi confesión te lo había hecho creer o si de verdad…

Me río, desesperada.

—O sea, que mi palabra no vale nada.

—Claro que vale. Pero solo quería asegurarme de que los dos estábamos en un momento tranquilo y bueno para ambos, no en medio de un torbellino emocional, antes de pensar qué cojones va a pasar con nosotros dos.

Me paro en seco y entonces entiendo lo que me ha querido decir todo este tiempo. Las palabras *torbellino emocional* tienen más sentido ahora. Connor se da cuenta de que me he relajado y baja un poco el tono de la conversación, que hasta ahora ha ido *in crescendo*.

—¿No crees que es mejor esperar y tener esta conversación mañana?

Niego con la cabeza, pero una parte de mí sabe que tiene razón.

—Vale, pues terminémosla ahora —me permite él.

—Vale —respondo.

Pero los dos nos quedamos en silencio. Ni siquiera se escuchan las voces de la planta de abajo, donde Raül ya ha puesto música, porque la puerta está cerrada.

—Te mandé unos mensajes porque quería hablar contigo —empieza Connor— para pedirte perdón por lo de Albuquerque. Me imaginé que todo eso tuvo que alterarte mucho.

—Da igual.

—No da igual —insiste.

—Vale, no da igual, pero eso ya es pasado.

—Ya, pero el hecho de que sea pasado no significa que no siga importando.

Bajo la cabeza. Todavía recuerdo el ataque de ansiedad que tuve en casa de Julia pensando en todo lo que había sucedido.

—Disculpas aceptadas. Yo también he sido un poco dura contigo metiéndote caña cuando no debería. Lo siento.

—Vale, ya está olvidado.

Regresa el silencio, que se cuela en la habitación como un desafortunado invitado.

—¿Algo más? —le pregunto esperando a que siga hablando.

—Nada más. Solo que tengo muchas ganas de darte un abrazo —responde Connor.

Abro los brazos y él se pone de pie. Me estrecha entre ellos y respiro tranquila. Este abrazo no tiene nada que ver con el de la despedida en la estación de autobuses. Es calmado, largo, tranquilo… Ninguno tiene prisa por soltarse. Muevo la cabeza y miro hacia arriba, buscando su rostro. Él hace lo mismo, y nos situamos peligrosamente cerca.

—No puedo besarte —susurra él.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué?

—Porque estás borracha, y no quiero que sea así.

Suspiro.

—¿Otra vez estamos con eso? ¿Con los malditos momentos?

—Sí —responde él, y se le escapa una sonrisa traviesa de los labios.

—Pues que los jodan. Yo te voy a besar ahora.

—Ni se te ocurra, Anna Ferrer.

—Impídemelo —le digo, y es lo último que se escapa de mis labios.

Me pongo de puntillas para alcanzar los suyos.

# CAPÍTULO 29

## EL DE LA CASI CASTRACIÓN EN LA MESA DE LA COCINA

En cuanto mis labios rozan los suyos, me pregunto por qué han pasado tanto tiempo separados.

Connor agacha la cabeza y se deja llevar por mí, y después recoge el testigo. Sus labios son carnosos, calientes, mucho más suaves de lo que podría haber llegado a imaginar. Le agarro del pelo como si se fuera a escapar, aunque por lo cerca que están nuestros cuerpos sé que no se va a ir a ninguna parte. Lo beso con fuerza, con pasión, casi con brutalidad.

Paramos un momento para tomar aire y se me escapa un suspiro, y poco después volvemos a la carga. Esta vez es más tranquilo. Me besa con cuidado el labio superior y después el inferior, recorriéndolos con la lengua como si quisiera saborearlos enteros. Yo me dejo algún rato, mientras mi mano no abandona su nuca. Las suyas se van deslizando de mi cuello a mi cintura y siento un calor que me va llenando poco a poco.

¿Cómo no había tenido frío hasta entonces?

Ahora que estoy por fin con él es como si todo regresara a su sitio. He pasado tanto tiempo deseando este momento que se me hace extraño, irreal, que esté sucediendo de verdad. Abro un poco los ojos y veo que Connor los tiene cerrados mientras me besa. Lo imito y me dejo llevar por el momento. Él empuja su lengua hacia el interior de mi boca y yo la recibo. Jugamos, peleamos, pasamos no sé cuántos minutos así, hasta que me aparto un poco para coger aire.

No necesito mirarme al espejo para saber que tengo las mejillas ardiendo y el pelo hecho un desastre, pero me da igual. Connor me observa con una sonrisa que me pide más, y camino hacia él,

empujándolo para que se siente en la cama y podamos seguir. Me pongo a horcajadas sobre él y casi nos caemos hacia atrás de la intensidad del siguiente beso. Y lo sigue otro, y otro, y otro más. Pasamos por lo menos treinta segundos entre besos y abrazos que aseguren que el otro no se va a ir jamás.

El ambiente de la habitación se empieza a caldear, y eso que ya estamos en septiembre. Le paso una mano por el pecho y la subo hasta el hombro, y separo mi boca de la suya para empezar a besarle el cuello.

Connor me chista y se aparta.

—¿Qué pasa? —me quejo.

Pero él niega con la cabeza.

—Bésame lo que quieras, pero no puede pasar nada más entre nosotros.

Sonrío y me pongo de pie para verlo bien.

—Déjame adivinarlo… ¿No es el momento?

Pero no hace falta ni que le pregunte porque estoy a punto de llegar a la misma conclusión yo solita. Nada más ponerme de pie, me doy cuenta de que el alcohol me ha pegado más fuerte de lo que esperaba, y todos estos calentamientos me han pasado factura. Todo me da vueltas, y creo que voy a…

Salgo corriendo hacia el baño y vomito. Dios, qué horror. Me da el tiempo justo para llegar y no ponerlo todo perdido, y mientras lo hago solo puedo pensar en lo que tiene que estar pasando por la cabeza de Connor. Una mezcla de «te lo dije» y arrepentimiento, seguro. Espero que por lo menos no lamente haberme besado.

Tiro de la cadena, aunque no estoy segura de haber terminado y me pongo de pie. Ahora sí que me fallan las rodillas y me duele un montón la espalda.

—Venga, vamos.

Connor aparece detrás de mí y me levanta. Intento zafarme, pero no sirve de nada.

—No —musito.

—Vengaaaa —me insiste acercándome al lavabo para que pueda enjuagarme la boca.

—No veas esto, por favor.

Pero él no me hace caso y se empeña en que me lave la cara y los dientes, aunque sea solo con agua.

—Voy a traerte un protector de estómago y algún líquido para reponer fuerzas. No te mueras mientras tanto, por favor.

—Lo intentaré —respondo con un hilo de voz.

Me dan un par de arcadas más, pero no tengo nada en el estómago, así que espero a que se me pasen. Debería haber cenado más cosas del bufet de la fiesta, pero no me llamaba especialmente la atención. Veintinueve años y todavía no sé beber.

Connor regresa enseguida con un vaso y no sé cuántas cosas más.

—Ahora sí, a la camita —me obliga.

Y yo me voy sin rechistar, porque estoy hecha polvo.

—Por favor, no me odies mañana —le ruego.

—Tranquila. Te odio ya —se burla él, y me deja todo en la mesilla de noche.

Abre las sábanas y me hace hueco para que me tumbe bien. Huelen a limpio, y deseo que a la mujer que ha vivido aquí estos meses le pase todo lo bueno del mundo. Me dejo envolver en el aroma del eucalipto, creo, y Connor me tapa, aunque estoy asfixiada de calor.

—¿Ves como podrías haber muerto ahogada en tu propio vómito? —me dice, pero ya escucho su voz muy lejana.

Murmuro una respuesta que en mi cabeza es divertida e inteligente, pero no recuerdo nada más. Hasta que vuelvo a abrir los ojos. Lo primero que escucho es un pitido constante en mis oídos. Después, me doy cuenta de que la luz inunda la habitación y me molesta más de lo normal. Me giro y me encuentro cara a cara con Connor, que tiene los ojos cerrados. Permanezco quieta para no despertarlo y me fijo en la cadencia de su respiración. También en que tiene las pestañas más densas y oscuras de lo que las recordaba, y los labios…

Creo que nunca lo he visto así, tan tranquilo y relajado. Y en mi cama.

Suspiro, pensando en lo que sucedió anoche. Lo bueno y también lo malo. No me acuerdo del momento en el que decidió dormir al otro lado de mi cama, imagino que no se quedaría tranquilo después del *show* que monté.

Me vuelvo a girar en busca de mi salvación, que está encima de la mesilla de noche. Doy un trago al agua demasiado grande e incluso me cae por las mejillas y me mancha la camiseta gris de Connor. Después, me tomo un ibuprofeno y bajo corriendo a la cocina a por

algo de comer. Temo que no haya nada y me haga un agujero en el estómago por imprudente, pero en un cajón encuentro varios paquetes de galletas de avena. Son completamente insulsas, pero mejor esto que nada.

Los restos de la fiesta de anoche ocupan la sala de estar y la cocina. Hay más copas y, por lo que veo, pidieron McDonald's. Sin embargo, parece que al final cada uno volvió a su casa.

Me tomo un café para la resaca y poco después me encuentro casi como nueva. La magia de la cafeína, supongo.

—Buenos días.

La voz ronca de Connor me hace darme la vuelta de pronto, como si estuviera haciendo algo a escondidas.

—¡Qué susto!

—Joder, ¿tan feo soy? Primero vomitas después de besarme y ahora te asustas…

—Ja, ja. Muy gracioso.

Connor camina hacia mí y se para a un metro de distancia.

—¿Cómo estás?

—Un poco confusa —reconozco—. Creo que ayer te grité varias veces y me rebelé un poco, ¿verdad?

—Afirmativo —responde Connor—. Pero ya estoy acostumbrado a tu mal humor. Llevo meses de entrenamiento de tus caras hostiles por la mañana, tus respuestas con monosílabos y cómo arrugas la nariz cuando paso demasiado cerca de ti.

—Eso son imaginaciones tuyas —le acuso.

—Me parece que no.

—Entonces es que estás demasiado obsesionado conmigo, Connor. Deberías mirártelo.

—Puede ser.

Parece que el niño se ha levantado juguetón. Se acerca hacia mí, disipando la distancia que nos separa, y rodea mi cintura con sus brazos. Baja la cabeza y yo, como una tonta, acerco los labios, pero me besa en la nariz.

—¿Eso ha sido una cobra? —le pregunto haciéndome la indignada.

—Creo que sí. Te lo mereces un poquito por todas las patadas que me has dado esta noche —se defiende él, pero no me suelta.

Y yo tampoco me siento incómoda con sus brazos alrededor de

mi cuerpo. De hecho, me encantaría que los dejara así un tiempo, todo el que quisiera. Me acerco a él y apoyo la cabeza en su clavícula. Desde aquí puedo escuchar los latidos de su corazón, y es un sonido tan reconfortante que me hace sentir como en casa.

Por primera vez en mucho tiempo no estoy nerviosa, ni siquiera siento mariposas en el estómago. Siempre había pensado que, cuando me enamorara, me pondría histérica y no sabría qué hacer con las manos ni sostenerle la mirada más de dos milisegundos a esa persona. Sin embargo, ahora me siento más tranquila que nunca. Estoy cómoda y relajada, y notar cerca el cuerpo de Connor me provoca un sentimiento casi familiar, como si lo hubiera hecho ya mil veces antes, aunque nunca terminara de acostumbrarme.

Dicen que enamorarse es como estar en una montaña rusa. Y yo las adoro. Me encanta la subida, donde mi cuerpo se llena de adrenalina ante lo que está por venir. Y, después, la caída. Esos segundos de emoción máxima, que terminan con otra subida, y así hasta que llegas al final. Pero, a veces, creo que enamorarse es también ese momento de calma cuando estás en el punto más alto. Donde se puede observar toda la ciudad durante el atardecer, el aire es más cálido y la brisa te agita el pelo con suavidad.

Nos quedamos un rato así, en nuestro propio remanso de tranquilidad, hasta que oigo las pisadas de mi hermano bajando las escaleras. Intento zafarme del abrazo de Connor antes de que nos vea, pero es demasiado tarde.

—A ver, a mí no hace falta que me engañéis —nos dice Raül a modo de saludo—. Yo sé de esto antes incluso que vosotros. Lo cual, creo, no es tan raro.

Connor le saca el dedo corazón y por fin nos separamos.

—¿Dónde están Mike y Bonnie? —le pregunto repasando los restos de la noche anterior.

Raül se ríe.

—El chico, en su casa. Su hermana, en mi cama, todavía durmiendo, y supongo que se despertará tarde porque nos quedamos despiertos hasta las tantas.

Resoplo con fuerza.

—¿En serio? ¡Te la presenté para que echaras un vistazo a su música, no para que te aprovecharas de ella!

Pero mi hermano me chista para que baje la voz.

—Oye, que aquí no ha pasado nada que no fuera consentido. Y ella me gusta, ¿vale? Y su música también. Son cosas diferentes, así que no saques conclusiones precipitadas.

—Espero que así sea —le espeto.

Sé que mi hermano no es así, pero no me gustaría pensar que Bonnie ha accedido a acostarse con él solo para tener más oportunidades dentro del sector. Porque, si me entero de que Raül se ha aprovechado de ella, le castraré personalmente sobre la mesa de la cocina.

—Que sí, joder —me insiste él, y tengo que creerlo.

De hecho, cuando un rato después Bonnie aparece en la planta baja, me doy cuenta de que no me engañaba. Mi hermano la mira como un tonto.

—Creo que acabas de encontrar a tu futura cuñada —bromea Connor por lo bajo cuando Raül y Bonnie se besan en el sofá.

Pongo los ojos en blanco.

—Bueno, la chica es genial. Pero no quiero que le pase nada, es como… demasiado dulce.

Sin embargo, conforme pasan los días, sé que Bonnie no va a ser una chica más en la vida de Raül. La invita oficialmente a que le acompañe a la boda de Melissa y ella acepta encantada. Yo solo puedo pensar en que el gran día está a la vuelta de la esquina. Me compro un vestido de color lila, largo y con tirantes finos, porque me imagino que hará mucho calor y quizá el sitio no esté cubierto. Me encantaría acudir con Connor, pero ya me he comprometido con Mike y no puedo faltar a mi palabra, aunque he estado tratando de contactar con él y no he recibido ninguna respuesta por su parte.

Los últimos días de verano el trabajo es más intenso de lo que esperaba, y en los ratos libres me pongo a mirar otras ofertas cuando nadie me ve. Me he descargado de nuevo varias aplicaciones en el móvil y me meto para ver si han publicado una oferta para el puesto de Amelia. No tardo en encontrarla cuando hago una búsqueda por el nombre de la empresa, al igual que otras seis ofertas más de trabajo presencial en la sede de Nueva York. Las leo todas con atención, y hay una que me atrapa enseguida. Están buscando una persona que hable, por lo menos, dos idiomas europeos para coordinar el lanzamiento en Europa. El español cuenta como uno, pero no sé si el inglés es otro. ¿Servirían de algo las clases de francés que di durante la universidad

porque necesitaba sacarme un B1 en otro idioma?

Guardo el *link* en favoritos y vuelvo al trabajo, pero el resto de la jornada no puedo pensar en otra cosa. No me cruzo con Mike por la oficina en todo el día y le vuelvo a escribir, pero no obtengo respuesta. Cuando termino voy directa a casa de Raül, adonde ya he llevado todas mis cosas. Dos maletas y una bolsa de deporte más tarde, he vuelto a la casa donde empezó todo, pero ahora que llevo varias noches durmiendo en la cama de la colcha amarilla sé que es el momento de cambiar.

Cuando Raül me ofreció regresar, supe que me daría un ataque de nostalgia tan pronto como regresara a la casa. En realidad, un poco sí que me entristecí. Pero cuanto más camino por la casa y me doy cuenta de que nunca será lo que fue, más pienso en la oferta de trabajo de Nueva York. Esa misma tarde le escribo un correo electrónico a Lavinia para reunirme con ella a la mañana siguiente y comentarle la idea que tengo en la cabeza.

A Connor no le parece tan surrealista cuando le cuento mi plan, así que le doy al botón de «enviar» y espero impacientemente a que llegue el día siguiente. Connor se ofrece a acompañarme a la oficina, aunque vaya en metro, para que pasemos un poco más de tiempo juntos. No nos hemos vuelto a besar desde la noche de la fiesta, pero, de vez en cuando, tenemos algún gesto bonito. Como ahora, que no me ha soltado la mano desde que hemos salido de casa.

Connor camina conmigo hasta la puerta de las oficinas y entonces nos paramos en seco.

—¿Te ha respondido al correo? —me pregunta.

Refresco la bandeja de entrada por decimoséptima vez en lo que llevamos de día, pero todavía nada.

—Cuando se lo mandé ayer ya estaría fuera de la oficina.

—Bueno, ya me cuentas cualquier novedad. Vuelvo a ser un humano tecnológico del siglo XXI, como dirías tú.

Me río.

—Así me gusta.

Me despido de él con la mano y entro en 365Love con el corazón en un puño. El ansiado *e-mail* de Lavinia llega solo treinta minutos después, y antes de la hora de la comida ya me estoy reuniendo con ella. En el último momento, justo cuando voy a entrar a la sala, me asaltan las dudas. ¿Y si Lavinia piensa que no me gusta mi puesto de

trabajo aquí y me echan por estar pensando en otro? Al fin y al cabo, apenas llevo en la empresa un par de meses.

La jefa de Recursos Humanos me recibe con una sonrisa y me pide que me siente frente a ella igual que el primer día que estuve aquí. Rezo por tener la misma suerte que aquella vez y le suelto el discurso que he estado repasando en mi cabeza durante las últimas horas. Le muestro en mi móvil la oferta de trabajo y termino de hablar sorprendentemente rápido. Igual es que he ido a toda caña.

Lavinia piensa un instante en lo que le he dicho y responde con calma.

—No me parece una idea disparatada. Pensaba que ibas a pedirme el puesto de Amelia, pero eso no puedo dártelo. Necesitamos a una persona con, por lo menos, cuatro o cinco años de experiencia en un puesto similar. Pero lo que me enseñas…, sí, creo que podría cuadrar. Buscan a alguien que sepa coordinar equipos, se maneje en varios idiomas y esté acostumbrada a muchos trámites y gestiones documentales también en diferentes lenguas. Creo que eso lo controlas sobradamente, ¿verdad?

—Sí —respondo con un monosílabo y me acuerdo de lo que Connor me dijo el otro día.

—Pues puedo llamar a los compañeros de Nueva York y proponer tu candidatura, claro. Aunque tendrías que mudarte allí. ¿Tienes ya previsto un alojamiento?

—No, todavía no.

—Bueno. Y una pregunta más, ¿cómo llevas el francés? He visto que tienes un B1 que obtuviste durante tus estudios universitarios.

—Bien, me defiendo —le digo rezando para que no cambie el idioma de la entrevista.

—Perfecto. Pues déjame mirarlo y te digo algo pronto, ¿vale?

—Vale. Muchísimas gracias.

Me despido de ella y hago una nota mental: ponerme como una condenada a repasar francés.

Vuelvo a mi escritorio y trabajo como una loca. Estoy emocionada, no sé por qué. Tanto que apenas me he acordado de que tengo por ahí a mi chico virgo. Le mando un mensaje, pero no me lo responde tan rápido como otras veces, así que voy a buscarlo directamente a su departamento. Echo un vistazo, pero no lo veo por ninguna parte. Hace un mes, me habría dado vergüenza entrar, pero

ahora no me corto en colarme y preguntar por él.

—Hola, perdona, ¿has visto a Mike Donnovan?

Una chica con unos cascos gigantes niega con la cabeza, y el hombre que tiene al lado me responde.

—Lleva unos días sin venir porque está con problemas intestinales.

Joder, pobrecillo.

Miro otra vez mi móvil, pero veo que no me ha contestado desde hace cuatro días, y la boda es dentro de tres. Salgo un momento a la calle, justo donde hablé un día con Alex mientras se fumaba un cigarro, y lo llamo por teléfono. Como no me responde, lo intento con su hermana.

—¿Sí?

—Hola, Bonnie, ¿cómo vas?

—¡Anna! ¿Todo bien? Me estoy preparando para ir al trabajo, que hoy entro antes.

Bonnie trabaja de camarera en un restaurante cerca del paseo de la Fama.

—Sí, perdona, no te robo mucho tiempo. Es que llevo varios días escribiendo a tu hermano y no me responde, ¿está bien?

—Uf, está fatal de la tripa. Lo han ingresado.

—¿Qué? —grito, y varias personas se giran hacia mí.

—Ya, lo siento por no haberte dicho nada. Mike me pidió específicamente que no lo hiciera.

Noto un pinchazo de culpabilidad en el pecho.

—¿Y eso?

Puedo escuchar a Bonnie moviendo cosas al otro lado del teléfono.

—Porque el día de la fiesta vio cómo estabas con Connor y…, bueno, decidió apartarse.

—Por favor, dime dónde lo han ingresado y si puedo ir a verlo. Necesito hablar con él, ¿por lo menos está mejor?

# CAPÍTULO 30

# EL DE LA BENDICIÓN

Salgo un poco antes del trabajo para ir a ver a Mike. Hoy es, realmente, el peor día para hacer algo así, porque si Lavinia me está vigilando verá que me he marchado un poco antes de lo que debería, pero necesito saber que Mike está bien.

Cojo el metro siguiendo las indicaciones de mi móvil y me planto en el hospital donde está ingresado. Ni siquiera es el hospital más importante de la ciudad, pero ya es más grande que cualquiera que pueda haber en Valencia. Atravieso las puertas y doy mil vueltas hasta que por fin me topo con la habitación de Mike. Llamo un par de veces y paso.

La habitación es enorme, mucho más grande que en la que estuve ingresada después del accidente.

—Hola… —susurro tanteando el terreno.

Pero Mike está despierto y enseguida se alegra al verme.

—¡Anna! —exclama.

Me acerco hacia él y busco una silla para colocarme a su lado.

—No sabía que estabas enfermo, ¿cómo te encuentras?

—Bien, bien, mejor. Tengo que quedarme un día más en observación, pero pasado mañana me podré ir ya a casa. ¿Quién te ha chivado que estaba aquí?

Él sonríe. Aunque ha intentado ocultarme que le han ingresado, creo que se alegra de tener una visita. Me imagino lo aburrido que debe de ser pasar aquí tantas horas con la televisión como única compañía.

—Te escribí varios mensajes y me extrañó que no respondieras casi al instante —me río para quitarle hierro al asunto—, después fui a tu departamento y me dijeron que estabas enfermo. Tu hermana me

ha ayudado con todo lo demás. ¿Por qué no me lo contaste?

—No te quería preocupar; además, ya vi que te reencontraste con el chico ese que estaba en casa de tu hermano. Es el mismo del que me hablaste, ¿no? —Todavía se le nota un poco el cansancio en la voz.

Asiento con la cabeza.

—Pues claro que me iba a preocupar por ti, tonto. Una cosa no tiene nada que ver con la otra. ¿Qué te pasó? —le pregunto.

—Empecé con unos dolores muy fuertes al día siguiente de la fiesta. Intenté aguantar un poco, pero en cuanto el dolor se volvió insoportable mi hermana me trajo a urgencias porque desde pequeño tengo el síndrome del intestino irritable. Llevo varios días sin comer nada sólido, Dios mío, lo que daría por un sándwich de esos feos y sosos de la máquina de la cafetería.

Me alivia ver que Mike no está desanimado.

—Oye, ¿te ha dicho algo Bonnie de mi hermano?

—¿A qué te refieres? ¿A que están liados?

—Sí, eso.

Él suspira.

—Ay, Bonnie está como loca por tu hermano. No para de hablar de él. Que si Raül esto, que si Raül aquello. Parece ser que la música ha unido sus corazones —bromea, y me quedo un poco más tranquila.

—Solo por curiosidad, ¿qué signo es Bonnie?

Mike se lo tiene que pensar dos veces.

—Cáncer, creo. Su cumpleaños es el 29 de junio.

—Sí.

Ahora, gracias al experimento, sé perfectamente en qué fechas cae cada signo. Y, por ende, también soy consciente de que el período de Virgo está a punto de llegar a su fin.

—Hablando del Zodiaco… Creo que es obvio que no voy a poder acompañarte a la boda. Me dan el alta mañana, pero no tendré fuerzas como para ir a una boda un día después. Necesito descansar —se disculpa.

Agito la cabeza, intentando demostrarle que no tiene importancia.

—Ni te preocupes por eso ahora, Mike.

—Pero me sabe mal, porque te lo prometí.

—Ya, pero estás en la cama de un hospital después de unos dolores muy fuertes y la vida es así. No le des más vueltas, en serio —

le insisto.

Él parece quedarse más tranquilo y se remueve en la cama, intentando tumbarse un poco de lado.

—Así que el chico de negro, ¿eh? —bromea él.

—Sí, no sé por qué el noventa y nueve por ciento de su armario es exactamente igual. Aunque, bueno, ahora que lo pienso, creo que alguna vez nos ha sorprendido con otros colores.

Esbozo una sonrisa tímida y lo miro, rodeado de un montón de cables. Casi me recuerda a aquella vez que mi madre estuvo ingresada también.

Me da pena tener que despedirme ya del chico virgo. Hemos pasado tiempo juntos y he podido conocerlo bien, pero se me ha hecho demasiado corto. Aun así, las semanas que hemos compartido han sido decisivas para mi vida. Por eso, ahora es el momento de decirle adiós y prepararme para la próxima etapa.

—Bueno, aunque no la necesitas, tienes mi bendición para ir con él a la boda. Seguro que se sentirá como pez en el agua al ver a tantos hombres vestidos con su color favorito.

—Seguro que sí. Gracias, Mike. Por todo —le digo, y me pongo un poco más seria.

—No tienes por qué darlas. Ha sido genial conocerte un poco más, y espero que luego no me pongas a caldo en el episodio del podcast. Pero que tampoco mientas mucho, como hiciste en el de Leo.

Se me para el corazón y lo miro a los ojos fijamente.

—¿Qué sabes tú del chico leo?

Él se ríe.

—Hombre, era un poco obvio lo que pasó, ¿no?

No le sigo la corriente y le dejo hablar para ver qué va a añadir a continuación.

—Supuse desde el principio que era Alex. Y, además, os pillé en vuestra pequeña aventura en el baño de la oficina.

—¿Qué? ¿En serio?

Él asiente.

—¿Quién te crees que entró al baño mientras estabais ahí dándolo todo? Pues el que tiene problemas estomacales cada dos por tres, quién va a ser.

No me lo puedo creer. Mike fue la persona que entró y se entregó al váter mientras nosotros nos quedábamos muy quietos, esperando

que no nos descubriera.

Me quiero morir de vergüenza ahora mismo. Tierra, trágame ya, y escúpeme en las antípodas, por lo menos.

—No te creo —replico.

—Pues ya te digo yo que sí. Reconocí tus zapatillas. Los cubículos están conectados por abajo, ¿sabes? Pude ver perfectamente que había dos personas ahí dentro. Pero tranquila, tu secreto está a salvo conmigo. Nunca se sabrá en la oficina. Sé que sospechaban de Amelia, pero, cuando se descubrió que te había estado borrando los documentos y poniéndote trabas, no me dio ninguna pena que la echaran.

Me muerdo el labio y solo espero que sea verdad y que pueda confiar en mi chico virgo, porque mis posibilidades en Nueva York dependen de que no se vaya de la lengua.

—Tranquila, que no voy a decir nada —me insiste.

—Vale, te creo —le respondo, y lo digo de verdad.

Me despido de él con un abrazo sincero, con cuidado de no hacerle daño ni moverlo demasiado, y doy unos pasos atrás, alejándome de la cama.

—Gracias por todo, de verdad —le repito—. Me has ayudado mucho más de lo que puedes imaginar. Creo que ahora soy una persona un poco más organizada, y tengo algunos planes de futuro que, con un poquito de suerte, podrían ser un cambio de aires importante. Y, si no salen adelante, pues ya serán otros.

Él se recuesta en la cama y sonríe.

—No, gracias a ti. He aprendido un montón sobre tu forma de afrontar los problemas y tus ganas de comerte el mundo. Y, además, has ayudado a mi hermana como muy poca gente habría hecho, y eso no lo voy a olvidar nunca. No sé si Raül conseguirá que Glass se fije en ella, pero por lo menos sé que lo intentamos. Y, si no, me quedo con que igual seremos familia un día.

Abro mucho los ojos al escuchar cómo Mike se adelanta a los acontecimientos.

—Bueno, solo lleva unos días soportando a mi hermano. Espérate a que lo conozca de verdad, a veces puede ser muy pesado.

—Pues ella es Doña Intensita. Creo que les irá bien. Según el Zodiaco, Cáncer y Tauro son compatibles, ¿no?

La verdad es que ya no tengo la cabeza para pensar en ello, pero

no le quiero quitar a Mike la ilusión de que todo saldrá bien, de una forma u otra. Yo tampoco quiero perderla. Estar ilusionada es una de las sensaciones más bonitas que existen, y no seré yo quien la apague.

—Avísame cuando estés cien por cien recuperado y de vuelta en la oficina —le recuerdo—. Y cualquier cosa que necesites, ya sabes. Aunque creo que, si el romance entre nuestros hermanos sigue floreciendo, sí, nos veremos más de lo que pensamos.

Él sonríe.

—Ojalá que sí. Adiós, Anna.

—Adiós.

Salgo de la habitación con los ojos enrojecidos y unas ganas de llorar cada vez más grandes.

Ya está. El experimento se ha terminado. Después de doce meses, he conseguido completar lo que me propuse cuando abandoné Valencia. Ya casi ni me acuerdo de los motivos por los que empecé, ni quiero hacerlo. Valeria es una persona que ya no cruza mi mente, y las infidelidades de mi casi marido con ella ya no me hacen daño.

Voy directa a los baños para relajarme un poco, pero huelen regular, así que termino tomándome un té rojo en la cafetería. Me siento en la mesa más alejada posible y saco mi móvil. Abro la aplicación de notas. Hay una última cosa que tengo que hacer antes de dar el experimento por finalizado.

> Dicen de los chicos virgo que son organizados y organizadores, meticulosos y muy recelosos de su vida privada. Si fueran una aplicación del móvil, serían la del calendario o la de recordatorios para que nada se te pase por alto. El hombre virgo es, por definición, un pensador práctico que puede convertirse también en un rival sumamente inteligente. Alguien con quien no querrías tener problemas.
>
> Creo que mi chico virgo ha cumplido con bastantes aspectos de la lista, nunca mejor dicho. Puedo considerarme afortunada de no haberlo visto enfadado, porque leo en Internet que su forma de relacionarse en el amor cuando están de mal humor puede mostrar su lado más frío e indiferente, incluso retorcido.
>
> Eso sí, no creo que Virgo sea mi match perfecto en lo que se refiere al Zodiaco. Si hubiéramos sentido algo más que amistad, no nos habría augurado un futuro prometedor. Creo que mi personalidad impulsiva, por mucho que haya mejorado estos doce meses, choca de lleno con su necesidad de tenerlo todo organizado de antemano. No me puedo imaginar cómo sería viajar con una persona cien por cien virgo, seguramente tendría un Excel con todo planificado, hora por hora, mientras que yo solo estaría pensando en perderme por las

calles y dejarme llevar.

Sí, estoy convencida de que nuestras energías, tan antagónicas, chocarían desde el principio.

Sin embargo, quiero quedarme con todo lo bueno que me ha aportado Mike y su signo. Gracias a él y a la paz que me ha transmitido durante estas semanas, he sido capaz de resolver un montón de temas que se me habían quedado atascados. Sé que va a ser muy difícil, pero a veces me gustaría ser un poco más Virgo. No quiero perder mi parte más alocada, pero, de cara al futuro, ser un poco más organizada no me vendría mal.

Ahora que ya ha terminado todo, creo que puedo admitir que, aunque esto del Zodiaco puede ser una gran mentira, he encontrado varios patrones interesantes. Algunos clichés se han cumplido a la perfección, mientras que otros han resultado todo lo contrario, pero por lo menos ha sido un experimento entretenido.

He aprendido algo valioso de todos los chicos, pero, sobre todo, de sus doce signos.

De los chicos libra aprendí que a veces las personas no son como parecen.

Del chico escorpio aprendí que la oscuridad puede ser *sexy*, pero al final termina consumiéndote.

Del chico sagitario aprendí que nunca hay que dejar de divertirse, porque la vida ya es bastante dramática.

Del chico capricornio aprendí que el afecto se puede presentar de muchas maneras, pero que, si duele, no es amor.

Del chico acuario aprendí a no depender emocionalmente de otras personas para estar bien.

Del chico piscis aprendí que no hay que tener miedo a sentir.

Del chico aries aprendí a priorizarme, a no olvidarme de mí misma por el camino.

Del chico tauro aprendí que tener un buen amigo vale más que cien conocidos.

De los chicos géminis aprendí que a veces la gente no está en el mismo momento vital que tú, y no pasa nada.

Del chico cáncer aprendí a gestionar mis miedos y a enfrentarme a ellos.

Del chico leo aprendí a amar a las personas y ser un poco más generosa.

Y del chico virgo aprendí que a veces hay que parar, organizar y seguir adelante, siempre mirando al frente.

# CAPÍTULO 31

# EL DE LA PREBODA

El despertador suena a las seis y media de la mañana, pero yo ya estoy en pie desde las seis. Anoche dejé levantada la persiana para que me despertaran los primeros rayos de sol, pero los nervios por la boda de Melissa me han despertado antes de tiempo. Aún no he escogido el sujetador que voy a llevar con el vestido, así que los extiendo todos sobre la cama mientras trato de organizarlos del más al menos cómodo. Como siempre, los últimos son los más bonitos. Escojo algo intermedio, porque quiero ir a gusto, pero también elegante, que no deje entrever el sujetador.

Todavía no me quiero vestir, así que bajo en silencio a la cocina para desayunar unas galletas y un café rápido.

—Buenos días —me saluda mi hermano.

Él tampoco está preparado. De hecho, me dijo anoche que antes de ir a la boda tiene que pasar un momento por Glass para recoger el regalo de Melissa. Le han hecho una réplica exacta del cartel del podcast, pero con su nombre y enfatizando el color morado.

—¡Buenos días!

Mi hermano levanta las cejas.

—¿Y ese buen humor? No sabía que te alegrarías tanto por ir a una boda.

Resoplo, pero hoy nada puede desanimarme. El experimento ha concluido, me siento increíble por haber llegado hasta aquí y me muero de ganas de ir a la boda.

—Otro chiste más sobre lo que pasó hace un año y te arrancaré la cabeza —le advierto con una sonrisa en los labios.

—A estas horas, te dejaría que lo hicieras.

Desayunamos en silencio, casi como en los viejos tiempos, y Raül

sube a vestirse para ir a Glass. Baja cinco minutos después con una camiseta de deporte y un pantalón de chándal.

—¿Así vas a ir a la boda? —le pregunto al ver que se va sin despedirse.

—Claro. Oye, despierta a tu novio o llegaremos tarde, que lo conozco demasiado bien.

Abro la boca para responderle, pero Raül ya se ha ido, cerrando con un portazo. Si eso no lo ha despertado… Espero un rato para ver si escucho movimiento, pero desde la planta de abajo es muy difícil saberlo. Decido escribirle un mensaje.

¿Estás despierto?

Por supuesto, no lo responde. Me planteo subir y llamar a la puerta de su habitación, pero me da vergüenza. Lo telefoneo y salta el contestador.

—Genial —murmuro, y me termino el café de un sorbo.

Doy un trago de agua directamente del grifo para no manchar otro vaso y subo hacia la habitación de Connor. La puerta está cerrada y no parece haber indicios de que ya esté en movimiento.

A ver, todavía queda bastante para la boda. Empieza a las doce, así que tendremos que salir de aquí más o menos sobre las diez y media para llegar con tiempo. En la invitación, Melissa y Damien pedían que todos estuviéramos ya a las once y media en la villa. Miro mi móvil. Son las siete. Connor me va a matar si lo despierto tres horas y media antes, pero prefiero eso a tener que escuchar los «te lo dije» de mi hermano cuando lleguemos tarde.

Llamo tres veces a la puerta con cuidado. Espero. Nada, todo está en silencio. Repito la técnica de nuevo, esta vez con un poco más de fuerza, y escucho a Connor removerse en la cama.

—Hola… —Silencio—. ¿Estás despierto?

Abro un poco la puerta y veo que está todo a oscuras. Enciendo la pantalla del móvil para guiarme a través de la oscuridad. Ahora ya conozco la habitación de Connor porque estuve aquí hace poco, pero no tanto como para recorrerla sin luz.

Me acerco a la cama y tanteo entre las sábanas para buscar su hombro, pero sin querer aterrizo en su cara.

—¿Qué haces? —exclama él, y yo doy un bote del susto.

—¡Ay! Raül me ha pedido que te despierte.

Él gime y se da la vuelta, alejándose de mí. Espero a que diga algo más, pero creo que se ha quedado dormido.

—Connoooooooor —le llamo volviendo a buscarlo entre las sábanas. Mis ojos ya se han acostumbrado un poco a la oscuridad, y como he dejado la puerta abierta ahora sí que puedo ver dónde se ha escondido.

Lo busco a tientas, pero él se gira en un segundo y, antes de que pueda reaccionar, me ha atrapado entre sus brazos.

—¿Qué? —chillo intentando zafarme, pero ya es tarde. Siento sus brazos alrededor de mi cintura y tira hacia mí, metiéndome en la cama—. ¿Qué haces?

—Secuestrarte para que no me impidas dormir. Y usarte como peluche.

—No sabía que dormías con peluche —le pico.

—Ahora sí, pero a ver si se calla un poco y me deja dormir.

Me río.

—Eso no va a pasar. Venga, arriba, que nos espera un día muy largo.

—Noooo. —Connor vuelve a tirar de mí hacia él y esta vez me dejo arrastrar hacia el interior de la cama.

El chico me tapa con la sábana para que no me escape y entierra su cara en mi pelo.

—Mmm…, hueles a miel —murmura, todavía con la voz ronca.

Sonrío en la oscuridad y me pego a él. Siento la respiración de Connor justo detrás de mi oreja, intensa, constante. Se me pone la piel de gallina solo con notarla tan cerca. Connor suelta un poco el brazo y comienza a arrastrar las yemas de sus dedos por mi piel. Recorre mi cintura y sube por la espalda por debajo de mi camiseta de andar por casa. Después, baja por donde ha venido y va trepando por mi brazo hasta alcanzar el hombro. Se detiene justo en el cuello y lo rodea con toda la mano.

Se me paraliza todo el cuerpo. Todas mis terminaciones nerviosas están, ahora mismo, pendientes de lo que haga Connor con su mano. Me aprieta el cuello durante unos momentos, sin llegar a asfixiarme, y después lo suelta y vuelve a recorrer mi brazo.

Suspiro. No sé qué ha sido eso, pero necesito que lo haga otra vez. Sin embargo, él sigue jugando por todo mi cuerpo mientras yo

rezo para que lo repita. Empiezo a sentir un calor tremendo y la culpa no es solo de que estemos tapados. Me doy la vuelta, hacia él, para mirarlo a la cara. Apenas puedo distinguir sus facciones en la oscuridad, pero no me importa. Tengo su cara memorizada casi poro a poro. Puedo intuir sus cejas, esos ojos oscuros plagados de pestañas. La nariz, los labios…, no necesito verlos a la luz del día para saber dónde están.

Me acerco a él y lo beso. Primero el labio de arriba y luego el de abajo, tirando un poquito de él hacia mí. Connor reacciona al instante y me sube sobre su cuerpo. En cuestión de un segundo ya estoy encima de su pecho, casi jadeando. Acerco su cara con mis manos para tenerlo lo más cerca posible y junto nuestras frentes. Connor reacciona con un gruñido y abro las piernas para poder rodearlo con ellas.

Él se separa enseguida.

—¿Y tu hermano?

—Se ha ido a la oficina —respondo con rapidez, de memoria, como si fuera una pregunta que contestara todos los días de mi vida.

—Oh, oh —murmura él, pero no le da tiempo a añadir nada más porque ya estoy otra vez encima de sus labios.

Lo beso con pasión mientras siento oleadas de calor por todo mi cuerpo. Sobre todo entre mis piernas. Menos mal, había pensado que ya se me había agotado la libido después de estos doce meses.

—No puedo más —le digo.

Él se ríe.

—Yo tampoco —responde.

Giramos sobre la cama, envolviéndonos de formas extrañas con la manta, y él se pone sobre mí. La visión que tengo ahora mismo, casi a oscuras, es tan satisfactoria que me parece de ficción.

—Ahora podría decirte que no es el momento y joderte pero bien —le digo besándolo debajo de la oreja. Siento cómo se le pone la carne de gallina y me aparta con brusquedad.

—¿Así que esas tenemos? ¿Vas a burlarte de mí ahora? —me reta él, y yo sonrío.

Mi cuerpo pide más, y más, y más. Esto no es como nada que haya experimentado antes y, por un momento, me da miedo que las expectativas me puedan jugar una mala pasada. Sin embargo, decido relajarme y dejarme llevar.

—Responde —me insiste él pegando su boca contra la mía.

Le succiono el labio inferior antes de continuar.

—No.

—Eso pensaba. Buena chica.

Connor se echa hacia atrás y se quita la camiseta de un movimiento. Joder, en realidad, más que quitársela, ha estado a punto de arrancársela.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —me pregunta entre jadeos.

Bufo. Y yo qué sé. Ni siquiera sé hace cuánto que se ha marchado mi hermano. Solo sé que voy a estallar de calor, pero al mismo tiempo necesito tener el cuerpo de Connor encima de mí, en cada centímetro de mi piel.

—No lo sé.

—¿Más o menos?

Connor ya se ha quedado en calzoncillos. La temperatura va subiendo, y con ella mis nervios.

Calculo rápidamente en mi cabeza. Se habrá ido hace quince o veinte minutos, más o menos. En la oficina no habrá casi nadie hoy, así que no creo que se entretenga. Lo que le cueste subir, cargar con el cartel de neón y volver.

—Veinte minutos máximo —reconozco, y sé que no le van a gustar estas noticias.

—Joder —murmura Connor—. Para hacerte todo lo que tenemos pendiente necesitaría, por lo menos, veinte horas.

Chillo mientras él se abalanza hacia mí. Sé que ya no hay vuelta atrás, y me muero de ganas de que por fin haya llegado el momento. Me voy desvistiendo poco a poco mientras Connor me besa la cara, el pecho y las manos.

Disfruto de cada segundo de intimidad como si se parara el reloj. Solo quiero tenerlo cerca, besarlo… Tan solo con rozar su pecho ya se me pone la piel de gallina. Es una sensación diferente, hasta casi podría decir que nueva.

Termino de quitarme la ropa interior mientras Connor se estira hacia la mesilla y saca un condón. Tenemos poco tiempo y muchas ganas. No necesito que sea como en las películas, ni siquiera que sea perfecto. Solo que sea con él.

Connor tarda cinco segundos en ponérselo y se tumba encima de mí. Abro las piernas y la mete despacio al principio.

—¿Va bien?

Asiento, pero luego me doy cuenta de que igual no me puede ver bien.

—Sí.

—Ya la conoces, ¿no? —bromea.

Me muero de vergüenza al recordar cuando me caí sobre él en casa de Martina, él recién salido de la ducha.

—Imbécil.

Él se ríe como respuesta y dejo que lo haga todo durante un rato. Ya me vengaré yo después. Connor se eleva un poco sobre mí y comienza a penetrarme despacio, pero sin parar. Con un brazo apoya el codo en la almohada y con el otro me rodea la barbilla para besarme. Nos bebemos el uno al otro mientras lo siento dentro de mí, entrando y saliendo.

Connor baja su mano a mi cuello y por un segundo estoy a punto de desconectar e irme a un mundo paralelo. Me siento tan relajada y, al mismo tiempo, tan excitada que me parece que estoy viviendo una experiencia extracorpórea. Sigo besando a Connor y me separo un momento para mirarlo y sonreír. Él me observa sin saber muy bien lo que estoy haciendo y va directamente a atacar mi cuello. Lo besa y muerde con cuidado, y va bajando hasta llegar a mi pecho. Lo recoge por debajo con ambas manos mientras seguimos follando.

No sabía cuánto necesitaba esto hasta que por fin está sucediendo. Le dejo que haga conmigo lo que quiera mientras disfruto del momento, de sentir su cuerpo ardiendo junto al mío, de los sonidos que salen de su boca cada vez que me embiste contra la cama.

Le hago un gesto a Connor para que entienda que me quiero poner encima. Él sale de mí y se tumba boca arriba mientras cambiamos posiciones. Me siento sobre él con un suspiro cuando la tengo dentro otra vez. Estos nanosegundos separados han sido una tortura. Con cuidado, me voy deslizando sobre ella, de arriba abajo y hacia los lados, haciendo un ocho con las caderas. Connor intenta tomar el control, pero le quito las manos y le obligo a apoyar la espalda en el colchón y dejarse llevar. Lo veo frotarse la cara mientras sigo y suelta una mezcla entre un lamento y un gruñido.

Me agacho hacia su boca y le doy un beso, esta vez mucho más tranquilo que los anteriores. Siento su respiración agitada sobre mi piel.

—Joder, no voy a aguantar mucho más —murmura.

—Yo tampoco —le digo, y es verdad. Con una mano me apoyo sobre su pecho, mientras con la otra busco mi clítoris. Está tan mojado que solo con rozarlo siento una descarga de placer por todo mi cuerpo.

No sé en qué momento empiezo a correrme, pero de pronto siento que todo cambia a mi alrededor. Estoy ardiendo, brillando en mitad de la oscuridad de la cama. Me froto contra mis dedos y contra su polla, y echo la cabeza hacia atrás. Exploto cuando escucho que Connor está gimiendo, y no puedo parar hasta que mis rodillas no aguantan más y comienzan a temblar. Estoy jadeando y casi convulsionando. Connor me ayuda a sacarla. Me hago a un lado, con cuidado, y cierro los ojos.

En ese preciso momento, escucho la llave de mi hermano entrar en la cerradura de la puerta de abajo.

—Ejecución, diez de diez. Tiempo, diez de diez —le digo a Connor, y me giro para mirarlo, pero él parece todavía mareado—. ¿Estás vivo?

Niega con la cabeza.

—Creo que no.

Me río mientras me vuelve a rodear con sus brazos y me besa en la frente.

# CAPÍTULO 32

# EL DEL CHICO OFIUCO

Me cuesta caminar con los tacones. No sé si es porque hace un siglo que no me pongo o porque acabo de tener el mejor sexo de mi vida con el hombre que tengo a la derecha. Por más base de maquillaje que me he puesto, todavía no he logrado rebajar el color rojo que ha inundado mis mejillas desde primera hora de la mañana.

Me retuerzo para recolocarme el vestido de color lila y me arrepiento de no haberlo llevado unos días antes de la boda. Connor me da la mano para que me esté quieta y le sonrío. Madre mía, es que ya no lo puedo volver a ver como una persona normal. Sobre todo después de lo guapo que está con el traje y la corbata morada oscura. Tengo en bucle las imágenes de esta misma mañana, esos veinte minutos que se pasaron tan rápido como tres segundos.

Regreso a la realidad cuando escucho a un grupo de chicos cantar en francés. Deben de ser los amigos de Damien, seguro.

Raül sujeta el bolso de Bonnie mientras ella baja del Uber. Por supuesto, al final hemos llegado superjustos de tiempo por culpa de mi hermano. No deja de sorprenderme la pareja que hacen él y Bonnie. Ojalá les vaya bien, la verdad. Hace mucho que no veo a mi hermano tan interesado por una chica. Solo espero que, si realmente se está pillando por Bonnie, ella no le rompa el corazón. Raül puede ser muy seco de primeras, pero cuando se entrega es como un osito de peluche, y no soportaría que le hicieran daño.

Entramos en la villa de los amigos de Melissa. Hay un montón de gente aquí, igual cien personas ya, esperando a los novios. Damos nuestros nombres y atravesamos la casa en dirección al jardín. Por el camino, pasamos junto a las mesas donde comeremos después. El jardín es casi tan grande como el de mi hermano y está decorado con

cintas blancas y moradas. El césped está recién cortado y veo un par de perros revolcándose en él y pasándolo de miedo.

El ambiente huele a vainilla y otras flores que no sé identificar. Por lo menos quince filas de sillas blancas están colocadas a cada lado del camino que recorrerán los novios en cuestión de minutos. Al fondo, hay un altar precioso lleno de flores y más cintas. Recuerdo que Melissa me dijo que Damien tenía una familia muy grande, mientras que la suya era más bien pequeñita.

Diviso a Julia entre la multitud, va acompañada de Emma. Las dos están impresionantes.

—Madre mía, qué amigas más guapas tengo. —Las saludo con un abrazo. Me alegro tanto de que hayan conseguido solucionar las cosas… Y de que finalmente Emma haya podido venir.

—Y tú estás radiante —me responde Julia.

Todavía no le he contado nada, ni siquiera sé si se lo podrá imaginar. Igual sí. La verdad es que ni Connor ni yo nos hemos cortado mucho desde que rompimos el hielo con nuestro beso, y ahora parecemos inseparables. Ni siquiera me siento incómoda cuando me toma la mano. Al principio, pensé que era para que no me matara con estos tacones. Pero ahora que ya estamos quietos, de pie en el jardín, no tiene excusa.

Un par de chicos nos piden que vayamos sentándonos, que el novio está a punto de llegar. Algunos lo hacen en inglés y otros, en francés. Nos movemos lo más rápido que mis zapatos me permiten y nos colocamos casi al final. Varias filas por delante atisbo a Diana, la chica con la que estuvimos saliendo de fiesta por Las Vegas. Y con la que terminamos accidentándonos.

—¿Aquí veremos bien? —pregunta Julia.

—Yo creo que sí. A ver, lo importante es la fiesta que viene después —dice mi hermano frotándose las manos.

Bonnie se ríe y le agarra del brazo. La banda, que hasta entonces había estado afinando, se prepara para la entrada del novio.

—¿De qué color crees que irá Melissa? —me pregunta Connor.

Yo me encojo de hombros.

—La verdad es que no lo sé.

Connor tuerce la cabeza.

—¿Te encuentras bien? ¿Estás… agobiada por algo?

Sé perfectamente por qué lo dice, pero no es el caso.

—No, tranquilo. Si te soy sincera, estoy pensando en lo que nos darán de comer. Me muero de hambre, y eso que he desayunado.

—Será porque habrás hecho cardio antes de venir a la boda —murmura él demasiado cerca de mi oreja. Tanto que por un instante viajo a cuando estábamos en su cama y sentía su respiración detrás de mí.

Voy a responderle algo ingenioso, pero la ceremonia comienza en ese momento. Damien camina por el pasillo de césped junto a su madre. La banda arranca con una canción moderna interpretada con un cuarteto de cuerda. El novio termina de recorrer el camino hasta el altar y entonces se gira, esperando a que llegue Melissa. No se hace de rogar. Todos nos volvemos para verla salir de la casa, acompañada de su hermana, creo. Está preciosa. Lleva un vestido rosa palo con florecillas bordadas. Se estrecha como un corsé a la altura del pecho y después se abre en cuanto alcanza la parte baja de su cintura hasta llegar al suelo. La mezcla de telas y gasa le da un aire etéreo y elegante al mismo tiempo. No lleva velo, pero en su lugar se ha decorado el pelo con una corona de flores silvestres. Está tan guapa que me entran ganas de llorar.

La seguimos sin despegar la vista de ella hasta que se coloca junto a Damien y todos nos sentamos justo después que los novios. La ceremonia es corta, pero muy emotiva. Cada uno lee una carta que le ha preparado al otro y al noventa y nueve por ciento del público se le llenan los ojos de lágrimas cuando Melissa termina la suya. Cuando la ceremonia acaba, los novios se marchan y nos dispersamos en dirección a la casa para ocupar las mesas. Julia va corriendo al cartel donde indica el lugar en el que nos tenemos que sentar cada uno.

—Mesa siete. Estamos nosotros seis con Diana y su novio.

—¿Cómo está, por cierto? —pregunta Raül al escuchar su nombre.

Me encojo de hombros. Supongo que ahora lo sabremos.

Dejamos que pasen las horas entre risas y anécdotas. Los novios, sobre todo los amigos de él, interrumpen cada poco tiempo para dar un discurso o hacer cualquier payasada. Los camareros siguen sacando platos y llega un punto en el que voy a reventar. A veces, no puedo evitar pensar en cómo habría sido mi boda. Intento imaginarme sentada en el lugar de Melissa, con Carlos a mi lado, y toda nuestra familia y amigos con nosotros. Me vienen recuerdos de la comida que

nunca llegamos a servir después de tantas degustaciones y de mi vestido, que todavía estará en casa de mis padres. Sin embargo, no me desanimo. Sé que tomé la decisión acertada, aunque fuera un poco tarde. Y no podría haber tenido más suerte.

Julia llegó a mi vida para convertirse en mi otra mitad, mi alma gemela. Con Raül he conseguido reinventar nuestra relación y me ha demostrado que, igual que yo, siempre estaremos en las buenas y en las malas. Pero que duren mucho las buenas. Y Connor…, no sé qué pasará con él, pero sí sé que estoy preparada para dejarme llevar.

Miro a todos los que estamos sentados en la mesa. Algunas son las personas que más quiero. A otras las acabo de conocer, como al novio de Diana, y quizá no las vuelva a ver nunca. Pero sé que estuvieron aquí por algo, y eso jamás se olvida.

Al final, la importancia que las personas tienen para ti no se mide por cuánto tiempo pasan a tu lado, sino por todo lo que viven contigo. Y, a veces, en doce meses se puede vivir mucho más que en veintiocho años.

La tarde va dando paso a la noche y la fiesta se mantiene bastante animada hasta medianoche. La celebración termina a las dos, así que todavía queda un rato para disfrutar, aunque ya me duela todo y lleve dos horas bailando descalza en el jardín. Doy vueltas, canto, grito y termino bebiendo más agua que otra cosa. En realidad, estoy reventada. Necesito sentarme un rato.

—¿Vamos a dar una vuelta? —le propongo a Connor señalándole una zona más apartada del jardín. He visto que hay un banquito verde, así que caminamos en esa dirección y me siento de lado, subiendo los pies para tenerlos un rato en alto.

—Esto también ha sido una buena sesión de cardio —me quejo frotándome las piernas.

Me duele todo y estoy convencida de que mañana tendré agujetas.

—Pues te sienta de maravilla —responde él—. Estás preciosa.

Lo dudo, pero puedo entender que cada uno tiene sus gustos. Al fin y al cabo, yo también lo miraba dos veces hace tiempo, cuando regresaba todo sudado y cansado de los entrenamientos de voleibol.

—¿En qué piensas? —le pregunto.

Se ha quedado un instante embobado contemplando las estrellas. Las señala con la cabeza.

—¿Has visto qué bien se ven desde aquí? Es porque hay menos contaminación lumínica.

Levanto la cabeza y las miro. Es verdad. Seguro que Melissa sabría reconocer algunas constelaciones.

—Son preciosas.

—¿Sabes reconocer la de tu signo? —me pregunta, pero niego con la cabeza.

—Qué va. ¿Y tú?

Él se ríe.

—No sé cuál es mi signo.

Bajo la cabeza y lo miro. No he bebido apenas alcohol, así que esa frase no ha podido ser fruto de mi imaginación.

—Venga, ahora déjate de bromas. Creo que ya somos lo bastante mayorcitos para que me lo puedas decir. Además… —hago una pausa para mirar mi móvil. Ya han pasado las doce de la noche y es 23 de septiembre, así que oficialmente estamos de nuevo en Libra—, ya ha terminado el experimento, ahora sí.

Connor me mira, pensando que le estoy tomando el pelo.

—Te lo digo de verdad, no sé cuál es mi signo. No sé cuándo es mi cumpleaños.

Lo miro a los ojos para asegurarme de que no me está mintiendo. Parece tan serio que me lo tengo que creer. Además, con ese traje y la piel morena después de todo el verano, me creería cualquier tontería que me dijera.

—No puede ser —respondo.

Hago memoria un momento. No recuerdo haber celebrado su cumpleaños desde que llegué a Los Ángeles.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —insisto.

Él agita la cabeza.

—No lo sé. No estoy de coña, no tengo ni idea. Yo era un bebé cuando mis padres biológicos murieron en un accidente de tráfico, y luego me adoptaron. Así que solo sé mi fecha de adopción, pero no la de nacimiento.

Me pongo seria, porque si Connor me está diciendo algo así no creo que sea una de sus bromas. En el pasado tuvimos un enfrentamiento y él me gritó que sus padres estaban muertos. Desde entonces, creo que nunca más habíamos tocado ese tema.

—Por eso lo de Roman… te dolió el doble.

—O el triple, o el cuádruple…

Connor cierra los ojos cuando menciono ese nombre y sé que tengo que cambiar el tono de la conversación lo más rápido posible.

—Oye, ¿sabes qué? Hace poco han empezado a decir que hay un nuevo signo.

—¿Cómo? —pregunta él parpadeando.

—Sí, te lo prometo. Se llama Ofiuco.

Connor parece recordarlo.

—¡Ah! ¿El signo ese feo y nuevo que todo el mundo odia porque ha desplazado a los demás?

—Eh…, sí. Algo así.

Consigo arrancarle una sonrisa, y terminamos entre carcajadas. Bueno, Connor siempre podrá ser mi chico ofiuco. Él se acerca a mí y yo coloco las piernas sobre su regazo. Apoyo la cabeza en su hombro y miro hacia arriba para encontrarme con sus labios durante unos segundos.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me pregunta Connor.

—¿Ahora mismo?

—No, tonta, me refiero a ahora que ha terminado el experimento.

Me encojo de hombros.

—No sé —murmuro—. Dejar Tinder, eso seguro. Pensar en una oferta de trabajo en Nueva York. Volver a ver los dónuts como antes… ¿Darle una oportunidad al chico ofiuco puede entrar en mis planes?

Me separo de él para mirarlo bien a la cara y me doy cuenta de que se ha puesto rojo. Es que me lo comería con patatas cuando se pone así.

—¿En serio? —dice él, en *shock*.

—Tranquilo, no te estoy pidiendo que te cases conmigo —bromeo, y preparo el terreno por si acaso viene El Gran Rechazo™.

—Menos mal, dicen que tienes fama de salir huyendo de las bodas —me responde, y me abalanzo sobre él para darle un manotazo.

Él me agarra por las muñecas y me inmoviliza, y todavía me cabrea más cuando aprovecha para darme un beso en la punta de la nariz. Me pongo igual de roja que él.

—Quizá podemos empezar por algo más clásico y sencillo que una boda. Como ir a cenar, por ejemplo —le sugiero.

—Anna, ¿me estás proponiendo ir a comer después de que me

haya zampado todos mis platos y la mitad de los tuyos?

—Vale, pues a tomar unas copas. Y no me digas que hay barra libre —le advierto señalándole con el dedo índice.

—Bueno, donde sea —dice él—. Pero me parece bien una primera cita. A poder ser, sin restaurantes, bares ni estaciones de autobús entre medias. Solo de pensarlo se me revuelve el estómago.

Inclino la cabeza sin entender muy bien a qué viene lo de la estación de autobús.

—¿Qué tiene que ver eso último? —le pregunto.

—¿Lo de la estación? Pues que me quedé hecho polvo cuando te fuiste. En realidad, me fui al baño porque me entraron ganas de llorar, no te voy a mentir. Bueno, lloré un rato.

Trago saliva. Todavía no he podido contarle lo que hice aquel día, justo cuando estaba a punto de marcharme.

—Volví a por ti —le cuento.

—¿Qué?

—Eso, que volví a por ti. Estaba ya casi en el metro y me di media vuelta para decirte lo que sentía por ti y, no sé, besarte como en las películas antes de separarnos. Pero no te vi por ninguna parte, así que me fui.

Connor es la incredulidad en persona ahora mismo. Abre la boca, pero no le salen las palabras.

—Da igual —añado.

—Joder, no lo sabía —dice él cogiéndome de las manos—. Si lo hubiera sabido, Anna…

Nos quedamos un rato en silencio. Sí, habrían cambiado muchas cosas. Pero al final el destino nos ha conducido igualmente a este momento, los dos juntos.

—Bueno, no pasa nada. Ya estamos aquí, que es lo que importa —le recuerdo.

—No me mates por lo que te voy a decir, pero imagina esto: ¿te imaginas que al final terminamos tan bien que te casas conmigo y nunca sabes de qué signo soy? ¿Podrías vivir con ello?

—No, no podría. Antes saldría corriendo de mi propia boda otra vez.

Ambos nos reímos y Connor me estrecha entre sus brazos. Aquí me encuentro en casa. No hay ningún otro lugar en el que desearía estar ahora mismo.

—Anna Ferrer, como salgas corriendo, te perseguiré hasta la última estrella del cosmos.

—¿Y después?

—Después… Me aseguraré de que nunca deje de brillar.

FIN

*La chica del Zodiaco. Tercera parte*
Andrea Izquierdo

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.
Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, Lookatcia
© de la ilustración de la portada, Lookatcia

© Andrea Izquierdo, 2023

© de las ilustraciones, Lookatcia

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2023

ISBN: 978-84-08-27496-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

# ¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

## ¡Síguenos en redes sociales!

# La última melodía de Chopin

Blue Jeans
9788408273578
528 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La detective Celia Mayo ha desaparecido. Triana y Niko todavía tienen esperanza de encontrarla, aunque saben que las posibilidades son cada vez más escasas. Un día, los jóvenes reciben una llamada anónima que les asegura que está viva. ¿Será esta vez cierto o se

trata de una broma de mal gusto? Mientras tanto, Blanca se recupera de las lesiones que sufrió tras el accidente de helicóptero. Su compañera periodista Luna González está investigando y no parará hasta descubrir lo que ocurrió, aunque eso la ponga en riesgo. Sevilla se ha convertido en una ciudad peligrosa en la que nadie parece a salvo. Los misterios y las muertes sospechosas se van produciendo y la policía no logra encontrar a los culpables. ¿Conseguirán averiguar la verdad de esos sucesos? El autor de grandes éxitos como la trilogía de La chica invisible y El campamento vuelve a las librerías para cerrar la bilogía iniciada con Los crímenes de Chopin. En La última melodía de Chopin Blue Jeans vuelve a superarse con este thriller trepidante, lleno de giros que atraparán al lector. Un accidente inquietante. Una misteriosa desaparición. Una ciudad que esconde secretos. Déjate atrapar por la nueva novela del maestro del thriller juvenil.

Cómpralo y empieza a leer

# El sepulturero y la Tierra Negra

Pötzsch, Oliver
9788408273530
528 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El thriller histórico que triunfa en toda Europa. 3.500.000 de lectores. Viena, 1894. En un sarcófago del Museo de Historia de la ciudad aparece, momificado, el cuerpo del profesor Alfons Strössner, uno de los mayores egiptólogos del mundo. Leopold von Harzfeldt será el

encargado de la investigación y pronto descubrirá que, de los cuatro miembros de su última expedición a la Tierra Negra, tres han fallecido en extrañas circunstancias, por lo que la sombra de una maldición se cierne sobre lo sucedido. Pero ni Leopold ni el sepulturero Augustin Rothmayer creen en las maldiciones y están convencidos de que se trata de un asesinato. Con la ayuda de Julia, encargada de hacer las fotografías en otro caso importante del departamento de policía y con quien Leopold mantiene una relación secreta, los tres volverán a verse envueltos en un caso que oculta mucho más de lo que parecía a primera vista. Sarcófagos misteriosos, maldiciones egipcias y arqueólogos asesinados en un nuevo y frenético caso para el investigador Leo von Herzfeldt y el sepulturero Augustin Rothmayer.

Cómpralo y empieza a leer

# Gente que conocemos en vacaciones

Henry, Emily
9788408276203
400 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La comedia romántica para este verano, por la autora de La novela del verano. DIEZ VIAJES, DOS AMIGOS. ¿UNA ÚLTIMA OPORTUNIDAD PARA EL AMOR? -- PREMIO GOODREADS A LA MEJOR COMEDIA ROMÁNTICA BESTSELLER Y FENÓMENO

MUNDIAL DE TIKTOK «La autora que no te puedes perder.» Taylor Jenkins Reid, autora de Los siete maridos de Evelyn Hugo Poppy y Alex. Alex y Poppy. No tienen nada en común: Ella lleva vestidos estampados; él, pantalones de pinza. Ella es un espíritu aventurero; él prefiere quedarse en casa leyendo. Y, a pesar de todo, son mejores amigos. Durante la mayor parte del año viven separados —ella en Nueva York, él en su pequeño pueblo—, pero cada verano, desde hace ya una década, se toman una semana de vacaciones juntos. Hasta hace dos años, cuando todo cambió. Ahora Poppy tiene todo lo que siempre había soñado, pero está atrapada en la rutina. Cuando alguien le pregunta cuándo fue feliz por última vez, sabe, sin ninguna duda, que fue en ese último y fatídico viaje con Alex. Por eso decide convencer a su mejor amigo para viajar juntos una vez más. Tienen una semana para arreglarlo todo, ¿qué puede salir mal? «Esta deliciosa novela brilla por las hábiles observaciones, los diálogos hilarantes y, sobre todo, los personajes. Divertidos, patosos y entrañables, vale la pena acompañarlos en este maravilloso viaje.» The Wall Street Journal «Una comedia romántica perfecta, repleta de diálogos chispeantes y tensión sexual.» Real Simple «Aviso para los lectores: experimentarás todo tipo de sentimientos y, muy probablemente, derramarás alguna que otra lágrima.» The Skimm

Cómpralo y empieza a leer

# 12 reglas para vivir

Peterson, Jordan B.
9788408200314
512 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Cuáles son las reglas esenciales para vivir que todos deberíamos conocer? Regla n.° 1: mantente erguido con los hombros hacia atrás…, como las langostas; regla n.° 8: di la verdad, o por lo menos no mientas; regla n.° 11: no molestes a los niños cuando montan en monopatín; regla n.° 12: cuando te encuentres un gato por la calle,

acarícialo. Jordan Peterson, «el pensador más polémico e influyente de nuestro tiempo», según el Spectator, nos propone un apasionante viaje por la historia de las ideas y de la ciencia —desde las tradiciones antiguas a los últimos descubrimientos científicos— para tratar de responder a una pregunta esencial: qué información básica necesitamos para vivir en plenitud. Con humor, amenidad y espíritu divulgativo, Peterson recorre países, tiempos y culturas al mismo tiempo que reflexiona sobre conceptos como la aventura, la disciplina y la responsabilidad. Todo con el fin de desgranar el saber humano en doce hondas y prácticas reglas para la vida que rompen radicalmente con los lugares comunes de la corrección política.

Cómpralo y empieza a leer

# Dunbridge Academy. Anyone

Sprinz, Sarah
9788408276104
520 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La segunda entrega de Dunbridge Academy. Amor, intriga y secretos en el internado más exclusivo de Escocia. Tras la historia de Emma y Henry en el primer volumen, en esta nueva entrega de Dunbridge Academy seguimos a otros miembros del grupo de amigos, Tori y

Sinclair. Tori lleva un tiempo saliendo con Valentine y, aunque las cosas van bien, hay una parte de sí misma que cree que tal vez no esté enamorada. Aunque debería hacerlo, no sabe por qué no se siente cómoda para contarle a su mejor amigo qué es lo que le ocurre. Sinclair siempre ha considerado a Tori su mejor amiga. Este año ambos están en la obra de teatro. A Sinclair lo han escogido para el papel protagonista de Romeo y no le quita los ojos de encima a Eleanor, quien interpreta a Julieta. Sin embargo esto a Tori, que está en el equipo de guionistas, no debería importarle, ¿no?

Cómpralo y empieza a leer